

LA MEMORIA DEL TIEMPO



LORENA FRANCO

LA
MEMORIA
DEL
TIEMPO

LORENA FRANCO

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *La memoria del tiempo*

Publicado por:
Kindle Direct Publishing, Amazon Media
Noviembre, 2018.

Copyright © Edición original 2018 por Lorena Franco
Diseño cubierta: Sol Taylor

Todos los derechos están reservados.

Primera edición digital 2018

ISBN: 978-1723803369

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

[Sobre la autora](#)
[Páginas de la autora](#)
[Dedicatoria](#)
[Citas](#)
[Viajes en el tiempo](#)

PRIMERA PARTE

[1](#)
[2](#)
[3](#)

SEGUNDA PARTE

[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)

TERCERA PARTE

[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)

23

CUARTA PARTE

24

25

26

27

28

29

30

QUINTA PARTE

31

32

33

34

35

SEXTA PARTE

36

37

38

39

SÉPTIMA PARTE

40. CHLOE / JEFF

EPÍLOGO

QUÉ FUE DE...

Agradecimientos

SOBRE LA AUTORA

Nacida en Barcelona en 1983, Lorena Franco es actriz y escritora. Compagina la interpretación —en la que destacan sus actuaciones en series como *El secreto de Puente viejo* o *Gavilanes*, y largometrajes como *Paharganj*, la última película que ha protagonizado y que le ha abierto las puertas a Bollywood—, con una incipiente carrera literaria que la ha convertido en una de las autoras más leídas y mejor valoradas del momento.

Con catorce títulos publicados, entre ellos *Ella lo sabe* (Ediciones B – Penguin Random House–, valorado el thriller favorito de los lectores en 2017), *El club de medianoche*, *Lo que el tiempo olvidó*, *La vida que no elegí*, *Las horas perdidas* o *Feliz vida*, Lorena Franco fue finalista del Premio Literario 2016 de Amazon con *La viajera del tiempo* (Amazon Publishing), una de las novelas más vendidas de la plataforma en Estados Unidos, México y España que lleva siendo bestseller durante más de dos años.

La memoria del tiempo, su decimoquinto título, es la tercera y última historia de su proyecto más personal y especial que completa *La trilogía del tiempo: La viajera del tiempo, Perdida en el tiempo & La memoria del tiempo*.



PÁGINAS DE LA AUTORA

Página web:

<http://www.lorenaf franco.net>

Blog:

<http://lorenaf franco.wordpress.com>

Facebook:

<http://www.facebook.com/lorenaf franco.escritora>

Twitter:

<http://twitter.com/@enafp>

Instagram:

<http://www.instagram.com/enafp>

*Dedicado a todos aquellos que pedisteis este libro.
Este viaje no hubiera sido posible sin vosotros.
Gracias, viajeros.*

El pasado es hermoso porque
nunca comprendemos
una emoción en el momento.
Se expande más tarde,
y por eso no tenemos emociones
completas sobre el presente,
tan solo sobre el pasado.

VIRGINIA WOOLF

Recuerda que hay que vivir.
ALI SMITH

Existe una teoría sobre los viajes en el tiempo que hace que nos preguntemos: ¿Qué pasaría si pudiéramos retroceder y tomar una decisión distinta en nuestro pasado? ¿Cómo afectaría eso a nuestra vida futura? La teoría afirma que tu verdadera vida, tu primera vida, continúa como tal sin cambios, pero, en el momento de la decisión, aparece una segunda vida siguiendo una tangente hasta un universo paralelo.

En cierto modo, viviríamos ambas vidas.

PRIMERA PARTE

Lo que sea que estés buscando,
no va a llegar en la forma que lo esperas.

KAFKA EN LA ORILLA

*Greening Island**Enero, 1928*

En el condado de Hancock, frente a la costa sur de Mount Desert Island y a medio camino entre el sudeste y el noreste de Harbor, se encuentra la remota y solitaria Greening Island. Durante siglos, fue protagonista de extrañas leyendas y secretos sin resolver. No es que Isaac Hamsun fuera miedoso, más bien todo lo contrario, pero, tras un largo viaje hacia lo desconocido, era normal que se le erizara el vello de la piel en el tramo que había desde el embarcadero hasta lo que sería su nuevo lugar de trabajo.

Como aquel que no quiere llegar a su destino, Isaac arrastraba los pies atravesando la niebla bajo los tímidos rayos de sol. Miraba a su alrededor deslumbrado por la virginidad de esas tierras rodeadas de mar y montañas, árboles verdes sostenidos por colinas azules. Cuando se situó frente al majestuoso hotel Raventhorp, cuya construcción se remontaba a 1882, se dejó encandilar por la belleza de su arquitectura, clara ilustración más gloriosa del encanto europeo del viejo mundo con sus impresiones coloniales. No tenía nada que ver con las imágenes que le habían mostrado al proponerlo como director de la nueva temporada que daría comienzo en tres meses. Raventhorp, orientado al norte con vistas al mar, derrochaba una personalidad única que no había visto jamás en ningún otro edificio, ni siquiera en los nuevos rascacielos que se estaban apoderando de la ciudad de Nueva York. Dos gruesas columnas se erigían poderosas protegiendo la fachada de un color blanco impoluto; en lo alto, acompañando el techo empinado a dos aguas, destacaba una claraboya acristalada de forma piramidal, y un amplio porche al que se accedía por un sendero de baldosas rodeaba la edificación de cuatro plantas. Solo la torreta, ubicada a la derecha del segundo piso, era capaz de restarle protagonismo al gran portón azul de la entrada con una aldaba dorada en el centro con la forma de un león. A su

lado, había un enorme ventanal que abarcaba un luminoso salón.

—Señor Hamsun —lo sorprendió un hombre fornido, de cabello cano, barba frondosa y penetrantes ojos grises—. Soy George Steffens, y estoy aquí para servirle. Siento no haberle podido ir a buscar personalmente. ¿Ha ido bien el viaje?

—Encantado, George —se presentó Isaac, estrechándole la mano con fuerza—. Por favor, llámame Isaac y tuteémonos. Vamos a estar un tiempo trabajando codo con codo.

Todavía le costaba adaptarse a ese nuevo nombre como le sucedía con todos, pero sabía que más adelante, cuando se desprendiera de él para iniciar otra misión con una nueva identidad falsa, lo echaría de menos.

—Cierto, Isaac, gracias. Por favor, permíteme que lleve tu equipaje hasta el dormitorio. Como sabes, es temporada baja, solo hay dos huéspedes que pronto se irán. A nadie le gusta la niebla en la isla y cabe la posibilidad de que caiga una nevada, aunque nunca se sabe —empezó a explicar George, cediendo el paso al nuevo director—. Esto está muy tranquilo, en tres meses apreciaremos el silencio de ahora.

Nada más cruzar la puerta, lo primero que se veía era una recepción de grandes dimensiones. La luminosidad que Raventhorp mostraba en el exterior no se correspondía con la sobriedad de su interior; no obstante, la sonrisa y la belleza de la recepcionista, Madison Williams, hacía que cualquier lugar resultara agradable.

—Señor Hamsun, mi nombre es Madison Williams. Es un placer tenerle aquí —saludó, con un tono de voz dulce y sereno sin desprenderse de su cautivadora sonrisa. Isaac miró con atención los grandes ojos azules de Madison, así como las perfectas facciones de su rostro: pómulos altos, labios carnosos y nariz pequeña y respingona.

—Llámame Isaac, Madison —volvió a pedir, echando un vistazo rápido a su alrededor: papeles floreados decorando las paredes; obras pictóricas por doquier y esculturas de piedra; muebles extravagantes de colores oscuros, de aspecto gótico; altos techos y azulejos con formas geométricas de terracota en blanco y negro. Ubicado a la izquierda, en un rincón, había un espacio con confortables sillones de cuero Chester, un diván y un piano negro, dedicado a las reuniones de los hombres que, con una buena copa de coñac al calor de la chimenea en las noches de invierno, podían debatir asuntos laborales y políticos con total discreción.

—Tras ese arco —señaló George—, hay un pasillo que conduce a la cocina y a los dormitorios de los empleados; es el único lugar al que no tienen acceso los huéspedes. Durante estos tres meses solo estamos Madison; Henry, el cocinero; Anne, la ama de llaves, que también se encarga de la limpieza del hotel; y yo, en mantenimiento —sonrió—. Dentro de tres meses llegarán refuerzos: un ayudante de cocina y dos mujeres que se encargarán del servicio de los veinte dormitorios. El hotel, como ves, no es muy grande y no requiere de un gran número de empleados. Isaac, dormirás en la habitación 1. Madison, por favor, las llaves.

Madison, que seguía detrás del mostrador, ya sujetaba en su mano la llave de la habitación del señor Hamsun antes de que George la pidiera.

—Esta es la del dormitorio —explicó George, entregando a Isaac la primera llave dorada—. Está en la segunda planta, nada más subir las escaleras la primera puerta a mano derecha. Es la estancia de la torreta que has podido contemplar desde la fachada. La puerta adyacente es tu nuevo despacho y también puedes acceder a él desde el interior de tu dormitorio.

—Perfecto. Gracias, George.

—Espera, te acompaño.

—No, no es necesario.

Isaac destinó una sonrisa cordial a sus empleados, en especial a Madison, que miraron atentamente cómo el nuevo director del hotel subía con calma las escaleras. Al llegar a la segunda planta, Hamsun miró a ambos lados del pasillo con incertidumbre. Todos los dormitorios daban a las numerosas ventanas de guillotina que había visto desde el exterior y, aunque las estancias eran luminosas, el pasillo le pareció un lugar asfixiante, claustrofóbico.

Dejó la maleta en el suelo. Con curiosidad, recorrió el pasillo y se acercó al umbral de las escaleras que conducían al piso de arriba. Tal y como le había dicho George, un total de diez dormitorios ocupaban la segunda planta, pero no le dio tiempo a fijarse en nada más. Isaac se percató de la inesperada presencia de una mujer petrificada en mitad del pasillo, justo al lado de la puerta de su despacho. Juraría no haberla visto cuando subió, y tampoco se había alejado lo suficiente como para no darse cuenta de que venía alguien.

Había aparecido de la nada.

La mujer, claramente asustada, también lo miraba a él. A Isaac le

pareció que su vestimenta era extraña, así como su peinado, recogido en un moño desastroso que no tenía nada que ver con lo elaborado que era, por ejemplo, el más reciente que acababa de ver en la melena dorada de la recepcionista.

—Perdone, ¿usted es? —le preguntó Isaac a la mujer, casi tan alta como él, pelirroja y de penetrantes ojos verdes, tratando de mostrarse lo más amable posible pese a lo extraño de la situación.

—Chloe —balbuceó ella, con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas dejando entrever, sin disimulo, desconcierto y temor al mismo tiempo.

Nada más pronunciar su nombre, Isaac fue testigo de cómo la mujer empezó a difuminarse hasta desvanecerse por completo.

Nueva York

Marzo, 2017

Chloe Ackerman, de veintiocho años, podría haber sido médico —si no hubiese dejado la carrera a medias—, profesora, periodista o actriz, su deseo cuando era niña. En las obras teatrales del colegio siempre le daban el papel protagonista; desprendía magia. Tenía ángel. Chloe Ackerman podría haber sido cualquier cosa gracias a su belleza e inteligencia excepto lo que era: una ladrona *de alto standing*, tal y como a ella le gustaba decir.

Alan Grant, su pareja desde hacía cinco años, era el cerebro de todas las tramas. Durante semanas, buscaba a una presa a la que desplomar; el perfil casi siempre era el mismo: tipos de mediana edad separados o viudos, la mayoría sin hijos; empresarios de sociedades importantes, ricos y arrogantes, adictos a compañías esporádicas en locales de lujo del centro de Nueva York con áticos en Upper East Side o mansiones a las afueras. El trabajo de Chloe era relativamente fácil y sin riesgos. Solo había que mirarla; todos, absolutamente todos, caían rendidos a sus pies. Si no lograba irse con ellos a sus casas y preferían pagar una suite de hotel, se conformaba con el dinero que llevaban encima —que no solía ser poco—, tras suministrar el eficaz somnífero en la copa de whisky en el momento en el que se ponían pesados y empalagosos. La mayoría llevaba anillos y relojes de incalculable valor que Alan vendía en el mercado negro a cambio de una buena cantidad de dinero que les permitía vivir desahogadamente en pleno centro, en la ochenta y nueve con la Quinta Avenida, enfrente del colegio Saint David.

—Frederick Dempsey. Un partidazo, nena. Es el director de una de las empresas de publicidad más importantes de los Estados Unidos. Tiene cincuenta y cinco años, nunca se ha casado y no tiene hijos, al menos, no reconocidos. Cuidado, es un tipo grande, no dejes que se te eche encima —rio—. Cada jueves por la noche, después del trabajo, se toma un par de copas en The Tippler, en el 425 de la quince. Le gustan las pelirrojas y los pantalones de cuero negro; has tenido suerte.

—Este hombre... —Chloe se acercó para mirar de cerca la fotografía—. Me suena de haberlo visto en alguna parte, Alan. ¿Seguro que no lo hemos desplumado antes?

—¿Dudas de mi profesionalidad? —preguntó Alan con severidad.

—En absoluto —negó Chloe—. ¿Hora? —preguntó, sin apartar la vista de la fotografía que Alan le había disparado a su próxima víctima desde una distancia prudencial para que no se diera cuenta. El tal Dempsey aparecía saliendo de lo que parecía un restaurante italiano y, efectivamente, era un tipo corpulento. Iba trajeado, como la mayoría de los ejecutivos, tenía el cabello blanco y unos ojos que, desde la distancia, se intuían fríos y penetrantes.

—A las ocho. Puntual. Suele quedarse solo media hora y siempre sale acompañado.

—Estaré allí media hora antes.

—Esa es mi chica.

Alan la agarró por la cintura y, arrimándola contra su pecho tatuado, la besó apasionadamente tal y como sabía que a Chloe le gustaba, teniéndola por completo a sus pies.

—Es importante que sepas —murmuró Alan, rozando con la yema de sus dedos los labios de Chloe—, que tiene una caja fuerte en su dormitorio. En esta ocasión no nos vale su cartera o su reloj —ordenó, frunciendo el ceño—. Tienes que ir hasta su casa, situada en Upper West Side; el bloque 322 de la ochenta y nueve es todo suyo. La combinación de la caja fuerte es 1-9-2-8. No la olvides.

—¿Cómo sabes la combinación de su caja fuerte? —se sorprendió Chloe, zafándose de él. Fue imposible convencer a los últimos seis hombres a los que robó que la llevaran hasta su casa; la mayoría preferían una noche apasionada y sin ataduras en un hotel para salvaguardar su intimidad creyendo, los muy inocentes, que era su día de suerte.

—Mandé a Steve como becario. Desordenó un poco el despacho del bueno de Frederick, que no parece tener buena memoria. Fue fácil. Todas sus contraseñas estaban escritas en un archivo Word del ordenador.

Alan se levantó del sofá dirigiéndose hasta el mueble del salón y abrió uno de los cajones que había bajo el televisor. De su interior extrajo un pendrive en el que tenía todos los datos y contraseñas de Frederick Dempsey.

—A este le vamos a sacar hasta el hígado, nena.

—¿Qué hay en la caja fuerte? —preguntó Chloe con curiosidad.

—Tú saca todo lo que tenga ahí y no hagas preguntas.

El rostro de Alan, como siempre, se ensombreció al dar la orden. Sus ojos, azules como los de un Husky siberiano, se endurecieron mostrándose implacables. Chloe, una vez más, le siguió la corriente y se largó hasta el vestidor de su dormitorio. Conocía el mal carácter de Alan. No le gustaba que le llevaran la contraria y se ponía violento cuando no quería responder a preguntas que le incomodaban.

«Cumple con lo que te digo y calla la boca», solía ser su respuesta.

En pocos minutos, Chloe eligió una blusa roja con transparencias y unos pantalones negros de cuero ceñidos que resaltaban sus poderosas curvas femeninas y largas piernas. Faltaban tres horas para pasar a la acción. Tres horas para estafar a otro pobre diablo pero, en esta ocasión, con la presión de tener que conseguir que la llevara a su casa para desvalijar el contenido de la caja fuerte.

«1-9-2-8». El código.

Imposible fallar esta vez.

A Chloe no le fue difícil memorizarlo gracias a la crisis de Wall Street de 1929, más conocida como el *Crack del 29*. —Un año antes del *Crack* —murmuró frente al tocador.

Alan estaba en el salón, tan absorto en el ordenador portátil, que ni siquiera miró a Chloe cuando esta se puso en cuclillas para darle un beso y emprender el camino, a las siete en punto, en dirección a The Tippler. Antes de coger un taxi, se encontró con Steve, un tipo bajito y poco agraciado, ideal para hacer de becario o de pringado en alguna de las empresas de sus víctimas. Sin embargo, tal y como Chloe sospechaba, el encuentro no fue casual cuando Steve la cogió por el brazo y la llevó hasta un callejón.

—Ten cuidado con ese tipo, Chloe. No va a ser una víctima fácil —susurró.

Chloe, con una sonrisa de medio lado, se encendió un cigarrillo con calma y, segura de sí misma, le dijo que, después de cinco años, no iba a venir un tal Frederick a dejarla en mal lugar.

—Por si acaso, toma esto.

Steve le tendió con disimulo una pistola de nueve milímetros, la única que se había podido permitir con el poco dinero que Alan le pagaba.

—Ni hablar. Nada de armas —se negó Chloe, aparentando serenidad—.

Vete, Steve. Ya sabes que si Alan nos pilla hablando a sus espaldas te vas a meter en problemas.

—Ya estamos en problemas por su culpa, ¿no te has dado cuenta? Ya te darás cuenta, ya. Estamos hasta el cuello y no sabes cuánto.

El amor es ciego, suelen decir. Chloe tenía una venda en los ojos que le impedía ver más allá de una atractiva y fiera fachada de la persona en la que se suponía que podía confiar. Su compañero de vida; el que ella, enamorada desde el primer minuto en el que tuvo la mala suerte de tropezar con él, había elegido cuando lo conoció en un bar de mala muerte en el peor momento de su vida cinco años atrás. Demasiado joven para saber elegir. Demasiado inocente para pensar mal. Alan, diez años mayor, demasiado listo para saber ver en ella una presa fácil, manipularla a su antojo y convertirla en la mujer que él necesitaba para llevar a cabo sus planes de futuro. Qué bien le había salido la jugada. No era lo que el padre de la joven, fallecido en un trágico accidente de coche, motivo por el cual Chloe estaba en aquel antro emborrachándose para quitarse de encima el dolor, hubiera querido para su única hija. El destino fue caprichoso cuando Alan se apoderó de su vida haciéndola suya hasta extremos insospechados que ella, todavía, no era capaz de percibir. A Chloe le cegó el poder; siempre se había sentido atraída por los *chicos malos*, qué le iba a hacer. Puede que, después de tenerlo todo y a pesar de las promesas de un brillante futuro, necesitara alzar el vuelo distanciándose de su familia, especialmente de su madre, y convertirse en lo que no era para sobrellevar el tormento que le había causado la pérdida de su progenitor.

Chloe Ackerman podría haber sido cualquier cosa, sí, pero no entraba dentro de sus planes convertirse en una *chica mala*, rebelarse contra todos y demostrar que también podía vivir bien sin la vida que los demás querían para ella. Y, a pesar de todo, no era una buena persona. Se le veía en la mirada. Cada mañana, al despertar y mirarse en el espejo, sentía que a su alrededor un aura negra la acompañaba; las pupilas de sus ojos verdes se dilataban cuando se pasaba con el alcohol y las drogas, y ya no recordaba cuándo fue la última vez que rio hasta el punto de llorar y tener agujetas en el estómago.

La oscuridad se había apoderado de ella.

Steve observó a Chloe alejarse de él con la intención de coger un taxi. Respiró hondo y volvió a meter el arma en la parte de atrás de la cinturilla, con el presentimiento de que no iba a volver a ver más a la novia del colega que había arruinado sus vidas.

Puntual, Chloe llegó a The Tippler a las siete y media. Al llegar al local, más luminoso de lo que pensaba, se acomodó en uno de los taburetes de madera frente a la barra. Contempló durante unos segundos la pared de ladrillos roja y los techos de piedra con esculturas rupestres de ángeles. Parecía una señal divina, una broma del destino. Ella, el ángel convertido en demonio. Su dulce sonrisa de antaño había pasado a ser despiadada en cuanto veía cómo alguna de sus víctimas caía en un sueño profundo aprovechando la ocasión para dejarles sin blanca. Desde la perspectiva en la que se encontraba, antes de pedirle un cóctel al camarero, se aseguró de tener una buena visión en dirección a la puerta de entrada. En cuanto el tal Frederick entrase —calculó que en media hora—, pondría en marcha sus magníficas dotes de actriz.

«Me sueñas de algo. ¿Nos hemos visto en alguna otra parte? ¿Conoces a John?». Todo el mundo conoce a algún John. El hombre sonreiría deleitándose con el generoso escote de Chloe. Tampoco pasaría desapercibida su melena pelirroja, suelta, rebelde y ondulada. Se inventaba que era debido a sus antepasados escoceses. Sus ojos de color verde esmeralda, rasgados y misteriosos, hipnóticos si te miraban fijamente, eran siempre la guinda del pastel para conseguir lo que quería. Que Frederick la llevara a casa y no a una habitación de hotel, le parecía un reto que estaba dispuesta a vencer.

Cuando el reloj marcó las ocho en punto, Frederick Dempsey entró por la puerta. Iba vestido de manera impecable tal y como había visto en la fotografía que le había sacado Alan días antes. Llevaba un traje mil rayas de color gris, la camisa blanca, los gemelos y la discreta corbata en distintos tonos de azul marino proyectaban una cuidada imagen de éxito. Mientras caminaba en dirección a uno de los taburetes de la barra, próximos a donde estaba Chloe, fue desanudándose la corbata con expresión adusta, como si alguien le hubiera pedido que llevase auestas una pesada carga. Las gafas sin montura resaltaban sus gélidos ojos grises que no tardaron en fijarse en

Chloe que, a su vez, no le quitaba ojo de encima y lo miraba con picardía pese a resultarle, de buenas a primeras, un hombre inquietante. Frederick esbozó una sonrisa y Chloe pudo leer cómo sus labios le decían al camarero que a la próxima copa invitaba él.

—Muchas gracias —agradeció Chloe, acercándose y sentándose en el taburete de al lado sin pedir permiso—. ¿Nos conocemos?

—Me acordaría —respondió automáticamente él, como si no fuera la primera vez que esas dos palabras salían por su boca—. ¿Eres modelo? —inquirió, mirándola de arriba abajo sin disimulo—. Sí, diría que eres la protagonista de una de las últimas campañas en las que mi empresa trabajó para Woman Secret.

—Oh, vamos —rio Chloe, dándole una palmadita en el hombro—. No bromees conmigo. Me llamo Melinda —mintió, tendiéndole la mano que él se llevó a la boca y, en un alarde de galantería, besó alzando la mirada para no perderla de vista.

—Frederick —se presentó, sin desvelar su apellido—. ¿A qué te dedicas, Melinda?

—Estudio Medicina —volvió a mentir, y, seguidamente, le dio un sorbo a la copa. El sabor agrio de la bebida la llevó al recuerdo del momento en el que conoció a Alan en un lugar muy distinto al que se encontraba, uno lúgubre y sucio, donde la suela del zapato se te quedaba enganchada al suelo. «Estudio Medicina», le había dicho a Alan cuando todavía era verdad.

—¿Y sabrías decirme por qué me late tan deprisa el corazón al tenerte al lado, Doctora Melinda? —rio Frederick, babeando por ella.

«Demasiado fácil», se preocupó Chloe.

—Conozco un hotel cerca de aquí —propuso Dempsey con voz ronca—. Puedo pagar la mejor suite, con jacuzzi y vistas a la ciudad. ¿Te apetece?

—Frederick, ¿has pensado alguna vez cuántas personas han fallecido en las camas de los hoteles en los que te alojas? —improvisó, observando con detenimiento la expresión del hombre—. ¿Cuántas camareras de piso roban las pertenencias de los huéspedes, a veces insignificantes para que no reparen en su ausencia? ¿Cuántos se han lanzado desde los balcones con vistas de pájaro a la ciudad o Dios sabe qué han hecho en esos jacuzzis burbujeantes? Dime, Frederick, ¿piensas en eso cuando pagas la mejor suite de un hotel?

—La verdad es que... —balbuceó, atónito por el discurso de la pelirroja.

—Llévame a tu casa. Te prometo la mejor noche de tu vida —propuso Chloe, con una ensayada mirada sensual.

Dos horas más tarde, después de que el somnífero en la copa de vino surtiera efecto, Dempsey estaba desnudo y maniatado en su cama tras la promesa de un juego divertido que no llegó a catar. Chloe, adueñándose de las joyas y el dinero que iba encontrando a su paso, se movía con agilidad por la segunda planta en busca de la caja fuerte, pero ni rastro de ella en ninguno de los seis dormitorios de la vivienda, tampoco en el salón o en la cocina, ni en el interior de los armarios que había revuelto.

Subió hasta la cuarta planta donde se encontraba el despacho. Tenía el convencimiento de que la iba a encontrar allí. En el centro había una mesa de vidrio con un ordenador portátil y un exceso de papeleo que revelaba cierto caos en el directivo. Una gota fría de sudor empapaba la frente de Chloe, como siempre le ocurría cuando se encontraba en una casa extraña en busca de lo que Alan le había exigido. El miedo a que Dempsey abriera los ojos se apoderaba de ella a cada paso que daba.

Las paredes del despacho, una buhardilla amplia con techos de vigas de madera, estaban recubiertas por estanterías repletas de libros salvo en el centro, donde se encontraban dos ventanas con vistas a la nocturnidad de la calle. Chloe palpó cada estante hasta dar con el que, tal y como esperaba, estaba un poco suelto. Tiró de él con fuerza; se trataba de un armario oculto tras las cubiertas falsas de unos libros cuya función era esconder lo que estaba encajado en la pared: la caja fuerte que estaba buscando.

—1-9-2-8 —murmuró, al mismo tiempo que pulsó la combinación hasta que la luz parpadeante se tornó verde y la caja se abrió.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par al ver una cantidad indecente de billetes amontonados. Según su cálculo, rápido pero preciso, Frederick Dempsey guardaba alrededor de un millón de dólares en la caja fuerte de su despacho. Con manos temblorosas, Chloe guardó todo el dinero en un maletín que encontró en el suelo, y corrió escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

Eran las once y media de la noche cuando, ya en la calle, Chloe respiró hondo y, agarrando con fuerza el maletín, caminó en busca de un taxi para volver a casa sin sospechar todavía que su bolso de mano, rojo como el fuego

con piedras decorativas en tonalidades doradas, se había quedado olvidado en la mesita de noche de su última víctima.

*Nueva York**Dos días más tarde*

Con un millón de dólares como caídos del cielo, Chloe, sin Alan, que prefirió quedarse en el apartamento durmiendo, salió a la calle con la intención de renovar su documentación perdida e ir a una agencia de viajes a comprar un par de vuelos, no había decidido el destino, pero cuanto más lejos mejor.

Se enfundó en unos tejanos ajustados, una camiseta de algodón de manga larga y una cazadora tejana; el tiempo era agradable y también tuvo la necesidad de llevar unas gafas de sol que cubrieran parte de su cara, así como una gorra de los *Knicks* con la que intentó recoger su larga melena brillante. Pero el sol era solo una excusa. Su intención real era pasar desapercibida entre la multitud. Alan, después de desahogarse gritándole que había sido una estúpida, trató de tranquilizarla diciéndole que seguro que se había dejado el bolso en el bar. Pero ella recordaba cómo lo había dejado sobre la mesita de noche de Dempsey antes de introducir el somnífero en su copa de vino y, tras llevarse el dinero de la caja fuerte, no volvió a entrar en el dormitorio para llevárselo con ella.

«Imbécil, imbécil, imbécil», se dijo a sí misma esa mañana frente al espejo.

—Alan, por favor, ven conmigo... —le suplicó—. Me da miedo salir sola. Joder, Alan, despierta. Si el bolso está en casa de ese tío sabe quién soy. Llevaba mi documentación, un paquete de tabaco y un billete de veinte dólares. Veinte dólares —rio con pena pensando en el millón de dólares que Alan había escondido—. Alan...

—¡Déjame dormir, joder!

Alan emitió un gruñido y le dio la espalda.

Mientras Chloe avanzaba por las bulliciosas avenidas neoyorquinas en las que nadie se fija en nadie, aún podía sentir el manotazo que Alan, impulsado por la rabia, le había dado para que lo dejara en paz.

Chloe, paranoica, creía que todas las miradas iban dirigidas a ella, que todos los hombres con gorra eran de la secreta o que cada coche patrulla

aparcado en la acera la estaba esperando para proceder a su detención. Nerviosa, miraba de reojo en todas direcciones sin percatarse de que el auténtico peligro venía de frente, en el cruce de la Avenida Lexington con la noventa y cuatro, en la esquina donde se encuentra la floristería Citi Wide. Apenas le dio tiempo a reaccionar. El tipo, grande y atlético cuya capucha del anorak le cubría los ojos, le impidió el paso paralizándola, y accionó rápido el arma empuñándola contra su vientre. El impacto de bala no escandalizó a los viandantes que caminaban por la ruidosa zona; el criminal contratado por Frederick Dempsey pudo huir sin que su identidad fuese revelada. Cuando Chloe cayó abatida al suelo con la mano sobre su vientre ensangrentado, escuchó los pasos frenéticos de la gente que, a cada segundo que pasaba, parecían más y más lejanos.

—¡Llaman a una ambulancia! —chilló con desesperación un hombre, arrodillándose a su lado y sujetándola por la nuca al mismo tiempo que contemplaba con horror la sangre que manaba sin control del vientre de la mujer—. No te duermas, joven. Vamos, sé fuerte, no te duermas.

Los ojos de Chloe alcanzaron a ver el toldo verde de la floristería. Los latidos de su corazón se ralentizaron; la vista, tal y como sucede cuando estás a punto de morir, se le nubló. El dolor era insoportable pero, afortunadamente, duró poco. El ardor que sentía en lo más profundo de sus entrañas se convirtió súbitamente en frío. Un frío aterrador que la llevaba hacia lo desconocido, devolviéndola a la oscuridad a la que todos, tarde o temprano, nos tendremos que enfrentar.

SEGUNDA PARTE

Y una vez que la tormenta termine,
no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste.

Ni siquiera estarás seguro si la tormenta
ha terminado realmente.

Pero una cosa sí es segura.

Cuando salgas de esa tormenta,
no serás la misma persona que entró en ella.

De eso se trata la tormenta.

HARUKI MURAKAMI

Nueva Jersey

Enero, 2018

Hace diez meses volví a nacer. Eso es lo que dijo mi madre cuando desperté tras la operación. «Muy original», pensé. Pero estaba demasiado sedada para discutir. Por otro lado, me alegraba tenerla a mi lado después del sufrimiento que padeció cuando desaparecí de su vida como si también hubiera muerto junto a mi padre en aquel accidente de coche.

A pesar de haber perdido mucha sangre, la bala no llegó a tocar ningún órgano vital. Alojada debajo del estómago, lograron extraerla tras unas cuantas horas de operación en las que me sumí en un limbo oscuro del que apenas recuerdo nada. Me salvé de milagro gracias a la rápida reacción de un viandante al que no me cansé de darle las gracias la vez que vino a verme al hospital y, sin embargo, me he sentido más perdida que nunca sin Alan del que, como ya esperaba, no he vuelto a saber nada. Lo he llamado cientos de veces, pero se apresuró en cambiar de número. Es probable que no se acuerde de mí, que me haya sustituido por otra y que se haya ocultado en alguna isla paradisiaca con el dinero de mi última víctima. Ese maldito dinero manchado de sangre que casi me cuesta la vida.

El golpe de la realidad duele cuando has vivido feliz durante años en tu propia mentira. Cuando has sido incapaz de ver más allá y has permitido que te hicieran creer que eras alguien que en realidad nunca has sido. Esa que ves en el espejo no eres tú, nunca has sido tú aunque quisieran hacértelo creer cada día. Él fue quien me convirtió en esa desconocida que habitaba en mí aprovechándose de mi vulnerabilidad. A veces, cuando la extraña vuelve a visitarme, trato de ahuyentarla, pero es más fuerte y decidida; poderosa, parece estar empeñada en encontrar a Alan aunque para ello tenga que atravesar medio mundo y sea lo último que haga. Lo peor de todo es que me dejé manipular y, cuanto más me llevaba por donde él quería, más me gustaba, porque todo estaba bien si, en plena tormenta, miraba hacia abajo y hallaba su mano entrelazada a la mía. A día de hoy, las excusas de que era

joven o que él supo aprovecharse del mal momento que atravesaba tras la muerte de mi padre, no me sirven. No hay más ciego que el que no quiere ver. Si alguien te hace volar, asegúrate de caer de pie cuando te suelte. Porque te soltará.

Frederick Dempsey aparece por las noches en mis pesadillas. Siempre son las mismas. No es un sicario enviado por él el que me dispara a plena luz del día en una calle transitada por cientos de personas con prisas, sino el tipo trajeado de cabello cano y mirada de acero el que, con una sonrisa sádica, empuña el arma contra mi vientre hasta dejarme sumida en la oscuridad. «¿Y qué importa?», me digo a veces. Estoy viva. Viva y libre. Podría estar muerta o entre rejas; otra alternativa que la de pasarme el día mirando por la ventana sería peor, aunque no es fácil mantener el equilibrio cuando estás al borde del abismo, viviendo condenada a inventarte cada mañana la forma de luchar contra esta angustia que atenaza mis pensamientos más tétricos. Durante el día logro mantener alejados a mis fantasmas, pero son ladinos y vuelven a visitarme por las noches, cuando bajo la guardia y no puedo ahuyentarlos. Aún recuerdo la sensación de pánico que experimenté cuando en el hospital, mientras seguía recuperándome, se presentaron dos agentes. Pensé que me iban a detener ahí mismo pero, en lugar de eso, se mostraron muy amables nada más llegar. Me hicieron unas cuantas preguntas entre las cuales figuraban: «¿Pudiste verle la cara? ¿Tienes idea de quién ha podido ser? ¿Tienes enemigos, Chloe? ¿Algún exnovio resentido?». Mis respuestas consistían en monosílabos cobardes y absurdos; la mirada perdida y las lágrimas, tan bien ensayadas durante años, la muestra de que había sido la víctima de un psicópata que elige al azar.

—¿Quieres denunciar? —me preguntaron.

—¡Por supuesto! ¡Tiene que denunciar! —intervino mi madre, como si la pregunta fuera una estupidez, mientras yo, tragando saliva, negué lentamente con la cabeza—. ¡¿No?! ¿Te has vuelto loca, Chloe? Vamos a denunciar —asintió—. Solo basta con mirarla, agentes. Ese tipo está obsesionado con mi hija y es probable que, en cuanto se entere de que sigue viva, vuelva a hacerle algo. Dios mío, no quiero ni pensarlo.

—Señora, la decisión es de su hija.

—No voy a denunciar. Quiero volver a casa y olvidarme de todo —

decidí, con los ojos anegados en lágrimas de mentira.

Temo el día en el que Dempsey se entere de que sigo viva si es que no lo sabe ya. Tendría que haberle hecho caso a Steve, del que tampoco he vuelto a saber nada, cuando me dijo que era un tipo peligroso y que por culpa de Alan estábamos metidos en problemas. No le creí. Un tipo normal, conociendo mi identidad, me habría denunciado por haberle robado, nada más y nada menos, que un millón de dólares. Alguien peligroso como él, que, con total probabilidad, tenía todo ese dinero en casa debido a negocios turbios que no le interesaba que salieran a la luz, prefería tomarse la justicia por su mano con la maldad suficiente como para matar a alguien aunque fuera otro el que se ensuciase las manos. Esa fue y sigue siendo mi deliberación respecto a lo ocurrido hace diez meses. Eso, y lo que no quiero que se me pase por la cabeza una y otra vez... ¿Alan está vivo? Creo que soy mala persona al preferir que, de alguna manera, Dempsey también lo haya descubierto y se lo haya cargado. Duele demasiado pensar que solo me utilizaba para el negocio y que no sentía nada por mí.

A lo largo de esos cinco años infernales, conocí a personas que eran veneno. Aprendí a reconocer su aspecto, en parte gracias a Alan. La manera en que su sonrisa iba y venía sin llegar nunca a asomar a sus ojos, unos ojos como los de Dempsey, intensos y fríos que no reflejaban un alma. Esas personas podían parecer normales, pero era como si por dentro les faltara una parte vital, y siempre que veía ojos como aquellos, daba media vuelta y escapaba, guardándome las espaldas en la huida. Cuántas veces me he arrepentido de no haber sabido huir a tiempo de Alan y ver en sus ojos esa carencia de alma que sí descubrí en Dempsey cuando lo conocí.

Incapaz de volver a poner un pie en las calles de Nueva York, paso mis días alejada del mundanal ruido entre las cuatro paredes del 62 de Columbia Terrace, una idílica calle de Jersey con hileras de casas familiares. El momento más divertido del día es por la mañana. Haga frío o calor, salgo al porche con una taza de café humeante y un cigarro, me acomodo en la silla de mimbre y observo la rutina del vecindario: madres agobiadas gritando a sus hijos que se den prisa para llegar a tiempo hasta la parada del autobús que los llevará al colegio; la señora Clark, viuda desde hace tres meses y más aburrida que yo, si eso es posible, regando las plantas de su jardín; Jonathan

Lyons, un policía jubilado de setenta años que siempre, a la misma hora, da su paseo matutino como si aún estuviera patrullando por las calles de Jersey garantizando la seguridad; y él, Tim Roberts, al que conozco desde que era una niña y con el que mi madre se empeña en que tenga una cita.

—Él sí terminó la carrera de Medicina —me reprocha mi madre casi cada noche—. Es residente de la sala de urgencias del hospital Mount Sinai. Debe estar muy ocupado y es probable que ya salga con alguien o tenga cientos de mujeres revoloteando a su alrededor, pero no pierdes nada por pedirle una cita.

—Aún vive con sus padres —me quejo, sin que eso, dadas mis circunstancias, me importe en realidad—. Y no me gusta.

—¿No te gusta? ¿Un hombre alto, guapo, agradable y carismático no te gusta? ¿Qué has estado haciendo estos cinco años, Chloe? ¿Con quién has estado? No sé nada de tu vida, a veces creo que eres una completa desconocida. Lo peor de todo es que me dejaste sola en el peor momento —me reprocha siempre—. ¡En el peor! ¿Cuántas veces te llamé? ¿Cuántas veces te rogué que volvieras a casa y me ignoraste diciéndome que ya eras mayor para hacer con tu vida lo que te diera la gana? ¿Y qué hiciste con tu vida? ¡¿Qué hiciste?!

Con sus desplantes diarios, Irene, dolida, recoge su plato, lo deja en el fregadero para que sea yo quien lo friegue, y sube las escaleras para encerrarse en su habitación. Sé que mira la televisión hasta las dos de la madrugada y que por la mañana, cuando se levanta, normalmente a las siete en punto, tiene remordimientos de conciencia por cómo me ha tratado durante la cena después de un día cargado de tensión. Quizá por eso me deja preparado el café antes de irse a la peluquería que regenta en Bergenline Avenue. Es una suerte que esté tan ocupada. Me gusta estar sola en casa, y aunque se trate de mi propia madre, lo cierto es que nunca hemos conectado. He llegado a la conclusión de que las madres nunca se ajustan por completo a la idea que un hijo tiene de lo que debería ser una madre, y supongo que en el caso inverso sucede lo mismo. Demasiadas expectativas, ese es el problema.

—¡Eso te va a matar! —exclama desde la acera de enfrente una voz masculina que hace que deje de observar a la señora Clark, entretenida en sus quehaceres matutinos.

—Buenos días, doctor Tim —lo saludo, sin hacer un solo movimiento que le haga pensar que me voy a acercar a él.

Baja la mirada y sonrío frente a su coche, un BMW azul reluciente. Parece que las cosas le van bien. No entiendo por qué vive con sus padres si podría permitirse un apartamento en Nueva York, más cerca del hospital en el que me dijo mi madre que trabaja. Tim, al que no dejo de mirar desde la seguridad que me ofrece el rincón del porche con un par de setos que me ayudan a pasar desapercibida, me sorprende con su impulsividad al volver a cerrar la puerta del coche nada más abrirla, fijar su mirada de nuevo en mí y cruzar la acera para acercarse hasta donde estoy.

—Estaba pensando que hoy no tengo guardia en el hospital —empieza a decir, sujetando las llaves con una mano y acariciándose la nuca con la otra. Parece nervioso—. Esta noche, por fin, estoy libre —añade con una sonrisa, situándose a los pies de la escalera.

Me fijo en sus rasgos y en lo bien que va vestido. Mi madre tiene razón: ¿qué tiene de malo? Es alto y muy atractivo. Tiene una sonrisa bonita y los ojos de color avellana. Va bien afeitado y unos hoyuelos que a cualquier mujer enloquecería se asoman por sus mejillas cuando sonrío. No atisbo ni un solo tatuaje en su piel; Alan tenía veinticinco. Su mirada es sincera, se nota que es buena persona. Demasiado buena persona para mí.

«¿Que qué tiene de malo, mamá? —pienso—. Nada, no tiene nada malo, pero no es Alan».

—¿Y? —le provoco, para que se le quiten las ganas de hablar conmigo. Hace años, cuando íbamos al instituto, él un curso por delante del mío, recuerdo que estaba loca por sus huesos.

—Que te invito a cenar —propone—. Después del trabajo vengo a buscarte, abandonamos Jersey y reservo mesa en algún restaurante de moda de Nueva York. Me han hablado muy bien de uno que...

—Vaya —interrumpo, seca y distante—. Lo tienes todo muy bien ensayado, ¿no? Pero lo siento, no voy a volver a pisar Nueva York.

—Claro. Perdona, Chloe, pero te prometo que no te va a pasar nada. Debes superarlo.

—No te atrevas a darme consejos, Tim. Será mejor que dejes de intentar ser amable conmigo o pedirme una cita solo porque mi madre te lo haya dicho.

—Tu madre no me ha dicho nada —aclara—. Me gustas, eso es todo. ¿Tanto te cuesta entenderlo? Nos conocemos desde siempre y cuando... bueno, cuando pasó lo de tu padre y desapareciste... —balbucea—. Te he

echado de menos.

—¿Has estado esperándome cinco años? —me río.

—Tenía la esperanza de que volverías.

—¿Por eso sigues viviendo aquí, con tus padres?

—No, no es por eso. —Se aclara la garganta y vuelve a sonreír—. Mi madre cocina muy bien. Yo soy un desastre.

—No es buena idea lo de la cena.

—Eso es un no.

—Respuesta correcta.

Su sonrisa se desvanece en cuestión de segundos. Me dice adiós con la mano y, encogido para resguardarse del frío, vuelve a cruzar la calle hasta llegar a su coche sin volver la vista atrás.

«Has sido una completa imbécil, Chloe».

Nueva Jersey

Enero, 2018

Es domingo, y los domingos me doy el capricho de no salir de la cama hasta pasadas las once de la mañana. Mi aspecto debe ser horrible; hace tres días que no me doy una ducha y ni yo misma soporto el mal olor a tabaco y suciedad que desprende mi piel mal hidratada. Salgo de mi habitación a por una buena dosis de cafeína y nicotina. Nada más poner un pie en el pasillo, percibo el olor a café y a tostadas procedente de la cocina. Es agradable. Huele a hogar. El apartamento que compartía con Alan solía oler a marihuana y a tabaco, a whisky y a sexo desenfrenado. Lo teníamos todo desordenado y revuelto; no podíamos dar un solo paso sin tropezar con algo. No obstante, en esta casa, aún se me hace raro no ver a mi padre en la cocina leyendo el periódico con su inseparable taza de café, una que le había hecho yo con cinco años en la que ponía: «El mejor papá del mundo». Cuando llego al último escalón, me detengo al escuchar el tono de voz irritado de mi madre. Está hablando por teléfono. El tema de conversación soy yo.

—No hace nada en todo el día. Solo bebe café y fuma. Fuma sin parar. Hace tres días que no se ducha, por el amor de Dios. (...) Lo sé, lo sé. Paciencia. Pero han pasado diez meses desde entonces y aún no me ha explicado por qué desapareció así, de la noche a la mañana, dejándome sola con mi pena, y qué ha estado haciendo durante estos cinco años. (...) Está muy delgada. Mucho, no te imaginas cuánto. Me pregunto con quién ha estado y si se ha drogado. Si se ha metido en líos. Mi intuición me dice que sí, ¿sabes? Nadie va disparando así como así a nadie. (...) Oh, claro que sí, hay casos en los que ocurre, no estamos libres de los locos que andan sueltos por la calle, pero no deja de sorprenderme que precisamente a ella... (...) Nada, lo de Tim mejor olvidarlo, no ha funcionado. (...) La invitó a cenar y fue muy grosera con él. No sabes cuántas veces me he preguntado cómo sería Chloe si Michael siguiera vivo. Si ese día hubiese conducido él. Seguro que

podría haber evitado el accidente, ella era novata y no... (...) No, no estoy llorando, de verdad. (...) No, tampoco la culpo, ¿cómo voy a hacer eso, Lydia? Pero si ya de por sí nuestra relación nunca ha sido lo especial que se supone que debe ser entre una madre y una hija, imagínate ahora que está tan cambiada. No parece ella. A veces la miro y es una auténtica desconocida. (...) Siempre habéis tenido mucha afinidad. Te pareces mucho a Michael, puede que Chloe esté mejor contigo. (...) Sí, se lo voy a decir. (...) Muchas gracias. Un beso, Lydia, cuídate.

Contengo la rabia y me dirijo a la cocina.

¿Que no me culpa del accidente en el que murió mi padre? Mentira. Siempre me culpó. Yo también iba en ese maldito coche y, sí, es probable que si hubiera conducido él hubiese podido evitar el choque frontal que lo llevó a la muerte, y que a mí solo me causó unas magulladuras de las que me recuperé a los pocos días. De lo que jamás me voy a recuperar es de la culpa que aún siento y me hace sentir la mujer a la que abandoné cuando conocí a Alan la noche en la que me escapé de casa como si también hubiera muerto en aquel accidente en el que no me dio tiempo a esquivar al coche que vino de frente.

—Buenos días, hija.

Sin decirle nada, abro el armario, cojo una taza evitando mirar la de mi padre y me sirvo café frío.

—¿No vas a decirme nada? Está bien. He estado hablando con tu tía Lydia y hemos pensado que igual te conviene cambiar de aires. Me ha propuesto que vayas a Raventhorp. Podrías ayudarla.

Niego con la cabeza emitiendo una falsa carcajada al mismo tiempo que busco mi paquete de cigarrillos.

—Mi presencia te molesta, Chloe. Con tu tía siempre te has llevado bien y te mantendrás ocupada si la ayudas en el hotel. Dice que ahora es temporada baja, por lo que también podrás descansar, pero en tres meses empezarán a llegar los huéspedes y...

Cojo un cigarrillo y el mechero, la pierdo de vista y, antes de que siga diciendo tonterías que no quiero escuchar, salgo al porche. Me acomodo en la silla de mimbre y le doy un sorbo al café. Está frío, pero da igual. Sabe a gloria. El cielo azul me recibe gélido, a lo lejos suena el canto de los pájaros, el ladrido de un perro, los gritos de unos niños jugando, y me río de mí misma al pensar qué diría Alan si me viera así. Era de los que de pequeño

cogía una escopeta de balines para derribar a los inocentes pajarillos subidos a las ramas de los árboles como si fueran el peor mal del mundo. Tanteo la posibilidad de volver a marcar su número de teléfono, pero es inútil. Ya no le pertenece. Volvería a escuchar la voz de una mujer mayor cuyo saludo fue: «Grítame que estoy sorda».

—Chloe.

Irene abre la puerta y se sitúa frente a mí. Miro hacia el otro lado haciendo ver que no me doy cuenta de su presencia. Enciendo el cigarrillo. Exhalo poco a poco la primera calada, contemplando la extraña belleza de las volutas de humo que se deshacen en el aire frío de la mañana. Sigo ignorándola hasta que se agacha para que nuestros ojos queden a la misma altura y no tengo más remedio que mirarla. Entorpece mi amplio campo de visión.

—Es una buena idea. —De un momento a otro se le van a atragantar las palabras, la conozco bien. Suele decir que de tan fuerte que es no puede evitar romperse a veces y lo que no sabe es que en este preciso instante la entiendo. Yo también estoy rota. Siento un vacío, un malestar en la boca del estómago que no es más que el golpe de la culpa, esa vieja conocida. Me enfrento a sus ojos, del mismo color verde que los míos, y, mostrando indiferencia, le doy otro sorbo al café—. Greening Island es un paraíso. Justo lo que te conviene ahora, encontrar un poco de paz. No voy a volver a preguntarte qué has hecho durante todo este tiempo, pero quiero que sepas que, cuando te fuiste, no solo sentí que había perdido a tu padre, sino también a ti, hija. También a ti.

Ya está, se ha roto.

Se cubre la cara con las manos y empieza a llorar.

—Ojalá hubiera muerto yo en vez de papá. ¿Es eso lo que piensas cada día?

—¿Cómo puedes decir eso? No. No. ¡Claro que no! —se exaspera.

—Me sigues culpando —la provoco.

—Yo nunca te he culpado.

—Da igual, déjalo. No pienso irme a esa isla. Ni ahora, ni nunca. Me iré de aquí, claro. Te juro que no vas a tener que mantenerme toda la vida ni aguantarme mucho tiempo.

—Chloe, puedes quedarte el tiempo que quieras. Es tu casa. Hija, yo solo quiero lo mejor para ti, ¿no lo entiendes?

—El problema, mamá, es que no sabes qué es lo mejor para mí —

arguyo con desprecio—. Nunca lo has sabido.
«Papá lo sabría», me callo.

Nueva Jersey

Enero, 2018

Me estoy empezando a plantear hacer listas mentales para ocupar y planificar mejor mi tiempo. Puede que sea la fórmula mágica para que las cuatro paredes de esta casa no terminen volviéndome loca. Desde hace dos días, cuando mi madre tuvo la idea de que me fuera con tía Lydia a Greening Island porque no me soporta ni sabe qué hacer conmigo, imagino puestos de trabajo en los que me gustaría estar. Nunca se me ocurre ninguno. No me veo capacitada para otra cosa que no sea ligarme a tíos ricos y sacarles toda la pasta. Me doy asco. Lástima y asco.

También trato de anotar qué me gustaría estudiar, qué ciudades me apetece visitar y qué tipo de personas me convendría conocer. Sin embargo, lo único que obtengo son páginas y páginas en blanco. Una lista de *cosas por hacer* vacía. Alan no solo me alejó de mi madre cuando yo deseaba haber muerto en lugar de papá, sino también de mis amigas y de alguna que otra ilusión adolescente como Tim, que ahora me mira desde donde tiene aparcado el coche, sin atreverse a saludarme o a decirme lo perjudicial que es el tabaco para mis pulmones y riesgo sanguíneo. Arranca el motor y se aleja calle abajo en el momento en que la señora Clark sale de casa, pero esta vez no para regar las plantas, sino para unirse al paseo matutino de Lyons, el policía jubilado.

—Ni un año le ha durado el luto —me río.

Dejo el café sobre el alféizar de la ventana y bajo hasta la acera para ver qué ha dejado el cartero en el buzón hace cinco minutos.

Veo el montón habitual de sobres y publicidad y arriba del todo un sobre fino de manila, doblado para que encaje en el buzón. Lo saco todo, la vista fija en el sobre. Sin franquear, sin remitente, solo con mi nombre, escrito con rotulador negro, en letras mayúsculas: CHLOE.

Me quedo helada. Clavo la vista en el sobre, paralizada, y obligo a mis piernas a moverse, a que me lleven de vuelta al porche. Respiro hondo angustiada y entro en casa con la sensación de que el sobre va a estallarme en

la cara. Y es lo que hace cuando le doy la vuelta, introduzco el dedo bajo el precinto y lo abro: estalla, como si volvieran a empuñar una pistola contra mi cuerpo.

NO VOY A PARAR HASTA VERTE MUERTA

No puedo respirar.

No solo la amenaza, directa y concisa, me golpea con fuerza, también lo hace una fotografía en la que aparece Alan en compañía de una rubia despampanante saliendo de lo que creo que es un hotel. La fotografía, pese a estar disparada desde lejos, es nítida, y puedo ver cómo la mira y le sonrío tal y como hacía conmigo, al principio de lo nuestro, cuando quería salirse con la suya y me necesitaba.

Me necesitaba. Ya no me necesita. Tiene a otra.

Necesito apoyarme en la pared para no caer desplomada al suelo; la cabeza me da vueltas. Enseguida noto que se me encienden las mejillas y mi respiración se agita advirtiéndome que estoy a punto de sufrir un ataque de pánico como el que experimenté cuando, al despertar en la cama del hospital, me dijeron que mi padre había muerto.

Soy incapaz de vencer el vértigo que me produce la amenaza. Deseo con todas mis fuerzas retroceder en el tiempo e ir hasta el momento en el que Steve me advirtió que Dempsey era un tipo peligroso. Fui una estúpida al no hacerle caso por creer que no era más que otro pringado rico al que iba a estafar por sus deseos evidentes de acostarse conmigo nada más conocerme. Steve debía saber que Dempsey no era trigo limpio. Según Alan, estuvo trabajando como becario para él.

—Steve, joder, ¿qué viste?

«Estamos hasta el cuello y no sabes cuánto».

Esas fueron sus últimas palabras.

Cuando mi madre llega a casa, la decisión ya está tomada y la maleta hecha con solo un par de pantalones y tres jerséis. Dejé la ropa y mis pertenencias de lo que me parece otra vida en el apartamento que compartía con Alan así

que, por así decirlo, voy ligera de equipaje.

—Hija, ¿estás bien?

—No, mamá. Claro que no estoy bien.

Y el simple hecho de reconocerlo, hace que me quite un peso de encima.

—Tenías razón. Lo mejor que puedo hacer es cambiar de aires y siempre he tenido una relación especial con tía Lydia. Me voy a Raventhorp unos meses. Salgo mañana temprano, a las siete. Son tres horas y veinte minutos de vuelo y cuando llegue al aeropuerto de Bar Harbor me buscaré la vida, supongo que saldrá algún ferry hasta la isla.

—Tu tía estará encantada. Por lo que sé, no es fácil llegar hasta Greening Island y el ferry no pasa todos los días. Ahora mismo la llamo para decírselo y que le diga a Will que vaya a buscarte al aeropuerto.

—¿Quién es Will?

—Un empleado del hotel. ¿A qué hora llega tu vuelo?

—A las diez y veinte.

—Bien. Un segundo.

Acto seguido, desaparece de mi vista en busca del teléfono. Nunca hemos estado en Greening Island y no conocemos Raventhorp, el hotel que mi tía dirige desde hace diez años, cuando su marido murió de una inesperada aneurisma mientras dormía. La última vez que la vi fue en el funeral de mi padre. Estaba rota de dolor, tanto como cuando murió su marido. No puedo negar que siento curiosidad por la isla en la que vive y de la que siempre dice que aprecia y aborrece a partes iguales. Pero lo que me ha animado a buscar desesperadamente un vuelo de ida sin previsión de regreso, ha sido el recuerdo de las palabras exactas que definen su refugio: «Si no quieres que te encuentren, Greening Island es el lugar ideal».

—¿Quieres hablar con tu tía? —me pregunta mi madre, asomándose desde el vestíbulo. Niego con la cabeza—. No quiere hablar. (...) Sí, es genial. Por fin me hace caso en algo —oigo que dice, suspirando, mientras su voz se va alejando en dirección a su dormitorio.

Un nudo de ansiedad me estruja el estómago, necesito salir a tomar un poco el aire.

Nada más poner un pie en el porche y encender un cigarrillo, observo una silueta en la acera de enfrente, junto a la casa de la señora Clark. Me está mirando. La luz de las farolas no alcanzan a alumbrarle la cara, pero sé quién

es. Tiene la misma complexión que el hombre que me disparó en Nueva York. Es él, enviado por Dempsey. Empiezo a temblar sin control y entro en casa cerrando la puerta con llave y corriendo las cortinas para que no pueda invadir nuestra intimidad. Corro hasta la cocina para asegurarme de que la puerta que da al jardín también esté cerrada. Mi madre aparece y, hecha una furia, me advierte que ni se me ocurra fumar dentro de casa.

—Lo siento —consigo decir, apagando el cigarrillo con la suela del zapato.

—¿Pasa algo?

El corazón me late desbocado temiendo por su seguridad. No sabe quién soy. No sabe todo el mal que he causado, como si todos los tipos a los que robé se hubieran confabulado en un solo hombre, el más temido, que me va a hacer pagar caro la vida a la que Alan me arrastró. Por primera vez consigo odiarlo, algo que me obligué a hacer sin éxito cuando estaba en el hospital sin noticias de él. Cuando me abandonó a mi suerte importándole una mierda, como si jamás hubiera existido, como si nuestros cinco años se hubieran esfumado como la pólvora por culpa de aquel disparo que, tras sumirme en la oscuridad, me hizo ver la luz al despertar. Alan nunca me quiso. Siempre fui una parte más del plan.

Puede que si no le cuento nada a mi madre, esté a salvo. O puede que, precisamente por eso, provoque que esté en peligro. ¿Qué es capaz de hacer Frederick Dempsey por venganza? ¿Por un millón de dólares? ¿Matar a una madre inocente?

—Chloe, te he hecho una pregunta. ¿Pasa algo? —insiste, cruzándose de brazos.

No podría soportarlo. Si le pasa algo, me muero.

—Ven conmigo a la isla —propongo sin pensar.

—Te dejaré en el aeropuerto, pero no puedo irme a Greening Island, hija. Tengo mucho trabajo.

—Da igual, no lo necesitas. Ven conmigo, mamá —le suplico.

—Cariño, no es por desanimarte, pero Greening Island es el lugar más aburrido del mundo y yo necesito acción. Nunca he estado, pero eso es lo que dice tu tía y, por lo que he visto en *Google Maps*, no hay nada salvo Raventhorp, bosque, montaña y mar.

Minutos más tarde, cuando consigo desprenderme del temblor y el miedo, me

asomo a la ventana de la cocina. La silueta del sicario de Dempsey ha desaparecido. En su lugar, el coche de Tim aparca en el mismo punto donde se encontraba. Salgo disparada hacia el exterior sin que a mi madre le dé tiempo a preguntarme adónde voy, y, mientras me acerco a él, grito su nombre para retenerlo.

—Tim.

—¿Qué pasa? —me pregunta, retrocediendo un paso como si mi presencia lo incomodara.

—Me voy. Por favor, es importante que hagas algo por mí.

—Respira. Tranquila —murmura, colocando una mano sobre mi hombro.

—Vigila a mi madre.

—¿Por qué? Chloe, ¿en qué andas metida?

—Da igual. Tú, por favor, vigila su casa por las noches. Díselo a tus padres y, si veis algo raro, llamad enseguida a la policía.

—Está bien. Pero ¿está en peligro?

—No puedo decirte nada, Tim. Lo siento.

—Tu madre se pasa el día fuera de casa, en la peluquería. Nadie puede estar cuidándola las veinticuatro horas del día —arguye preocupado.

—Lo sé —murmuro, tratando de reprimir las lágrimas.

Incómoda, sonrío con pena mirando a mi alrededor sin saber qué más decir. Tim frunce el ceño, debe pensar que estoy loca. Esboza una media sonrisa y retira la mano de mi hombro. Parece estar pensando que lo mejor es mantener las distancias conmigo, que no soy de fiar.

—No te preocupes por tu madre. Estaremos pendientes —promete, aunque sabe tan bien como yo que eso no es suficiente.

—Gracias.

—Que te vaya bien vayas donde vayas.

—También a ti. Siento lo del otro día, no me pillas en mi mejor momento.

—Lo sé. Pero lo superarás. De todo se sale.

*Condado de Hancock**Enero, 2018*

Hace unas horas, cuando me he despedido de mi madre, he sido incapaz de llorar. Ella tampoco se ha mostrado muy cariñosa —nunca lo ha sido especialmente—, pero sigo con tal angustia de que Dempsey pueda hacerle algo para vengarse de mí, que no he podido sacarme de encima este nudo que atenaza mi garganta desde que me he subido al avión.

Aquí hace mucho frío. El vaho que sale por mi boca se entremezcla con el humo del cigarrillo mientras espero al tal Will que, en un principio, debería haber aparecido hace media hora. Tengo las manos congeladas; me gustaría no odiar tanto los guantes para llevar unos y evitar que se me gangrenen las puntas de los dedos que están adquiriendo un sospechoso tono azul.

Por puro aburrimiento, me llevo la mano al bolsillo del anorak y saco el colgante unido a una cadena de oro blanco que me entregó mi madre anoche.

—A tu padre no le dio tiempo a regalártelo. ¿Sabes qué es la amatista? Una piedra muy especial —empezó a explicar afligida, con el colgante entre sus dedos—. Es la piedra protectora que representa físicamente el rayo violeta alquímico de la transformación para el sexto y séptimo *chakra*. Neutraliza la energía negativa y libera la que está bloqueada. A nivel emocional aclara la mente, purifica y regenera los niveles de conciencia. Calma la rabia y favorece a la intuición. No recuerdo más, solo que tu padre llegó a casa emocionado hablándome de esta piedra como si fuera el tesoro más maravilloso del mundo. Dijo que te daría suerte. Toma, es tuyo.

Reprimí las ganas de llorar delante de ella y las dejé para cuando me encerré en mi habitación. No he dormido en toda la noche; era incapaz de apartar la vista de la ventana por si volvía a ver la silueta del sicario de Dempsey.

Ahora, mientras contemplo la piedra de color púrpura tallada en forma de lágrima que cambia a blanquecino según cómo le dé la luz, pienso en mi

padre y en lo decepcionado que se sentiría si viera qué rumbo ha tomado mi vida. Cómo lo he echado todo a perder. Tan emocionado debió estar con este colgante, como cuando le dije que quería estudiar Medicina, su sueño frustrado debido a los pocos recursos que tenían sus padres. Empezó a trabajar en una fábrica con solo quince años, a los veinte lo ascendieron a encargado, y a los treinta y siete a vicepresidente, olvidando todos los sueños que tenía cuando apenas levantaba un palmo del suelo. De lunes a viernes, se despertaba a las seis de la mañana para estar a las siete en la fábrica. Volvía alrededor de las cinco de la tarde, cansado y triste, por la carga que supone hacer algo a diario que no te llena. Un día, me hizo prometerle que sería constante en los estudios para encontrar un buen trabajo.

—No uno cualquiera, no todo vale. Un trabajo que te apasione —decía—. Los sueños no pagan las facturas, pero todo se vuelve más fácil cuando te dedicas a lo que de verdad te gusta.

«Lo siento, papá. Lo siento mucho».

—¿Chloe Ackerman?

—¿Sí?

Distraída, levanto la mirada y aparece ante mí un tipo muy grande de treinta y tantos años con aspecto alemán y unos ojos que, de tan azules, parecen casi transparentes. Lleva gorra, pero debajo de ella se intuyen unas greñas rubias del mismo tono que la frondosa barba que no afeita desde hace semanas.

—Siento el retraso, el mar está un poco revuelto hoy. Soy Will Scheider, me manda tu tía Lydia.

—Claro.

Le tiendo la mano pero, o bien no se ha dado cuenta, o es un mal educado. En lugar de estrechármela para no hacerme parecer una idiota, se agacha para coger mi triste maleta peso pluma, me da la espalda y emprende el camino en dirección al coche.

—¿Siempre hace tanto frío por aquí? —Un gruñido como respuesta—. ¿De qué parte de Alemania eres?

—¿Tanto se nota? De Fráncfort.

Como veo que no se le da muy bien conversar, decido callarme cuando llegamos al aparcamiento y me señala una pickup roja. Sin delicadeza, lanza mi maleta en la parte de atrás, y lo primero que hace cuando se sienta frente al volante es poner la radio. Emiten un especial de Elvis Presley, de esos en

los que te taladran la cabeza una y otra vez con las numerosas canciones a modo de homenaje de un artista fallecido. Cuando Will sale del aparcamiento suena: *Can't Help Falling in Love*.

—Me gusta Elvis —comenta, sin mostrar un ápice de entusiasmo.

—A mí me evoca a otros tiempos, como si viajáramos al pasado.

Esboza una sonrisa fugaz. ¡Bien! Sabe sonreír. Sus manos grandes y ásperas sujetan con fuerza el volante; parece que en cualquier momento vaya a arrancarlo de cuajo, pero su conducción es, curiosamente, cuidadosa y responsable. No tengo ni idea de dónde estoy ni cuánto tardaremos en llegar a Greening Island.

Miro por la ventana buscando algo de distracción. El paisaje es monótono, con hileras interminables de árboles a ambos lados de la carretera comarcal. Todo muy provinciano cuando nos cruzamos con un par de tractores y un rebaño de ovejas.

—Tardaremos una media hora en llegar al embarcadero —me informa, adivinando mis pensamientos—. ¿Te mareas?

—No, voy bien.

—Me refiero en barca.

—No lo sé —contesto, encogiéndome de hombros—. Hace muchos años que no me subo en una, pero en las de Central Park no me mareaba —recuerdo.

—Ya.

No me siento incómoda, agradezco el silencio al que durante tanto tiempo me acostumbré. Alan hablaba poco y, cuando lo hacía, solo era para darme órdenes, así que, en cierto modo, es como estar en casa. En una casa a la que, por otro lado, no se me ocurriría volver.

No he visto ni una sola casa desde que salimos del aeropuerto, pero reprimo mis ganas de preguntarle a Will si hay vida. Imagino que la hay, pero está muy escondida, como si este frío endemoniado fuera ácido para la piel.

Will ha sido preciso cuando me ha informado de la distancia que hay del aeropuerto hasta el embarcadero, situado al noreste de Harbor. Treinta minutos. Al final del trayecto, los árboles y los prados, verdes como si estuviera continuamente lloviendo, han sido sustituidos por mar y lujosas mansiones de piedra grisácea.

Un hombre mayor nos recibe sentado sobre el muro de piedra que hay debajo de una colina. Inclina la cabeza a modo de saludo. Will coge mi

maleta, le entrega las llaves de la pickup, y le dice adiós. Caminamos unos metros por una zona fangosa; el alemán me comenta que mis deportivas no son adecuadas para el terreno que pisamos. Me limito a encogerme de hombros y a pensar que ya las limpiaré. Enérgico, me ayuda a saltar sobre una lancha motora y arranca sin la delicadeza que me ha demostrado frente al volante. Cinco minutos más tarde, estoy mareada y me alegra no haber ingerido ni siquiera un café; lo devolvería al mar.

—Esto no es como una barquita en Central Park —ríe sarcásticamente.

Los veinte minutos que tardamos en llegar a la isla se me hacen eternos. Con razón tía Lydia dice siempre que llegar hasta aquí es una odisea, pero hasta yo, que no tengo gusto arquitectónico, me maravillo al contemplar la fachada blanca de Raventhorp. Los arbustos a su alrededor crean rincones ocultos junto a muros de piedra cubiertos de hiedra y de otras plantas trepadoras. Hay varios maceteros con rosas, azaleas y plantas aromáticas que huelen de maravilla. Hechizada por la belleza de la recóndita isla, miro al horizonte donde se extiende montaña y mar.

—He oído hablar mucho de ti —murmuro.

—¿Has dicho algo? —pregunta Will desde las escalinatas de la entrada, donde nos recibe un portón de madera pintado de azul, a juego con las contraventanas de los ventanales que se suceden a lo ancho de las cuatro plantas con una torreta a la derecha.

—Nada. No he dicho nada.

*Greening Island**Enero, 1928*

George se ha convertido en mi mano derecha; Madison, la joven de sonrisa luminosa, ocupa la recepción encargándose de las reservas que van llegando a cuentagotas; Henry, el cocinero, se pasa el día experimentando nuevos platos y Anne suele estar ocupada con las tareas de la limpieza hasta que lleguen refuerzos en temporada alta. Tengo tiempo de sobra para descubrir si ocultan algo turbio hasta ver cómo se llena de huéspedes este lugar solitario perdido en medio de la nada.

Mi rutina diaria al despertarme consiste en bordear la isla corriendo. Correr me hace sentir vivo y me mantiene en forma. Salir de las cuatro paredes de Raventhorp me ayuda a estar cuerdo pese a saber que estas serán las únicas personas a las que veré en tres meses y, entre ellas, no hay ninguna Chloe. No la olvido. ¿Cómo olvidar a alguien que se evapora delante de tus ojos? ¿Qué es lo que pasó? ¿De dónde vino? Rememoro una y otra vez la escena, especialmente cuando me sitúo en el mismo punto, en el pasillo de la segunda planta frente a la puerta de mi dormitorio. Es como si pudiera volver a mirar de frente esos ojos verdes penetrantes y asustadizos que me retaban a darle una respuesta. La misteriosa mujer ha sido un pensamiento constante; una presencia fugaz, casi velada, que consiguió instalarse en mi cabeza y no parece, a día de hoy, que tenga intención de marcharse.

—Chloe —les dije a los empleados esa misma noche a la hora de la cena—. Muy alta, casi como yo. Ojos verdes, delgada y pelirroja.

Los cuatro se miraron. Traté de estudiar sus expresiones faciales, de lo más insulsas, que no me dijeron absolutamente nada.

—A veces ocurren cosas raras por aquí —comentó George sin darle importancia—. Lugares viejos, con historia... fantasmas, dicen. Pero no me suena de nada una mujer de estas características y mucho menos con ese nombre.

—En la lista de huéspedes no aparece ninguna Chloe —añadió Madison.

Por supuesto que no aparecía ninguna mujer llamada Chloe. Los dos únicos huéspedes que había eran dos ancianos decrepitos en busca del oasis de tranquilidad que ofrece Raventhorp, especialmente en invierno. ¿Fue una alucinación? Las personas cuerdas saben que tienen alucinaciones. Quienes sufren una enfermedad mental no lo saben, por lo que el hecho de creer que fue una alucinación me tranquiliza. Mi mente, en situaciones de estrés, me ha jugado malas pasadas, no lo niego, pero no creo en fantasmas y la confusión viene dada, quizá, porque fue una alucinación real. Aun así, sigo sin entender qué ocurrió realmente.

De regreso al hotel, encuentro a George cortando leña.

—¿Qué es lo que no sabes hacer, amigo? —le pregunto animado, sintiendo los latidos de mi corazón ralentizarse tras el entrenamiento matutino.

—¿Necesitas algo, Isaac?

Niego con la cabeza.

Madison me recibe en recepción con esa sonrisa que podría derrumbar un muro si así se lo propusiera, y subo hasta mi dormitorio a darme una ducha fría para desentumecer los músculos. Frente al espejo, unos ojos color miel me devuelven la mirada. Están cansados, hartos de vivir en una constante mentira bajo una fachada que siento que, cuanto más tiempo pasa, menos me pertenece. No me gusta. No me gustan los espejos. El espejo es el elemento más incómodo en una estancia. Lewis Carroll^[1] se vio obligado a ponerle fantasía y meter a Alicia en sus maravillas. Los Hermanos Grimm encerraron a una bruja lasciva en el reflejo.

No. No me gustan los espejos.

*Greening Island**Enero, 2018*

La recepción de Raventhorp es acogedora; huele a flores y a madera. Los techos son altos, con vigas restauradas que conservan su capa original y ángeles dibujados al fresco que custodian todo cuanto ocurre aquí abajo. Las paredes oscuras están recubiertas de papel floreado con fotografías en blanco y negro que hablan de la historia del lugar. A mi derecha, junto a las escaleras, se encuentra un inmenso salón que se abre a los jardines con una secuencia de ventanales abiertos donde ondean cortinas blancas. Se vislumbran los arbustos que crean rincones ocultos junto a los muros de piedra cubiertos de hiedra y plantas trepadoras que no impiden ver, al horizonte, el mar revuelto que nos ha traído hasta aquí.

—¡Chloe, bienvenida a Raventhorp! —exclama tía Lydia, saliendo de un arco situado a la izquierda de recepción, junto a unos viejos sofás Chester que hay frente a la chimenea. Me acerco a ella; no ha cambiado nada desde la última vez que la vi. Durante un minuto, puede que más, me dejo envolver en el vaivén de su cariñoso abrazo.

Tía Lydia tiene sesenta años, cinco menos de los que tendría mi padre ahora. Su sonrisa, encantadora y jovial, la hace parecer una chiquilla con esos ojos vivarachos de color azul cielo. Luce una melena pelirroja corta y rizada, más larga por delante que por detrás, que enmarca su cara redonda y pecosa con unos mechones hasta la barbilla. Es tan alta como yo, con las caderas anchas y un busto generoso, y va vestida con una blusa verde y unos pantalones negros holgados.

—A ver, deja que te vea... No sé qué dice tu madre sobre que estás muy delgada —ríe—. Ya quisiera yo perder unos cuantos kilos y estar como tú.

—Estás genial.

—Will, muchas gracias por traérmela sana y salva. ¿Puedes cortar un

poco de leña, por favor? Se nos está acabando.

Will responde con un gruñido. Pensaba que solo lo hacía conmigo, molesto por salir de la placidez de Greening Island para venir a buscarme hasta el aeropuerto. Pero no, parece ser así hasta con la jefa.

—Esto es precioso —comento, mirando abrumada a mi alrededor y, muy especialmente, al techo del vestíbulo, que presume de unos majestuosos frescos antiguos con ángeles alrededor de un cielo azul. Ángeles. Como las esculturas de The Tippler, el lugar donde empezó la pesadilla.

—Te enseñaré el hotel. Tengo tu habitación preparada, es la de la torreta, la suite de Raventhorp, pero será tuya hasta que no sea temporada alta.

—Me conformo con cualquier habitación.

—Deja, deja. Esa es la mejor y quiero que la tengas tú. Al lado está mi despacho, donde paso la mayor parte del tiempo con la facturación. En temporada baja este hotel me lleva a la ruina, pero la temporada alta lo compensa todo. Tengo que presentarte a Marion, nuestra cocinera, y a Laura, que suele estar en recepción pero también se encarga de la limpieza hasta que llegue Susan en abril. Tiene más o menos tu edad, así que seguro que os lleváis bien.

—Quiero ser útil.

—Bueno, por el momento descansa. El viaje es largo; llegar aquí, como digo siempre, es una odisea. ¿Tu madre está bien? Tenemos que llamarla.

Espero que esté bien. Espero que Dempsey no cargue su rabia contra ella y que el hecho de haber huido hasta aquí no la haya puesto en peligro. Por supuesto, mis pensamientos son silenciosos y, en lugar de hablar, me limito a asentir y a mostrar una falsa sonrisa delante de mi tía.

Después de la conversación con mi madre, más larga de lo que preveía, tía Lydia me enseña las estancias del hotel con orgullo.

—Diez habitaciones en la segunda planta y otras diez en la tercera. Todas, como ves, tienen la misma estética victoriana con chimenea en cada dormitorio y cuarto de baño privado. Conservan su antigüedad; solo la grifería es nueva. Las bañeras son muy placenteras, tienen patas torneadas rematadas con la forma de una hoja —explica—. Los suelos son de terracota, aunque yo haría una reforma y los pondría de madera, para que sean más cálidos en invierno, pero no me llega el presupuesto. Los dormitorios del

pasillo que dan a la derecha tienen vistas al mar; los de la izquierda, al bosque, que también tiene su encanto. A los clientes les fascina este sitio y algunos, aunque esto esté perdido en medio de la nada, repiten. Lo definen como un oasis de tranquilidad.

—Ya veo. ¿Qué hay en la cuarta planta? —quiero saber, mirando con curiosidad la escalera de piedra que se eleva en un hueco escondido junto a la habitación número veinte del tercer piso.

—Una biblioteca. No he entrado nunca, no se puede. La entrada está tapiada.

—¿Tapiada? ¿Por qué?

—No tengo ni idea. Su anterior propietaria tampoco tuvo interés en tirar abajo el muro porque, según ella, era espacio sobrante que daba más trabajo, así que he seguido sus pasos —resopla—. Ya tenemos un estante con unos cuantos libros en recepción, no hace falta una biblioteca entera, pero debe ser bonita. ¿Has visto la claraboya con forma piramidal que hay en el tejado? —Asiento y, sin venir a cuento, un nudo de ansiedad me estruja el estómago haciéndome sentir unas nauseas que, tan pronto como vienen, se van—. Pues esa claraboya proviene de ahí. Una pena. ¡Oh, Laura! —exclama, deteniendo a una joven que ha aparecido por el pasillo—. Te presento a mi sobrina Chloe.

Laura es joven, bajita y delgada, de ojos castaños y melena rubia recogida en un moño alto que, con cara de desconcierto, me saluda esbozando una amplia sonrisa.

—Encantada, Chloe. Voy a estar un rato en la cocina, Lydia. Marion quiere preguntarme no sé qué del menú de primavera.

—Últimamente está un poco rara. Mal de amores, diría yo —susurra divertida tía Lydia cuando Laura se aleja por las escaleras—. Laura lleva tres años trabajando aquí, desde 2015. No tiene familia; Raventhorp es su hogar. Es muy buena chica, ya la conocerás mejor.

Echo un último vistazo a la escalera de piedra que conduce a la biblioteca tapiada y, como si se tratase de un acto reflejo, introduzco la mano en el bolsillo de mi anorak para coger el colgante con la piedra de amatista que quiso regalarme mi padre.

—Es precioso. ¿Por qué no te lo pones? Te ayudo.

Le hago caso y me desprendo del anorak, lo cual es un alivio porque en el interior del hotel hace calor.

—Amatista. La piedra de la protección —murmura—. Buena elección.

Siento la cadena fría alrededor de mi cuello y, en tan solo un segundo, el colgante se fusiona con mi cuerpo. Pienso en la posibilidad de no desprenderme nunca de él.

«Protección». De veras quisiera creer que posee poderes mágicos.

—¿Cuál es la historia de Raventhorp? —me intereso, bajando las escaleras detrás de tía Lydia.

Observo las fotografías en blanco y negro colgadas cronológicamente en el hueco de la escalera. Muestran el lugar desde la colocación de su primera piedra hasta grupos de personas, empleados, supongo, mirando al objetivo durante el transcurso de los años.

—Terminó de construirse en 1882, pero no se sabe por quién —empieza a explicar con vehemencia—. Es uno de los misterios de Raventhorp, cuyo nombre viene por la primera familia que habitó aquí en 1890. Los Raventhorp duraron poco; en 1900 se cansaron del lugar y lo vendieron a un tal Button, un rico australiano que lo dispuso todo para que fuese un hotel. Por aquel entonces, era la única casa en Greening Island y, aunque la idea tuvo éxito al principio, en 1910 se lo traspasó a Collen, otro empresario adinerado que ya tenía negocios hoteleros en Nueva York y en la zona montañosa de Colorado. Nunca estaba por aquí, siempre dejó el hotel a cargo de otra persona con una curiosa excentricidad: cada año, durante la temporada alta de abril a septiembre, venía un director nuevo —comentó, frunciendo el ceño y señalando algunas de las fotografías en las que aparecen los empleados de la época junto a un hombre bien vestido en el centro, cada año uno distinto, los supuestos directores de Raventhorp de cada temporada—. Sin embargo, en abril de 1928 ocurrió algo espantoso.

—Lydia, ¿qué hago con esto? —interrumpe Will, seguido de un cachorro mojado que deja atónita a mi tía.

—¿Cómo ha llegado este perro hasta aquí?!

—Ha aparecido corriendo desde la playa.

—Está empapado, pobrecito.

Conozco el amor de mi tía hacia los animales y sé que, aunque en una de las placas ponga «Prohibido animales en el interior del hotel», va a enviar al cuerno la norma de Raventhorp. Se acerca a él, es un cachorro de Labrador Retriever blanco, y le pide una toalla a Laura que, en ese momento, se ha dejado ver saliendo del arco donde se encuentra la cocina y los dormitorios

para los empleados. Laura obedece y desaparece en el acto para regresar con una toalla que le entrega a tía Lydia. Esta se apresura en cubrir al cachorro acunándolo entre sus brazos como si fuese un bebé.

—¿No es precioso? Will, arranca ahora mismo la placa donde pone prohibido animales.

Will responde de nuevo con un gruñido mirándome de reojo y yo, cansada del viaje, observo la escena desde el umbral de las escaleras como una mera figurante. Doy un paso atrás para subir a mi habitación a darme una ducha, a ver si me espabilo un poco y cesa el mareo que me ha provocado el viaje en lancha.

—Chloe, en media hora comemos en el salón —me avisa mi tía, sin dejar de mostrarle afecto al cachorro.

Me adentro en la habitación número uno, la de la torreta. Es preciosa y me embriaga un reconfortante aroma a mar. Una cama con dosel y colcha floreada me recibe acogedora; la chimenea encendida, su luz parpadeante sobre las superficies lustrosas. Junto al ventanal hay un butacón granate en el que me acomodo a fumar un cigarrillo.

Necesito olvidar el motivo por el que estoy aquí.

Miro mi móvil. Hay poca cobertura, pero la suficiente para comprobar que no he recibido ningún mensaje y que es posible que Dempsey no tenga mi número.

Acaricio mi vientre, en la zona donde está la cicatriz del disparo provocado por el sicario al que vi anoche en Jersey. Tengo miedo. Miedo de que nadie pueda evitar que le hagan daño a mi madre. Es lo único que me queda. Si le pasara algo por mi culpa, ¿qué iba a hacer yo?

—No puedes vivir huyendo constantemente —me digo en voz alta, arrojando el cigarrillo consumido a las llamas del fuego de la chimenea y dirigiéndome al cuarto de baño para darme una ducha caliente. A ver si así se me aclaran las ideas.

Entro en la estancia y me quedo mirándola con medio cuerpo apoyado en el marco de la puerta. La bañera es una preciosidad, con patas torneadas rematadas con la forma de una hoja exactamente como la ha descrito tía Lydia. El lavabo es doble y muy antiguo, aunque la grifería se ve nueva. De la pared cuelga un espejo que me devuelve mi reflejo cansado y, a cada lado,

hay un aplique de metal con tres brazos de los que penden toallas blancas.

—¿Dónde demonios se ha metido Laura? —pregunta tía Lydia en recepción, mirando a su alrededor. El cachorro, al que aún no ha puesto nombre, está a su lado, escondido tras el mueble de roble oscuro—. Siento pedírtelo, Chloe. ¿Podrías llevarle estas toallas a la señora Peterson? No puedo separarme del cachorro, si no está conmigo le entra ansiedad.

—Pensaba que no había huéspedes.

—Sí, a la señora Peterson, una ejecutiva estresada de Boston, le gusta venir un par de días en temporada baja. Está en la habitación número cinco, la que queda al final del pasillo de la segunda planta.

Cojo las toallas y subo las escaleras en dirección a la habitación número cinco. En cuanto inicio el breve recorrido por el pasillo, me empiezo a sentir mareada, como si todavía estuviera a bordo de la lancha motora. Cierro los ojos un segundo y apoyo la espalda contra la pared. Cuando levanto la vista, me da la impresión que una nube gris se ha apoderado del pasillo, otorgándole una oscuridad lúgubre y tenebrosa. La luminosidad de las habitaciones y la que Raventhorp posee desde el exterior, no se corresponde con este pasillo asfixiante.

—Estás agotada... estrés postraumático, diría el doctor —me digo a mí misma en voz alta.

Sigo caminando y, cuando me sitúo frente a la puerta de la habitación, doy dos golpes secos.

—¿Señora Peterson? —insisto, después de esperar unos segundos. Vuelvo a tocar asegurándome de que es la habitación correcta, pero no parece que esté. Igual ha salido—. Señora...

No me da tiempo a decir su apellido. La puerta se abre un poco, suficiente para permitirme la licencia de entrar. Las cortinas están corridas, apenas puedo ver nada, y pensar que la señora Peterson se encuentra oculta detrás de la puerta me da muy malas sensaciones al percatarme de que la luz del cuarto de baño también está apagada.

—Le dejo las toallas sobre la cama, señora Peterson —informo, avanzando hasta la cama para cumplir mi misión.

—De señora tengo más bien poco, joven —responde desde detrás de la puerta una voz masculina con acritud.

—Perdone. Debo haberme equivocado —me disculpo, retrocediendo hacia la salida, sin poder ver bien la cara de mi interlocutor. Percibo que es un hombre mayor, de escaso cabello cano y espalda encorvada. Se ríe, emite un gruñido y, con un gesto que se me antoja despectivo, me obliga a salir. Por una milésima de segundo se me ocurre que puede ser Will, que ha querido gastarme una broma pesada.

Me quedo quieta con la mirada perdida en la puerta con la placa dorada que indica que, efectivamente, he entrado en la habitación número cinco. Confusa, cuando me doy la vuelta para volver a recepción y explicarle el incidente a mi tía, veo aparecer por las escaleras a un hombre. Lleva una maleta de piel marrón que deja en el suelo. Absorto en sus pensamientos, se detiene frente al primer dormitorio del pasillo, el que identifico como el mío, el de la torreta. No puedo negar que, desde la distancia que nos separa, su presencia, alta y fuerte, me resulta intimidante cuando, después de dar un paseo y mirar por el hueco de las escaleras que conducen a la planta de arriba, clava sus ojos en mí. Parece tan extrañado como yo. Me asusta el hecho de no reconocer su vestimenta como actual; es más acorde al estilo de las fotografías de otros tiempos que he visto hace unas horas en las paredes de la recepción de Raventhorp. «No puede ser real —pienso—. Es una alucinación. Muy buena e intensa, pero no es real», trato de convencerme, con el corazón latiéndome a un ritmo endemoniado que me embota los oídos.

El hombre, no mucho más mayor que yo, viste una camisa blanca cubierta casi en su totalidad por un chaleco negro y, sobre su brazo, sostiene un chaquetón grueso de color gris. De cabello negro como el azabache, lo lleva peinado y engominado hacia atrás con la raya al lado sin un solo mechón suelto. Tiene los ojos rasgados, de un color miel luminoso e intenso. Me quedo petrificada, sin saber qué hacer, mientras me sigue mirando en silencio con una mezcla de asombro y curiosidad, como si fuera digna de estudio o un fantasma aunque, empiezo a pensar, que puede que la visión sea él. Definitivamente me estoy volviendo loca cuando percibo que va a empezar a hablar. Su tono de voz suena grave y varonil. Me recuerda a Alan.

—Perdone, ¿usted es?

Aunque hace escasos segundos creía que no iba a poder articular palabra ni a recordar mi nombre porque nunca imaginas cómo va a ser un primer encuentro con un fantasma ni cómo demonios vas a reaccionar, consigo contestar con fingida naturalidad sin que me tiemble la voz.

—Chloe.

Lo que viene a continuación me acaba de trastornar del todo y es muy difícil achacar algo así a un simple cansancio. Antes de que pueda hacer o decir nada más, veo cómo mis manos empiezan a desintegrarse.

Regresa el mareo, más intenso que el de antes. Todo se vuelve borroso, oscuro, como si una bala volviera a atravesar mi piel, por lo que doy un paso atrás, inquieta, y el fantasma, con los ojos muy abiertos, levanta una mano.

—Espere —le oigo decir.

Su voz suena cada vez más lejana y débil pese a tenerlo delante de mí. Aunque lo veo todo angustiosamente borroso, eso no me impide fijarme en cómo el hombre empieza a difuminarse y a desvanecerse ante mis ojos, reduciéndose a una sombra. Las paredes del pasillo se mueven; el suelo crea unas ondas que parecen querer engullirme. El fantasma, que ahora es una silueta oscura, sigue con la mano tendida, como si quisiera retenerme con él, pero, súbitamente, ya no está y el mundo vuelve a la normalidad.

De nuevo, se apodera de mí el instinto y la necesidad de acariciar la piedra de amatista. Pienso que puede tener algo que ver o que, tal y como desde principios de los tiempos ha temido el ser humano, existen los fantasmas y son capaces de venir a visitarnos desde el otro lado.

—Pero la que has desaparecido eres tú —razono en voz baja, observando mis manos que, hasta hace poco, eran partículas difuminándose en el aire.

—¿Todo bien? —me pregunta tía Lydia, apareciendo por las escaleras seguida del cachorro—. Estás blanca como la pared. ¿Qué ha pasado? Me ha llamado la señora Peterson diciéndome que no has ido a entregarle las toallas. ¿Dónde están? —Hace una pausa. Soy incapaz de hablar. Ni siquiera puedo moverme—. Bueno, no pasa nada. Descansa, ya se las llevo yo.

—Espera —la detengo, antes de que se dirija a la habitación número cinco—. ¿Qué pasó en este hotel?

*Greening Island**Enero, 1928*

Por las noches, cuando me encierro en mi dormitorio, aguzo el oído, que quedo un rato atento a las voces de los empleados entrelazadas como un coro de grillos, suaves como dedos sobre mi cabello. Suelo quedarme dormido casi al instante, pero tengo el sueño ligero. En algún momento de la noche me desvelo, como si alguien susurrara palabras ininteligibles desde el pasillo.

Me despierto a las tres de la madrugada sobresaltado y sudando. Lanzo la manta al suelo, pero dentro de mi cabeza persiste la pesadilla. Gritos de cadáveres tendidos en el salón arrasado por las llamas de un fuego que ha aparecido de la nada. La mujer pelirroja de pie en el centro de la estancia; el fuego no la toca. Pero no ha sido más que eso, una pesadilla, un mal sueño del que, por suerte, he despertado.

—¿Isaac? —pregunta Madison dando golpes a mi puerta—. Isaac, ¿estás bien? —insiste.

Me levanto con dolor de cabeza, martillos taladrándome el cerebro, y le abro. Mala idea viendo que se ruboriza cuando me ve con el torso desnudo.

—Lo siento, no quería molestarte, Isaac. Padezco de insomnio, así que he subido hasta la biblioteca y te he oído gritar.

—¿He gritado? No me he dado cuenta, lo siento. Solo ha sido una pesadilla.

—Si necesitas cualquier cosa... —murmura, mirando al suelo y pestañeando repetidas veces en un alarde de lo que me parece un tímido coqueteo.

—Estoy bien, gracias. Descansa.

Cuando estoy a punto de cerrar la puerta, Madison me lo impide. Su actitud cambia repentinamente; pasa de la coquetería tímida e infantil a mostrarse segura de sí misma e intimidante. Me desafía con la mirada y, en un tono de voz sereno, añade:

—De veras, Isaac, para cualquier cosa que necesites, estoy aquí.

Asiento tragando saliva. La propuesta, en caso de estar en lo cierto, es una tentación, pero no estoy aquí para flirtear con una empleada por muy dulce y atractiva que me parezca. Estoy aquí para salvarla, a ella y al resto, de algo que, todavía, me resulta un misterio. Una de las claves para obtener un buen resultado en mi trabajo es evitar las tentaciones y centrarme en lo que de verdad importa.

Oigo cómo baja las escaleras y aprovecho para salir del dormitorio mirando a ambos lados del pasillo por si me encuentro con alguien más. Todos duermen en la planta de abajo y ya no hay huéspedes, por lo que, salvo Madison, no hay una sola alma despierta por aquí. No hay peligro. Subo en dirección a la tercera planta y corro hasta el final del pasillo hasta situarme frente a las escaleras de piedra que conducen a la biblioteca. Al entrar, una amplia sala con forma circular me recibe más fría que el resto de las estancias del hotel, como si nada de lo que hubiera aquí le perteneciese a la edificación. De suelo de madera pulida y quejumbrosa por el paso del tiempo, las paredes de piedra están ocultas tras las altas estanterías repletas de libros polvorientos, en su mayoría clásicos de la literatura de los siglos XVIII y XIX. Los ejemplares que están en lo alto del todo, llegando casi al techo, pueden alcanzarse gracias a una escalera de caracol protegida por una barandilla negra de hierro forjado afilegranada con rosas y motivos vegetales. La claraboya acristalada de forma piramidal se apodera del techo majestuoso con frescos similares a los de la recepción. La panorámica del cielo nocturno estrellado parece de cuento.

Me sitúo en el centro tratando de ver algo fuera de lo normal. Madison ha estado aquí, pero no parece haber tocado nada. Camino atento a mis pisadas por si algún tablón de madera está suelto y me puede indicar dónde está el tesoro que todos ansían, el secreto que ha permanecido oculto entre estas paredes desde su creación; sin embargo, la biblioteca, este lugar especial, silencioso y casi invisible, no parece que me vaya a dar ninguna pista sobre lo que de verdad estoy haciendo aquí. Por el momento, seguirá siendo un misterio.

Sin querer, sigo reteniendo en mi mente la pesadilla. Es tan nítida y real que casi da miedo por si se tratase de una premonición. No sería la primera vez. En cualquier caso, ¿qué hacía Chloe en ella? La misteriosa mujer se esfumó delante de mis ojos el día que llegué. ¿A dónde diablos fue? Antes de

venir, mi superior me advirtió que este hotel era un tanto especial. Que se construyó sobre lugar sagrado, algo que sus primeros habitantes percibieron, y se asustaron tanto, solo Dios sabe el porqué, que decidieron abandonar la isla para siempre. Nunca dijeron qué fue lo que vieron para huir despavoridos dejando parte de sus pertenencias. Una isla desierta e idílica que oculta un tesoro custodiado por Raventhorp, edificación que pareció surgir de la nada, porque nadie sabe quién fue la persona que la construyó.

—Pero ¿qué hay? —insistí en la reunión previa a la misión.

Delante de mí se encontraba McCarthy, mi superior. La sede central del servicio secreto se encuentra en la biblioteca Widener, en Massachusetts. No obstante, los superiores suelen reunirse con sus subordinados en sótanos ocultos que utilizan clandestinamente en todo el país. Si mal no calculo, deben haber unos treinta. Esa tarde nos reunimos en su lúgubre despacho ubicado en un sótano de un edificio de oficinas de la administración pública al sur de Manhattan. Había un escritorio de nácar en el centro, con varios cartapacios de cuero bien ordenados, un cenicero, puros, un tintero, un candil y una araña de cristal como pisapapeles. Las cuatro paredes estaban iluminadas por candelabros y cubiertas por cortinaje y un frisón de madera tallada.

—Se llamará Isaac Hamsun. —McCarthy me tendió la documentación ignorando mi pregunta—. Siga entrenando; le necesitamos fuerte. Lleve el arma siempre con usted, no se separe de ella porque pueden aparecer en cualquier momento y debe prohibir que se lleven el tesoro de Raventhorp. Ese tesoro debe permanecer ahí —recalcó, misterioso, velado por halos de humo que se suspendían en el aire.

—¿Qué tesoro? ¿Quiénes pueden aparecer en cualquier momento? Al menos dígame a qué o a quiénes me enfrento.

Estoy acostumbrado a actuar y a que no me den detalles; necesito lo justo para pasar a la acción, pero la falta de información en esta misión se pasa de castaño oscuro. Lo único que me quedó claro fue que, si encontraba antes el susodicho tesoro, tenía que asegurarme de mantenerlo a salvo.

—El tesoro no puede salir de Raventhorp —ordenó—. Nos consta que ha habido cambios de última hora que hacen peligrar el plan inicial, por lo que es muy importante seguir las indicaciones. Yo mismo contactaré con usted en caso de necesidad, Hunter.

—Con todos mis respetos, señor McCarthy, si no sé qué estoy

buscando o a quién me enfrento, ¿cómo voy a actuar?

—Solo deberá enfrentarse y detener a quien venga a por el tesoro. Saberlo reconocer y matarlo o matarlos en caso de necesidad. Con su experiencia no le será difícil, Hunter, confío en usted. Es el mejor para este trabajo. No pierda de vista a los empleados, puede que haya algún infiltrado entre ellos en busca del tesoro.

—¿Los empleados?

—Los empleados, un huésped... puede ser cualquiera.

—Por el tesoro.

—Por el tesoro —repitió cansado, cerrando los ojos un instante con gesto de desagrado.

—¿No necesitaré refuerzos?

McCarthy, tras aclararse la garganta remilgadamente, se echó a reír. Me miró fijamente demostrándome la seguridad que tenía en mí después de trabajar para él durante diez años. Diez años en los que me he enfrentado a hombres en apariencia mucho más fuertes; diez años en los que, tras una ardua preparación, he librado batallas que parecían imposibles de vencer, encontrándome cara a cara con los ojos de la muerte en las lúgubres calles de cualquier ciudad del mundo a la que me han enviado, para justiciar a quienes han pagado un alto precio por descubrir algo que no les era permitido. Secretos. Casi siempre se trata de mantener los secretos a salvo y la seguridad de quien tiene el poder; no dista mucho de esta nueva palabra empleada para salir victoriosos en la nueva misión: Tesoro. Al fin y al cabo, el Departamento se creó en el año 1865 con la finalidad de frenar la falsificación de dinero pero, con el tiempo, las misiones se han ido complicando y cada vez resultan más complejas y turbias. El enemigo, como suele decir McCarthy, siempre está al acecho.

«Los secretos pueden ser más peligrosos que los tesoros ocultos», me planteé en silencio, permitiendo que McCarthy continuase riéndose a mi costa. Segundos más tarde, volvió la formalidad, el olor a puro y a whisky, y me mostró la fotografía del hotel que debió estar hecha desde alguna embarcación en alta mar dada la distancia empleada. No le hacía justicia a lo que es en realidad. Fue lo primero que pensé al llegar aquí. Sus proporciones transmiten un equilibrio tan perfecto que la casa parece haber brotado aquí mismo, acunada por las montañas, con el mar desparramándose a sus pies, exuberante y gentil, erguida entre la explanada para los carruajes y las

sinuosas curvas difuminadas del bosque, con sus tonalidades marrones y verdes, como un tesoro sostenido en una mano ahuecada.

—Puede estar en cualquier parte —conjeturé en aquel momento.

—Está dentro de la casa —respondió firmemente—. Para que Raventhorp siga en pie, el tesoro debe permanecer en su interior. Es inamovible. No puede, bajo ningún concepto, salir al exterior y, en cualquier caso, usted debe encargarse de protegerlo con su propia vida.

Nunca había oído hablar de Raventhorp; ni siquiera conocía la existencia de Greening Island. Brevemente y sin paciencia alguna, McCarthy me explicó la historia del lugar. En la actualidad, el hotel le pertenece a un tal señor Collen, un empresario hotelero, que es quien ha debido pagar para que un tipo como yo salvaguarde lo que parece ser tan importante para su negocio. Solo lo he supuesto; McCarthy no me lo ha dejado claro.

—Antes de usted estuvieron algunos compañeros suyos, pero no dieron con el tesoro ni tuvieron que enfrentarse a ninguna batalla como la que prevemos que va a ocurrir a lo largo de esta temporada —informó seriamente.

¿Qué cambia del año pasado a este? ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo? Preguntas que no me atreví a formular y por las que gastar saliva hubiera sido inútil. McCarthy no hubiese contestado. Empiezo a sospechar que ni siquiera los de arriba saben qué acecha al hotel ni qué intereses hay puestos en él.

Han pasado tres semanas y sigo sin saber qué estoy buscando, a quién debo proteger, o quién puede suponer un peligro para el lugar que tanto empeño tienen en conservar. Los dos huéspedes que había ya han abandonado el hotel y no tenían pinta de ser unos malhechores en busca de ningún tesoro o secreto importante que aguarde esta edificación; solo eran dos hombres mayores e indefensos. Por otro lado, los empleados parecen ser buenas personas, trabajadoras y sin sombras que ocultar. No hay un alma a la que vigilar en todo Greening Island.

—No te dejes engañar por las apariencias —murmuro, imitando la voz socarrona de McCarthy, al mismo tiempo que visualizo los rostros de cada una de las personas que trabajan aquí y a los compañeros que, antes que yo, se hicieron pasar por directores de Raventhorp sin que eso supusiera peligro alguno para ellos.

*Greening Island**Enero, 2018*

Tía Lydia inspira hondo con el cachorro entre sus brazos. Nadie sabe todavía cómo ha llegado hasta aquí; han pensado que quizá se ha escapado de alguna de las mansiones de Harbor, aunque la mayoría están desocupadas. Lo que está claro es que el animal, con enorme esfuerzo y gran espíritu de supervivencia, ha logrado cruzar las frías aguas hasta llegar a la isla.

Nos hemos acomodado en el sofá Chester que hay en recepción, al lado de un ventanal con vistas al porche, donde se encuentra una estantería antiquísima con una selección de libros viejos y un piano de cola elegante cuya madera negra brilla de tal manera que lo convierte en un espejo. Es un *Bösendorfer* del siglo XIX, una auténtica joya, aunque se nota que hace tiempo que unos dedos ágiles no se animan a tocar su teclado polvoriento oculto bajo la tapa.

—Estaba aquí cuando llegué —dice tía Lydia, encogiéndose de hombros y señalando el piano que me ha visto observar embelesada—. Creo que es tan antiguo como esta casa. Diste clases de piano cuando eras pequeña, ¿verdad?

—Casi ni me acuerdo —contesto, frunciendo el ceño en un acto de rebeldía, cuando la respuesta sincera sería que sí, que supongo que si me esforzara un poco y me sentara frente al piano, este cobraría vida después de tantos años y quizá mi sensibilidad perdida volvería a mí.

—Qué pena —murmura—. Te ha pasado algo —añade, tras unos segundos de reflexión—. Digamos que algo... mmm... sobrenatural —susurra, para que ninguno de los empleados que merodean por aquí nos oiga. No digo ni que sí ni que no, pero me conoce demasiado bien como para percibir que he experimentado algo que se escapa de toda lógica—. Cuando has ido a la habitación cinco te has topado con algo que no esperabas —afirma con seguridad, mirando mi colgante de amatista.

—¿Qué quieres decir?

—Raventhorp tiene mucha historia, ya te lo dije. La leyenda cuenta que es un lugar mágico cuyos cimientos están contruidos sobre un roble que talaron; no obstante, sus raíces, fuertes e imperturbables, estaban tan arraigadas a la tierra, que sigue sirviendo como portal al otro mundo. El árbol en sí mismo es una puerta entre el reino de la luz y el de las sombras. Basta con poseer un objeto mágico como la piedra que tú llevas, para despertar inesperadamente en ese otro mundo que, aunque no te pertenezca, puede que siempre haya estado esperando por ti.

—¿Te ha pasado?

—No, ya te he dicho que es solo una leyenda, pero si me cuentas qué has visto, quizá entre las dos podamos encontrar una respuesta.

—Nada importante —niego—. Y eso tan espantoso que ocurrió aquí en... ¿cuándo has dicho que fue?

—En abril de 1928 —responde, comprimiendo los labios y acariciando al cachorro—. Ocurrió cuando Raventhorp le pertenecía a un rico empresario llamado Arthur Collen, que se desentendió del lugar y desapareció del mapa tras la matanza. El hotel, por desgracia, cayó en el olvido durante sesenta y cuatro años.

—¿Matanza?

Instintivamente, me llevo las manos al colgante. Hago un esfuerzo por visualizar al hombre que he visto hace unas horas frente a mi habitación y cuya vestimenta, ahora que lo pienso, bien podía pertenecer al año que ha mencionado tía Lydia. Tendría sentido. Las raíces del árbol, un portal entre el reino de la luz y el de las sombras y una comunicación espiritual entre dos mundos. Puede ser la explicación que buscaba, aunque siga pareciéndome del todo surrealista e imposible. Me da miedo.

—Creían que el hotel escondía un tesoro desde su construcción en el siglo XIX. Que el constructor escondió joyas y monedas de oro pertenecientes a unos piratas que jamás dieron con el lugar hasta que su descendencia, de naturaleza más vengativa, salvaje y avariciosa, invadió la isla y prendió fuego a Raventhorp. Provocó una matanza ahí, justo ahí, en el salón —señala—. Ese fin de semana el hotel estaba lleno de huéspedes. Había una convención literaria.

»Los piratas irrumpieron en mitad de la velada y prendieron fuego. Cerraron las puertas a cal y canto sin que nadie pudiera salir al exterior y

salvarse, como si esa pobre gente tuviera culpa de las fechorías del pasado. Curiosamente, el incendio únicamente se desató en el salón y se extinguió al rato; el resto de estancias quedaron a salvo. No quiero imaginar la agonía que padecieron los que perecieron ahí dentro. Por lo visto, los piratas no encontraron lo que andaban buscando, y te aseguro que por aquí no hay ningún tesoro ni monedas de oro ni nada que se le parezca, a no ser que esté escondido en la biblioteca tapiada, quién sabe. Puede que se equivocaran de lugar o que Raventhorp, en sí mismo, sea más que un tesoro escondido, ¿entiendes?

—¿Qué pasó después? —me intereso.

—Los piratas huyeron con las manos vacías y no volvieron, pero perjudicaron seriamente al lugar. Nadie quiso saber nada de Raventhorp; decían que estaba maldito y repleto de fantasmas que algunos huéspedes han asegurado haber visto desde que volvió a abrir sus puertas. De hecho, la primera familia que ocupó la casa, años antes del asalto, huyó despavorida. Algo debieron ver. El hotel no cobró vida hasta 1992. Sesenta y cuatro años en el olvido —repite acongojada—. Si algo me enamoró del lugar, además de lo evidente, fueron las facilidades económicas que me propuso su anterior propietaria y buena amiga de la facultad, Tina Carpenter. Solo dos locas como nosotras podemos apropiarnos de un lugar como este y no tener miedo a los fantasmas —ríe—. Tina me contó que fue muy feliz durante los dieciséis años que regentó el hotel y que los huéspedes eran muy agradables porque aquí encuentran la paz y la tranquilidad que andan buscando. Me convenció para que me lo quedara.

—Pero ¿te habló de algún fenómeno paranormal?

—No, a ella no le ocurrió nada y a mí tampoco, Chloe, aunque todo lo que sé es porque me lo han contado. Son solo leyendas; las historias de piratas y tesoros siempre me han parecido propias de niños, pero, como te digo, algún que otro huésped ha visto cosas difíciles de explicar y de ahí a que me interesara por su historia aunque no sé qué creer. Si te ha pasado algo, puedes confiar en mí. De veras tengo curiosidad. No voy a pensar que estás loca y prometo que no me apresuraré en llamar a tu madre para que te encierre en un manicomio —vuelve a reír, dejando de acariciar al perro para apoyar la mano sobre mi hombro.

—Qué va. Solo tenía curiosidad por el lugar, eso es todo.

—Pues ya conoces su historia. De todas maneras, puedes estar

tranquila. Eso te protegerá.

Bajo la mirada para posarla en el colgante al que se refiere y sonrío. No recuerdo cuándo fue la última vez que sonreí con sinceridad.

A las ocho de la tarde, cuando todos están cenando, yo, con la excusa de que no tengo hambre, me escabullo para dar un paseo nocturno por los alrededores de Raventhorp, fumar un cigarrillo en paz sin que nadie se queje por el humo, y mirar el teléfono móvil para ver si hay mejor cobertura en el exterior. Bordeo el sendero en dirección a la playa donde el aire arrastra un intenso olor a jazmín con el que me deleito, mientras le mando un mensaje a mi madre para asegurarme de que está bien. Tarda diez minutos en contestar con un despreocupado: «Estoy viendo la tele». Para cuando leo su respuesta, ya he llegado a la playa y estoy sentada sobre la arena. Hace mucho frío, pero la sensación de libertad me produce un cosquilleo en el estómago como nunca antes me había ocurrido, ni siquiera cuando me enamoré locamente de Alan. El cielo aquí parece mucho más inmenso que en Nueva York. Corre una agradable brisa perfumada de salitre y la luna llena sobre el mar se ve tan pequeña que parece un diminuto agujero de luz en medio de la negrura celeste.

Absorta en la pantalla del móvil, me es imposible dejar de pensar en el hombre con el que me he topado hace unas horas y en la leyenda, que al fin y al cabo no es más que eso, una leyenda, que me ha contado tía Lydia. Ha debido ser una alucinación, de esas en las que pueden intervenir varios sentidos como el tacto, la vista y el oído hasta el extremo de que puede resultar prácticamente imposible distinguir lo imaginado de lo real. A mí nunca me ha ocurrido algo parecido, pero Alan, cuando se pasaba con la coca, decía que veía duendes corriendo por el salón y que para él eran tan reales como que ahora mismo estoy escuchando unos pasos apresurados sin alcanzar a ver una silueta en la orilla que se aproxime hacia mí.

—¿Hola?

Asustada, me levanto y miro en todas direcciones. No hay nadie.

—Me estoy volviendo loca.

Me enciendo otro cigarrillo al mismo tiempo que me alejo de la playa. Mis piernas tienen prisa por llegar hasta el interior de Raventhorp; necesito

creer que allí estaré segura.

*Greening Island**Enero, 1928*

Correr antes de dormir me relaja, aunque no es algo que necesite en exceso por aquí. Los días en Raventhorp son lentos y tranquilos, pesados como una piedra en el cerebro, carentes de emociones fuertes, que es a lo que estoy acostumbrado. Me pregunto si los anteriores directores, agentes secretos en realidad, se aburrían tanto como yo. ¿Es necesario estar aquí, o no es más que una locura de las altas esferas que no tienen otra cosa mejor que hacer que enviar a agentes secretos a un hotel aislado en temporada baja? He llegado a plantearme si he hecho algo mal y esto es una especie de castigo e inactividad para no enviarme a misiones en las que sí podría ser útil.

Hay días en los que me encierro en el despacho sin hacer nada; no tengo ni idea de contabilidad ni finanzas, así que me limito a mirar el paisaje desde la ventana que, aunque precioso, resulta monótono y abrumador debido a sus dimensiones. Casi siempre estoy paseando, yendo de un sitio a otro, conociendo cada rincón y observando con discreción a los empleados. Afortunadamente, Madison no ha vuelto a tocar mi puerta a altas horas de la madrugada ni se me ha vuelto a insinuar, aunque percibo miradas de soslayo que me incomodan.

Descalzo, con los pantalones arremangados hasta las rodillas, corro por la orilla escuchando con más ímpetu los latidos acelerados de mi corazón, que el fuerte oleaje que se ha despertado esta noche. Es posible que mañana caiga una tormenta.

—¿Hola?

Inquieto, me detengo y miro a mi alrededor.

¿Quién ha hablado?

—Me estoy volviendo loca —añade la voz de una mujer.

Con los brazos en jarra, alzo la vista hasta el ventanal que da al salón del hotel, donde veo a los empleados cenando. George, Madison, Henry y Anne; todos están ahí.

—¿Quién ha hablado?

En cuanto termino de formular la pregunta, percibo un repentino olor a humo de tabaco que, al igual que la voz, es invisible. Solo el rumor del mar me contesta diciéndome que el que está enloqueciendo por momentos soy yo, y puede ser debido al aburrimiento y a la soledad de la isla.

Henry me habla del menú que está preparando para cuando lleguen los primeros huéspedes al hotel. Respondo que sí a todo sin entender nada de lo que dice; la cocina no es mi especialidad. Madison, silenciosa, se acerca a nosotros y, clavando su mirada azul en la mía, señala un garabato que ha hecho en el libro de reservas.

—Empiezan las reservas, Isaac. La primera es la de un grupo grande, quince huéspedes, por lo visto escritores, que quieren celebrar aquí una convención literaria del seis al ocho de abril.

—¿Alguno conocido? —me intereso.

—No lo sé, no me ha dado tiempo a preguntar nombres. Quieren hacer recitales de poesía, debates, reuniones en la playa y una cena de gala y baile el sábado día siete. Han preguntado encarecidamente si tenemos piano. Por fin va a ser útil.

—Ese piano lleva aquí desde antes de que se pusiera la primera piedra de Raventhorp —ríe Henry, probando la salsa de naranja con pasas que acaba de preparar.

—¿Hay más reservas? —quiero saber.

—A partir del mes que viene no quedarán habitaciones libres —afirma Madison con seguridad—. Cada año es así, ¿verdad, Henry?

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando en Raventhorp? —me intereso.

Henry y Madison se miran pensativos con una sonrisa que me hace desconfiar que, en cuestión de preguntas, todos se muestran esquivos y dubitativos.

—Para lo joven que soy —murmura la recepcionista— mucho tiempo. Demasiado.

—No le hagas caso —añade Henry, asegurándose de que Madison, que

acaba de salir de la cocina, ya no puede oírnos—. Tiene treinta años, pero a veces, pese a que resulta un poco infantil, parece que haya cumplido ochenta. Ambos llevamos trabajando aquí desde que el señor Collen adquirió el hotel hace dieciocho años.

—Hace dieciocho años Madison tenía doce —calculo con rapidez.

—Es huérfana —explica el cocinero, más pendiente de la salsa que de mí—. Collen la adoptó, por así decirlo, y la trajo a este hotel donde se puso a trabajar desde niña. Quieren hacerte creer, como a todos los que han pasado por aquí, que tú eres el encargado pero, en realidad, amigo, ella es la que manda.

—Lo tendré en cuenta. Sigue experimentando con esa salsa, Henry. Huele deliciosa.

—Es para el pescado. Creo que el toque agrio de la naranja le irá bien a la merluza asada.

Asiento confiando en sus artes culinarias y emprendo el camino hacia mi despacho dispuesto a perder otro día que se le ha antojado, como ya predije anoche, amanecer tormentoso. En esta isla los truenos se magnifican, algo que no parece gustarle a George, al que encuentro con una copa de whisky sentado en el Chester que hay junto al piano. Al verme, se levanta cauteloso mirándome con temor.

—George, no pasa nada. Descansa, trabajas demasiado.

—¿Necesitas algo, Isaac?

—Nada, todo va bien. Como ves, Madison lo tiene todo bajo control.

Madison, eficiente y sonriente, nos mira desde el mostrador de recepción donde está escribiendo notas en una libreta. Debería averiguar algo más sobre ella; este repentino presentimiento al saber que es una especie de protegida del todopoderoso señor Collen al que nadie ve nunca por aquí, me dice que quizá sería bueno no quitarle el ojo de encima.

Todos, al principio, parecían normales. Parecían. Una familia laboral unida en sus quehaceres cotidianos en un hotel solitario a la espera de huéspedes. Solo tengo que desconfiar más de esta calma para ver que, probablemente, se nos ha colado un traidor entre los empleados de Raventhorp.

Cuando me dirijo hacia las escaleras, evito mirar en dirección al salón por las malditas pesadillas que me persiguen cada noche, siempre en esa estancia luminosa, que aparece envuelta en llamas, gritos y cadáveres, con la

mujer pelirroja en el centro.

A medida que avanzo por el pasillo desanudo los tres botones del chaleco y aflojo un poco la corbata; me está ahogando. La sensación de asfixia e incomodidad aumenta cuando giro el pomo de la puerta de mi despacho y veo a la mujer pelirroja de espaldas a mí mirando por la ventana. Al escuchar la puerta, da un respingo y se da la vuelta. Me mira con el mismo horror que la otra vez.

—No puede estar pasando. No puede estar pasando —expresa acongojada, llevándose la mano al cuello adornado con una cadena de la que cuelga un colgante púrpura con forma de lágrima que acaricia con la intención, sospecho, de calmarse.

—Recuerdo su nombre. Chloe —saludo, acercándome a ella con cautela y fijándome en su extraño ropaje. Viste unos pantalones muy ajustados y unas zapatillas blancas que no sé cómo describir. En la parte de arriba lleva un jersey verde con las costuras desiguales, pues va enseñando en exceso el hombro derecho.

—Esto es una visión.

—¿Una visión? Explíquese, por favor —le ruego.

—¿Quién eres?

—Isaac Hamsun, director de este hotel.

—Mientes.

—¿Perdona?

—Mientes —repite con voz temblorosa. Las palabras sin filtrar, sin procesar—. Al decir tu nombre no has mantenido el contacto visual conmigo y has mirado a la izquierda, algo que me hace percibir que no te llamas así —explica—. Siempre que he dicho que me llamo de otra manera no puedo evitar apartar la mirada, dirigirla al lado izquierdo, aunque solo sea un segundo apenas imperceptible si tu interlocutor no está atento, y tú acabas de hacer lo mismo. Dios, estoy loca —se reprende, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Y miente mucho sobre su nombre?

—No. Bueno... —rectifica pensativa. Estudio su cara atentamente; su expresión me importa más que las palabras que salen de su boca—. Lo hice, pero ya no.

—Chloe. ¿Ese es tu nombre? —necesito confirmar, atreviéndome a tutearla, perdido en su hipnótica mirada fija en mí y en mi chaleco.

—Y tú te llamas...

—Dejémoslo en Isaac, por favor.

—Has vuelto a desviar la mirada —insiste nerviosa.

—Muy perspícaz —rio yo, dando un paso hacia delante y sentándome en la silla que hay frente al escritorio.

—Eres un fantasma.

—¿Yo un fantasma? Pensaba que tú eras el fantasma —rebato.

—¿Yo? Ni hablar.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, como si ella, que parece tan confundida como yo, pudiera darme una respuesta. Inspira hondo, vuelve a darme la espalda para contemplar a través de la ventana los rayos y truenos con los que hemos amanecido hoy. Acto seguido, suspira, se encoge de hombros y se acomoda en el sillón.

—Eso mismo me pregunto yo —murmura, sin dejar de acariciar el colgante con forma de lágrima, de un color púrpura que, según cómo lo mueva, se vuelve blanquecino—. Es mi tía Lydia quien dirige Raventhorp, no hay ningún mentiroso que se haga pasar por Isaac... ¿cómo has dicho?

—Hamsun, Isaac Hamsun —contesto, tratando de no desviar la mirada. Tantos años de entrenamiento para que venga un fantasma y me descubra a la primera. ¿Quién es esta mujer?

—Hace un rato el cielo era azul —empieza a explicar sin mirarme—. El raro de Will estaba ahí fuera quitando hierbajos del jardín y, de pronto, sin sentir el movimiento del otro día ni mareos ni absolutamente nada de nada, me encuentro con que el cielo se ha vuelto negro, caen rayos y llueve. Will ya no está ahí. El escenario es idéntico pero al mismo tiempo no lo es, como si un pintor lo hubiera retocado ligeramente. Esto es muy raro.

—No sé qué decir.

—Imagino que pasará como la otra vez, ¿no? —confía, tratando de buscar seguridad en mí o en sus propias palabras. No lo tengo muy claro; esta mujer es el enigma más extraño con el que me he encontrado en toda mi vida. Estoy sopesando la situación o la alucinación, según se mire. De lo que sí estoy seguro es de que esta mujer no me asusta, sino todo lo contrario. Me atrae sin que ella sea consciente, reteniendo cada una de las palabras que suenan a través de su voz melodiosa y en apariencia inalterable—. Dentro de un rato me esfumaré —añade—. Mis manos se desintegrarán o quizá ni siquiera me dé cuenta. Aparecerá mi tía por la puerta y tú desaparecerás como

Will, al que volveré a ver a través de la ventana arrancando los hierbajos del jardín.

—¿Qué año es para ti?

—Enero de 2018.

Me atraganto con mi propia saliva, enarco las cejas, y me pellizco el puente de la nariz cerrando los ojos durante un segundo, como si así pudiera pensar con más claridad. Mi expresión debe ser bastante cómica; la tal Chloe, mujer que dice ser de un año futuro, se está riendo de mí.

—¿Lo ves? Eres un fantasma pero, curiosamente, no me asustas. No como el otro día —comenta, cruzándose de brazos en posición desafiante. Altiava, sonrío y alza una ceja; me viene a la mente mi pesadilla.

—No creo que sea eso lo que sucede. —Me estremezco. Inquieto, me llevo una mano a la nuca—. Me dijeron que este lugar era especial, pero no podía sospechar cuánto. Chloe...

—Ackerman.

—Chloe Ackerman, has dado un salto en el tiempo —deduzco.

—¿Un salto en el tiempo? —pregunta boquiabierta.

—Un viaje temporal. Sigues en Raventhorp, el hotel que dices que tu tía dirige en... válgame Dios, 2018. Es una locura.

—¿Qué año es para ti, Isaac?

—Jueves, 19 de enero de 1928.

*

Este hombre se está quedando conmigo. Un mentiroso ha de tener en cuenta muchas posibles salidas cuando se le pone en entredicho pero, mientras todas esas ideas pasan por su cabeza, su cuerpo delata el hecho de que las está pensando. Un parpadeo. El tamborileo de los dedos o la mandíbula apretada de manera involuntaria. Un tic en los labios. Un cambio de tono casi imperceptible. Así es como se sabe si alguien miente, aunque sea en algo tan simple como decir tu nombre.

Hago un esfuerzo por disimular un pánico creciente y desconocido que me ha estado persiguiendo desde que el sicario de Dempsey me disparó. Las palabras de tía Lydia contándome la leyenda de Raventhorp se arremolinan

en mi cabeza para tratar de descubrir qué estoy haciendo aquí frente a un hombre que asegura ser de 1928. Es descabellado, lo sé, y si no fuera por la visión de mis manos desintegrándose el otro día frente a Isaac, no creería en su hipótesis: «Has dado un salto en el tiempo».

¿Cómo es posible?! ¿Qué significa? ¿Que no estoy en 2018? ¿Soy yo el fantasma que se ha movido de década y ha venido hasta 1928? ¿A cuento de qué?

—¿Fumas? —pregunto—. Necesito un cigarrillo con urgencia.

—No, lo siento.

—Pues ahora toca esperar, ¿no? —me resigno—. Esperar a que veas cómo me desintegro y me marchó de aquí. Si el tiempo transcurre igual en mi época y he desaparecido, estarán preocupados.

—Puede ser —supone, sin dejar de mirarme—. Tienes suerte de que nadie entre aquí, no quiero que te vean —añade, imitando mi gesto y cruzándose de brazos, como si una parte de él desconfiara de mí y la otra, por cómo me mira, intentase mantenerme a salvo.

Se me eriza el vello de la piel y un escalofrío me recorre la espalda al imaginar a este hombre entre los fallecidos en el inesperado asalto de los piratas, en abril del mismo año al que, por lo visto, he viajado. De lo poco que sé sobre este tema, en el caso de que no me esté tomando el pelo y realmente haya viajado en el tiempo, es crucial no cambiar el transcurso de la historia por lo que, mal que me pese, debo mantener el pico cerrado.

—Te aseguro, Isaac, que me sorprende la normalidad con la que estoy llevando esto. Te agradezco que seas tan agradable —confieso, aunque una parte de mí quiere creer que estoy soñando y que, cuando despierte, en lugar de estar aquí, hablando con un tipo de finales de los años 20 que miente sobre su nombre, estaré en mi cama sugestionada por la leyenda del lugar.

—¿Qué sabes de este hotel? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Que un constructor desconocido levantó este hotel en el siglo XIX. Para ello, talaron un roble, pero sus raíces siguen arraigadas al lugar, algo que explicaría lo que está pasando.

—¿Un roble?

—Sí. Dice la leyenda que las raíces del árbol son un portal, una especie de comunicación entre dos mundos o algo así. Pero, pese a lo extraño de la situación, estoy tranquila. De un momento a otro volveré a mi época —

disimulo, observando sus manos grandes y fuertes apoyadas sobre la mesa.

—¿Estás tranquila por el colgante? ¿Es un amuleto de protección? — adivina al cabo de un rato, en el momento en que estoy concentrada mirando a mi alrededor. Percibo varios toques diferentes a mi época: tomos de libros viejos y cuadros que no se corresponden con los que he visto cuando he entrado. Mi intención era esperar a tía Lydia, no viajar al pasado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—No dejas de tocarlo. ¿Qué piedra es? —se interesa entornando los párpados. La situación parece entretenerle más que a mí.

—Amatista. Dicen que simboliza la protección, así que confío en ella. Me protege.

—En vista de que apareces en cualquier momento y en cualquier estancia, es muy importante que te escondas, Chloe —se apresura a decir cuando ve, atónito igual que yo, cómo mis dedos empiezan a desintegrarse como la primera vez que nos vimos—. Solo quédate si me ves a mí. Si ves a otra persona, sal corriendo. No confíes en nadie.

*Greening Island**Enero, 2018*

—¿Todo bien? —me sorprende Laura, la recepcionista, cuando vuelvo a recuperar la cordura si es que alguna vez he tenido de eso.

Al mirar a mi alrededor, veo de nuevo los cuadros de mi tía, pinturas abstractas y no caballos corriendo por el prado, y ejemplares de libros más actuales como *La chica del tren* de Paula Hawkins o *Perdida* de Gillian Flynn. Tía Lydia solo lee thrillers. Respiro aliviada esquivando la mirada inquisidora de Laura, que ha venido a informarme que la comida está lista. Añade, despreocupada, que está deseando que el hotel se llene de huéspedes para que Marion cocine platos más elaborados y no simples espaguetis, que es lo que toca hoy.

—Te esperamos en el salón.

Cuando Laura se va, me levanto del sillón, el mismo de cuero marrón en el que me he sentado en 1928 delante de Isaac Hamsun. Seguidamente, miro por la ventana. El cielo está azul y Will sigue arrancando hierbajos. Han debido transcurrir pocos minutos; nadie se ha percatado de mi desaparición para retroceder noventa años en el tiempo.

Aturdida, cojo mi móvil del bolsillo del tejanero y tecleo con rapidez en Google: «Viajes en el tiempo». La conexión funciona a trompicones, la información tarda una eternidad en cargar. Camino por el despacho con la mirada absorta en la pantalla del móvil. Me acomodo en la misma silla en la que instantes antes estaba Isaac, tan real como que ahora el espacio huele diferente a cuando lo tenía cerca de mí aunque de eso haga, en realidad, noventa años.

—¡Noventa años! —exclamo en voz alta, tratando de creérmelo, como si no tuviera ya demasiadas frustraciones por las que preocuparme.

Hay cientos de páginas relacionadas con los viajes en el tiempo. Teorías de importantes y conocidos físicos que debaten el concepto y realizan

experimentos en diversas universidades.

—Que vengan a Raventhorp —sugiero, mientras leo y abro distintas páginas, adaptándome a la lentitud de la conexión en la isla.

Los planteamientos, las teorías y complejas ecuaciones, me resultan incomprensibles. Hablan del espacio-tiempo, la teoría de las cuerdas, dimensiones superiores, curvas temporales cerradas, agujeros espaciotemporales... Solo soy capaz de imaginar las raíces de un pobre roble que vivía feliz en la isla hasta que un desalmado lo taló para construir Raventhorp. Me desespero; todo me suena a chino. Nadie, a pesar de mi incredulidad, dice que sea irrealizable; creen en ello como quien dice que hay vida en otros planetas o existen los extraterrestres. La posibilidad y la creencia siempre está ahí. Citan a Stephen Hawking y lo que dijo en una de sus numerosas conferencias: «Según nuestra actual comprensión de las leyes de la física, viajar en el tiempo no es imposible».

—¡Ja!

Y, finalmente, llego a la conclusión de que todo puede estar relacionado con la teoría de la relatividad de Einstein. Prueba que tiempo y espacio son curvos y variables así que, si el genio de Einstein lo decía, puedo respirar tranquila. No estoy loca, me repito. No ha sido un sueño o una alucinación. Isaac Hamsun no es un fantasma. He retrocedido en el tiempo, supuestamente por las raíces del roble que conecta dos mundos o, en este caso, dos épocas distintas en un mismo espacio. Extrañamente, se destapa en mi interior un súbito deseo: volver a 1928 y ver de nuevo a Isaac o como sea que se llame.

Tía Lydia acaba de entrar por la puerta. Me mira fijamente mientras se acomoda en su sillón.

—¿Has fumado? —pregunta.

—No.

—Me refiero a hierba —aclara seriamente, mirando a su alrededor—. Huele raro y tienes los ojos rojos.

—Te juro que no. Ni siquiera tengo cigarrillos.

—Aprovecha para dejar de fumar. Hasta la semana que viene no podré ir al pueblo; se avecina una fuerte tormenta.

—El cielo está azul —la contradigo.

—No te fíes del cielo, cariño, contempla cómo se mueve el mar. Hoy está rebelde. Por cierto, ha llamado tu madre.

—¿Cómo está?

—Le pregunté si necesitaba hablar contigo, pero no quería preocuparte. Me ha dicho que el otro día vino un hombre a la peluquería preguntando por ti.

—¿Un hombre?

Se me seca la boca y los latidos de mi corazón se aceleran de tal manera que creo que estoy a punto de sufrir un paro cardíaco.

—¿En qué líos te has metido? Porque yo no me creo que el tipo que te disparó te eligiera al azar.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

Mira la palma de su mano donde suele anotar todo, costumbre que también tenía mi padre; la mayoría de recados nunca llegaban a sus destinatarios.

—Steve.

—Steve —repito sintiendo que me quedo sin aire—. No sé de quién puede tratarse —miento.

—¿No?

—¿Mi madre le dijo dónde estaba?

—El instinto le advirtió que mintiera. Le dijo que estabas en California. «Buena chica».

—Lo que no me cuadra —insiste, persuasiva—, es que tu madre me dijo que por nada del mundo querías venir y luego, de la noche a la mañana, tú misma compras un vuelo sin fecha de retorno y sin dar explicaciones. Te pasas el día pensativa, sola y sin hablar con nadie. Algo te ha pasado aquí, lo sé porque veo tu desconcierto y tu interés por Raventhorp. —Entrelaza las manos y, mirándome fijamente, como si me estuviera sometiendo a un incómodo interrogatorio, prosigue—: ¿De qué o de quién huyes, Chloe?

—Lees demasiado thriller —me río, tragando saliva y señalando los libros de la estantería.

—¿Esa es tu respuesta? ¿Seguro? Podríamos llamar a la policía. Sabes tan bien como yo que si alguien va a por ti, puede suponer un peligro para tu madre. Si le pasara algo, Chloe, no te lo perdonarías jamás.

—No es necesario porque no ha pasado nada ni he hecho nada malo.

—Puedes contármelo. ¿Qué has hecho durante estos cinco años en los

que nos has tenido en un sinvivir?

Enamorarme como una gilipollas de un mal chico. Un hombre diez años mayor que me mostró la cara del engaño y el poder. Un delincuente que me cegó, alejándome de quienes me querían, convenciéndome de que me culparían toda la vida por la muerte de mi padre. Me anuló como persona; ahora lo sé. Lo más triste de todo, es que me dejé llevar por amor y fallé por la fragilidad que supone un sentimiento tan poderoso como ese. Me sentenció a mí misma cuando no le hice caso a Steve, que ahora me busca, desconozco el motivo, pero en cierto modo me alivia saber que es él quien le ha preguntado a mi madre por mí y no Alan o el sicario de Dempsey, al que no debí ver como una víctima más, sino como una amenaza. Alguien con quien jamás debimos meternos. No me lo perdonaré nunca.

—Buscarme la vida —concluyo.

—Ya. Es la hora de comer —informa, molesta, mirando su reloj de pulsera. La he defraudado. Pero peor sería contarle la verdad por lo que, si no lo hago, es para protegerla del que considero una de las peores emociones hacia una persona a la que quieres: la decepción—. A veces me pregunto —añade cuando nos levantamos— qué es lo que haría mi hermano o qué te diría. Siento decírtelo, pero si no lo hago, quizá desperdicies tu vida y sigas con esa venda en los ojos que no te deja ver más allá. —Baja la mirada y, tensando la mandíbula con el mentón temblando como si le costara hablar, termina diciendo lo que sabe que más me duele. Sé que su intención es hacerme reaccionar y cambiar de actitud—: Estoy convencida de que Michael no se sentiría orgulloso de ver en lo que te has convertido.

Y, sin más, con una frialdad que me asusta, avanza con paso firme en dirección a la puerta. Me deja sola, con los ojos anegados en lágrimas y una punzada en el corazón que duele más que la herida de bala cuya cicatriz en mi vientre acaricio como si así pudiera sentir menos.

—Joder. Necesito un cigarrillo.

—Comes muy poco y fumas mucho.

Laura, la que parece la mano derecha de tía Lydia, se sienta sobre la arena junto a mí. Clava la mirada al cielo que ha empezado a ponerse gris. Por mi parte, la ignoro y exhalo el humo del cigarro, sintiendo unas repentinas ganas de gritarle que me deje en paz. No necesito una amiga y

mucho menos una conversación banal. Después de lo que me ha dicho mi tía, me gustaría volver a los cambios imprevisibles, viajar a 1928 sin reconocer, no todavía, que me muero de ganas y me divierte volver loco al que dice llamarse Isaac Hamsun.

—Hace tres años que trabajo aquí —empieza a decir—. Es un lugar difícil de dejar. Sé que Greening Island es pequeño en comparación con las grandes ciudades y que me he perdido mucha vida por no poder desprenderme del que considero mi hogar. He conocido a pocos hombres, apenas he viajado ni conocido mundo, y no se me dan bien las nuevas tecnologías —añade, señalando mi móvil—. ¿Podrías sobrevivir sin Facebook o Instagram?

—No tengo.

Alan me prohibía jugar con redes sociales. Cuando me fui a vivir con él, me obligó a borrar mi cuenta de Facebook, la única red social que tenía, porque Instagram aún no estaba tan de moda por aquel entonces. Decía que era peligroso y en este momento me alegra ser cibernéticamente invisible.

—Te felicito. Los huéspedes siempre se quejan de que la conexión es mala y no pueden subir fotos para mostrarles a sus amigos lo bonitos que son los atardeceres aquí. Mis días preferidos son los de tormenta; se avecina una, por cierto. Me encanta cuando caen rayos y truenos y el mar enfurecido parece querer asaltar Raventhorp —ríe—. En fin, hablo demasiado y me da la sensación de que te molesto.

—¿Has venido porque te lo ha dicho mi tía?

—Sí, pero no he venido obligada; me apetece conocerte.

—Hay poco que conocer.

—Como te he dicho, conozco poco mundo, pero a lo largo de mis treinta y cinco años he visto pasar a muchas personas por aquí. Greening Island cura a la gente, Chloe. Sea lo que sea lo que te haya pasado, te curará a ti también. Lo sé.

—Pensaba que eras más joven. No parece que tengas treinta y cinco.

—Gracias, me conservo bien —vuelve a reír, con esa boca perfecta de la que presume constantemente con su sonrisa.

—¿Por qué has dicho que esta isla es un lugar difícil de dejar? —pregunto con fingida indiferencia, fijándome en sus rasgos. Unas pecas infantiles sobrevuelan su nariz, pequeña y respingona; tiene los ojos grandes,

marrones, enmarcados por unas espesas pestañas, y unos pómulos altos y tersos.

—Mis padres murieron en un accidente y la vida en San Francisco se me hizo tan cuesta arriba como sus calles. Estaba deprimida; necesitaba huir de allí. Sentía que no me quedaba nada. Como cada mañana, comprobé qué ofertas laborales había en el periódico y descubrí, en un cuadradito inferior al resto, que buscaban recepcionista en un hotel ubicado en una isla remota. Ni siquiera sabía de la existencia de Greening Island. Llamé enseguida y no dudé en preparar una maleta por si tenía suerte y conseguía el trabajo. Empecé un caótico viaje hasta aquí —explica risueña, enroscando un tirabuzón rubio en su dedo—, conecté de inmediato con tu tía y me contrató ese mismo día. Meses más tarde, me confesó que fui la única que se interesó por el puesto de trabajo. Supongo que no todo el mundo está hecho para vivir en una isla, ¿no crees?

«Mientes», me callo, sin perder detalle de los gestos que usa al hablar.

—¿Te pasa algo?

—Nada —contesto como una autómatas—. Solo que me sorprende que una mujer tan guapa como tú no tuviera pareja en San Francisco. Ya sabes, una persona a la que no dejarías atrás por la necesidad de cambiar de aires.

—No, yo... —titubea—. Bueno, tuve novio, claro. Alguien especial. Pero no funcionó. Lo nuestro, simplemente, no podía ser. —Emite un largo suspiro, juega un poco con la arena y vuelve a mirarme—. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien?

Sin intención alguna de contestar a su pregunta, me limito a coger el último cigarrillo que me queda y estrujo con rabia la cajetilla vacía. Apoyo una mano en la arena y, de un impulso, me levanto para escapar de un interrogatorio improvisado.

*Greening Island**Enero, 1928*

—Isaac, un hombre pregunta por ti —informa Madison con el auricular del teléfono en la mano.

—Puedes dejarme un momento a solas, ¿por favor?

—Por supuesto.

Asiente y, con una de esas sonrisas de niña pizpireta, se larga contoneando las caderas, no sin antes dedicarme una mirada fugaz que me parece de lo más sensual.

—¿Dígame?

—Hunter, ¿ha visto algo extraño?

—No, señor. —Miro a mi alrededor. Madison ha subido las escaleras; Henry se encuentra experimentando en la cocina; Anne limpia las habitaciones en la tercera planta; George está en el exterior cuidando el jardín. Estoy solo—. Los empleados son gente normal y tranquila. Muy eficiente, por cierto. Y de haber algún tesoro —murmuro—, no me he topado todavía con él.

—¿Ha entrado en todos los dormitorios?

—Sí, señor. Incluso he subido hasta la biblioteca y, antes de que me pregunte, no hay nada tras los estantes. Ni puertas secretas ni...

—Déjese de historias, Hunter. Está bien que no haya descubierto el tesoro, eso significa que está a salvo, pero es importante que siga así. Que no salga de Raventhorp.

«Que no salga de Raventhorp», ha repetido por enésima vez. Tras uno de sus intensos resuellos de fumador empedernido, cuelga la llamada dejándome con el «sí, señor» colgando en mis labios.

—¿Era algo importante? —aparece Madison de repente.

—Qué silenciosa eres.

—Eso dicen —ríe—. Me estaba preguntando, ya que te gusta tanto

pasear por la playa, si después de cenar podría acompañarte.

—Me gusta pasear solo, gracias.

—Un hombre como tú debe tener compañía, Isaac —arguye vanidosa.

—Un hombre como yo debe reflexionar sobre varios asuntos en soledad.

—¿Has dejado a alguna mujer en Nueva York? —quiere saber, entornando los ojos sin perder la sonrisa.

Respiro hondo y, bordeando la recepción, camino en dirección al exterior haciendo caso omiso a George, que me mira con el rabillo del ojo pendiente de mis pasos. Las rosas y azaleas a las que se les unen unas plantas aromáticas, se conservan bien pese al frío de la isla. Será por la magia que Chloe aseguró que posee Raventhorp.

Hace días que no tengo ningún encuentro con Chloe, la mujer pelirroja del futuro que, tal y como viene, se esfuma a los pocos minutos. Es curioso cómo se puede echar de menos a alguien a quien no conoces. Cómo es esa sensación de sentir que has perdido algo que no has tenido y no me refiero a un amor imposible, sino a la parte oculta de alguien que, si no fuera por la magia que desprende esta isla, jamás hubiera estado destinado a conocer. Mis pensamientos se entrelazan por puro aburrimiento; recuerdo a Ally, los más parecido a una relación que he tenido en toda mi vida. Ally es la mejor agente que he conocido y que lucha a diario en un mundo de hombres bajo un seudónimo masculino. Me pregunto dónde estará.

Me alejo del hotel con la intención de meter los pies bajo las aguas congeladas del mar. Necesito relajarme tras la llamada de McCarthy; siempre consigue exasperarme.

Los ladridos de un perro llaman mi atención cuando estoy a punto de meter un pie en el agua. Miro a la derecha y me sorprende al ver un cachorro corriendo hacia mí, al mismo tiempo que una silueta que reconozco aparece de la nada tras él. El perro se entretiene a jugar con mis pies y ella, a mitad de camino, se para en seco mirándome con los ojos muy abiertos.

—Otra vez —masculla.

—Eso parece —asiento, alzando la vista en dirección al hotel. Rezo para que a ninguno de los empleados se le ocurra venir hasta aquí.

—El perro —señala sorprendida.

—Has venido acompañada. ¿Cómo se llama?

Me pongo en cuclillas y acaricio el lomo del cachorro; es un Labrador que se deja querer.

—No tengo ni idea. Apareció de la nada, dicen que es posible que viniera de alguna de las mansiones que hay... —Se detiene cuando mira al frente—. Que hay en 2018.

—No hay muchas mansiones por aquí, solo cabañas de pescadores al otro lado de la orilla, en Harbor —le informo, mirando en su misma dirección.

—De donde yo vengo —empieza a explicar, acongojada, sentándose con lentitud a mi lado—, se ve Harbor a lo lejos. Tienes que fijarte bien, claro, pero ahora mismo no veo nada.

—Hay poco que ver.

Asiente sin perder de vista al cachorro, que se tumba en la arena en medio de los dos.

—Tú... —balucea—. ¿Tú estás aquí de verdad? No estoy loca ni nada, ¿no? Tú existes, me ves como yo te veo a ti y es 1928. No debo preocuparme por mi salud mental ni tengo que ir al psicólogo o acabar encerrada en un manicomio. Parece increíble, pero he retrocedido en el tiempo.

Habla atropelladamente, inquieta y nerviosa, mirando boquiabierta a su alrededor.

—Siglo XXI. ¿Cómo es?

—No ha cambiado mucho —reconoce, esta vez mirando hacia atrás para contemplar el hotel—. Casi todo está igual.

—No me refiero a este sitio, sino al mundo.

—Es una locura —ríe. Tiene una risa preciosa. Toda ella es preciosa pero misteriosa a la vez. En sus ojos veo cosas de las que puede que ni siquiera ella sea consciente. Tristeza y arrepentimiento. Finge, con total claridad, ser alguien que en realidad no es, y eso hace que me sienta identificado con ella.

—¿Solo eso? ¿Una locura?

—Los atardeceres son los mismos. —Señala el cielo que, en estos momentos, en lugar de estar nublado como casi siempre, con una espesa bruma protagonizando el paisaje, se ha teñido de colores rojos y anaranjados con pálidas sombras danzando en las turbias aguas—. Isaac, ¿por qué me

dijiste que me escondiera si aparecía aquí y me tropezaba con otra persona que no fueras tú? Porque esta es la tercera vez que aparezco y vuelvo a encontrarme contigo.

—Y de veras me alegro, Chloe. Puede ser peligroso que algunos de los empleados te vean. Digamos que... aún los estoy estudiando.

—¿No te fías de ellos?

—Es curioso. Me fio más de una mujer que salta en el tiempo que de personas que aparentemente son normales.

—¿No te parezco normal?

—Ni pizca —me río, recordando el momento en que me llamó mentiroso cuando le dije cómo me llamaba. Diez años ocultándome bajo identidades falsas y ha sido la única persona que me ha calado a la primera—. ¿De dónde eres?

—De Nueva Jersey.

—¿Nueva York ha seguido destrozando el paisaje con esos inmensos rascacielos?

—Está inundado de rascacielos.

—Puedo imaginármelo. Todo el mundo habla del boom de la construcción. Recuerda que estás en 1928.

—Viendo tu cabello es imposible olvidarlo.

—¿Qué le pasa a mi cabello?

—En el siglo XXI los hombres no suelen llevarlo tan tirante y repeinado ni con una raya al lado. Bueno, los *nerds* puede que sí.

—¿Los *nerds*?

—Uff... es largo de explicar y puedo desaparecer en cualquier momento. Hay cosas más interesantes de las que hablar.

—Como por ejemplo... —improvisado divertido—. ¿Qué te ha traído hasta Greening Island? ¿O en 2018 también han aparecido aquí rascacielos, boutiques y esto es un resort de lujo?

—No, aquí no llegarán los rascacielos, al menos no en 2018, y, como te he dicho, no ha cambiado casi nada.

—¿Has venido a ver a tu tía? Me dijiste que dirige Raventhorp.

—Más o menos.

—Huyes de algo —murmuro.

—Ya estamos otra vez... ¿Por qué os empeñáis todos en decir que huyo de algo? —se enfada.

—No quería incomodarte, lo siento.

*

Un silencio opresivo se ha instalado entre nosotros como una pared de ladrillo, y sus cejas se unen en un gesto de disgusto. Acaricio al cachorro esperando encontrar las palabras adecuadas o, en el mejor de los casos, volver a desaparecer sin sentir nada, ni mareo ni vaivenes, como me ha ocurrido también esta vez. Aún puedo escuchar cómo mi tía me ha ordenado que persiga al perro. «¡Que se escapa!», ha gritado, temerosa de perderlo. Le ha cogido cariño. Así que, obedeciendo a sus órdenes, he salido del hotel corriendo tras él por la playa, hasta que ambos hemos saltado en el tiempo en un abrir y cerrar de ojos. Me alivia haberlo hecho acompañada del cachorro; parece haberse encariñado con los pies de Isaac.

—Si me das tu auténtico nombre te cuento por qué estoy aquí — propongo, aterrada al pensar que la situación y el encuentro me parece normal, cuando en realidad es de lo más surrealista. Todo esto sigue siendo una jodida locura.

—Ni hablar —se niega—. No puedo.

—Tú también huyes de algo —elucubro—. ¿Eres un fugitivo? ¿A quién has matado, Hamsun?

—A muchos hombres —responde seriamente.

—¿Lo dices de verdad?

Retira la mirada del cachorro para centrarla en mí y, tras unos segundos en los que clava con intensidad sus ojos en los míos, suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Es broma. Solo estaba bromeando.

—Así que los dos nos vamos a quedar con la duda. Yo no voy a saber cómo te llamas y tú no vas a saber para qué estoy aquí.

—Y ambos no sabemos qué causa que viajes en el tiempo.

—Es Raventhorp. Es este lugar.

—¿Puede tener algo que ver el colgante?

—El perro no lo lleva y ha viajado.

—Pero está contigo.

—Mi tía y los empleados han estado conmigo y no han viajado. Tú

estás conmigo y no vienes al siglo XXI —replico.

Se encoje de hombros y, sin dejar de mirarme, se tumba boca arriba con las manos enlazadas tras la nuca. Los pantalones arremangados dejan a la vista unas piernas fuertes; me fijo en que tiene varias cicatrices.

—¿Qué son esas cicatrices? —La expresión de su rostro se ensombrece en cuanto formulo la pregunta—. Parecen navajazos —insisto, aunque no debería, sabiendo lo mucho que fastidia que te formulen preguntas que no quieres contestar.

—De pequeño era un poco travieso.

—Eso no se lo cree nadie.

—¿Eres policía?

—¿Policía? —No puedo hacer otra cosa que reír ante su suposición—. No, pero conocí a un hombre con cicatrices. Un mal tipo.

—No soy un mal tipo. Créeme, no lo soy. Y ojalá vengas muchas veces a visitarme para poder demostrártelo.

La intimidad que se crea entre ambos me sobrecoge. Percibimos una conexión natural cuando nos miramos a los ojos, sabiendo que nuestro momento ha terminado aunque, esta vez, ha durado un poco más de lo que esperábamos.

Me desvanezco con una sonrisa en la cara y le digo adiós.

*

—Hasta la próxima, Chloe —me resigno, contrariado, al comprobar que el cachorro sigue a mis pies.

El animal, confundido, se coloca en posición de alerta, mirando hacia el espacio en el que Chloe acaba de desaparecer.

—¿Tú no te vas? —le pregunto, tan confuso como él.

Tras unos segundos, el perro vuelve a sentarse a mi lado. Sigue jugando como si no hubiera ocurrido nada. Dejo que transcurran los minutos esperando que él también se evapore para volver al tiempo del que procede, pero pasan dos horas, y el cachorro sigue conmigo.

—¿Todavía aquí, Isaac? ¿No tienes frío? —pregunta Madison, apareciendo de improviso en la playa. Me sacudo la arena de los pantalones y

me levanto seguido del perro—. ¿Y ese perro? ¿De dónde ha salido?

—Es mi nuevo amigo —contesto—. Se llama *Hunter*. Es mi amigo *Hunter*.

Así, la próxima vez que vea a Chloe, quizá le dé una pista sobre mi auténtica identidad.

*Greening Island**Enero, 2018*

Tras varios días buscando al perro por toda la isla, tía Lydia se ha dado por vencida.

—Tal y como vino, se fue —comenta suspirando a la hora de comer—. Espero que no se haya ahogado. Pobre cachorro.

—El cordero te ha quedado buenísimo —alaba Laura a Marion, cambiando el tema de conversación.

—Sí, ¿verdad? Le he añadido el toque de mi abuela.

—¿Cuál es? —se interesa tía Lydia, olvidando por un momento al perro.

—Receta secreta.

Marion nos dedica un divertido guiño de ojo y Will emite uno de sus característicos gruñidos. Pienso que para él no debe ser sencillo estar rodeado de mujeres. Trato de imaginarlo en otro ambiente que le resulte más cómodo y, por su aspecto tosco, ofuscado en pensamientos que parecen de lo más turbios, me resulta fácil visualizarlo en una taberna mal iluminada, de esas con suelos pegajosos y paredes sucias, con grandes jarras de cerveza en la mesa y voces varoniles gritándole a una pantalla de televisor que emite un partido de rugby.

—Will, un poco de consideración con mi comida. Más delicadeza —lo amonesta la cocinera que, por lo poco que conozco de ella, carácter le sobra. Pero Will, aun así, sigue sin contestar, limitándose a comer como un perro hambriento.

—¿Tenemos suficiente leña, Will?

—Sí, jefa.

Cuando Will termina el plato, se levanta sin decir nada y se va.

—Es un mal educado —se exaspera Marion.

—Lo ha pasado mal —lo defiende tía Lydia—. Will estaba casado —añade con un hilo de voz dirigiéndose a mí, aunque me importe un rábano la vida de nadie—. Pilló a su mujer con otro. De eso hace ya diez años, los mismos que lleva trabajando aquí y el otro día, por cierto —añade, mirando a Laura y a Marion—, me confesó que yo le había salvado la vida. Pobre hombre.

—¿Y después de diez años no se ha recuperado de los cuernos? —suelto, de repente, como si por lo visto mis palabras fueran un sacrilegio por cómo me miran.

—Hay amores que matan, Chloe. ¿No has conocido nunca uno de esos? —apunta Laura, intensa, sorprendiéndome con su tono de reproche.

—Empiezo a entender por qué Will está siempre de mal humor —respondo entre dientes, retirando el plato de la mesa con brusquedad.

«¿Que si nunca he conocido uno de esos amores que matan? —pienso, enfurecida, mientras recorro el pasillo en dirección a la cocina para dejar el maldito plato—. Uno casi me mata. Literalmente. Casi me mata».

Al pasar por una de las puertas de los dormitorios de Will, Laura y Marion, me detengo cuando oigo, al otro lado de la pared, cómo la voz contundente de un hombre a través del televisor pronuncia un nombre: Alan Grant. Movida por el impulso de necesitar saber qué dice, sostengo el plato con fuerza y, con la otra mano, abro la puerta sin que me importe invadir la intimidad de Will.

—¡Eh! Joder, ¿qué haces entrando sin llamar?

Sobresaltado, se levanta de la cama justo en el momento en que a mí se me escurre el plato de entre las manos. La porcelana acaba en el suelo hecha añicos, con trozos de cordero desparramados en la moqueta gris de la habitación. Mis ojos miran con horror las imágenes que se suceden en el televisor. Alan, Steve y un tipo con la misma complexión que el sicario que me disparó en Nueva York, me miran a través de las fotografías que muestran en las noticias. Se llamaba Cooper Graham, aparece con la misma gorra que utilizó el día que intentó matarme, y sus ojos azules resultan tan inquietantes como los de su jefe, Frederick Dempsey, quien le envió para que acabara conmigo.

Las fotografías desaparecen para dar paso a la imagen del presentador. Will blasfema detrás de mí, pero no sé qué diablos me está diciendo.

—«Los tres cadáveres han sido trasladados al anatómico forense, mientras la policía investiga qué es lo que pudo ocurrir a las tres de la madrugada en la ochenta y nueve con la Quinta Avenida, frente al colegio Saint David. Esta mañana hemos ido hasta allí para hablar con algunos padres, que nos han transmitido el temor y la inseguridad que han sentido cuando se les ha informado del tiroteo acontecido en una zona transitada a diario por niños. Y ahora, cambiemos de tema y vayamos a...»

La voz del presentador se apaga. Ensordezco de repente. Will apaga el televisor y me mira con estupor mientras yo, en lugar de ver el cuchitril en el que duerme, de cinco metros cuadrados sin ventanas, visualizo la calle por la que he pasado tantas veces. Alan y Steve están muertos. Imagino que alguno de los dos disparó al sicario, terminando con su vida frente al portal por el que entré y salí a diario durante años, observando a los niños en el colegio de la acera de enfrente.

—¿Qué te pasa? ¿Tenías algo que ver con esos hombres? —se interesa Will, devolviéndome a la realidad.

—Siento lo del plato. Ahora mismo lo recojo —balbuceo, moviéndome por la habitación sin control.

—Ey, tranquila.

Will hace un intento por mostrarse amable dejando a un lado sus gruñidos. Hasta sustituye el ceño fruncido por una sonrisa compasiva. Se acerca a mí sin saber qué hacer. Es probable que esté pensando en si es buena idea darme un abrazo, pero antes de que me estruje contra su enorme cuerpo, me aparto de él y, con la mirada fija en el suelo, salgo en dirección a mi habitación para no volver a salir y pudrirme ahí dentro.

Con el móvil en la mano, ignoro a tía Lydia.

—¿Por qué lloras, Chloe? ¿Qué pasa? —pregunta.

Me encierro en mi habitación.

Tía Lydia insiste; toca a la puerta una, dos, tres veces..., hasta que a la quinta le digo, entre sollozos, que me deje tranquila.

—Está bien —creo que ha murmurado, dándose por vencida.

Me tumbo en la cama con la mirada clavada en el techo y cojo el móvil. Me desespero y lo lanzo contra el colchón cuando tarda una eternidad en dirigirme a la sección de noticias. Quiero comprobar que lo que he visto en el cuartucho de Will es real. Quiero saber si Alan y Steve están muertos o es

solo una broma pesada. Necesito ver, una vez más, el rostro del hombre que me disparó hace diez meses.

Cuando por fin Google termina de cargarse, busco Alan Grant e inmediatamente, como si la conexión hubiera obrado un milagro, me enfrento a su rostro. El rostro del que, joder, seguía enamorada hasta las trancas pese a no dar señales de vida ni interesarse por mí cuando casi muero por el maldito millón de dólares que me obligó a extraer de la caja fuerte de un tipo que, estoy segura, Alan no sabía que eran tan peligroso como ha resultado ser.

Leo con rapidez, estremeciéndome con cada palabra y sin poder parar de llorar, lo cual dificulta mi visión a medida que avanza la noticia. Cuando los agentes llegaron al lugar del triple homicidio, alertados por los vecinos escandalizados por los gritos y disparos que se produjeron a altas horas de la madrugada, encontraron tendidos en la calzada los cadáveres de Steve y Alan muy juntos, y el de Cooper unos metros más lejos, como si al salir corriendo se hubiera visto sorprendido por el disparo de uno de los dos.

—Fue Alan —murmuro, recordando la mala puntería que tenía Steve.

Pese al dolor que siento, casi agónico, como si un hierro candente me estuviera perforando muy despacio, una parte de mí se alegra de que estén muertos. Podría ser peor. Dempsey podría haber matado a mi madre y por nada del mundo querría que fuera su foto la que apareciera en la sección de sucesos del New York Times. Espero que el ajuste de cuentas al que tanto temía Steve haya terminado. Ese pensamiento alivia mi dolor cuando imagino a Alan inerte dentro de un ataúd. No tengo ni idea de cómo ha encontrado a Alan y a Steve ni si ahora que están muertos Dempsey se ha olvidado de mí.

«Date por muerta tú también», me dice una voz interior maliciosa.

Me encojo hasta notar las rodillas en mi pecho y cierro los ojos sumiéndome en un sueño profundo del que no quiero despertar. El mundo parece estar tambaleándose bajo mis pies.

TERCERA PARTE

Hay personas mágicas, te lo puedo asegurar. Se encuentran escondidas por todos los rincones del planeta, disfrazadas de personas normales, disimulando su especial forma de ser. Procuran comportarse como los demás y por eso, a veces, es tan difícil encontrarlas. Pero cuando las descubres ya no hay marcha atrás. No se lo digas a nadie, pero dicen que su magia es tan fuerte, que si te tocan alguna vez lo hacen para siempre.

ANÓNIMO

Greening Island

Febrero, 1928

A veces, este hotel y sus ruidos me sobrecogen. Madera que cruje, puertas que chirrían... Todo resulta extraño. Las estancias claustrofóbicas, la sensación de no estar haciendo nada, de que el tiempo se me escapa como arena deslizándose entre mis dedos. Me inquietan los pasos sigilosos de Madison a altas horas de la madrugada. Recorre el pasillo, sube las escaleras hasta la última planta y se encierra en la biblioteca; siempre el mismo ritual. Sus ojos me perturban, su sonrisa me cansa. Si McCarthy pudiera verme por un agujero, se reiría a mi costa durante meses. Ally, a la que hace años que no veo, me miraría con esos ojos grandes del mismo color que el café que parecen haber vivido mil años y, burlándose de mí, me diría: «Cobarde».

El aire está repleto de sonidos: cigarras, grillos y aves nocturnas que asustan a *Hunter*, mucho más crecido que el día que apareció en la playa con la viajera del futuro, para quedarse conmigo y no regresar con ella a su tiempo.

—Vamos a dormir, chico.

Hay que ver el cariño que se le cogen a estos animales.

—Te recuerdo, Isaac, que dentro de dos meses, cuando empiecen a venir los huéspedes, el perro tendrá que irse —lamenta Madison detrás del mostrador de recepción, cuando el reloj marca las diez de la noche.

—Ve a descansar —la ignoro, haciendo el amago de subir las escaleras mientras *Hunter* mordisquea la punta de mi zapato con sus dientes pequeños y afilados.

—Ya sabes que sufro de insomnio —comenta coqueta, llevándose un mechón rubio y enredándolo con el dedo—. Y tú... ¿duermes con el perro?

—Nos hacemos compañía.

—¿Estás seguro de no querer otra compañía que la de un perro? —se

me insinúa, como hace casi cada noche cuando vuelvo de mi paseo nocturno por la playa.

—Es suficiente. Buenas noches, Madison.

Asiente sin su sonrisa característica, los ojos se le han humedecido y, para disimularlo, baja la mirada al libro de reservas que tiene sobre el mostrador.

Tal y como me ha recordado la recepcionista, solo quedan dos meses para que llegue la temporada alta. Casi todos los fines de semana están reservados y ni una sola habitación libre los meses de julio y agosto. El tal Collen ha hecho un buen negocio con Raventhorp, desde luego. ¿A quién le hace falta mantener a salvo el supuesto tesoro que aún no he descubierto, si este hotel, por sí solo, ya es una mina de oro?

Al abrir la puerta de mi dormitorio, retrocedo un paso al ver que hay un bulto bajo las sábanas. Alguien está acostado en mi cama. Frunzo el ceño y, con más sigilo que *Hunter*, que ha saltado a la cama y mira con curiosidad a la persona que está durmiendo, me acerco a tientas sin pulsar el interruptor de la luz. En la penumbra, sonrío pese a no poder ver con claridad las preciosas facciones que me embrujaron la primera vez que la vi. Deseaba que fuera ella. Lo deseaba con todas mis fuerzas y está aquí, en mi cama, aunque ella no lo sepa. Emite un suspiro y seguidamente se calma, ovillada, como si se estuviera protegiendo. En el estado de inconsciencia en el que se encuentra, cree que duerme en su época. En el año al que pertenece: 2018. Qué lejos en el tiempo. Qué irreal y fascinante resulta tenerla aquí, tan cerca, respirando el mismo aire que el mío y dándome cuenta de que he echado de menos su presencia a lo largo de estas semanas en las que no ha venido a verme.

—*Hunter*, déjala dormir —susurro, asumiendo que esta noche me toca tumbarme en el suelo frío. Eso, claro está, si puedo conciliar el sueño porque, por el momento, me es imposible apartar la mirada de la viajera del tiempo.

No solo los rayos de un sol brillante rebotando en las paredes me despierta, también lo hacen los lametazos de un perro que... ¡Oh!

—¡Has vuelto! —exclamo, sin saber cómo ha llegado hasta aquí.

Pero al cabo de unos segundos, la conmoción me sacude como si hubiera estado durmiendo durante una semana. Me siento perdida y, cuando miro a mi alrededor, sé que me he despertado en un mundo distinto, algo de lo que no me cabe la menor duda cuando, al asomarme por encima de la cama, veo a Isaac dormido en el suelo. Llevo la misma ropa con la que me quedé dormida al enterarme de la muerte de Alan y Steve; ni siquiera me puse el pijama ni me quité las botas.

—Isaac... —lo llamo en un susurro—. Isaac...

El perro me ayuda bajando de la cama y acercándose a él para despertarlo de la misma forma que a mí: a lametazos. Isaac, adormilado, lo acaricia y ríe, hasta que se da cuenta de que lo estoy observando. Se detiene, creo que se ha ruborizado, y me dedica una lánguida sonrisa, seductora y adormilada, que dibuja un hoyuelo en su mejilla.

—Buenos días, viajera —saluda con voz ronca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Anoche, cuando entré en mi habitación, estabas en mi cama.

—¿He viajado en el tiempo dormida?

—Eso parece —ríe—. ¿Esta es también tu habitación en el siglo XXI? —Asiento—. Qué suerte la mía —bromea—. Pues no has desaparecido durante toda la noche, llevas más de... —Se lleva la mano al bolsillo y saca un reloj plateado con una insignia grabada que no alcanzo a ver—. Increíble. Cuando entré eran las diez de la noche, así que llevas más de nueve horas en febrero de 1928.

—Febrero —balbuceo—. Nueve horas —me sorprendo también.

—Has estado llorando. Tienes los ojos hinchados.

—Han pasado cosas. De hecho, en vez de viajar hasta aquí, me encantaría retroceder a marzo de 2017 y no haber hecho algo horrible sin pensar en las consecuencias.

Me mira confundido. Es la única persona a la que se lo contaría todo porque, al fin y al cabo, no supone ningún peligro para mí, pero antes quisiera saber quién es en realidad y si es de confianza.

—El perro. El perro no viajó conmigo. Mi tía estaba preocupada por él.

—Se llama *Hunter*.

—*Hunter*... Le queda bien.

—¿Qué hacemos? —me pregunta.

—Como si yo lo supiera —resoplo, llevándome la mano a la frente. Me duele la cabeza y siento una fuerte presión en los ojos. Debo tener un aspecto horrible y no dejo de darle vueltas a lo ocurrido aunque, en el lugar donde me encuentro, los implicados, Alan y Steve, ni siquiera han nacido. Dempsey tampoco existe, lo cual me hace sentir segura. Me encantaría quedarme en 1928 donde nadie me amenaza ni me busca. No volver a mi época. Dejar de sufrir. Solo aquí, con Isaac, estoy a salvo.

—Voy a por ropa más adecuada para ti. Si has estado nueve horas, puede que en esta ocasión tu estancia se prolongue. Aun así, me da miedo que te vea alguien.

—¿Solo me quieres para ti o qué? —ironizo. Isaac abre mucho los ojos y se sonroja; he vuelto a decir algo inapropiado—. Lo siento, no quería decir eso.

—No, no pasa nada, solo que... —Incómodo, se lleva la mano a la nuca y me mira con el rabillo del ojo—. Puede que no sea seguro que te descubran.

—Claro, lo entiendo. Puedo quedarme encerrada aquí todo el día hasta desaparecer —propongo, aunque la idea no me atraiga.

—Y yo debería hacer como que trabajo —comenta aburrido, resoplando y levantándose para ir al cuarto de baño.

«Ya irá mostrando su forma de ser —decía mi padre sobre las personas—. Tendrás que observar y esperar».

Me quedo en la cama con *Hunter*. Lo acaricio y lloro, todo al mismo tiempo, mientras escucho cómo el agua cae sobre la cerámica de la bañera. Por un momento, me da por imaginar que estoy en mi apartamento de Nueva York y es Alan el que se está dando una ducha para luego salir e ignorarme como hacía siempre. Sin embargo, quien sale es Isaac con una toalla alrededor de la cadera dejando al descubierto una espalda ancha y un torso más musculado de lo que dejaba entrever bajo sus estilismos de principios del siglo XX. Quizá no es lo más apropiado para el momento y el lugar, pero en vez de dejarme hipnotizar por los músculos de sus brazos, me fijo en la cantidad de cicatrices que tiene por todo su cuerpo. Una bala en el pasado le hirió el hombro derecho; en el lado izquierdo de su vientre, donde yo tengo la cicatriz del disparo, él tiene otra que parece ser de un navajazo reciente; y

quisiera que se diera la vuelta para comprobar si, tal y como pienso, hay marcas en su espalda. Heridas de guerra. Ahora mismo quisiera no haberme dormido en las clases de historia para saber si este hombre, cuya edad no debe superar los treinta y cinco, ha combatido por lealtad a su país en alguna guerra.

—Disculpa. Se me ha olvidado llevarme el vestuario al cuarto de baño.

—Tu cabello.

—¿Qué le pasa?

—Está despeinado y mojado. Te queda mejor así —le digo en un arrebato de sinceridad. Por cómo me mira, vuelve a percibir que he estado llorando.

—No sé cuál es tu historia, Chloe Ackerman, pero todo sucede por alguna razón y el motivo de tu tristeza pasará. Todo pasa.

—Te acuerdas de mi apellido.

—Tengo buena memoria para lo que me interesa.

Me dedica un guiño de ojo que provoca que mi corazón se detenga un instante antes de comenzar a latir desbocado en un peligroso ascenso hacia mi garganta.

—Mi última pareja tardó tres meses en recordar mi apellido.

—¿Y qué fue de él?

—Ha muerto —confieso, sorprendiéndome a mí misma por ser la primera vez, a lo largo de estos meses, que hablo de Alan con otra persona—. En realidad murió anoche, aunque no dejo de pensar que aquí, contigo, es como si no hubiera ocurrido.

—Aquí nada de lo que conoces ha pasado. Tú no existes, tus padres tampoco, y no sé nada de tu vida, pero puede que tus abuelos sean unos recién nacidos o todavía estén en el vientre de sus madres. Cuando te pregunté de qué huías, estaba en lo cierto, ¿verdad? Tu pareja no era buena persona. —Niego asombrada por cada uno de sus aciertos—. Una parte de mí no entiende nada de esto y está alerta para ver cómo te esfumas y vuelves a tu época. La parte que no es racional quiere que te quedes, aunque seas una distracción para lo que he venido a hacer aquí.

—Dime tu nombre.

Respiro hondo y, sin apartar la mirada de la viajera, estoy dispuesto a contarle quién soy en realidad al ver que se está abriendo a mí. Sé que, por mi propio bien, debería alejarme mientras pueda; el problema es que no quiero. Con ella es como si nada malo pudiera ocurrirme. Su mirada me despierta pasiones pasadas que ni siquiera sentí por Ally, a la que imagino oculta en algún callejón oscuro de cualquier ciudad del mundo, trabajando de incógnito en una misión secreta.

De pronto, parece que el aire se haya cargado de electricidad entre nosotros. Me llevo una mano a la nuca. Me incomoda reconocer que estoy nervioso. Observo a Chloe durante unos segundos y trato de relajarme dejando escapar el aire de mis pulmones.

—Hunter. Jeff Hunter. Ese es mi nombre.

—Por fin —suspira—. Por eso has llamado *Hunter* al perro.

—Por si eras tan lista como cuando supiste que te mentía y adivinabas que tenía que ver con mi nombre real.

—¿Y por qué te haces pasar por otra persona? ¿También huyes de algo? —pregunta.

—Raventhorp es un lugar lleno de secretos que ni siquiera conozco yo, Chloe.

—¿Eres policía?

—Trabajo para el Gobierno. —Y, cuando lo confieso, no puedo creer que esté confiando tanto en ella. Si McCarthy se enterase, soy hombre muerto; fin a la misión y a mi tapadera. Adiós a mi carrera—. En un Departamento secreto en el que, traduciéndolo de una manera sencilla, protegemos al país en la sombra —termino de decir, cuando ya es demasiado tarde para dar marcha atrás o arrepentirme por hablar demasiado.

—¿Eres una especie de sicario? —se asombra, sin que eso parezca preocuparla o asustarla.

—No me enorgullezco de muchas de las misiones que me han encomendado, Chloe, pero definiendo a los buenos aunque estos sean tipos poderosos. Al menos eso es lo que quiero creer. Protejo al país. Y estoy aquí con la misión de proteger este hotel, aunque todavía no sé de qué. Es un caso extraño, bastante atípico, diría. No me han dado mucha información. Por eso —sigo explicando, sin querer entrar en más detalles—, te dije que era mejor que no te viera nadie salvo yo. Aún estoy observando a los empleados y no sé

si son de fiar.

—¿Y cómo sabes que yo soy de fiar?

«Porque procedes de una época en la que no existo», pienso.

—Unos ojos como los tuyos no pueden mentir.

De golpe, sin saber si he dicho o he hecho algo mal, se lleva las manos a la cara y empieza a llorar. Sé qué hacer cuando alguien me ataca por la espalda, bien sea con una pistola, una navaja o con su propio cuerpo. Sé cómo actuar cuando un tipo más grande que yo lleva sus manos a mi cuello, o cómo abrir todo tipo de puertas sin necesidad de llaves. Pero no sé cómo actuar o qué decir cuando una mujer llora frente a mí, así que me decanto por ir en busca de mi ropa y, en silencio, dejándola sola con su dolor, vuelvo a encerrarme en el cuarto de baño a cambiarme para bajar a recepción.

*

«Unos ojos como los tuyos no pueden mentir».

Cómo unas pocas palabras de un desconocido pueden contener tanto peso para derrumbarme en cuestión de segundos. Hasta hace unos meses, cuando estaba con Alan o trabajaba para él, ya no lo sé, me consideraba un bloque de hielo. Jeff no me conoce y es la primera persona en mucho tiempo que, sin preguntas, se fía de mí cuando hace años que ni siquiera yo sé quién soy.

Cuando Jeff sale del cuarto de baño, vestido con unos pantalones grises a juego con el chaleco, me ve más tranquila. A mí me asombra el hecho de que no se haya aplicado en el cabello lo que sea que se apliquen los hombres en esta época para dejarlo aplastado. Tampoco lleva la raya en medio. Percibo algo hipnótico en sus gestos, en la forma que tiene de morderse el labio inferior como guardando palabras que no sabe si debe decir, o cómo se frota la nuca, incómodo y nervioso, sin tener ni idea de qué hacer conmigo. Creo que una parte de él esperaba salir y no encontrarme.

—Sigues aquí. Voy a por algo de ropa para ti.

—¿De dónde la vas a sacar?

—Déjale a un profesional. —Me guiña un ojo y se da la vuelta pero, antes de colocar la mano sobre el pomo, vuelve a mirarme y, rascándose la barba incipiente, sonrío y me estremezco al escucharlo decir—: Es un alivio

que sepas mi secreto, Chloe. Eres la única fuera de ese círculo que lo sabe y estoy deseando conocer el tuyo.

Asiento a modo de promesa. Él ha confiado en mí y me ha contado algo que, por lo poco que sé sobre Departamentos secretos, Gobierno y altas esferas, puede acarrearle graves problemas o incluso la muerte en el caso de que me fuera de la lengua.

—*Hunter*. —Acaricio al perro y, mareada, me vuelvo a tumbar junto a él dejando que apoye su hocico en mi hombro—. Ni siquiera yo confío en mí misma y él me ha contado quién es. ¿Sabes por qué lo ha hecho?

El cachorro me mira con ojos juguetones. Cierro los ojos con una sola pregunta: «¿Cuándo volveré a desaparecer?». Y me da miedo, no solo por correr la misma suerte que Alan y Steve en mi época aun estando escondida en esta recóndita isla, sino por Jeff. Por la posibilidad de no volverlo a ver.

*Greening Island**Febrero, 1928*

Son las ocho de la mañana cuando bajo a recepción. Encuentro a Madison tras el mostrador como si no se hubiese movido en toda la noche. A veces creo que duerme ahí. Imagino que Henry y Anne estarán en la cocina preparando el desayuno, y es posible que George aún no se haya levantado; es el que menos madruga de los cuatro.

—Buenos días, Isaac. ¿Con quién hablabas? —saluda Madison—. En tu dormitorio hablabas con alguien.

—Con *Hunter*.

—¿Seguro?

—Madison, hay algo que quiero que quede claro. No me gusta que se tomen confianzas conmigo, ¿entendido?

—Lo siento —se disculpa avergonzada. Baja la mirada; sigo pendiente de ella para no perderme nada de lo que puede hacer a continuación que es, tal y como esperaba, sonreír. Siempre sonrío mostrando una dentadura blanca y perfecta, lo cual provoca que sea la primera persona en la que desconfíe. Nunca me he fiado de las personas que sonrían en exceso; no me gustan, no son auténticas y suelen dar problemas.

—Por favor, sube a la biblioteca y selecciona cincuenta libros. He visto que hay una estantería libre. Bájala y colócala junto al piano con los títulos que elijas. Creo que sería una buena propuesta para los huéspedes y llenará el espacio vacío de la chimenea.

—Pero es una biblioteca privada y no...

—Hazlo —la interrumpo de malas maneras.

—De acuerdo. Un momento, voy a...

—Ahora —ordeno, precisando su ausencia durante un rato, lo más lejos posible de aquí.

—Claro —asiente, abandonando la recepción y subiendo con rapidez las escaleras.

Cuando la pierdo de vista, voy en dirección a la cocina. Las voces de George, Henry y Anne se entremezclan. Apoyados en la encimera de metal, toman café y hablan de la temporada pasada en la que no descansaron ni un solo día y trabajaron jornadas agotadoras de hasta quince horas.

—Jefe, buenos días —saluda Henry, dirigiéndole una mirada de advertencia a George, que está de espaldas a mí.

—George, deberías ir al pueblo. Quiero tabaco.

—¿Tabaco? —pregunta confundido—. ¿Fumas, Isaac?

—De vez en cuando me apetece un cigarrillo.

—Es buena idea. Yo también necesito ir para llenar la despensa — comenta Henry—. Iremos más rápido si remamos los dos.

—Pues no perdáis tiempo e id ya. Nunca se sabe cuándo va a embravecerse el mar y así desconectáis de Raventhorp. Tomáoslo como un día libre antes de esa temporada alta con jornadas de quince horas de las que estabais hablando antes de que entrara por la puerta.

Les guiño un ojo y sonrío con complicidad. Los dos hombres se miran y, tras dar un último sorbo a sus cafés, salen de la cocina.

—Anne, quisiera que limpies las ventanas de la tercera planta. He visto que se acumula polvo en las camas, así que hazlas de nuevo y deja relucientes los cuartos de baño.

—Lo hice ayer —se excusa.

—¿Acaso tienes otra cosa mejor que hacer?

—No, claro que no —se apresura en responder—. Voy a ello.

—Gracias.

«Vía libre», pienso, cuando el pasillo que conduce a los dormitorios de los empleados se queda en silencio. Sé que la segunda puerta a la derecha abre el dormitorio de Madison y, aunque es de estatura inferior, debe tener más o menos la misma talla que Chloe, por lo que alguno de sus vestidos le puede servir. Cabe la posibilidad de que la puerta esté cerrada y tenga que forzarla, pero sonrío al comprobar que, al girar el pomo, está abierta. Me adentro en el dormitorio de la recepcionista observándolo con atención. A simple vista, no hay nada que llame mi atención salvo tres libros sobre la mesita de noche que debe haber cogido de la biblioteca. También hay un marco de madera volcado. Al darle la vuelta, aparece ante mí el rostro

aññado de Madison junto a un hombre corpulento que la rodea con el brazo. La expresión dulce y la sonrisa infantil de Madison no dista mucho de la actual; calculo que debía tener seis o siete años cuando posó para el retrato. Es posible que el hombre que hay a su lado sea su padre, pero hay algo que no encaja. Me fijo en el vestido floreado que lleva. Es vaporoso, elegante y distinguido, típico de la alta sociedad y no de alguien que tiene que trabajar desde los doce años para ganarse la vida. Ambos posan sonrientes en un jardín; hay rosas rojas y detrás de ellos una mansión que no reconozco como Raventhorp, aunque se aprecian dos columnas similares en la entrada. Recuerdo las palabras de Henry: «Collen la adoptó». Es probable que el hombre al que estoy mirando se trate del dueño de Raventhorp, al que por fin creo poner cara después de tanto misterio en torno a él. Dejo el retrato tal y como me lo he encontrado y, sin más dilación, abro el armario. Hay cinco vestidos negros y grises, los colores obligatorios para trabajar en recepción. Cojo dos, uno negro y otro gris, a sabiendas que Madison va a saber que le falta ropa. Corro hasta la cocina para llevarme algo de comer y una taza de café. Me decanto por un trozo de bizcocho de chocolate con almendras que hay en la despensa y, cuando llego a mi dormitorio, respiro aliviado al comprobar que Chloe sigue ahí, con la mirada perdida en el techo, y *Hunter* apoyado en su pecho.

—Te he traído dos vestidos, algo de comer y una taza de café.

Se le iluminan los ojos y estira el brazo para coger el trozo de bizcocho que empieza a comer con gusto.

—Gracias, Jeff. Aún no he desaparecido —sonríe—. Mmmm... qué rico está esto —comenta, señalando el poco bizcocho que le queda.

—Te dejo el café en la mesita de noche. Estaré aquí al lado, en mi despacho. Puedes entrar por esta puerta —sugiero, señalando la puerta que hay junto a la del cuarto de baño.

—Lo sé.

—George y Henry van en dirección al pueblo, no estarán en todo el día; a Madison, la recepcionista, le he ordenado que seleccione cincuenta libros de la biblioteca, le llevará un buen rato; y Anne, que se encarga de la limpieza, está en la planta de arriba muy ocupada, te lo aseguro —informo—. Si quieres ir a dar un paseo por la playa o... no sé, lo que sea. Estoy aquí.

—Aún te debo mi historia.

—Solo si estás preparada. No es una obligación. Yo solo te he contado

mi verdad porque sé que desaparecerás dentro de un rato y, aunque vuelvas a aparecer, no eres una amenaza. No en 1928.

—Porque no me pertenece —añade pensativa.

—Es un placer compartir mi secreto contigo, aunque aún te quede mucho por conocer de mí si es que lo conoces algún día, claro —me río, sin saber adónde nos va a conducir todo esto.

—Solo sé que eres un buen tipo, Hunter. Con eso me basta —resuelve, terminando el desayuno en un abrir y cerrar de ojos. Se levanta de la cama para contemplar los vestidos que le he dejado sobre el sillón que hay junto al ventanal. Es el momento de retirarme.

—Dejo que te cambies.

*

Son las siete y media de la tarde y sigo en 1928 junto a Jeff que, abiertamente, me ha contado retales de su vida. Una de las partes más interesantes de su historia ha sido enterarme de cómo entró a formar parte del Departamento. Tras la muerte de su padre, la única persona que le quedaba en el mundo, puesto que su madre falleció de una larga enfermedad cuando era un adolescente, Jeff, en la más absoluta miseria, tuvo que sobrevivir solo en las oscuras calles neoyorquinas desde 1916 hasta 1918. Tal y como lo ha relatado, he sido capaz de visualizar el peligro de los callejones insalubres, las cloacas pudientes, ratas correteando a su antojo en cada esquina, los edificios grises y tétricos, y las tabernas mugrientas de principios del siglo XX donde reinaba la ley del más fuerte.

—Trabajaba en lo que podía para poder pagarme una habitación y comida. Contrabando de alcohol, principalmente. Siempre andaba metido en problemas, una mala vida, hasta que mi superior me defendió de una muerte segura. Me vio una noche, en un callejón, peleándome con un tipo dos veces más grande que yo al que le debía dinero. Estaba claro que iba a matarme; no sé qué vio McCarthy en mí para pensar que era válido en el Departamento. «El hombre que buscamos», según sus propias palabras.

»Me salvó en todos los sentidos. Le ofreció dinero a mi rival, este se fue, y me llevó con él, no sin antes preguntarme si sabía leer y escribir. Le contesté que me había enseñado mi padre, fallecido hacía dos años, y que era un lector empedernido, especialmente de poesía. La respuesta le agradó.

Comentó que mi padre le hubiera caído bien. Durante un año, me sometieron a un duro entrenamiento a las afueras de la ciudad junto a otros hombres que me parecieron, desde el principio, mucho más preparados y motivados que yo. Todavía recuerdo las agujetas de la primera noche y cómo me costó salir del catre a las cinco de la mañana del día siguiente. Fue un año duro que me fortaleció física y mentalmente. Con veintiséis años, mayor para ellos, me convertí en uno de los mejores agentes tras tres misiones victoriosas en Londres y Francia. He perdido batallas, muchas, pero he sabido asumir la derrota con dignidad y he valorado el trabajo en equipo. Mi jefe siempre dice que la mayoría de agentes están preparados para actuar solos, pero que yo necesito un camarada con el que compartir los triunfos y que estoy hecho de otra pasta. Casi nunca entiendo lo que dice.

—Debes sentirte muy solo aquí —le he dicho.

—Podrías ser mi camarada —ha contestado divertido.

Hemos bordeado la isla, nos hemos adentrado en sus bosques frondosos y ahora, tumbados en la arena lejos del embarcadero por el que en algún momento aparecerán dos de los empleados de Raventhorp, nos deleitamos con el atardecer bajo un cielo liso de un tono gris luminoso, que me recuerda al nácar.

—Ha sido un día agradable —reconoce Jeff, con los codos apoyados en la arena observando cómo corre y juega *Hunter* en la orilla.

—No quiero desaparecer.

—No quiero que desaparezcas.

Alza la mirada con lentitud y sus ojos permanecen fijos en los míos durante más tiempo del que puedo soportar. Mientras tomo una bocanada de aire, sé que ha llegado el momento de decir en voz alta por qué huyo.

—Voy a empezar por el principio. Me remonto al fatídico año 2012; acababa de cumplir veinticinco años. Yo era una estudiante de Medicina responsable y con un futuro brillante, pero la vida puede cambiar en cuestión de segundos. Todo eso desapareció el día en que mi padre murió en un accidente de coche. Conducía yo —aclaro, tragando saliva para eliminar el nudo que me atenaza la garganta. Jeff posa su mano en mi hombro y me mira fijamente animándome a continuar con mi historia—. Al despertar en el hospital, no recordaba nada de lo que había pasado. Cuando me lo contaron, me sentí terriblemente culpable y mi madre, mi tía..., todos, me miraban como si pensarán que, de haber conducido mi padre, seguiría vivo. Él habría

sabido reaccionar a tiempo ante cualquier imprevisto, aunque aquel coche viniera de frente y fuera demasiado tarde para evitar el choque.

»Una semana más tarde, casi recuperada de las heridas y después del entierro, hice algo insólito en mí. Me fui sola a un bar de mala muerte a beber. Estaba dispuesta a cometer locuras. Allí fue donde conocí a Alan y me enamoré desde el minuto uno pensando que era recíproco. Un cuento de hadas, ¿sabes? Me cegó. No veía nada, pero ahora sé que me utilizó. Solo fui eso, un objeto para él, para su negocio. No tardé en irme de casa dejando a mi madre sola y descolocada. Durante cinco años no ha sabido nada de mí y mucho menos a lo que me he dedicado. Junto a Alan, drogábamos y robábamos a hombres. Hombres ricos que no denunciaban los hechos por vergüenza al saber que tendrían que verse obligados a confesar que se habían ido con una desconocida a un hotel o a sus casas. Era un escándalo que no se podían permitir. Vivíamos con todo tipo de lujos en un apartamento enorme de Nueva York, donde nos pasábamos gran parte del día borrachos o drogados hasta que él se fijaba en un tipo rico, lo seguía durante un tiempo y yo, cuando él diera la orden, pasaba a la acción.

Me detengo, trago saliva y me enjugo las lágrimas.

—No tienes por qué seguir.

—Quiero seguir. Quiero contártelo, Jeff. Lo necesito.

—Estoy aquí.

No sin cierta timidez, la mano que hasta hace escasos minutos estaba paralizada en mi hombro, se dirige a la rodilla acariciándola de manera reconfortante. Es un gesto íntimo que me sonroja y me hace temblar. La sensación de que hay unas mariposas enérgicas revoloteando en mi estómago se une al dolor que supone contar esta historia, mi historia, que Jeff escucha con atención.

—En marzo de 2017 —prosigo, después de tomar una bocanada de aire fresco—, Alan se fijó en su próxima víctima: Frederick Dempsey, director de una empresa de publicidad, una de las más importantes de Nueva York. Tuvo a Steve, un amigo suyo, trabajando en la agencia como becario y pudo sacar información valiosa como la clave de acceso a la caja fuerte de su casa. Conocí a Dempsey en el local que Alan sabía que frecuentaba los jueves por la noche sin esperar que fuera una víctima tan fácil y accesible que, sin rodeos, me llevó a su casa. Tras beber un sorbo de la copa de vino a la que le metí droga, se quedó dormido. Siguiendo las órdenes de Alan, busqué la caja

fuerte por toda la casa y la abrí. El código que me había proporcionado era correcto. Había, nada más y nada menos, que un millón de dólares. Me los llevé, pero cometí el error de dejarme el bolso en la mesita de noche de su dormitorio. Descubrió mi documentación, supo quién era, y dos días más tarde envió a un sicario a por mí. Me disparó en la calle, a plena luz del día, cuando crees que por estar rodeada de gente estás a salvo. —Encogida, señalo mi vientre como si el fuego de la bala continuase ardiendo en mis entrañas—. No volví a saber nada de Alan y, diez meses más tarde, cuando estaba en Nueva Jersey, recuperándome en casa de mi madre, recibí una amenaza. Dentro del sobre había una fotografía de Alan con una mujer rubia y una nota que decía que no iba a detenerse hasta verme muerta. Por eso vine a Raventhorp. A esconderme. Antes de aparecer en tu cama, me fui a dormir llorando porque descubrí que Alan y Steve habían muerto. Por lo visto los mató el mismo sicario que me disparó a mí y al que uno de los dos, Alan, imagino, consiguió quitarle la vida antes de morir.

Levanto la mirada de la arena con timidez. No puedo ver la expresión de Jeff con claridad debido a la penumbra, pero lo agradezco porque así él tampoco puede ver cómo las lágrimas caen sin control por mis mejillas.

—Chloe, perdónate.

Su voz ronca quiebra el silencio.

Trato de encontrar la paz en la quietud del inmenso mar. Las estrellas, titilantes, se reflejan en la superficie cuando los nubarrones lo permiten, como si un montón de cristalitos se hubieran caído del cielo. «Perdónate», me repito, absorta en el aroma que flota en el aire: a hierba, a corteza de árbol, a agua salada, a él.

*

Inseguro, alargo una mano y recojo con la punta de los dedos una lágrima que resbala por su mejilla. Se estremece, asombrada, y se apresura en limpiarse la cara con el dorso de la mano, aproximándose y apoyando la cabeza en mi hombro. No puedo pensar con claridad al tenerla tan cerca, es como si obnubilara todos mis sentidos y me dejara en punto muerto.

—Gracias —musita.

Nos quedamos separados a escasos centímetros el uno del otro. Memorizo sus facciones con el deseo de no volver a verla llorar. Reprimo el impulso de acariciarle la rodilla, gesto que ha parecido incomodarle, o de llevar mi mano hasta su rostro y darle un beso en los labios.

«¿Qué demonios te ocurre, Hunter?», me reprendo internamente, alejándome de la viajera del futuro.

—Lo olvidé —dice de repente—. Dejé de querer a Alan el día en que desperté en una cama de hospital sabiendo que no volvería a verlo. Que en realidad jamás me quiso ni se preocupó por mí.

—Lo que espero es que ahora, cuando entremos en el hotel, nadie te vea.

—Aún no sé hacerme invisible —expone.

Parece molesta, mantiene las distancias, y se aparta bruscamente de mí. Caballeroso, tal y como me educó mi madre que en paz descansa, le ofrezco la mano para ayudarla a levantarse, pero me dedica una mirada furtiva y niega.

—Soy una mujer del siglo XXI que sabe levantarse sola, Jeff.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Para cuando termino de formular la pregunta, camina por delante de mí junto a *Hunter*, incómoda y maldiciendo el vuelo del vestido negro que lleva puesto y que, al irle corto, deja al descubierto las botas marrones de piel, bastas y masculinas.

—Espera —la detengo, cuando estamos a punto de llegar a Raventhorp.

Sigiloso, me asomo al cristal de uno de los ventanales que dan al salón, desde donde se puede ver la recepción. Con rapidez, cojo la mano de Chloe y, tratando de apartar el pensamiento de que el tacto con su piel me produce una especie de cortocircuito que recorre todo mi cuerpo, respiro aliviado al ver que Madison no está. Hoy han debido elegir la cocina para cenar. Corro sin soltar su mano, empujo la puerta de la entrada y ambos, mirando a nuestro alrededor, subimos las escaleras hasta llegar a mi dormitorio, donde nos encerramos para estar a salvo.

—Voy a por tu cena.

—No te molestes, no tengo hambre. Además, cuando vuelvas, seguramente no estaré aquí —comenta abstraída.

La miro como si la estuviera viendo por última vez, pero sigue sin corresponderme. Tiene la mirada fija en el suelo y acaricia con frenesí el

colgante que lleva en el cuello, como si de esta forma pudiera volver a su época. Se quiere ir, pero yo lo que quiero es retener este día, su historia y a ella. La quiero retener en mi memoria, por si se esfuma y no la vuelvo a ver.

Sin decir nada más, le doy la espalda, abro la puerta y la cierro con llave por precaución. Bajo las escaleras y entro en la cocina donde encuentro cenando a George, Madison, Henry y Anne.

—¿Dónde has estado durante todo el día, Isaac? —quiere saber Madison, curiosa como siempre.

—En mi despacho.

—He ido allí a llevarte el tabaco cuando hemos llegado del pueblo y no estabas —comenta con tranquilidad George, sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón.

—Estaría en la playa —me excuso—. Gracias por el tabaco. ¿Todo bien? —Todos asienten conformes con mi respuesta—. Hoy me llevo la cena a mi dormitorio.

Cojo dos platos y los relleno de salmón ahumado y patatas cocidas, ante la atenta mirada de los empleados, que deben estar pensando que qué voy a hacer con tanta cantidad de comida.

—Es para *Hunter* —me excuso sin mirarlos.

—El perro —murmura Anne con desprecio—. Isaac, deja mucho pelo. Tengo que estar barriendo el suelo de recepción a cada momento para...

—¿No es tu trabajo? —la interrumpo de malas formas.

—Sí, pero...

—Pues hazlo y no te quejes. Buenas noches a todos.

—Isaac, por cierto —interrumpe Madison cuando estoy a punto de salir—. He seleccionado los cincuenta libros tal y como me has pedido esta mañana. Me tuvo entretenida más de cuatro horas, pero ya están colocados en la estantería que he bajado desde la biblioteca con ayuda de Henry y George. Es preciosa, de finales del siglo pasado y queda muy bien junto al piano.

—Gracias.

*

Contemplo las palmas de mis manos, pero no me esfumo. El tictac del reloj suena al compás del péndulo mezclándose con los ronquidos de *Hunter*, que

duerme a mi lado. El tiempo transcurre lento. Quisiera que, cuando llegase Jeff, no me viera aquí, en su cama, en nuestra cama, esperándolo. Estábamos tan cerca... sentía su aliento contra el mío, su dulce aroma a jabón, y hasta he podido percibir sus cicatrices al apoyar la cabeza en su hombro. A lo largo del día nos hemos prodigado gestos íntimos y cariñosos. Me sorprende lo fácil que me ha resultado, cuando ya no estaba segura de volver a sentir algo así por nadie. Alan había sido el amor de mi vida, no el adecuado ni yo el suyo, pero sí por el que mi corazón latía más deprisa de lo normal cuando estaba a mi lado. Como en todo y una vez más, estaba equivocada y, aunque me resulte imposible y surrealista, debo asumir que un hombre que en mi época está muerto y cuya existencia nadie recuerda, provoca en mí sentimientos que creí que nunca iba a poder experimentar. Es casi mágico. Como si al fin, tal y como decía la frase final del cuento que mi padre me leía por las noches, hubiese caído una estrella para mí.

—¿Crees que a él le ha pasado lo mismo, *Hunter*?

Mi corazón se acelera en el momento en que escucho el cerrojo de la puerta. El pomo se mueve y entra Jeff con dos platos rebosantes de comida.

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—Pues le das un poco a *Hunter* —replica dulcemente, tendiéndome un plato—. Henry cocina de maravilla, siempre está experimentando con nuevos sabores y salsas.

—Marion, en mi época, no suelta prenda de sus recetas. Por lo visto son de su abuela o algo así.

—Interesante.

El salmón ahumado está delicioso. La salsa tiene un sabor cítrico y la textura se deshace en la boca.

—Para no tener hambre estás comiendo con gusto. Me alegro —sonríe.

—Si no desaparezco en unos minutos, déjame dormir en el suelo. No quiero que te duela la espalda por mi culpa.

—Ni hablar. Duerme en la cama, no hay problema. Al fin y al cabo, también es tu cama, ¿no? Ante todo soy un caballero.

Cuando terminamos de cenar, Jeff sale de la habitación con los platos vacíos para bajarlos a la cocina. Tarda en aparecer veinte minutos que se me hacen eternos sin su presencia. Al abrir la puerta y después de volver a cerrarla con llave, me tiende una cajetilla de cigarros y otra de cerillas con una amplia

sonrisa.

—Te has acordado —me emociono—. Creía que tendría que dejar de fumar.

—Sería lo conveniente.

—Puedo...

—Abre la ventana y vigila que no haya nadie fuera.

Es el mejor cigarrillo que he fumado en mi vida a pesar de ser más intenso del que estoy acostumbrada. Cuando acabo de fumar, acaricio a *Hunter* y le pregunto a Jeff si puedo darme una ducha antes de dormir.

—Claro, estás en tu dormitorio.

El agua caliente resbalando en mi piel me relaja. Lleno la bañera hasta arriba y me hundo imaginando cómo sería dejar de respirar. Cerrar los ojos e irme; desaparecer para siempre. Morir. Al volver a la superficie, escucho un par de golpes suaves en la puerta. Jeff está preguntando si todo va bien. Puede que haya pensado que ya no estoy al otro lado de la pared que nos separa.

—Todo bien —contesto bajito.

Lo escucho suspirar y sonrío. Me recuerdo a mí misma que no es un hombre del siglo XXI, sino uno de 1928. Falta un año para que estalle la Bolsa en Estados Unidos y me conmueve pensar que en esta época todo es diferente a lo que conozco; las gentes de aquí, tal y como ocurre con los que vivimos en el futuro, no tienen ni idea de todo lo que está por venir. Me seduce la idea de que en esta época todo sea más lento y romántico. El arte de saborear cada segundo, de vivirlo con intensidad, de deleitarse en lo sencillo, en lo que de verdad importa. No existe el «aquí te pillo aquí te mato», como se suele decir o, al menos, Jeff no parece de esos y dudo que conozca una expresión tan vulgar. El problema es que nosotros no tenemos tiempo y, lo peor de todo, es que no sabemos cuándo va a llegar el final. Puede que un día la magia se rompa y deje de dar saltos en el tiempo cual ardilla vieja por las ramas de los árboles. Es probable que me esté confundiendo, que mis sentimientos estén yendo demasiado deprisa sin poderlo evitar, que este viaje en el tiempo me esté trastornando, y vea fantasmas donde no los hay. Pero no soy idiota. Noto lo nervioso que se pone cuando me toca. Le gusto. Me gusta. Aunque solo sea un poco. Existe una atracción real que no se esfuma como lo hago yo cuando vuelvo a mi tiempo.

Salgo de la ducha y me enfundo en una toalla. Me reprendo por pensar en estas barbaridades cuando, hasta hace poco, no podía soportar la idea de que Alan estuviera muerto pese a no sentir nada por él desde hace casi un año. Hasta llegué a odiarlo con todas mis fuerzas cuando vi que se había cambiado de número de teléfono para que no lo pudiera localizar y luego comprobé, a través de la amenaza, que me había sustituido por otra para seguir con su negocio o puede que, con un poco de suerte, aunque lo dudo, se hubiera enamorado de verdad.

«Es como si hubiera pasado en otra vida. Como si jamás hubiera existido aunque no pueda obviarlo», pienso, retirando el vaho del espejo para encontrarme de nuevo a mí misma con la intención de perdonarme.

*

Chloe entra en el dormitorio con la toalla cubriendo su cuerpo. Sigo sentado en la butaca observándola en silencio; he tenido tiempo de sobra para pensar sobre el día que hemos pasado juntos. Su melena pelirroja mojada oscila sobre su espalda como un péndulo diseñado para hipnotizarme, pero no me hace caso. No me mira. De nuevo, se encierra en el cuarto de baño para salir, al cabo de unos minutos, con el jersey del siglo XXI, dejando sus largas piernas al descubierto sin que eso parezca preocuparla.

Se tumba en la cama esquivando mi mirada. No sé qué he hecho o dicho que le haya podido sentar mal.

—Buenas noches, Jeff. ¿Apagas la luz?

Tardo un poco en reaccionar. Miro de reojo a *Hunter*, le sonrío, y me levanto para cumplir su petición.

Cuando me tumbo en el suelo, me concentro en la respiración pausada de Chloe. Mientras la siga escuchando, ella seguirá aquí.

—Chloe. Chloe, ¿estás despierta? —Si lo está, prefiere no decir nada—. Solo quiero decirte que me alegra que lo hayas olvidado. Al mal hombre, a Alan. Me alegra que ya no lo quieras —repito, sin tener la certeza de si me está escuchando o no—. Espero que estés dormida. Soy un auténtico cretino —murmuro entre dientes—. Deseo que mañana, cuando despierte, sigas conmigo.

*Greening Island**Enero, 2018*

Nada más abrir los ojos, compruebo si Jeff está durmiendo en el suelo pero, al mirar a mi alrededor, el golpe de realidad me abofetea, haciéndome saber que he vuelto a saltar en el tiempo sin darme cuenta y sin haber podido cumplir su deseo: seguir con él cuando despierte. Esas fueron sus últimas palabras. Me maldigo por no haberle dicho que estaba despierta, escuchándole con atención e incapaz de controlar las lágrimas sobre su almohada, diferente a la que tengo ahora. Tampoco está *Hunter* lamiéndome o apoyando su hocico en mi cuello; no entiendo por qué no vuelve conmigo. Puede que todos estemos predestinados, no solo a una vida, sino a una época y a unas personas en concreto, y el cachorro que apareció de la nada surcando los mares en el siglo XXI, estuviera hecho para vivir en 1928 y no conmigo o con tía Lydia, sino con Jeff. Qué rápido me he olvidado de la identidad falsa con la que se presentó: Isaac Hamsun.

Voy vestida con el jersey con el que viajé a 1928 y en braguitas, así que me temo que los tejanos y las botas se han quedado allí. Rápidamente, me cambio de ropa calzándome unas deportivas, el único zapato que me queda, por lo que apunto mentalmente que, cuando viaje, no me las quitaré. Me aseo en pocos minutos y bajo a recepción, donde me sorprende un silencio al que no estoy acostumbrada. Son solo las siete de la mañana, pero Laura ya debería encontrarse tras el mostrador y los fogones de Marion a estas horas suelen estar en acción. Al bajar las escaleras, acaricio la barandilla de madera palpando los desperfectos del paso del tiempo. Con la mirada fija en la pared, contemplo con curiosidad cada una de las fotografías enmarcadas en blanco y negro que hay colgadas. Busco en ellas el rostro de Jeff. Muchas son las caras congeladas que me miran sonrientes con la vista en el objetivo que los convirtió en eternos para las generaciones venideras. Las placas doradas que

hay debajo de cada marco me informan en qué año fueron hechas. 1924, 1925, 1926, 1927... estoy cerca de llegar a Jeff; sin embargo, me sorprende que todo termine en 1927. Al llegar al final de la escalera se le suman dos fotografías más recientes, una de 1992 y otra de 2008, el inicio y el fin del mandato de Tina, una mujer corpulenta de rostro afable y de la misma edad que tía Lydia, que ha ignorado la tradición porque, al igual que el equipo de 1928, no aparece en la pared posando con Laura, Will y Marion.

Con especial atención, me centro en la fotografía de 1927 porque supongo que los empleados que aparecen son los mismos que estuvieron con Jeff cuando llegó a este hotel con una identidad falsa enviado por el Departamento secreto del Gobierno para el que trabaja. Trabajaba, mejor dicho, como si un cargo así me pareciera habitual dados mis antecedentes. Me estremezco al volver a pensar que el hombre al que le he dedicado mi primer pensamiento del día está muerto desde hace años. Con un pie en el escalón y el otro en el suelo, me apoyo en la barandilla para observar con atención al equipo de 1927, el mismo del que me ocultó Jeff. Junto al director de 1927, alto, delgado y trajeado, hay un hombre de cabello cano y barba frondosa que mira divertido al objetivo con los brazos cruzados. Va vestido con un delantal de cocina, por lo que identifico a Henry. Al otro lado, creo estar viendo a Anne, quien se encargaba de la limpieza del hotel. Era una mujer de cuarenta y pocos años de cabello negro recogido en un moño bajo, cuya vestimenta, amplia y sobria, debía ser gris. No obstante, lo que me llama la atención de la fotografía son las dos personas que se ocultan detrás. Una es una mujer bajita de la que solo se ve un mechón de pelo que intuyo rubio por la claridad que se percibe a través de la imagen. Detrás del cocinero hay un hombre que parece alto y corpulento, pero únicamente se le ve el codo del brazo derecho. Lo mismo ocurre en las imágenes de 1926, 1925, 1924... Solo hay tres integrantes protagonistas que dan la cara: un director diferente en cada foto, Henry y Anne. Jeff me habló de ellos, retuve sus nombres y cuál era su función en Raventhorp y ahora, al verlos junto a los distintos directores que pasaron cada temporada aquí bajo el mandato del tal Collen, es como si de verdad los hubiera conocido. Me intriga saber el motivo por el que, la que creo que era Madison, la recepcionista con insomnio que subía por las noches a la biblioteca y George, el ayudante de los directores, se ocultaban tras sus compañeros con la finalidad de no aparecer en el recuerdo de la historia del hotel.

—Madison y George —digo en voz alta, como si de verdad Jeff pudiera escucharme—. No puedes fiarte de Madison y George.

—¿Quién es Madison y George?

—Tía Lydia, buenos días.

—¿Estás mejor? Toqué varias veces a la puerta, pero supuse que estabas dormida, así que no quise molestarte. Will me dijo que te vio muy afectada después de ver una noticia en televisión.

—Sí, no es nada.

—¿Conocías a alguno de los hombres que murieron en esa horrible disputa?

—A Alan —confieso, sin creer que haya vuelto a pronunciar su nombre delante de otra persona—. Siempre estaba metido en líos; se veía venir que iba a acabar mal —explico con frialdad.

—Cuánto lo siento. Ven, ven aquí, dame un abrazo.

El día transcurre con fingida naturalidad.

Trato de mantener la mente ocupada para no pensar demasiado en mis viajes temporales ni en Jeff. Ayudo a tía Lydia con asuntos de finanzas en su despacho; Marion me ha enseñado a preparar una salsa especial con alcaparras y aceitunas negras ideal para los tortellini que vamos a comer hoy; Will, por su parte, se ha mostrado gruñón, como siempre, aunque en algún momento del día me ha dedicado una sonrisa compasiva que no he correspondido. He estado observando con especial atención a Laura, que no se mueve en todo el día de detrás del mostrador, anotando reservas que van llegando por teléfono o a través de Internet. Me llama la atención que, pese a mostrarse comunicativa con todos, a veces parece estar en otro mundo, aislada en sus propios pensamientos y con la mirada ausente.

—Está casi todo lleno hasta septiembre —anuncia, guiñándole un ojo a mi tía para ganar su aprobación—. Del 6 al 8 de abril hay una reserva de quince autores que quieren celebrar una convención literaria en Raventhorp.

Tía Lydia se atraganta con los tortellini y, de inmediato, se levanta en dirección a la recepción para volver al cabo de pocos minutos con un libro granate de tapa dura. Se sienta a la mesa y hojea las páginas amarillentas y quebradizas hasta dar con una en la que se detiene. Luego, nos mira a todos con cada músculo de su rostro en tensión.

—El incendio —balbucea atolondrada—. El incendio fue provocado la noche del sábado 7 de abril de 1928. Fue aquí mismo, cuando quince escritores, quince —recalca—, estaban celebrando una convención literaria y tenían la reserva en las mismas fechas que las que acabas de decir, Laura. Del 6 al 8 de abril.

—¿Y qué tiene que ver? —ríe Laura, nerviosa, cerrando su libro de reservas más actual y pequeño.

—¡Que son los mismos días noventa años después! Y no solo coincide la fecha, por el amor de Dios. Viernes, sábado y domingo. Ninguno de ellos llegó vivo al domingo. Señor...

—¿Otra vez con eso, Lydia? —interviene Marion—. Es solo una coincidencia. Te aseguro que los que estamos aquí no hemos visto nada raro.

—La verdad es que no —añade Laura, pensativa, encogiéndose de hombros. Luego vuelve a sonreír como para quitarle hierro al asunto, mientras yo elucubro una locura al fijarme en su cabello rubio y lacio.

—Pues Tina me dijo que algunos huéspedes aseguraron que había fantasmas —rebate tía Lydia a la defensiva.

—¿Qué es ese libro? —pregunto.

—El primer libro de reservas del hotel. Desde 1910 hasta 1928 — responde orgullosa, estrechando la pesada reliquia contra su pecho—. Cada reserva dice quién viene, y en esta, la del fin de semana en el que ocurrió todo y Raventhorp se echó a perder durante años, pone que había quince escritores en una convención literaria. Fueron los que murieron en el incendio provocado por los piratas. Me pongo a temblar solo de pensarlo —concluye, mirando con las cejas arqueadas a su alrededor, hacia los grandes ventanales con vistas al jardín y a las mesas que en menos de tres meses estarán repletas de comensales—. Y fue justo aquí. Aquí, en este salón —repite conmovida.

—¿Me lo dejas? —Jeff gruñe en el mismo momento en que me apodero del libro de reservas antiguo, y memorizo la forma de la letra sobre el papel. Es una letra redonda y pulida; la persona que detalló con esmero cada una de las reservas debía ser metódica y organizada. Como Laura. Solo tengo que fijarme en cómo escribe ella y tendré la respuesta a mi extravagante teoría.

Al atardecer, doy un paseo por la playa recordando cada instante que pasé

«ayer» con Jeff. Me pregunto cuándo será la próxima vez.

El mar brilla como si en la superficie estuvieran flotando miles de cristales reflejando la fulgurante luz del sol, lo cual relaciono con los ventanales del salón ardiendo en llamas. No se me quita de la cabeza la leyenda que me contó tía Lydia.

Una punzada se apodera de mi pecho por la necesidad que tengo de advertir a Jeff del peligro que les acecha, pese a las consecuencias que pueda suponer cambiar el transcurso de la historia del lugar. Por lo poco que sé sobre el tema, cambiar los acontecimientos no es aconsejable; lo pensé desde que fui consciente de que había viajado al pasado, pero mi implicación ahora es distinta. No puedo seguir manteniendo el pico cerrado; no puedo guardar información que suponga un peligro para Jeff y el resto.

El sonido del móvil interrumpe mis pensamientos. Sobresaltada, cojo la llamada de mi madre.

—Chloe, ¿cómo estás?

—Bien, tranquila, paseando por la playa. ¿Estás bien?

—¿Te dijo tu tía que vino a verme un tal Steve preguntando por ti? ¡Lo he visto en las noticias! Ha muerto de un disparo junto a otros dos hombres. Chloe, por favor —suplica, al borde de las lágrimas—, dime en qué andas metida.

—Mamá, no sé quién era Steve —miento—. Sí el otro, Alan, pero no lo conocía muy bien... yo... bueno, se preveía que acabaría así —explico, con la mirada fija en el horizonte y toda la frialdad de la que soy capaz.

—¿Te relacionabas con esos tipos?

—No. Bueno, sí, alguna vez, pero nada importante.

—¿Estás en peligro, cariño? ¿Por eso te fuiste a la isla?

—Algún día te lo contaré todo, te lo prometo. Por favor, no te preocupes por mí. Solo... solo cuídate, ¿vale?

—¿Que me cuide? ¿Acaso yo también estoy en peligro?

—¡No! —respondo automáticamente—. Claro que no lo estás.

—Me dejas más tranquila. —Su tono de voz es irónico. La imagino levantando una ceja al mismo tiempo que niega lentamente con la cabeza—. Tengo que colgar, llegan clientas.

—Vale, mamá.

—Un beso, adiós.

—Claro que no estás en peligro —murmuro, absorta en la pantalla del

móvil—. Ya no lo estás.

Y de verdad lo creo. Con Alan muerto, se acabó; Dempsey es un tipo listo. Después de amenazarme fue a por él y consiguió su propósito de enviarlo a la tumba. Descubrió que él tenía su dinero y puede que, tras el tiroteo, lo haya vuelto a recuperar y asunto olvidado. Alan ya no hará más daño. Podré vivir a mi manera, estudiar Medicina, por ejemplo, y tener ese futuro prometedor del que todos, incluido mi padre, hablaban. Reconocerme cuando vea mi reflejo en un espejo. Perdonarme a mí misma.

—No estamos en peligro, mamá —prometo, guardando el móvil en el bolsillo y echando de menos un cigarrillo a modo de celebración, pero el tabaco que Jeff me dio también se ha quedado en 1928.

*Greening Island**Febrero, 1928*

—Te has dejado el tabaco.

Le hablo a la cama vacía al despertar. El colchón aún tiene la forma del cuerpo de Chloe, por lo que no debe hacer mucho tiempo que se ha ido.

¿Y qué esperaba? ¿Que se quedara aquí para siempre? Aunque hubiese hecho el esfuerzo de mantener los párpados abiertos para no dormir en toda la noche y vigilarla, el poder que tiene este lugar se la habría llevado igualmente.

La rutina de Raventhorp sigue siendo la misma de siempre. No hay casi nada que hacer entre estas cuatro paredes que me aprisionarían de no ser por los largos paseos bordeando la isla a orillas del mar junto a *Hunter*. Ambos esperamos que, en cualquier momento y por sorpresa, aparezca la viajera con su mirada triste y una sonrisa delatadora, como si a ella también le hiciera feliz dar estos enigmáticos saltos en el tiempo.

—¿Tú también echas de menos a nuestra amiga? —le pregunto a *Hunter* que, agitando la cola, olisquea y juega con todo cuanto encuentra a su paso.

Al regresar al hotel, me encuentro con un panorama disperso que me pilla por sorpresa. George, Henry, Madison y Anne, hablan entre ellos frente a las escaleras. En el centro de la recepción hay un hombre con una cámara al que no he visto nunca.

—Te estábamos esperando —saluda Madison—. Se me había olvidado decirte que hoy nos hacen el retrato de grupo antes del inicio de la temporada —explica emocionada.

Dirijo la mirada al hueco de las escaleras donde perduran los diecisiete retratos enmarcados de años anteriores. Van desde 1910 hasta 1927 tal y

como indican las placas doradas incrustadas en los marcos; no me había fijado con detalle hasta este momento. Gracias a los retratos, puedo ver el rostro de mis antecesores, aunque no conozco a ninguno de ellos y, por otro lado, me resulta extraño que posaran ante un retratista. Quizá no sea buena idea dejar una pista sobre nuestro paso por Raventhorp, algo que parecieron no tener en cuenta por la sonrisa que muestran.

—Madison y George, ¿por qué os escondéis detrás de los demás? —les pregunto con curiosidad, observando los retratos que se iniciaron dieciocho años atrás.

—No nos gusta posar para la cámara, Isaac —ríe George.

—Entiendo.

—Mientras Lathrop termina de preparar la cámara, ¿podríamos hablar un momento? —propone—. A solas —añade, mirando al resto con desconfianza.

George y yo nos apartamos del grupo y nos dirigimos a la zona del piano. Madison, quieta en el otro extremo de la estancia, nos mira con curiosidad.

Con medio cuerpo apoyado en la chimenea, George da muestras de no saber ni por dónde empezar.

—Ayer por la tarde te vi con una mujer paseando por la playa — anuncia susurrante, tras unos segundos de reflexión—. Alta, pelirroja... Recuerdo que la primera noche, cuando llegaste, preguntaste por una tal Chloe de estas características y te comenté que aquí ocurren cosas extrañas. Fantasmas, fenómenos que nadie sabe explicar... Pero esa mujer no era un fantasma; yo también la vi y me fijé en cómo os mirabais. Parecíais mantener una conversación interesante. ¿Quién es, Isaac? ¿De dónde ha salido?

—No sé de qué me hablas —disimulo, encogiéndome de hombros.

—Lo siento, no debería meterme en tus asuntos, pero no dejo de darle vueltas. Tranquilo, no se lo he dicho a nadie ni lo voy a hacer. Tu secreto, sea cual sea, está a salvo conmigo.

—¿Qué tiene Raventhorp, George? ¿Tú lo sabes?

—Amigo, Raventhorp no es el remanso de paz que aparenta ser. Llevo años trabajando aquí y, aunque no he visto con mis propios ojos nada fuera de lo común, sé que son varios los misterios que ocultan estas paredes. Fue edificado encima de un roble y en mi familia siempre se ha dicho que es un árbol sagrado que conecta los dos mundos, el de la luz y el de la oscuridad.

¿Lo habías oído?

—Sí —asiento, pensando en lo que me contó Chloe sobre las raíces perennes del árbol que talaron para construir la casa que años más tarde convertirían en un hotel.

—Pero si hay alguien aquí que conoce cada recoveco del hotel y de la isla, es Madison.

—¿Es de fiar?

—Pese a conocerla desde hace años, no lo sé, la verdad. No, no creo... Hay algo en ella que nunca me ha dado buena espina —reconoce con expresión sombría.

—¡Vamos! —nos interrumpe la susodicha—. ¡El señor Lathrop no puede perder más tiempo! —exclama alegremente, cogiendo a George del brazo y llevándose hasta las escaleras.

—Señor Hamsun, un placer conocerle —se presenta el retratista tendiéndome la mano. Tiene la cámara preparada en el centro de la estancia—. Mi nombre es Thomas Lathrop y soy el retratista oficial de Raventhorp —informa ajustándose las lentes—. Por favor, sitúese en el centro. Henry, póngase a su lado izquierdo. Muy bien, Anne, ahí, donde siempre. George, Madison... —resopla—, no hace falta que les diga nada —agrega con complicidad.

Estoy en medio de Anne y Henry; Madison y George se han escondido detrás de nosotros, como si se tratara de una tradición, aunque me parece de lo más inaudito. No tiene sentido.

Cuatro minutos más tarde y tras un fognazo que me deja viendo las estrellas, Lathrop comenta que en unos meses recibiremos la copia del retrato para la colección de Raventhorp. Se despide de todos y se va con George, quien se encarga de remar hasta Harbor.

—¿Y cada año viene desde Nueva York para el retrato grupal? —pregunto.

—El señor Collen le paga mucho dinero —musita Henry, mirando de reojo a Madison que, tras la seguridad que parece darle el mostrador de la recepción, está pendiente de cada uno de mis movimientos.

—Isaac —me llama, cuando Henry entra en la cocina—. ¿Te parece bien mi selección de libros?

—No lo he mirado, pero seguro que está bien.

—¿Quién es tu autor favorito? —quiere saber, con la mirada fija en mí

y un tirabuzón enredado en el dedo que le otorga un aire distraído e infantil.

—Hemingway —contesto, recordando la reserva de los quince escritores que vendrán en menos de dos meses para la convención literaria.

«Si quieres desaparecer del mundo por un instante, acude a una biblioteca; ahí es donde reina el silencio y las mentes brillantes de otras épocas lo inundan todo a través de las palabras». Era lo que siempre decía mi padre, ávido lector de cuentos y poesía, que me inculcó su amor por los libros. Me apena que no le diera tiempo a conocer la apasionada prosa de Hemingway, al que descubrí hace dos años, en 1926, con la novela *The Torrents of Spring*^[2].

Ya se ha hecho de noche cuando observo, desde el centro del amplio espacio de la biblioteca, el cielo estrellado a través de la claraboya piramidal que hay en el techo.

Acaricio cada tomo con inseguridad. Debido a la escasa iluminación, hay recovecos difíciles de vislumbrar. Me deleito con el tacto rugoso de la madera de los estantes y compruebo, muy a mi pesar, que este lugar no posee tesoros ni secretos ocultos; no hay nada que descubrir aunque sé, por la viajera del futuro, que dentro de un tiempo la biblioteca estará tapiada y me resulta casi tan extraño como que Madison y George se escondan en los retratos de Raventhorp. Tampoco he dejado de pensar en mi última y breve conversación con George. Vio a Chloe y, lo que más me inquieta es que, pese a los años que lleva aquí junto a Madison, no confía en ella.

¿Por qué?

De regreso a la recepción, con la idea de ir a dar un paseo por la playa con *Hunter* antes de cenar, me encuentro a Anne y a Henry cuchicheando. Parecen alarmados.

—¿Ocurre algo?

—Es George. Debería haber vuelto, pero no... no está —balbucea Anne, mirando con preocupación a Henry.

—¿Y Madison?

—En su dormitorio.

Con un mal presentimiento, voy hasta el embarcadero; *Hunter* sale corriendo detrás de mí. Me topo con la barca anclada que ha usado George para llevar al señor Lathrop hasta Harbor, pero está vacía. Ni rastro de él. La oscuridad se apodera de todo y no me deja ver más allá. Desenfundo mi arma oculta en el chaleco y apunto a lo lejos por si los pasos que escucho en las profundidades del bosque son una amenaza. Pero transcurren los segundos y no hay nadie. Soledad absoluta. O mi sentido auditivo me ha traicionado, o la persona que venía en dirección a mí sabe esconderse. *Hunter* comienza a ladrar olisqueando la barca; mis ojos, adaptados a la penumbra de la noche, la inspeccionan sin ver nada inusual en ella, hasta que acaricio uno de los cantos y percibo un tacto viscoso sobre la yema de mis dedos.

¿Es sangre?

—*Hunter*, vamos —ordeno, yendo en dirección al hotel para comprobarlo.

En cuanto me sitúo con *Hunter* frente al porche del hotel, al lado de un pilón de leña que George ha dejado esta mañana, lo primero que hago es mirar mis dedos que, efectivamente, se han llevado un rastro de sangre de la barca. Alguien ha golpeado a George en el momento en que ha llegado a la isla, seguramente por la espalda, y lo ha hecho desaparecer. El problema es que hay tres sospechosos; tres habitantes en todo Greening Island y, pese a que no me cuadra conociendo la buena forma física de George, solo hay una persona de la que desconfío. La dulce y en apariencia frágil Madison, la protegida del dueño de Raventhorp de la que George, tal y como me ha confesado horas antes, no se fía.

*Greening Island**Febrero, 2018*

La letra de Laura es distinta. Alargada y apresurada, no tiene nada que ver con la redondeada y cuidada al detalle del libro de reservas antiguo perteneciente a la temporada en la que Jeff dirigió Raventhorp. ¿Qué era lo que esperaba? ¿Comprobar que se trataba de la misma letra y suponer que Laura es la misma persona que se ocupaba de la recepción en 1928? ¿Que ella también ha viajado en el tiempo viviendo paralelamente en dos épocas distintas? Me río de mi estupidez. Bastante extraño es ir dando saltos temporales de repente y sin saber cuándo va a ocurrir. Cualquiera perdería la cordura.

Inquieta frente a la recepcionista, acaricio la piedra de amatista de mi colgante que creo que es, entre otros fenómenos de este lugar, el responsable de mis viajes. Jeff también lo cree y tía Lydia lo insinuó.

—¿Para qué has querido mirar mi libro de reservas? —ha preguntado Laura, mostrándomelo sin reparo.

—Por curiosidad. Solo quería ver cuántas reservas hay —he sonreído.

—Te noto cambiada. Más alegre y positiva, como si te hubieras enamorado. —Me ha dedicado una sonrisa cómplice esperando una respuesta que, por supuesto, no ha obtenido—. Te brillan los ojos —ha continuado diciendo, insistiendo y queriendo dar con el motivo por el que me muestro más dispuesta a entablar una conversación normal—. ¡¿No te gustará Will?!

—En absoluto —he contestado conteniendo la risa.

—¿Ves? Te he hecho reír. Quería hacerte reír. Tienes que reírte más, Chloe. Tienes una risa muy bonita y ya te dije el otro día que Raventhorp tiene el don de curar a la gente.

Sonríó y, sin decir nada más, subo a mi habitación sin poder quitarme a Jeff de la cabeza. Acaricio con calma las paredes embellecidas por los

reflejos de la luz naranja del atardecer. Deslizo mis dedos por la madera añeja del armario y por el sillón orejero con la intención de sentirlo más cerca. Hace noventa años él estuvo aquí, en este mismo espacio. Si cierro los ojos con fuerza, es como si estuviera a mi lado.

Dicen que la ausencia intensifica el amor.

Usar la expresión *Amor* para describir cómo me siento me resulta surrealista y me asusta, especialmente porque va acompañada de otra palabra: *Imposible*.

«Olvídalo», me dice una voz. Y tiene razón, me romperá el corazón. Iniciar algo que está destinado a acabar, incluso antes de comenzar, es una estupidez y un arma de doble filo cuando los sentimientos entran en juego. Un hombre nacido a finales del siglo XIX, tan lejos para mí en el tiempo, no puede pertenecerme, pero entonces ¿por qué? ¿Por qué cruzarlo en mi camino de la manera más inverosímil? Jamás dejará de sorprenderme eso que algunos llaman serendipia: la forma en la que unos hechos fortuitos confluyen e inciden sobre la vida.

Durante la cena, tía Lydia ha estado más callada de lo normal, reflexiva y preocupada. Will, en su línea, ha engullido la sopa ignorándonos a todas, y Laura y Marion han hablado del clima en la isla. Por lo visto, se avecina tormenta. Cuando he terminado de cenar, les he deseado una buena noche y me he encerrado en mi habitación. Nada más entrar, he sabido que voy a ser incapaz de conciliar el sueño. Mi cabeza funciona a mil por hora: mi madre, Jeff, Alan, Steve, el sicario y Dempsey. El temido Dempsey con el que jamás tendríamos que habernos metido, joder.

Me he sentado en el borde de la cama, frente a la ventana, desde donde domina una vista que, a cada día que pasa, más conocida me resulta, y clavo la mirada en el lejano punto en el que el mar oscuro se une con el cielo. Me quedo aquí, esperando a que se obre un milagro y mi cuerpo, percibiendo un leve mareo, se evapore para aparecer en el mismo lugar noventa años atrás. Pero nada de eso ocurre, no ahora, y me tengo que conformar con ir a darme una ducha, tumbarme y cerrar los ojos. Ver a Jeff solo en sueños.

Los días transcurren sin sobresaltos. Contesto a las numerosas llamadas de mi madre, menos preocupada cuando habla con tía Lydia, que le asegura que

estoy bien, abriéndome poco a poco a los habitantes de Raventhorp. Mi tía cree que me estoy haciendo amiga de Laura; en realidad lo que busco es sacarle información sobre este lugar, que cada vez se me antoja más misterioso. No se me quita de la cabeza que la sonriente recepcionista pueda estar relacionada con el pasado.

Ayudo a tía Lydia con las facturas; no hay pérdidas gracias a los buenos meses del año anterior y de los próximos que le esperan. Todo debe estar a punto y perfecto para recibir la visita de nuevos huéspedes dentro de dos meses y los nervios están a flor de piel, especialmente en la cocina, donde Marion se presiona para innovar y otorgarle a sus platos un punto de creatividad dignos de una estrella Michelin.

—Siempre estás mirando esas viejas fotografías —me sorprende Laura, situándose detrás de mí en el último peldaño de la escalera.

—Qué silenciosa eres —murmuro sobresaltada.

—Me gustan —opina, señalando las fotografías que nos muestran el pasado del hotel antes de *la matanza*; así es como llama a lo ocurrido hace noventa años tía Lydia, que sigue obsesionada con la convención literaria que coincide en el mismo fin de semana de abril. Tiene malas vibraciones por la coincidencia—. El tiempo borra las pruebas tangibles de que una persona ha vivido, así que esto nos demuestra que ellos estuvieron aquí antes que nosotras y fueron importantes para Raventhorp. No debemos olvidarlos —reflexiona tensando la mandíbula.

—Hay algo que me llama la atención. Si te fijas, de 1910 a 1927 hay un hombre y una mujer que se esconden detrás del director y de dos de los empleados que sí posan para el objetivo. Aquí, justo aquí. El hombre, a la izquierda; la mujer, a la derecha. Durante diecisiete años, una niña que se convirtió en mujer entre estas paredes —apunto, escudriñando la expresión inalterable de Laura—, se escondió detrás de todos para que su cara no apareciese en las fotografías.

—A ver, déjame mirar...

Laura, apoyándose en mi hombro, se pone de puntillas con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados recorriendo con la mirada cada una de las diecisiete fotografías colgadas en la pared de la escalera.

—Qué curioso, nunca me había fijado. ¿Y quién crees que era? ¿Y el hombre?

—Pues imagino, por cómo van vestidos los demás, que la mujer era la

repcionista —contesto, evitando pronunciar su nombre para que no me pregunte cómo es posible que lo sepa—. Si te fijas, por sus uniformes, este era el cocinero —señalo—. Los hombres del centro son los directores, diferentes en cada temporada, y la mujer de la derecha debía ser la limpiadora del hotel. Tanto el cocinero como ella trabajaron aquí durante diecisiete años; aparecen en todas las fotografías. Solo queda el puesto de recepción y, sobre el hombre, no tengo ni idea —concluyo pensativa, pese a saber que se trata de George, *el ayudante*.

—Igual eran tímidos. Ten en cuenta que las gentes de esa época todavía no estaban muy acostumbradas a ser retratadas.

—Sería eso —asiento, dando por buena su teoría.

—En fin, vuelvo a ver si han hecho más reservas por internet. TripAdvisor nos ha enviado un correo felicitándonos por las buenas opiniones de los huéspedes y la cantidad de reservas recibidas. Qué serviciales son.

Contenta, me guiña un ojo y se aleja. Puede que se me esté yendo la cabeza con este asunto, pero tengo que irme. Tengo que volver a 1928 y advertirle a Jeff que la fotografía con su equipo, en el caso de haberla, no está en el siglo XXI. Debo viajar para contarle qué ocurrirá el sábado 7 de abril de 1928 y así, quizá, evitar la desgracia, sin pensar en las consecuencias que puede acarrear una especie de mundo paralelo en el que nada de lo que conocemos ha ocurrido.

*Greening Island**Febrero, 1928*

Antes de volver a entrar en el hotel, me limpio la sangre de los dedos y miro a *Hunter* sin saber qué debo hacer. Lo lógico sería llamar a la policía y denunciar la desaparición de George. Confesar que he encontrado restos de sangre en la barca debido a un supuesto golpe que alguno de los tres empleados de Raventhorp le ha asestado, o callarme por mi propia seguridad. Si mis superiores se enteran del escándalo, es probable que haya consecuencias, me descubran, y termine muerto. No sería el primero ni el último en recibir un severo castigo por la más mínima sanción; todos sabemos dónde nos metemos cuando nos seleccionan para trabajar en el Departamento. Por otro lado, Collen, el propietario, pondría el grito en el cielo. Bien es sabido que los empresarios miran más por su negocio que por un desdichado empleado que ya debe estar enterrado en el bosque de esta isla que pasa desapercibida en el mapa. Greening Island es el lugar idóneo para cometer un asesinato y esconder un cadáver sin despertar sospechas. También cabe la posibilidad de que George esté inmerso en las profundidades del mar, por lo que su cuerpo puede aparecer en la orilla al cabo de unas semanas o desaparecer para siempre. El crimen perfecto. Me invade la terrible sensación de que me estoy convirtiendo en cómplice de asesinato porque, si de algo estoy seguro, es de que lo han hecho desaparecer por intereses que no alcanzo a comprender. ¿De qué le temía Madison? Si fue ella, y no considero la posibilidad de que haya sido Henry o Anne, ¿cómo pudo golpearlo y arrastrarlo hasta el lugar donde lo ha debido esconder?

No tiene ninguna lógica.

Nada más abrir la puerta, me enfrento a las miradas inquisidoras de Henry, Anne y Madison. Los observo uno a uno. Henry también podría ser sospechoso dada su altura y corpulencia. Tendría más sentido que hubiera

sido él, pero si algo me ha demostrado a lo largo de este mes, es que es una buena persona que solo se atreve a machacar cebollas y patatas. De Anne tampoco puedo pensar nada malo; va a su aire, no parece que se haya metido nunca en problemas y trabaja como la que más. Pero ¿cómo ha podido ser Madison? Bajita, pequeña y de rostro angelical, no supera los treinta años y se ha pasado la tarde en recepción. Miro a *Hunter* pero él, obviamente, tampoco tiene la respuesta y, al dirigir la mirada al hueco de las escaleras donde están colgados los retratos, me doy cuenta de que no he caído en otra posibilidad. El retratista. ¿Y si George no ha llegado a llevarlo en barca hasta Harbor? ¿Y si Lathrop lo ha atacado, se ha deshecho del cuerpo y se oculta en la isla?

—Ni rastro de George —informo.

—¿Has ido al embarcadero? ¿Está la barca? —pregunta Anne, afligida, llevándose las manos al pecho.

—Igual ha salido a dar un paseo —estima Madison.

—¿A dar un paseo? —La miro interrogante. No quiero perderme ni uno solo de sus gestos y, por lo que veo, parece tensa. Oculta algo.

—¿Qué hacemos, Isaac? —pregunta Henry dando signos evidentes de alarma.

—Esperar a mañana a ver si aparece.

—El señor Collen no quiere problemas ni visitas de la policía —advierte Madison, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Contaba con ello —le digo—. ¿Para el señor Collen, al que parece conocer muy bien, Madison, es más importante su hotel que una vida humana?

—Es triste decirlo, pero sí, Isaac —reconoce con un hilo de voz—. Para él es más importante Raventhorp que ninguna otra cosa en el mundo y no permitiré que esto se llene de policías. Lo siento.

—Muy bien. —Respiro hondo tratando de mantener la compostura—. Nada de policías. No obstante, Madison, vas a descubrir ahora mismo si George llevó al señor Lathrop hasta Harbor, y si este lo vio regresar a la isla, ¿de acuerdo?

—El señor Lathrop no estará disponible hasta dentro de tres o cuatro días, cuando se encuentre en Nueva York —replica la recepcionista con una sonrisa que crisper mis nervios.

—¡Hazlo! —grito, enfurecido, subiendo a mi dormitorio con *Hunter*.

Cuando me encierro en la estancia golpeo la pared reventándome los nudillos por la impotencia que siento al no poder hacer nada más por el bueno de George.

*Greening Island**Febrero, 2018*

Un golpe seco contra la pared me sobresalta cuando estoy en la zona crepuscular del sueño, ni despierta ni dormida del todo. Me levanto y, atolondrada, enciendo la luz para comprobar qué ha pasado. Inmediatamente, percibo algo diferente que hace quince minutos, cuando me he ido a dormir, no estaba. Al lado de donde se encuentra el armario se ha formado un pequeño agujero, como si alguien acabara de golpear con fuerza en ese punto, descerrajando el papel floreado de la pared. Miro fijamente el leve hueco y lo acaricio con delicadeza. Parece que hace años que está así, noventa según mis cavilaciones inmediatas, pero solo yo sé que el causante ha sido Jeff, anterior habitante de este dormitorio, cambiando de esta forma el destino de una simple pared.

Si de repente y como por arte de magia ha podido hacer aparecer esta fractura en la pared que estaba intacta, yo también soy capaz de evitar su muerte la noche del 7 de abril de 1928.

Todavía le queda mucha vida por delante.

Cambiar la historia sí es posible.

Dos semanas más tarde

Inquieta, desesperada, aburrida y atrapada, el frío mes de febrero se va apagando para recibir lo que parece que va a ser un lluvioso marzo antes de la temporada primaveral en la que las hojas de los árboles volverán a florecer y los parterres del exterior, pese a lo bien cuidados que los tiene Will, se mostrarán coloridos en todo su esplendor. El mundo, que sigue dando vueltas —a veces da la sensación que lejos de esta isla—, ha olvidado la muerte de Alan, Steve y Cooper. Mi madre me llama día sí, día no; hablamos poco, pero lo suficiente para quedarme tranquila al saber que está bien, sana y salva, y que el buzón de su casa de Nueva Jersey no ha vuelto a recibir ninguna amenaza. Me pregunta cuándo volveré, que si no soy de ayuda para tía Lydia ahora que se acerca la temporada alta, lo mejor sería volver a Nueva Jersey o alquilar un apartamento en Nueva York para emprender una nueva vida. Le hablé de la posibilidad de volver a estudiar Medicina y, aunque no me lo dijo, sé, por el suspiro que soltó, que pensó que soy demasiado mayor para ponerme a estudiar una carrera.

Una mañana, encerrada con tía Lydia en el despacho, aproveché para preguntarle si sabía de la existencia de archivos que hablaran de la historia de Raventhorp o, más concretamente y con disimulo, los nombres de quienes murieron en el asalto pirata de abril de 1928.

—Hace tiempo busqué lo que me preguntas por todas partes —admitió—. Y no hay nada. Solo ese libro antiguo de reservas y las fotografías de la pared de la escalera que, muy a mi pesar, ocultan los nombres de quienes perecieron aquí.

—Puede que en Internet haya algo...

—En Internet no hay nada, hija —se quejó, con el ceño fruncido y la mirada perdida en la pantalla del ordenador—. La convención literaria reservada en abril me tiene obsesionada. Tengo un mal presentimiento sobre esos días, ya te lo he dicho. Internet solo cuenta cuatro tonterías sobre la isla sin dar muchas explicaciones, como si el pasado de Raventhorp no valiera nada ni le importara a nadie. ¿Te ha vuelto a ocurrir algo paranormal?

—Nunca te he dicho que me haya ocurrido nada paranormal —reí para ahogar la ansiedad.

—Pero yo sé que te ha pasado algo, no me lo puedes negar. Si tienes información, Chloe, me gustaría que la compartieras conmigo. De verdad me gustaría creer que existe algo más, sobre todo desde que mi marido y tu padre se fueron. ¿Nunca has sentido esa necesidad? ¿Recuerdas el cuento que te leía tu padre?

Muda, bajé la mirada y pensé en la cantidad de veces que yo también había buscado en Internet, pese a la lenta conexión, algo sobre Raventhorp que pudiera aclararme, más allá de la leyenda que me había contado tía Lydia, qué ocurrió con certeza la noche del sábado 7 de abril de 1928 y si el nombre de Jeff Hunter o el de Isaac Hamsun aparecían en algún listado. Pero su existencia en este mundo se esfumó con el paso del tiempo. Noventa años son demasiados años. Ni Jeff Hunter ni Isaac Hamsun cobraron vida en el buscador de Google más allá de algunos perfiles actuales en redes sociales.

—Nunca se sabe. Quizá caiga una estrella —reflexioné esbozando una triste sonrisa.

—Exacto. Quizá caiga una estrella. ¿Has encontrado la tuya?

—¿Cómo?

—No quiero ponerme profunda ni sentimental, déjalo —rio, haciendo aspavientos con las manos.

—No, no quiero dejarlo. Dime lo que piensas.

Tía Lydia inspiró hondo y apretó los párpados dejando escapar una lágrima que recorrió su mejilla. Nunca había visto a tía Lydia llorar o emocionarse así salvo en los entierros, por lo que me desconcertó ver que, en tan solo un segundo, se derrumbó de esa manera tan tierna y especial.

—Raventhorp no es más que un lugar en mitad de la nada en una isla aislada donde las personas, bien sea trabajando o de vacaciones, venimos a curarnos. Cuando nos curamos, desaparecemos. Así me lo contó Tina cuando el dolor por la pérdida de su hija menguó gracias a la isla y me traspasó el hotel deseando que me ocurriera lo mismo tras la muerte de mi marido —empezó a explicar sosegadamente—. Creo fervientemente en la leyenda de los piratas y en el tesoro oculto. Tengo fe en que existió un constructor misterioso y avaricioso por el que, en una sola noche, este lugar cayó en el olvido igual que las almas que murieron en el salón. Y también creo, sin que hiciera falta que me lo contaras, que cruzaste ese umbral que tiene que ver con las raíces de un árbol que no llegaron a morir cuando lo talaron. Para vivir hay que creer, y yo necesito creer en algo. Chloe, cuando en tu vida se

te cruza alguien que te sacude el alma, coge su mano y no te sueltes. Abrázate a sus besos y empápate en su tiempo aunque sea solo un rato, de esos que duran toda la eternidad.^[3] Entiendes lo que te quiero decir, ¿verdad?

«Empápate en su tiempo aunque sea solo un rato, de esos que duran toda la eternidad», memoricé.

—A eso se refería tu padre. A ese improbable «quizá» que solo ocurre una vez en la vida. A esa estrella que no es más que la locura y la obsesión del verdadero amor. Descubre qué ocurrió, Chloe. Solo tú tienes el poder — finalizó, señalando la piedra de amatista y dejándome sola en el lugar donde entablé la primera conversación con Jeff, mi estrella fugaz.

Desde ese día, no dejo de acariciar la piedra de amatista, sobre todo cuando estoy sola, bien sea paseando por la isla o encerrada en mi habitación, y, especialmente, antes de ir a dormir, soñando con que despierto junto a Jeff y *Hunter* en 1928. Pero no ocurre. Sigo sin viajar, como si mis anteriores saltos temporales nunca hubieran existido y todo se haya tratado de un sueño para hacerme ver que puedo convertirme en mejor persona cuando creía que mi alma era negra porque así la convirtió Alan. En ocasiones, siguen apareciendo en mi mente todos esos hombres, las copas de vino o de licor envenenadas, y el dinero y las joyas robadas para tener un alto nivel de vida que nunca nos perteneció.

¿En qué estaba pensando?

«¿Qué diría tu padre de todo esto?», preguntó tía Lydia cuando llegué a Greening Island haciéndome sentir la peor persona del mundo.

—Qué caprichoso es el tiempo, Jeff. —Le hablo a la pared floreada, justo en dirección al hueco que en algún punto de la historia, en un momento de rabia e impotencia, Jeff produjo. Tuvo que ser él. ¿Quién si no?—. Puede que hayan pasado meses para ti y que *Hunter* esté enorme y sea un Labrador que impone respeto más que dulzura. No sé, solo espero que estés bien, Jeff. Que el incendio no haya ocurrido y que esté a tiempo de advertirte del peligro que acecha a tu equipo y a ti. Solo quiero... Solo quiero volver a viajar para verte. Para que estropees un momento íntimo y bonito diciendo algo inoportuno y frío cuando te confieso que ese mal amor del pasado ya está olvidado y yo me enfade pero, al mismo tiempo, me sienta agradecida porque me escuches y me mires de aquella forma que echo de menos cada día. Y es algo irreal porque no perteneces a este mundo y, de hecho, ahora, en este preciso instante en el que yo le hablo a la nada como si estuviera hablando

contigo, estás muerto. Muerto... Solo nos hemos visto cuatro veces y la última, aunque estuvimos juntos más de veinticuatro horas, no fue suficiente. No para sentirme así. Para pensar en ti de esta manera. Conseguiste que me diera cuenta que debía tomar las riendas de mi vida y ser yo misma. Perdonarme de una vez por todas permitiéndome esa segunda oportunidad que me había negado. Con lo mal que me he portado con el mundo, niña déspota y caprichosa cegada por el amor, ahora valoro dormir cada noche con la conciencia tranquila. Pero, sobre todo, no quiero volver a hablarle a una pared. —Me río, nerviosa, apoyando la mano en el armario—. A lo mejor tenía razón y no he viajado en el tiempo ni he visto a un fantasma. Al final me voy a creer que un día de estos acabaré encerrada en un manicomio y que todo es una fantasía que me he inventado. Así que, por favor —le suplico a la amatista envolviéndola en mi mano—, nunca he creído en deseos concedidos por estrellas fugaces o piedras, pero si de verdad eres mágica como Raventhorp y las raíces del árbol que tía Lydia asegura que hay bajo tierra, llévame hasta Jeff. Llévame de vuelta a 1928.

*Greening Island**Febrero, 1928*

Paseo bajo las sombras de los árboles del bosque, donde una dulce brisa agita las hojas con un suave susurro, y los rayos del sol se cuelan diluyendo la atmósfera tétrica que ocasiona la neblina a las seis de la mañana. El sol apenas es capaz de llegar hasta mí atravesando las ramas más altas, tejidas entre sí como una cúpula vegetal. A pesar del frío que flota en el aire del bosque, el sudor por la caminata hace que mi pelo se pegue a la frente. Acaricio la hiedra que sube por el tronco del único roble que queda en esta zona. Unas pequeñas flores silvestres de color azul crecen enredadas a la hiedra igual que un collar de perlas. Me descubro pensando de nuevo en ella. En la viajera, cómo no, cuando ahora en lo que de verdad tengo que estar centrado es en encontrar a George, aunque sea su cadáver. Observo la tierra húmeda, el musgo que cubre buena parte de los troncos de los árboles, cada remolino sospechoso o una piedra fuera de lugar. Atajo por un sendero que me lleva al otro extremo de la playa, me acucillo recordando la sangre que había anoche en la barca y que esta mañana, cuando he regresado, ya no estaba. Alguien la ha hecho desaparecer, aunque no sé cómo ni cuándo. Raventhrop ha estado toda la noche en silencio, como si Madison, Henry y Anne, hubieran conciliado el sueño sin problemas. Yo, sin embargo, me he pasado la noche en vela dando vueltas en la cama, pendiente de la respiración agitada y los ronquidos de *Hunter*. El perro no se separa de mí ni un solo momento, como si percibiera el peligro y estuviera aquí para protegerme.

—Buen chico —lo elogio, agasajándolo. Le encanta que le rasquen detrás de las orejas y sentir caricias suaves sobre su hocico húmedo—. O George no está aquí, enterrado como pienso, u olvídate de convertirte en un perro rastreador.

Cuando he salido al exterior, hace ya un par de horas, las luces del alba irrumpían difusas y tímidas, iluminando el manto de niebla que cubría el paisaje helado. El bosque sigue cubierto de escarcha y el camino está tan endurecido por el frío que cruje a la más mínima pisada. Ni una sola brizna de viento rompe el silencio. Es un silencio profundo pero débil al mismo tiempo, susceptible de romperse con un ligero silbido, con un leve movimiento. Es como si el tiempo se hubiera detenido en su letargo.

Recorremos el camino que nos lleva a la playa. Vuelvo a ponerme en cuclillas al atisbar unas huellas de pisadas sobre la tierra mojada. Lo que considero una pista, deja de tener importancia cuando, al levantar la vista, me encuentro con la mirada de Chloe. Está tan cerca que casi puedo sentir su aliento y, de repente, sus ojos verdes hacen que me olvide de lo ocurrido con George y de por qué he salido del hotel tan temprano para adentrarme en las profundidades de la isla. Un miedo inesperado se apodera de la parte más débil que es ahora la que me posee; en cualquier momento podría hacer una tontería como acercarme un poco más a ella y besarla. Se encoge de hombros y sonrío, aunque percibo cierta tristeza en ese gesto.

—¿Ha pasado algo? —pregunta.

—Ha pasado el tiempo. Tres semanas.

—¿Qué día es?

—Martes, 28 de febrero.

—El mismo día que en 2018 —asiente extrañada—. Te he echado de menos, *Hunter*.

—¿Sí?

—No me refería a ti —ríe—, sino a él —añade, situándose a la altura del perro y profiriéndole todo tipo de caricias y carantoñas que él acepta feliz—. Qué grande está. Es enorme. Puede que aún tenga que crecer más —sonríe dulcemente.

—George ha desaparecido.

—Greening Island no es muy grande, puede que...

—Está muerto —añado convencido—. Anoche encontré sangre en la barca que usó para llevar hasta Harbor al retratista que nos inmortalizó. Regresó, pero alguien lo debió golpear por la espalda y ha hecho desaparecer la sangre que descubrí ayer.

—Y ese alguien solo pueden ser tres personas —deduce.

—En realidad solo una —contesto, descartando un nombre en mi lista

de sospechosos, el de Lathrop, el retratista.

—Jeff, tengo que contarte algo rápidamente porque no sé si de un momento a otro voy a esfumarme. En mi siglo hay retratos de los empleados de Raventhorp que van desde el año 1910 a 1927 sin contar con los posteriores que no nos concierne ahora.

—Lathrop nos retrató ayer.

—Ese retrato no está en Raventhorp en 2018. No existe —insiste en dejar claro, pronunciando cada palabra como si se la estuviera diciendo a un niño—. Algo va a ocurrir. Algo espantoso que os va a matar a todos y no lo puedo permitir aunque suponga un peligro cambiar la historia de este hotel o el transcurso de vuestras vidas. Me da igual con tal de que estés a salvo.

—Te escucho.

Trago saliva. Noto la vibración de una cuerda en el estómago al tenerla delante, tan cerca, como si se tratase de una ensoñación. Es una nota baja, grave, que me hace percibir que entre ambos existe una unión especial como nunca antes me ha ocurrido con nadie.

—Mi tía me contó que hay un tesoro escondido en Raventhorp. Es algo que el constructor robó a unos piratas y escondió aquí. Tú me dijiste que habías venido a proteger este hotel. ¿Tiene sentido lo que te digo? ¿Estás aquí por ese tesoro?

Ahora habla atropellada, con prisas. Teme desaparecer. Asiento confundido.

—Mi superior mencionó un tesoro —confirmando—. Si lo encontraba, debía esconderlo, pero no sé qué es ni dónde está. Mi misión es mantenerlo a salvo y que no salga de Raventhorp —le explico.

—Lo que dices tiene sentido. La historia cuenta que los descendientes de los piratas a los que el constructor robó atacarán el hotel la noche del sábado 7 de abril, cuando unos escritores vengán a celebrar una convención literaria.

—¿Cómo sabes que tenemos esa reserva?

—Porque vengo del futuro. Porque ocurrió, ocurrirá, y hay que evitarlo. No quiero que mueras ahí.

—Suena absurdo. ¿Unos piratas? En esta zona no son muy frecuentes.

—Vendrán con antorchas. No dejarán salir a nadie, provocarán un incendio en el salón en el que estaréis todos sin posibilidad alguna de salir y, después de eso, Raventhorp quedará en el olvido durante años. Lo curioso es

que, en mi año, unos escritores celebran una convención literaria justo los mismos días que en 1928. Viernes día 6, sábado 7 y domingo 8 de abril. Mi tía tiene un mal presentimiento al respecto. Cree que es un mal augurio y últimamente dice cosas muy raras.

—¿Y el tesoro?

—Se irán con las manos vacías, como si su prioridad, en lugar de ser el tesoro robado, fuera provocar una masacre —niega—. Sobre la recepcionista, Madison, ¿cuántos años lleva trabajando en este hotel?

—Desde que Collen lo adquirió en 1910. Madison solo tenía doce años cuando empezó a trabajar aquí. Por lo visto, es la protegida del dueño de Raventhorp.

—Tengo que verla, aunque sea de lejos. Necesito comprobar algo.

—¿El qué?

—¿Posó ayer en la fotografía o se escondió detrás? —indaga.

—Se escondió detrás, igual que George —recuerdo.

—George —murmura—. Siempre lo han hecho, no creo que sean de fiar. Necesito verla —repite con desesperación.

—Será mejor que no sepan de tu existencia. George, antes de desaparecer, te vio, y añadió que no se fiaba de Madison.

—Y ahora supones que está muerto. Quizá no está en el bosque, igual lo arrojaron al mar.

—He pensado en esa posibilidad y tendría más sentido —admito, mirando de reojo a *Hunter*, que es quien me ha traído hasta el bosque en lugar de olfatear por la playa aunque, en el caso de que lo lanzaran al mar, la corriente, durante la noche, se habrá llevado el cuerpo lejos de aquí.

—Llévame a Raventhorp —me suplica—. Espero no desaparecer por el camino —añade, quejumbrosa, acariciando su colgante y confiando en la protección que dice otorgarle la piedra de amatista con forma de lágrima.

—La última vez te quedaste algo más de veinticuatro horas; tus viajes parecen alargarse cada vez más y me gusta saber que siempre, por alguna razón a la que no encuentro lógica, apareces ante mí. Eso me da seguridad.

—Espero tener el tiempo suficiente para salvarte.

—Si ese es el destino, Chloe, nadie puede salvarnos.

—Podemos cambiarlo —asegura, inquieta, acercándose peligrosamente a mí—. Podemos irnos de aquí, cruzar el mar hasta Harbor y desaparecer de esta isla que es la que provoca que viaje en el tiempo. Si salgo de aquí, no

volveré a viajar.

—Pero te quedarías en 1928 —conjeturo.

—Me da igual. No hay nada que me ate al siglo XXI.

—Tu madre, Chloe. Tu tía.

—Estarán mejor sin mí.

—No huyo. No huyo si no he cumplido con mi misión y no me dan miedo unos cuantos maleantes en barco y mucho menos el tesoro que Raventhorp oculta.

*

Lo único sereno que hay en el rostro de Jeff son sus ojos color miel, pues sus facciones se han vuelto tensas, como si una mano invisible las estuviera retorciendo y cada una de ellas se hubiera desplazado de su sitio para huir del dolor. Desde el principio he sabido que no se mostraría temeroso ni huiría, es un agente secreto, no un cobarde, pero tiene que saberlo todo y hacer lo posible por evitar la tragedia. Sabiéndolo, tiene más posibilidades. Necesito creer que algo se le ocurrirá.

Atravesamos el bosque sin separarnos de *Hunter*, que corre detrás de nosotros. Nos detenemos en la parte trasera del hotel. Hoy luce un sol pálido y velado en la isla de finales de febrero de 1928.

—Es muy temprano —susurra, acercándose a mí—, pero ya debe estar en recepción. Desde los ventanales del salón la veremos. Es importante que no te vea, puede ser peligrosa.

—¿Por qué la temes? —pregunto, con toda la templanza de la que soy capaz, sin apartar los ojos de los de él.

—Porque creo que si estoy aquí es por algo superior a esa mujer que, pese a su frágil apariencia, creo que ha matado a un hombre. Ven, por aquí. Asímate con cuidado. No te puede ver —me recuerda.

—Veo a una mujer rubia. Está de espaldas, no puedo verle la cara... —murmuro, apoyándome en el hombro de Jeff para no caerme, tan cerca que casi siento cómo se le acelera el pulso. Cuando por fin puedo ver la cara de la

repcionista, compruebo que he estado loca durante semanas por haberle dado vueltas a lo que obviamente era imposible. Laura no viene del pasado ni tiene los ojos tan grandes ni del color azul claro que percibo desde la lejanía en la mujer que se mueve detrás del mostrador. Tiene secretos, como todos, pero no es Madison.

—¿Has terminado?

No me atrevo a contarle a Jeff mi estúpida divagación por miedo a que se ría de mí.

—Sí.

—¿Qué era lo que tenías que comprobar? —quiere saber.

—Nada, olvídalo.

—Aquí no estamos seguros —comenta, mirando a su alrededor. Agradezco que no insista en querer saber qué he querido averiguar al empeñarme en ver a la recepcionista—. No suelen salir mucho del hotel, el que más lo hacía era George y ya no...

—¿Vas a llamar a la policía? —le pregunto. Por cómo me mira, acabo de decir una estupidez.

—No puedo y, por lo visto, Madison tampoco me dejaría. Su excusa es que Collen, como todo empresario que se precie, no quiere escándalos.

Acto seguido, Jeff me coge del brazo y, mirando hacia atrás, caminamos en dirección a la playa.

—Jeff, en abril... lo que te he dicho... —titubeo, mirando en dirección al mar, sin terminar de encontrar las palabras adecuadas—. Recuérdalo, ¿vale?

—No te preocupes por eso. Llevo mi pistola.

—Una pistola no te va a salvar.

—¿Y saberlo sí?

—¡Puedes huir! Podéis huir todos —me exaspero.

—Te lo he dicho. No se trata de huir, sino de enfrentarse a los problemas, Chloe. Nunca, jamás en mi vida, aunque me haya escondido por temas de seguridad bajo otras identidades, he huido. Tengo que descubrir qué le he pasado a George y saber por qué me han enviado hasta aquí. Los anteriores directores eran como yo, trabajaban para el Departamento y, sin embargo, mi superior me dijo que creían que algo iba a ocurrir durante mi mandato.

—¿Que iba a ocurrir el qué?

—¡No lo sé! —exclama impaciente—. No entiendo por qué no me dio la información si prevén un ataque. Puede que no lo supiera con exactitud; ya te dije que es una misión atípica, pero lo que sí me queda claro es que me han ocultado las deudas pendientes de Raventhorp. Todo, absolutamente todo en este trabajo, Chloe, se limita a cuentas pendientes con el pasado.

—En mi tiempo no existes.

—Cuando morimos nuestros nombres mueren con nosotros. Nos entrenan en secreto para estar al servicio de las altas esferas durante toda nuestra vida. Es imposible salir de aquí; únicamente la muerte nos salva de nuestro destino. Desaparecemos, como si no hubiéramos existido. Eso protege al Departamento que, estoy convencido, no existe en tu década. Es turbio, oscuro y peligroso, así que no creo que las gentes del futuro sean tan confiadas como nosotros, los de ahora, para meterse en embrollos de esta magnitud.

—¿Y si sabías todo eso, por qué entraste a trabajar ahí? —quiero saber.

—Porque no tuve otra opción. Esto —añade, señalando a su alrededor— es un remanso de paz comparado con el mundo al que me enfrentaba antes de formar parte del Departamento. Por eso no me voy a ir. Voy a encontrar a George y, cuando vengan esos maleantes, estaré preparado aunque el destino ya esté escrito. Nadie, aun sabiendo qué pasará, puede detener el camino que nos toca vivir.

—La pared —recuerdo esperanzada en mi empeño por disuadirlo—. Golpeaste la pared de la habitación y, como por arte de magia, cuando yo estaba dentro, lo escuché, y un trozo del papel floreado se desgarró. Hay un hueco en ese trozo de pared que, cuando llegué, no estaba. Lo cambiaste, Jeff.

—Fue anoche —confiesa, mostrándome con vergüenza la mano derecha amoratada y un poco hinchada—. Anoche golpeé la pared de pura impotencia.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo podemos cambiar lo que ocurrirá? Si con ese golpe en la pared has hecho que en el futuro exista una quebradura que no estaba cuando llegué, e incluso oí cómo se producía en el mismo momento en que tú la provocabas noventa años atrás, podemos evitar la masacre.

—No sé qué decir, viajera. Este sitio me está volviendo loco —reconoce, avergonzado, hundiendo la cabeza entre sus manos y haciéndome sentir terriblemente culpable por formar, en cierto modo, parte de esta locura

que lo desespera.

Me quedo mirándolo. Quieta, cabizbaja y sin saber qué hacer. Las palabras de mi tía nublan mi mente: «Abrázate a su tiempo», repito para mis adentros, con los ojos entornados mirando a Jeff, reprimiendo las ganas de hundir mi cara en su pecho y quedarme aquí para siempre, en un momento que quisiera hacer eterno aun encontrándome en una época a la que no estaba destinada cuando vine al mundo.

—Jeff..., estoy aquí. Soy tu camarada, ¿recuerdas? —le susurro al oído.

CUARTA PARTE

La locura es el estado en el que la
felicidad deja de ser inalcanzable.

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

*Greening Island**Marzo, 1928*

Solo se puede llegar a la luz cuando se aprende a ver en la oscuridad. Es algo que aprendí hace tres años en Roma, cuando los integrantes de una mafia italiana me raptaron durante dos semanas. Cuando creía que había llegado mi final, cansado de sobrevivir con un vaso de agua al día y trozos de carne podridos que me lanzaban cual perro callejero a través de los barrotes de la celda, me percaté que debajo de la madera del suelo había una rencilla por la que sobresalía una luz fulgurante. Siempre estuvo ahí, esperando a ser descubierta, pero la desesperación al verme encerrado me tenía cegado. Logré retirar las tablas y escapé por unos túneles subterráneos como un cobarde. Regresé a América hundido, sabedor de haber bajado puestos en el Departamento. No cumplí con la misión de desarticular la mafia que tenía amenazada a media Italia, pero me salvé, y eso, a veces, tal y como decía Ally, es lo que cuenta.

El mes de marzo ha cumplido con las expectativas de sol y temperatura agradable, cuando lo cierto es que Raventhorp se muestra más frío debido a la desaparición de George, de la que Madison, Henry y Anne evitan hablar, como si jamás hubiera ocurrido. Como si la existencia de George no hubiese sido real. Apenas les dirijo la palabra a esos traidores. Cuántos golpes en la mesa he reprimido para que no sospechen que detrás de la apariencia serena de este director de hotel se esconde el que hace años, antes de mi fracaso en Italia, era considerado uno de los mejores agentes del Departamento.

¿Qué me ha pasado?

—El amor te debilita, Jeff.

Por un momento me parece estar escuchando la voz de mi padre. Está

aquí, en el despacho, de pie junto a mí, luciendo una frondosa barba cana, con la mano apoyada en mi hombro para reconfortarme. Sus ojos bondadosos me miran con infinito amor mientras habla:

—Los auténticos tesoros no están ocultos, sino a la vista, más cerca de lo que crees, pero suelen pasar desapercibidos porque nos empeñamos en buscarlos en lugares recónditos donde, equivocadamente, creemos que están. Mira bien a tu alrededor, hijo. Tal y como te enseñé, fíjate en los pequeños detalles. Los pequeños detalles te darán la pista para descubrir cuál es el auténtico tesoro de Raventhorp y de quién lo tienes que proteger.

Dos golpes en la puerta me devuelven a la realidad. Solo ha sido un sueño, muy nítido, pero sueño al fin y al cabo. Mi padre no ha estado aquí, conmigo; en algún momento he debido quedarme dormido.

—¿Estabas durmiendo, Isaac? —pregunta Madison desde el umbral de la puerta.

—Qué quieres.

—Tenemos un problema. ¿Recuerdas que los días 6, 7 y 8 de abril tenemos reservadas quince habitaciones para la convención literaria? —Asiento pensando en Chloe y en la última vez que la vi. Angustiada, me advirtió sobre el futuro asalto pirata la noche del día 7 y luego, a orillas del mar, volvió a desaparecer cuando no llevaba ni tres horas conmigo—. Bien, pues la familia Lemman quiere, para ese mismo fin de semana, reservar diecisiete habitaciones. Son veinte huéspedes.

—Es tan simple como decirles que tiene que ser otro fin de semana —indico cansado—. ¿Lo has resuelto de esta forma?

—Sí, pero verás, los Lemman me han amenazado con que van a quejarse a Collen. Son muy amigos. Si Collen se entera que les he dicho que no hay habitaciones para esos días, se molestará mucho.

—No hay habitaciones libres para esos días. Punto. Que los Lemman vengan otro fin de semana a celebrar lo que sea que celebren.

—El cumpleaños del varón.

—El cumpleaños del varón —repito—. Déjame solo, por favor, Madison.

—Isaac, una cosa más. —Levanto la mirada. Solo quiero que se vaya, que cierre la puerta y me deje en paz—. Es sobre George. He hablado con Lathrop. Ha llegado sano y salvo a Nueva York y me dijo que George, efectivamente, lo llevó hasta Harbor sin ningún contratiempo y luego lo vio

subir a la barca de regreso a la isla.

—Madison, sé sincera. Eres la primera interesada en que George no vuelva y que su muerte o desaparición se quede en un misterio sin resolver. Aunque ambos sabemos que está muerto, ¿cierto?

—¡No te imaginas cuánto aprecio a George, Isaac! —grita dolida. Esto sí que no me lo esperaba—. ¡No sé qué diablos le ha podido ocurrir pero, si sospechas que yo he tenido algo que ver con su desaparición, estás muy equivocado! ¡Mucho! No tienes ni idea de quién soy yo ni de quién es George. En ningún momento has demostrado un interés real en conocer a las personas que damos vida a Raventhorp desde hace años. ¡Creía que eras diferente, pero eres como todos los directores que han pasado por aquí! ¡Como todos! ¡No sabes quiénes somos y te crees con derecho a juzgarnos!

Todo su cuerpo empieza a temblar. Cuando parece que va a decir algo más, prefiere contenerse y quedarse callada con la mirada fija en el suelo. Atrás queda la mirada cándida e inocente; ahora deja entrever un odio y una rabia que no parecen pertenecerle. No es consciente de que George no le profesaba el mismo cariño; lo último que me dijo fue que no confiaba en ella pese a los años que hacía que se conocían.

Cuando Madison se va, cerrando la puerta con violencia, me recuesto en el sillón. A mi mente llegan imágenes de la celda en la que estuve prisionero catorce días y, sin que lo pueda evitar, la visión de aquel momento se mezcla con el espacio de la biblioteca de Raventhorp que visité hace unas semanas. Que no veas algo no significa que no exista, y la intuición me dice que Madison, que sigue subiendo a la biblioteca cada madrugada a causa del insomnio que padece, oculta algo ahí arriba.

*Greening Island**Marzo, 2018*

—Me voy a arrepentir —murmura tía Lydia, encerrada en el despacho. No soporta el ruido que los dos obreros contratados están haciendo en la cuarta planta para echar abajo la tapia que ha ocultado durante años la biblioteca.

—Están a punto de terminar —la consuelo—. Y tendrás un espacio increíble; basta con mirar la claraboya que hay en el tejado. Desde dentro debe ser espectacular. ¿No tienes curiosidad?

—Un espacio más que limpiar, eso es lo que ha dicho Laura —se queja, arrepentida por haber sucumbido a mi petición de abrir el espacio a los huéspedes—. Y seguro que Susan no estará contenta cuando llegue en unos días. Los huéspedes no vienen aquí a leer, Chloe.

—Nunca se sabe, y yo me muero de ganas por ver cómo es la biblioteca.

—No se me quita de la cabeza que la tapiaron por algún motivo. Después de todo lo que ha ocurrido aquí —farfulla, mirando a su alrededor con inseguridad—, quién sabe lo que debe haber ahí dentro.

Podría haberla visitado en 1928 si no fuera porque, al cabo de tres horas y agradecida por haber tenido tiempo de advertir a Jeff del peligro que les acecha, desaparecí para volver a verme en mi habitación del siglo XXI, escuchando los pasos apresurados de Laura bajando las escaleras y el grito de Marion diciendo que el desayuno estaba listo. Me moría de ganas por corroborar junto a Jeff si las estrellas tenían un toque mágico vistas desde la claraboya piramidal de la biblioteca, estando rodeada de tomos grandes, antiguos y polvorientos con olor a añejo y a páginas consumidas por el transcurso de los años. Siempre es el tiempo el que nos distancia el uno del otro sin que podamos hacer nada para evitarlo. La última vez que viajé tuve claro que algo especial me unía con Jeff por cómo me miraba y por cómo,

extrañamente, sentía que su corazón latía deprisa debido a mi presencia. Desconozco en qué punto de la historia o en cuál de mis visitas nos hemos enamorado, pero ha ocurrido, y no es fácil asumir que siento más por un muerto de lo que he sentido jamás por nadie, ni siquiera por Alan, cuyo final no termino de asumir. A veces creo que si vuelvo a Nueva York me tropezaré con él, aunque también sea algo imposible. Yo y mi manía de rebelarme contra el mundo y de sentirme atraída por lo que es capaz de destruirme. Por lo que el resto llamaría: locura. Y es que, ya lo decía Virginia Woolf: «¿Quién sabe lo que somos y lo que sentimos?».

El grito grave de uno de los obreros detiene la rutina de Raventhorp por un instante. Tía Lydia, que está de pie frente al cajón de las facturas, se detiene en seco, mira hacia arriba con el ceño fruncido, y seguidamente a mí, buscando una respuesta que no tengo, al mismo tiempo que escuchamos a Will y a Laura subir las escaleras a toda prisa.

—¿Qué ha pasado? —preguntan.

Cuando mi tía y yo llegamos a la cuarta planta, el ambiente está tenso y enrarecido. Uno de los obreros está en estado de *shock* y el otro, manteniendo la compostura, habla con Will y Laura que, aterrorizados, miran hacia el interior sin atreverse a entrar. El corazón me late desbocado. La claraboya acristalada del techo ilumina el centro de la amplia biblioteca, que no se deja ver en su totalidad tras los escombros de la tapia derruida. La luz de los rayos del sol se entremezclan con una neblina, fruto del polvo que invade el espacio, y sobre las tablas de madera descansan dos esqueletos, el de un hombre y el de una mujer, que nos reciben con las manos entrelazadas.

—Noventa años —murmuro, conteniendo las arcadas que me provoca el hedor que desprende la estancia. Llego a entender el porqué de mi extraña sensación cada vez que me acercaba a las escaleras de piedra. Ahora sé que, desde que llegué, percibía el peligro que ha supuesto y suponen mis saltos temporales.

—Dios mío. —Tía Lydia, a punto de desvanecerse por la impresión, se lleva las manos a la cabeza—. ¿Qué es esto?

—Un crimen —afirma uno de los obreros con seguridad.

Mis pies, como si caminaran solos, se adentran en la biblioteca sorteando los escombros, con el fin de mirar de cerca lo que me parecen dos

amantes cuyos esqueletos han sobrevivido unidos durante décadas.

—¡No toques nada! —grita tía Lydia nerviosa—. Hay que llamar a la policía. Que se los lleven, por Dios. Que se los lleven.

Observo los huesos, en especial las cuencas donde una vez estuvieron sus ojos. Sé quiénes son. Sé cómo se miraban, todo lo que se dijeron, e incluso qué significaban sus silencios. Percibo qué fue lo que vivieron y cómo debieron sentirse en sus últimos instantes de vida, envueltos en llamas, a pesar de creer que juntos eran invencibles. Él, por la experiencia, por creerse invulnerable después de todo lo que había vivido en cada una de las misiones en las que trabajó; ella, por sus viajes, conocedora de lo que iba a ocurrir en el pasado por proceder del futuro.

¿Qué salió mal?

*Greening Island**Marzo, 1928*

—¿Cómo es posible? —pregunta Jeff, tan impactado como yo, después de hablarle del hallazgo de nuestros esqueletos en el año 2018—. ¿Cómo puedes estar tan segura de que somos nosotros?

—Se los llevaron —contesto, asintiendo y encogiéndome de hombros, todavía traumatizada por el hallazgo—. Están analizando los huesos, aunque han asegurado que murieron hace noventa años. Noventa años en mi tiempo, Jeff, es este año. Los piratas, el incendio, el tesoro... yo los vi y, sí, somos nosotros. De alguna manera, no sé cómo, voy a estar aquí la noche del incendio. Lo que no entiendo es por qué subieron los cadáveres a la biblioteca para luego tapiarla. Por qué a nosotros no nos dejaron con el resto de fallecidos.

—Vete, Chloe. Cuando regreses a tu época, sal de la isla y cambia la historia. Aún no ha ocurrido. No aquí.

—No, no puedo —me niego—. No voy a dejarte solo con esto. Estoy empeñada en cambiar lo que va a ocurrir, por supuesto, pero no así. No huyendo. Porque no huimos, ¿recuerdas? De todas maneras, salir de la isla hará que me enfrente a otra amenaza si Dempsey, el hombre al que robé, sigue empeñado en acabar conmigo.

—Mató a Steve y a Alan, que era el cerebro de la trama. Se habrá olvidado de ti.

—Steve me advirtió del peligro y no le hice caso. No creo que un tipo como Dempsey deje cuentas pendientes así como así. Ya estoy muerta, Jeff.

—Todavía no ha ocurrido.

—En 2018, por muy extraño que sea todo, sí ha ocurrido. ¿Quién puede

decir que ha visto su propio esqueleto? Es casi tan improbable como ver un fantasma.

—O como viajar en el tiempo... —añade irónico—. ¿No crees en los fantasmas?

—Creo en nuestros propios demonios —respondo con seguridad—. En los que nos atormentan y nos desvelan. Pero creo que los fantasmas tienen un lugar mejor al que ir.

Jeff, en silencio, me rodea por la espalda y me estrecha entre sus brazos. Acaricia mi pulgar con el suyo poco a poco, con suavidad, como las nubes que se deslizan sobre la fina rodaja de luna en lo alto. Me aferro a él, como si una corriente oculta nos uniera con fuerza. Contemplamos junto a *Hunter* el cielo nocturno estrellado y el mar en calma, deslumbrante por la influencia lunar como si se tratase de una estampa hecha a medida para nosotros. Desconocemos cuánto tiempo nos queda; llevo media hora aquí, desde que he aparecido cuando Jeff estaba paseando, y no sé cuándo volveré a esfumarme. Tampoco sabemos cuál es la amenaza real y si existen de veras esos piratas en busca de un tesoro robado que perdieron sus antepasados.

Jeff sigue sin encontrar una sola pista de lo que pudo pasarle a George, y no solo Madison merece su desconfianza, también Henry y Anne, a los que no ve afectados. No los conozco; a Madison solo la vi de lejos y, pese al parecido con Laura, no hay nada más mágico en esta isla que mis saltos temporales. Mi único propósito ahora es salvar al hombre que tengo al lado y que apoya su mentón sobre mi cabeza, aproximándome más a él, como si mi calor fuera lo más importante.

—Mi padre solía contarme cuentos por las noches —empiezo a explicar—. Nuestro preferido tenía que ver con las estrellas. Él creía que cada estrella representa la vida de una persona que considera el planeta Tierra su hogar. Decía que la gente siempre ha analizado la forma de las constelaciones para predecir lo que les iba a ocurrir en la vida y que, si logras entender esas formas, entonces podrás saber lo que va a pasar antes que nadie. La última noche antes del accidente, me contó que la luz de las estrellas tarda décadas en llegar hasta nosotros y que siempre brillan más antes de morir. Ahora, cada vez que veo una estrella brillar, siento que, en alguna parte, de algún modo, la vida de alguien está a punto de terminar.

Contengo las lágrimas. Jeff me mira, expectante; oigo el chasquido de la lengua contra los dientes cuando abre la boca, la palabra a punto de tomar

forma, pero no le dejo hablar.

—Llévame a la biblioteca —le suplico.

—Nos pueden ver —musita, mirando hacia Raventhorp, cuyas luces apagadas crean una atmósfera tétrica y desoladora.

—Puedo imaginarme Raventhorp en la más absoluta oscuridad, Jeff. Puedo ver el salón en llamas y, si aguzo el oído, soy capaz de escuchar los gritos. Gritos horribles.

—Es solo tu imaginación.

—Es una pesadilla. Un mal sueño que se ha repetido desde que vi nuestros esqueletos en la biblioteca.

*

No le confieso a Chloe que yo también he tenido esa misma pesadilla desde que llegué. No quiero asustarla más de lo que ya lo está. Al principio, cuando la veía en mis sueños sin saber con certeza de quién se trataba, pensaba que era la enemiga que se reía de la desgracia de contemplar el salón ardiendo en llamas a propósito de un tesoro. Esta noche la tengo aquí, a mi lado, y la abrazo por si así evito que se vaya, pero, si estar conmigo supone un peligro para ella, prefiero dejarla ir y no volver a verla más. Que viva. Que viva en su tiempo durante décadas. Que se enamore y sea feliz. Que olvide, en la medida de lo posible, el pasado que la atormenta. Que me olvide a mí y sus extraños saltos temporales. Cuando la miro, presiento que soy el responsable de su desgracia y el motivo por el que ha venido hasta aquí, rebelándose contra la ciencia, el tiempo y el espacio.

Cada mañana, miro en dirección al mar con la intención de atisbar a lo lejos algún barco con maleantes a bordo que quieran saquear Raventhorp y encontrar el tesoro escondido, pero en las aguas que envuelven esta isla no hay vida. Ni siquiera he visto peces nadando en la orilla.

—Vamos a la biblioteca —decido, cumpliendo su deseo y dejándola ir para levantarme de un impulso.

Me mira con ojos de esperanza y una media sonrisa cuando le tiendo la mano para ayudarla a incorporarse.

Seguidos de *Hunter*, caminamos cogidos de la mano; la aprieta tan fuerte que creo que debe percibir que mi corazón está a punto de estallar. No es consciente de las reacciones físicas que experimenta mi cuerpo cuando está a mi lado.

Nos adentramos en la recepción en silencio y, aunque Chloe conoce bien el escenario, lo mira como si estuviera viéndolo por primera vez. Según ella, ni siquiera la decoración ha cambiado mucho de este tiempo al suyo, pero intuyo que la atmósfera y los olores que percibe deben ser distintos.

El hotel nos recibe con las luces apagadas confiriéndole un aspecto tétrico de casa encantada. Nos sentimos turbados por el silencio que reina en cada estancia teñido de una soledad tan profunda que parece ajena a los confines de la Tierra. Es como si el lugar ya estuviera abandonado como parece ser su destino dentro de poco tiempo.

Subimos hasta la cuarta planta y, en el hueco de las escaleras de piedra que conducen a la biblioteca, le digo a Chloe que espere. Necesito comprobar que la estancia está vacía, sin Madison en su interior. Nada más abrir, me deslumbra el reflejo de la luna llena que entra por la claraboya piramidal acristalada, produciendo un efecto mágico en dirección a las tablas de madera del suelo. Es como un arcoíris sin color repleto de motas de polvo que danzan por el espacio sin ritmo ni compás; partículas desperdigadas y manipuladas por un Dios invisible. Chloe, con precaución, entra y me dedica una triste sonrisa.

—Aquí fue donde los encontramos —señala.

La miro fijamente. Y si esta es la última oportunidad que tengo de saber cómo saben sus labios, debería aprovecharla sin hacer caso a la razón. Vuelvo a escuchar la voz de mi padre mientras contemplo sus ojos: «El amor te debilita, Jeff».

«Solo el amor te puede salvar», solía decir mi madre, que es a quien prefiero hacer caso en estos momentos.

Solo lo que sale del corazón es un acierto, así que, sin más preámbulos, dirijo mis brazos hacia su cuerpo cerrándolos en torno a su cintura y acercándola a mí. Mi gesto no parece sorprenderla. Percibo en ella una sonrisa de alivio y cómo, muy despacio, ladea la cabeza buscando mi boca. Arqueo las cejas buscando su aprobación y, sin darme tiempo a pensar en nada más, sus labios se abren dando paso a los míos y su tacto y su sabor penetran dentro de mí grabándose a fuego.

*

En la vida y en el amor, siempre existe un momento en el que solo puedes rendirte. Cuando te preguntas qué te está pasando, no puedes elegir. Ya es tarde. Ya estás dentro. El corazón es el que manda. Solo de pensarlo, el aliento se me queda atascado en la garganta. Ya tengo la sensación de que conozco a Jeff desde hace años. De toda la vida. Es como si alguien nos hubiera emparejado, tal vez al nacer, y después hubiera estado empujando, encauzando, planeando y maquinando hasta que, por fin, gracias a la magia de Raventhorp, pudimos conocernos. Empiezo a creer en la milenaria leyenda oriental del hilo rojo, la que asegura que un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo rojo puede estirarse, contraerse o enredarse, pero nunca romperse.

Nadie, jamás, podrá robarnos este instante. Hemos estado mirándonos durante tanto tiempo, que he empezado a preguntarme si en lugar de lanzarme de un sitio a otro, el tiempo no se ha detenido por completo. El aire entre nosotros está cargado de mil cosas que no se pueden expresar con palabras; lo noto en el sutil cambio en su manera de sujetarme, en la forma en que sus dedos se mueven por mi espalda haciéndome sentir pequeña e insegura, temiendo y deseando al mismo tiempo sus besos. Jamás había experimentado algo así. Es una mezcla de alegría y miedo y todos los sentimientos entre medias, como si alguien hubiera arrancado un enchufe y se me hubieran enmarañado los cables. Durante un segundo, nos separamos sin aliento tras un primer beso apasionado. Cuando sus manos se deslizan hasta mis hombros, contengo el aliento y apoyo la frente en su pecho, deleitándome con su aroma. Oigo el latido de su corazón y su respiración acelerada mientras acaricia mi espalda, suavemente y sin prisa, con la barbilla descansando sobre mi cabeza. Posa una mano en mi mejilla y la otra la abandona a su suerte alrededor de mi cintura deslizándola sensualmente, para apretarme más fuerte contra su cuerpo. Desvía la vista de mis ojos a mis labios y deja escapar un leve gemido. Es posible que la razón se esté imponiendo peligrosamente al corazón, porque parece querer decirme: «¿Qué

diablos estamos haciendo?».

Sus labios, cálidos y firmes, vuelven a presionar contra los míos mientras las sombras danzan a nuestro alrededor, embrujadas, mudas. Esta vez es un beso dulce y suave. Noto que todo se disipa. La tristeza por el pasado, la incertidumbre respecto al futuro. Suspiro dentro de su boca con los ojos cerrados; me dejo llevar hasta que Jeff, de un impulso, se aparta con miedo.

—No sé si es buena idea. Esto es...

—Es una locura —admito—. Una maravillosa locura.

Siento un temblor, algo parecido a un soplo de aire en la nuca. Ahora soy yo la que se lanza hacia delante y, decidida, aproximo mis labios a los de él. Le acaricio la mejilla y enredo las manos en su pelo. Inspiro hondo dejándome llevar por la pasión del momento y le rodeo el cuello con los brazos para besarlo con fuerza aferrándome a este beso como si se me fuera la vida.

Sé que conservaré este instante en mi memoria como una confusa cadena de imágenes y sensaciones, como pasadas a cámara rápida. El roce áspero y excitante de unas mejillas sin afeitar, unas manos tímidas deslizándose por mi espalda, un beso apasionado e impulsivo que no quiere pensar en su final. Qué deliciosa pérdida de control. Qué deliciosa locura.

Duele besarlo. Duele perderlo cuando, sin control, mis manos empiezan a difuminarse en el momento en que la luna llena y su reflejo nos abandonan, y el espacio donde nos encontramos se queda en la más absoluta oscuridad.

*Greening Island**Marzo, 2018*

La extraña sensación de expectación flota en la biblioteca en la que ahora me encuentro sola. La quietud efervescente, los secretos desperdigados, mi memoria saltando unos minutos atrás en el tiempo hasta que oigo una voz hostil a mi espalda.

—¿Chloe?

Con movimientos lentos y la cabeza dándome vueltas, sintiendo todavía en mis labios el cálido beso de Jeff como si estuviera conmigo, elevo la vista hacia la claraboya. Me recibe luminosa con los rayos del sol traspasando el cristal. Temerosa, me doy la vuelta y veo a Laura apoyada en el quicio de la puerta esperando una explicación que no sé cómo le voy a dar.

—Hola, Laura. ¿Has visto cuántos libros? —improviso.

—¿De dónde vienes?

—Lo siento, no sé a qué te refieres —disimulo, dirigiéndome hacia la puerta—. Tengo que irme.

—No, espera —me detiene, prohibiéndome el paso y situándose frente a mí—. No eres la única, Chloe. Hace tiempo vi a un hombre en las mismas condiciones en las que te acabo de ver aparecer a ti. Fue en la playa, de noche.

—¿Un hombre? —La primera persona en la que pienso es Jeff, pero ¿cómo?—. ¿Recuerdas cuándo?

—En marzo de 2015; llevaba dos semanas trabajando aquí y no dije nada porque no quería que tu tía pensara que estaba loca.

—¿Hablaste con él? ¿Cómo era? —pregunto, al borde de la desesperación.

—Alto y grande, pero solo alcancé a ver su silueta. Lo vi de lejos, desde el porche, entre los arbustos, y no llegué a hablar con él. Tal y como

vino, desapareció, como tú has aparecido ahora, pero no he podido sacarme de la cabeza su imagen. ¿De dónde vienes? —vuelve a preguntar—. O, mejor dicho, ¿adónde has ido?

—Laura, no...

—No confías en mí.

—Es muy difícil de explicar.

—Lo sé. Viajes en el tiempo —murmura sonriente—. Aquí todos creemos en algo, sobre todo si concierne a Raventhorp, Chloe. Vi cómo miraste los esqueletos, como si a una parte de ti no le sorprendiera. ¿Por qué?

—No puedo responderte a eso —niego.

—La clave está en el pasado —apunta, buscando mi confianza—. Todos conocemos la leyenda de este lugar, tu tía está obsesionada con ella, especialmente desde que tenemos la reserva de la convención literaria dentro de un mes. El tesoro, los piratas, el incendio... ¿Sabes lo que creo? Que aquí no vinieron piratas ni hay escondido ningún tesoro. Que sí hubo un incendio porque las reformas del salón así lo confirman, pero hay algo que se nos escapa. Esos esqueletos que escondieron tapiando la biblioteca, murieron quemados. No hay ni rastro de sus ropas, ni un solo pelo; el tiempo los consumió. ¿Los has visto en el pasado? ¿A qué año viajas, Chloe?

—Laura, esto es una locura.

La seguridad con la que me mira me sobrecoge. Dirige la mirada a mi colgante y asiente, con el convencimiento de que la piedra de amatista tiene algo que ver.

—No pierdas esa piedra. Si la pierdes en el pasado, estás acabada.

—Hablas con tanta seguridad...

—Llevo viviendo en Raventhorp tres años, aunque a veces me da la sensación de que ha sido el doble de tiempo —me recuerda misteriosamente.

—Y tú...

—No, yo no —niega de inmediato a la defensiva—. Ni tu tía ni ninguno de los empleados del hotel han viajado en el tiempo. Algún huésped ha vivido situaciones extrañas: decían que se les aparecía una mujer gritando en mitad de la noche. Era pelirroja, por cierto. Y no me preguntes el porqué, pero desde que te vi, con esa melena del mismo color del que hablaban los huéspedes, pude imaginarte como esa visión.

Respiro hondo. Después de todo, no me parece una idea tan descabellada. Quién sabe si, a lo largo de todos estos años, no he convivido

con mi propio fantasma, perdido en alguna dimensión desconocida junto a Jeff.

—¿Crees que el pasado se puede cambiar? —le pregunto, confiando en que tendrá la respuesta.

—Espero que sí. —Se encoge de hombros y me sorprende ver cómo los ojos se le han llenado de lágrimas—. Eso mismo llevo preguntándome yo desde que mis padres fallecieron. ¿Podría volver al pasado y evitar el accidente? ¿Es peligroso cambiar el trascurso de la historia? ¿Volveré a ver a mi hermano algún día? La vida está repleta de incógnitas.

—Lo siento. Créeme que a mí también me gustaría viajar a un punto concreto del pasado y cambiar mi historia —le cuento, pensando en mi padre.

—Solo esta isla te da la posibilidad de viajar en el tiempo y, si no me equivoco, a un punto concreto de Raventhorp, ¿cierto? —Asiento tragando saliva—. Quién sabe para qué. Puede que todo esté escrito en las estrellas, Chloe, pero tienes la posibilidad de cambiar el destino.

—No sé ni por dónde empezar —me sincero.

Visualizo los esqueletos. Rememoro el beso de Jeff hace escasos minutos, cuando la realidad es que han transcurrido noventa años. Pienso en un fantasma, el de una mujer pelirroja que aparece en mitad de la noche gritando y asustando a los huéspedes.

¿Es posible cambiar un final que ya ha ocurrido? ¿Crear una especie de mundo paralelo aparte del que conocemos? Puede que, en mi empeño por quedarme y salvar a Jeff, lo esté poniendo en peligro y, por primera vez, con la mente más lúcida, pienso en la posibilidad de regresar a Nueva York con la creencia y la esperanza de que pueden existir diversos planos en los que una sola decisión cambie el trascurso de todos los acontecimientos.

Entro en el despacho de tía Lydia para decirle que vuelvo a Nueva York. Me recibe contemplando el monótono paisaje desde la ventana y me doy cuenta de que, pese a nuestras diferencias, la voy a echar de menos. Voy a echar de menos Raventhorp y a sus habitantes con los que apenas he querido mantener relación. Pero, sobre todo, me va a hacer falta un hombre del pasado que, a estas alturas, ya es imposible olvidar. Por él huyo, por si, en otro mundo diferente a este, mi cabezonería lo mató.

—¿Cómo estás?

—Pues ya ves, hija, pensando en cancelar la reserva de la convención literaria.

—¿Aún sigues con eso?

—La pareja de la biblioteca que tapiaron para ocultarlos durante años murieron en el incendio. Y noventa años más tarde, cuando ese mismo día 7 de abril también cae en sábado, hay una reserva de quince escritores para una convención literaria como la del pasado. ¿No te parece raro? Es de locos —farfulla—. Un mal augurio.

—En Raventhorp pasan muchas cosas raras, ya lo sabes —me arriesgo a decir—. Pero no creo que ocurra nada malo ni tenga que ver con el pasado. Seguramente ese tesoro no es más que una leyenda y las historias de piratas han dejado de existir desde hace décadas.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta, incómoda, sin ganas de seguir hablando del tema que la angustia.

—Quiero volver a Nueva York.

—¿Por qué?

—Porque tengo cosas que hacer.

—Vale. Le diré a Will que te lleve al aeropuerto. Hoy hace buen día para ir en la lancha.

Alguien toca a la puerta de mi dormitorio cuando estoy preparando mi escaso equipaje para huir de este lugar.

—Chloe, perdona que te moleste. Ya sé que te vas, pero me gustaría darte algo que quizá te haga cambiar de opinión.

—Nada ni nadie me va a hacer cambiar de opinión, Laura.

La recepcionista baja la mirada y, esbozando una sonrisa, se lleva la mano al bolsillo del pantalón.

—Cuando se llevaron los esqueletos lo encontré oculto bajo una rendija de las tablas de madera de la biblioteca.

Impactada, escudriño el colgante que sostiene, el mismo que el mío; sin embargo, la cadena de oro blanco parece haber sufrido el percance de un incendio. Extrañamente, la piedra de amatista se ha conservado en perfecto estado.

—Es igual que el tuyo —revela, aunque ya me haya dado cuenta—. ¿Tiene sentido para ti? —pregunta, entregándomelo con delicadeza.

Laura, hace unas horas, tenía razón. La clave está en el pasado. En el año al que he viajado y en un punto concreto de la historia del que no puedo escapar. No ahora.

—El tesoro —murmuro—. Es el tesoro de Raventhorp.

—Creo que sé cómo cambiar la historia, Chloe.

Greening Island

Marzo, 1928

El tiempo se me echa encima. Solo faltan dos semanas para que vengan los escritores, esto se llene de huéspedes, y ocurra el fatídico ataque del que me advirtió Chloe. Por lo visto, todos estamos destinados a morir en ese incendio mal que me pese, aunque no soy de los que temen a la muerte porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos^[4]. Todos, tarde o temprano, tendremos que enfrentarnos a la Parca.

Cansado de especulaciones, abro el cajón del escritorio y contemplo mi arma.

«Cuidado, Hunter. Hay armas que no pueden salvarte la vida», suele decir McCarthy, moviendo de un lado a otro su espeso bigote blanco difuso tras el humo de su puro.

Madison, empeñada en posponer la reserva para que se hospeden los amigos de Collen, pasea de un lado a otro por el pasillo de la segunda planta. Puedo oír sus pasos impacientes desde el despacho. Harto, me levanto del sillón y abro la puerta mirándola fríamente desde el umbral.

—¿Ocurre algo, Madison?

—Isaac... —murmura—. ¿Puedo entrar?

—Adelante.

Titubea. Su respiración agitada me alarma; traga saliva, se mueve nerviosa y mira a su alrededor sin saber por dónde empezar. Madison no es la misma mujer coqueta, sonriente e infantil que conocí hace tres meses. Ya casi nunca sonrío, camina curvada y sin ganas, como si le hubieran arrebatado la energía. Su melena dorada está sucia y sus ojos azules se muestran tristes y sombríos, cansados de vivir.

—Tú dirás —la animo.

—Es sobre George, pero no puedo. No puedo. Me ahogo si...

—¿Qué pasa? —me alarmo.

—George no es la persona que decía ser —susurra con la mirada perdida—. No ha desaparecido ni está muerto. Sigue en la isla, Isaac, aunque tú no lo puedes ver.

—¿Qué quieres decir?

—Quieren hacerte creer que está muerto. Él mismo quiso, antes de desaparecer, que desconfiaras de mí. Pero créeme cuando te digo que soy la única persona en la que puedes confiar y, si no lo haces, estás muerto. Henry y Anne jamás te ayudarán, lo temen demasiado. Sé quién eres y quién te ha mandado hasta aquí. El Departamento, el Gobierno... él lo sabe todo. Lo sabe todo —repite, turbada, llevándose las manos a la cara. Las retira de inmediato y prosigue—: Sé quién ha mandado a todos los directores que han pasado por aquí y ninguno ha tenido que enfrentarse a lo que tú deberías temer por haberle arrebatado lo que tanto ansía.

—¿Por qué yo? —inquiero, sonando más furioso de lo que pretendo, aunque ella ni siquiera pestañea.

—¡Porque está escrito en tu destino! Las fechas, este año, el tiempo, la convención literaria... todo. Todo forma parte del plan. Cuando te vio supo que eras tú.

—¿Qué sabes? —la reto.

—Te dijeron que había un tesoro en Raventhorp. Te mintieron. No es lo que crees. No es oro o joyas, es mucho más que eso. Es un portal mágico existente en los cimientos del hotel y una mujer de melena pelirroja destinada a este lugar. La he visto. Igual que tú la he visto y es la única que puede cambiarlo todo, pero creo que ya es demasiado tarde. El mal ya está hecho.

—No entiendo qué quieres decir.

—Quise evitar que los escritores vinieran porque jamás se atrevería a matar a la familia Leman, pero no me dejaste. Necesita provocar una tragedia con la magnitud suficiente como para perjudicar este lugar hasta que caiga en manos, en un futuro lejano, de la persona correcta. Es la única manera de mantener la historia a salvo y que el tesoro llegue hasta él. Isaac, mira a tu alrededor. Por eso nos escondemos siempre en los retratos, para que la mujer pelirroja no nos descubra en el futuro. En Raventhorp hay un Dios invisible que quiso estar presente para engañarte, despistarte y volverte loco. Él lo sabe todo. Viaja en el tiempo a su antojo, tiene

información privilegiada, habla con él mismo en todas sus versiones, desde la más joven hasta la más mayor, las conozco todas, y sé que no es un fenómeno que te parezca imposible o extraño porque la mujer pelirroja también ha cruzado el portal y vosotros dos... vosotros dos...

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —la interrumpo, queriendo evitar que siga hablando de Chloe—. Tenías doce años cuando llegaste a Raventhorp en 1910, cuando Collen se adueñó del hotel.

—Entraste en mi dormitorio —revela, abriendo mucho los ojos—. Lo sé porque me cogiste dos vestidos para la mujer del futuro. Le diste la vuelta al retrato en el que aparezco de niña con mi padre; lo viste, no me lo niegues.

—No lo niego —asumo, con fingida naturalidad.

—Yo era el tesoro de Collen hasta que ella apareció en el futuro en el que se instaló. Yo era su tesoro y me quería con él.

—¿Te secuestró, Madison?

Madison baja la mirada y, llorando, balbucea:

—Dejó que me llevara el único retrato que tengo con mi padre.

—¿Dónde están tus padres? —pregunto, pese a saber la respuesta.

—Muertos. Asaltaron su casa y la... la... me ahogo, lo siento. Me ahogo...

Madison sufre lo que parece ser un ataque de pánico o ansiedad. Arrodillada en el suelo, se lleva las manos al cuello, eleva la cabeza hacia el techo y cierra los ojos emitiendo quejidos. Observo su piel enrojecida. Tiene marcas en los brazos, como si un gato la hubiese arañado con sus afiladas garras.

Transcurre un tiempo prudencial hasta que considero que está lista para volver a hablar. He tenido tiempo suficiente para imaginar el pasado de Madison y cómo, desde el principio, aceptó su destino con indiferencia. Collen la raptó porque se obsesionó con ella. La separó de sus seres queridos y la encerró en Raventhorp, haciendo creer a los demás que era huérfana y que tenía la necesidad de trabajar aunque fuese una niña. Desconozco el motivo por el que no ha intentado huir o pedir ayuda, aunque imagino que su raptor se aprovecha de su miedo, el mismo que ahora percibo en el gesto entelerido que me dedica, mirándome con la misma expresión de quien mira a través de unos barrotes.

Sigue cubriendo su cuello irritado con las manos, pero ha abierto los ojos y parece estar esperando a que sea yo el que retome la conversación.

—Incendiaron tu casa con tus padres dentro —expongo—. Madison, ¿quién es George en realidad?

—George es Collen. Y no va a perder otra vez su tesoro.

*Greening Island**Marzo, 2018*

—No garantizo nada —empieza a explicar Laura—, pero puede que en algún otro mundo paralelo a este tú te quedes con los dos colgantes, así que, contradiciendo a la lógica, si me quedo con el que he encontrado, el que sufrió el incendio, podemos cambiar algo.

—Tendría sentido. Quédatelo —decido de inmediato, volviéndoselo a entregar—. Pese al riesgo que supone para ti. Puede hacerte viajar.

—A lo mejor es algo que solo tienes destinado tú. 1928... El año del incendio —murmura, acariciando la piedra como suelo hacer yo a cada momento del día.

Tía Lydia nos interrumpe entrando sin llamar a la puerta. Nos adelantamos a los acontecimientos creyendo que va a decir que Will ya está listo para llevarme al aeropuerto, pero parece tan sorprendida como nosotras al informarnos de que hay un nuevo huésped en el hotel.

—¿Puedes bajar a atenderlo, Laura?

—Por supuesto.

—Dale la última habitación, la veinte.

Laura asiente llevándose la mano al bolsillo para guardar a buen recaudo el colgante.

—¿Estás lista?

—Si no te importa, he decidido quedarme.

—Las jóvenes de hoy en día cambiáis de opinión como de color de pelo —ríe tía Lydia—. Qué me va a importar. Quédate el tiempo que quieras. Raventhorp es tu casa.

Una semana más tarde

Creo que estoy enloqueciendo. Tengo que viajar a 1928. Si los días transcurren allí de manera similar a esta época, se nos está acabando el tiempo. Por mucho que cierre los ojos, suba hasta la biblioteca o dé largos recorridos bordeando la isla con la piedra entre mis manos, no consigo viajar. Me quedo aquí, en mi siglo, cuando sé que Jeff me necesita. Por otro lado, Laura se ha convertido en mi confidente cuando creía que algo así no podía ser posible. No con ella. Aún me resulta extraño confesar que me he enamorado como una idiota de un hombre del pasado, pero ella me ha hecho ver que, una vez más, la magia de esta isla ha obrado un milagro.

—Todas nuestras decisiones nos conducen a algo —dijo—. La parte más romántica que habita en mí me dice que puede que conocieras a Alan para desviarte por el mal camino, ocurriese lo del tipo este, Dempsey, y vinieras aquí, donde desde siempre estaba destinado para ti encontrar el amor en otro siglo. De no ser así, jamás hubieras conocido al tal Jeff, ¿no?

No me dijo nada nuevo y, aun así, necesité escuchárselo decir a otra persona para sentirme un poco más cuerda.

—Necesito un cigarrillo.

Fue todo cuanto pude decir, ocultando la impotencia que llevo sintiendo esta última semana. Sigo pensando que todo esto ha ocurrido como consecuencia de mi mala cabeza en el pasado y que la vida de Jeff, aunque en mi presente ya haya dejado de existir, terminó antes de tiempo por mi culpa.

«Perdónate», me aconsejó Jeff una noche de febrero de 1928 a orillas del mar.

«Lo estoy intentando, Jeff. Créeme que lo intento», le respondo yo, noventa años más tarde, cuando no me puede ver.

Como cada mañana, doy un paseo contemplando la neblina que se ha instalado en la isla pese a la agradable temperatura primaveral. Todo cuanto hay a mi alrededor, lo que engloba Greening Island, es solo agua, arena, montañas y vegetación. Sin embargo, cada vez que miro al infinito tengo la

sensación de que estoy traspasando un velo místico que divide el mundo en el que me limito a existir del que supuestamente debo habitar.

No hace frío ni calor, el mar está en calma, espumoso cuando la ola rompe en la orilla, e imagino a Jeff con *Hunter* recorriendo el mismo camino que yo, en este preciso instante, aunque no alcancemos a vernos. Súbitamente, un escalofrío recorre mi espalda y, cuando instintivamente dirijo la mirada hacia el hotel, vislumbro a través de una de las ventanas de la tercera planta, la de la habitación número veinte, el rostro pegado al cristal de un hombre que desaparece en cuanto se da cuenta que también lo estoy mirando. Recuerdo que hace una semana llegó un huésped, pero no ha salido de su habitación, ni siquiera para comer, por lo que ha dicho tía Lydia. Trato de no darle importancia mientras regreso a Raventhorp para darme una ducha caliente y despejar las ideas que siguen atormentándome y haciéndome sentir impotente. Poco más puedo hacer.

Desde el momento en que llegué, pensé que en mi habitación, la más especial de todas, la de la torreta, estaría a salvo. Pero nada más lejos de la realidad cuando, al entrar, veo un sobre de papel de manila en el suelo que alguien ha debido dejar por la ranura de la puerta. Mi nombre en letras mayúsculas, escrito con rotulador, igual que el que dejaron en casa de mi madre. Me quedo mirando el sobre, mirándolo sin más, sin atreverme tan siquiera a moverme. La cabeza me estalla, los oídos me zumban. Solo oigo un zumbido.

Recojo el sobre del suelo de la misma forma que la primera vez: como si fuese una bomba a punto de estallarme en la cara.

¡BU! TE ENCONTRÉ

—El hombre de la habitación número 20 es Dempsey —balbuceo, incapaz de detener el temblor de mi cuerpo.

Greening Island

Marzo, 1928

Chloe, temblorosa, aparece en mi dormitorio como las otras veces, de improviso. En la mano lleva un papel amarillento y su tez está más pálida que nunca, como si acabara de ver un fantasma. Aún adormilado, impido que *Hunter*, feliz al verla, se le eche encima. Lentamente, me acerco para preguntarle qué ha pasado.

—Estás aquí —murmuro, dejando que ella, derrumbada e incapaz de pronunciar una sola palabra, hunda su cabeza en mi pecho desnudo—. ¿Qué hay en ese sobre? ¿Qué ha pasado?

—Me ha encontrado —balucea—. Me ha encontrado.

—¿Quién?

—Dempsey. Está en el hotel, en 2018.

—Chloe, ¿cómo es? ¿Cómo es Dempsey? —pregunto alarmado, temiéndome lo peor después de la confesión de Madison.

—Grande. Es grande y fuerte. Cabello blanco, ojos grises... Tiene alrededor de cincuenta y cinco años.

—Es George —afirmo con seguridad.

—¿Qué?

—George es Collen y Collen es Dempsey, aunque por la edad que me has dicho, deben haber transcurrido varios años para él. El que yo creía que era George no alcanzaba los cuarenta.

—El tesoro.

—El tesoro eres tú, Chloe. Él quiere su tesoro. Siempre has sido tú. Dudo que McCarthy supiera a qué me enfrentaba yo o cualquiera de los agentes que vinieron aquí. Es probable que mi superior creyera en lo que cuenta tu tía sobre el tesoro robado y los maleantes que supuestamente acechan este lugar. Pero todo es más complejo que eso y lo que ocurra aquí la noche del 7 de abril es consecuencia del futuro. De lo que hiciste.

—Por el millón de dólares. Alan... —musita pensativa con la mirada

fija en la pared.

—No es el dinero, Chloe, es la obsesión. Ese dinero fue una trampa para traerte hasta aquí; Madison me lo dijo. Es un tipo enfermo, maldito y obsesivo que vio en ti una posesión, algo que necesitaba tener. Su tesoro. — Al fin, las palabras de McCarthy cobran sentido: «Proteger el tesoro. Mantenerlo a salvo». De eso se trata. De mantener a Chloe a salvo—. Collen viaja en el tiempo desde que compró este lugar y ha estado jugando a ser un Dios que va del pasado al futuro a su antojo instalándose, por lo visto, en la ciudad de Nueva York de tu siglo y ejerciendo un cargo importante para encontrarte —prosigo, explicándole lo poco que sé—. Alan no fue más que un peón dentro de su juego, ¿no te das cuenta? Lo tenía todo planeado. Sabía que te conocería, colocó el millón como excusa para seguirte. Supo desde el principio qué iba a ocurrir.

—1-9-2-8... —recuerda sin pestañear—. Era la clave de la caja fuerte.

—Voy a sacarte de aquí. Cogemos la barca y nos iremos aunque tengas que vivir en este tiempo para siempre. No voy a dejarte —concluyo decidido.

—No, Jeff. Vi nuestros esqueletos. Es nuestro destino; ocurrirá y no podemos hacer nada para evitarlo.

—Dijiste que lo podías cambiar. Lo podemos cambiar, Chloe, no te rindas ahora que tenemos la respuesta. Ahora no —ordeno, esperando unas palabras que no llegan. Parece una muñeca rota, la mujer desvalida e insegura que jamás creí que fuera. Necesito que entre en razón, pero no sé cómo diablos voy a hacerlo.

*

Me rindo. Me lo busqué y es lo que merezco. Alan y Steve están muertos; solo faltó yo y, si eso es lo que quiere Dempsey o cómo demonios se llame, Jeff no tiene que sufrir las consecuencias de mis actos.

—No quiero que te veas arrastrado por mi culpa, así que vete solo. Vuelve a Nueva York y aborta la misión. Explícaselo a tu superior, seguro que lo entiende.

—Ally —dice de repente—. Ally puede ayudarnos, es la mejor. Pediré

refuerzos para la noche del 7 de abril. Falta una semana, pueden llegar a tiempo.

—Si Dempsey, George, Collen o cualquiera que sea su identidad real es tan poderoso como para anticiparse a los acontecimientos, saber de mi existencia y de lo que ocurriría antes de conocerme o de que Alan lo planeara todo con unas intenciones distintas a toda esta locura, lo sabrá. Y ni esa tal Ally ni ningún refuerzo podrá salvarnos.

—Déjame intentarlo. No me voy a ir de aquí sin ti.

Sin poder mantenerle la mirada, la aparto, pero Jeff extiende una mano tomándome delicadamente por la barbilla para que vuelva la cara y nuestros ojos se encuentren de nuevo.

—Por favor —repite cansado.

Contemplo el relieve de sus cicatrices, las que están a la vista. Cada una de ellas tiene su propia historia y lo han dejado marcado de por vida.

—Vale —asiento, sin estar del todo convencida.

*

Hunter viene detrás de nosotros mientras corremos en dirección al embarcadero. Madison, en recepción, nos ha visto, por lo que le he tenido que contar a Chloe que, finalmente, pese a lo asombroso del asunto, es la única persona que ha resultado ser de confianza después de contarme quién es en realidad George.

Exhaustos, cuando llegamos al punto donde debería estar la barca, vemos a Henry en la orilla. Sonríe satisfecho. Sostiene una cuerda en sus manos. Me temo lo peor.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, encarándome a él y tratando de proteger a Chloe que permanece detrás de mí. Siento su respiración acelerada en la nuca. La barca navega en el océano y, aunque nos lanzáramos a las frías aguas del mar, ya no nos daría tiempo a alcanzarla.

—Órdenes de arriba, señor.

—Órdenes de George —afirmo entre dientes, sintiendo cómo la rabia se apodera de mí al ver a Henry reír como una hiena.

*

Una mano aparece silenciosa detrás de mí. Es más fuerte que yo. Me oprime la boca con un esparadrapo sin que pueda hacer nada para defenderme, y me asesta un golpe en la cabeza. Mis aullidos alertan a Jeff, que se da la vuelta para ver qué pasa, antes de que mi visión se vuelva borrosa, mi cuerpo torpe, y me desplome en la arena.

QUINTA PARTE

La esencia de la verdadera seguridad
es guardar silencio, mirar el fin de las cosas
y renunciar al mundo.

BAHA'U'LLAH

*Greening Island**Abril, 1928*

Desconozco cuánto tiempo llevamos encerrados en la biblioteca. Una semana, creo, desde que Anne apareció por sorpresa dejando inconsciente a Chloe, y Henry aprovechó mi descuido para golpearme en la cabeza por la espalda, el muy maldito cobarde, dejándome caer y arrastrando nuestros cuerpos hasta aquí. Al despertar, sedientos, hambrientos y con un fuerte dolor de cabeza, pensamos en *Hunter*. «¿Qué le han hecho al perro?», nos preguntamos angustiados, por si habían sido capaces de cometer un crimen contra el inocente animal.

Al cabo de un rato, Chloe, asustada, se percató de que la piedra de amatista, responsable de sus saltos temporales, había desaparecido.

—Me la han quitado.

Enseguida supimos que había perdido la oportunidad de escapar de aquí para regresar a su época. No nos hemos equivocado. Cinco, seis, siete días... demasiado tiempo en 1928 para la viajera.

—La convención literaria estará a punto de comenzar. Los huéspedes deben estar en camino —auguro.

—¿Qué día crees que es? —me pregunta.

—Puede que falte un día, un par a lo sumo —contesto desorientado.

*

Hace dos días que no nos traen comida aunque, por suerte, reservamos dos

trozos de pan de la última bandeja que Madison dejó en el umbral de la puerta.

—En 2018 deben andar buscándome. El tiempo transcurre más o menos igual allí que aquí, y desaparecer unos minutos o unas horas no importaba, pero ya son muchos días... —me lamento, pensando en mi tía y buscando una escapatoria con menos ahínco que al principio.

A lo largo de estos días, hemos mirado en cada recoveco y ni siquiera rompiendo el cristal de la claraboya tendríamos opción alguna de escapar. Está demasiado alto, y trepar, pese a las habilidades físicas de Jeff, resulta imposible. Nos mataríamos en el intento.

—¿Crees que Laura, teniendo el colgante que decidisteis que ella se quedaría, puede viajar?

—¿Y qué va a hacer? Si encuentra a Henry o a Anne está perdida.

—Puede toparse con Madison.

—A Madison la tienen tan presa como a nosotros, Jeff.

Lo peor de todo es que, de puro aburrimiento, se nos amontonan multitud de preguntas sin respuesta. Si Collen, haciéndose pasar por George, sigue en 1928, ¿quién está en la habitación número 20 de 2018? ¿Collen con la identidad de Dempsey? ¿Cuál de sus versiones?

—¿Se puede existir en dos dimensiones? —le pregunto.

—Recuerda tu colgante. O los esqueletos. Conviviste en el mismo tiempo y espacio con tu esqueleto y se supone que llevaba allí noventa años al igual que el colgante, como si se hubiera desdoblado en el tiempo — reflexiona.

—Pero si no lo tengo aquí, ahora, y llega mi final, ¿cómo va a poder encontrarlo Laura noventa años más tarde? No entiendo nada. El destino parece estar escrito, aunque todavía nos empeñemos en creer lo contrario — me desespero.

*

—Habrà que tener paciencia —le digo a Chloe, aunque ya es la enésima vez que repito lo mismo a lo largo de esta semana en la que el paso del tiempo ha sido menos cruel gracias a su presencia. Sin ella, habría enloquecido. Me

habría quedado sin fuerzas encerrado entre estas cuatro paredes repletas de libros. Solo con mirarla siento un ápice de esperanza pese a que ninguno de los dos ha provocado un acercamiento similar al de la noche en la que nos besamos, justo en el mismo espacio en el que nos hallamos prisioneros. No sé por qué. Sé que ambos no hemos olvidado aquel momento, pero puede que la magia se haya roto o que, dada la situación, no tengamos ganas de nada.

Dos toques suaves en la puerta interrumpen nuestras inútiles cavilaciones. Una voz susurrante al otro lado nos pide permiso para entrar.

—¡Madison!

—Shhh... no grites, Isaac, por favor —me ruega—. Os he traído agua y algo de comer aprovechando que Henry y Anne todavía duermen.

—¿Y Collen?

—No está. Ha viajado.

—¿Ha ido a 2018? —pregunta Chloe. Madison asiente, compungida, mirándome de soslayo con vergüenza—. Por favor, déjanos salir de aquí.

—Me matarían. No puedo, me ahogo, me...

—Siempre dices que te ahogas —replico—. ¿Por qué?

—Collen me ahoga —contesta acariciando su cuello enclenque, pálido como la nieve y con rasguños. Contemplo una marca que tiene sobre la clavícula en forma de corazón en la que nunca antes había reparado.

—Dime una cosa —la interrumpe Chloe, agarrándola del brazo con impotencia—. ¿Los habitantes de Raventhorp en mi época están en peligro?

—No. No creo, no sé. No —niega nerviosa—. Tengo que irme, la convención literaria está a punto de empezar. Los huéspedes llegarán de un momento a otro y Henry y Anne están a punto de despertarse.

Armándome de valor, cojo a Chloe de la mano y aparto a Madison de un manotazo, estampándola contra uno de los estantes. Es ahora o nunca.

—¿Qué haces?

—Tengo que hacerlo, Madison. Lo siento. Si salgo vivo de esta, volveré a por ti, pero tenemos que irnos.

—¡No podéis! ¡Os encontrará! Vayáis donde vayáis, os encontrará —predice llorando—. Déjame salir, por favor. No me dejes sola aquí.

—Es el lugar al que venías siempre de madrugada, por el insomnio —añado, impidiéndole el paso.

—Vámonos —susurra suplicante Chloe, dándome un toquecito en el brazo.

—Estaba preparando vuestra tumba. Collen me obligó.

—¿Qué tumba? —interviene Chloe.

Acto seguido, Madison señala el suelo, las tablas de madera que hay bajo la claraboya.

—No había ninguna tumba —la contradice Chloe—. Los esqueletos estaban a la vista, en el suelo.

—No sé, no sé, no sé —enloquece Madison, llevándose las manos a la cara. Está arrinconada en una esquina; ni siquiera se inmuta cuando un par de tomos pesados se le caen encima de la cabeza.

—Vámonos, Jeff —insiste Chloe, arrastrándome con ella hacia el exterior.

Cierro la puerta por fuera y guardo la llave, sabiendo que no pasarán más de tres horas hasta que Henry o Anne noten la ausencia de Madison y la rescaten. Siento las piernas entumecidas y creo que a Chloe le ocurre lo mismo; nos cuesta bajar los peldaños de las escaleras hasta llegar a la recepción.

Abrimos el pesado portón con cuidado y emprendemos una rápida huida en dirección al embarcadero, donde sigue sin haber ninguna barca que nos lleve hasta Harbor.

—Los huéspedes de la convención. ¿Llegarán en ferry?

—Es probable, sí.

—Podemos escondernos hasta que llegue y, cuando bajen los huéspedes, subimos al ferry de regreso a Harbor —plantea, creyendo que será fácil.

—Lo intentaremos. Aun así, todo esto me huele raro, Chloe.

—¿El qué? Hemos conseguido salir.

Miro a mi alrededor. Puede ser fruto de la paranoia, pero oigo ruidos, como si estuvieran instalados en mi cabeza, pese a ser consciente del silencio que invade la isla a estas horas de la mañana. Aquí, o en el interior de Raventhorp, encerrados en la biblioteca, somos rehenes. Estamos atrapados.

—Vamos al bosque. Nos esconderemos ahí —propongo, señalando el sendero y adueñándome de un tronco grande y pesado que encuentro en la arena.

*Greening Island**Abril, 1928*

Llevamos escondidos en el bosque más de dos horas. Parece una eternidad. No perdemos de vista el embarcadero, es nuestra única opción de escapar.

—Los escritores ya tendrían que estar aquí —murmuro.

—Debería haberle hecho caso a Madison —comenta Jeff, ofuscado en sus propios pensamientos, en lo que debería haber hecho, cuando ya es tarde para cambiar esta situación—. Quiso cancelar la reserva y sustituirla por los miembros de una familia bien avenida con Collen para que este no produjera ninguna tragedia. Estoy empezando a entender algo que temo, Chloe.

—¿El qué? —quiero saber, acercándome a él.

—Que todo esto, esta vida que yo he vivido, ya ha pasado y se ha borrado de la memoria de las gentes de tu época. Mi página o, en este caso nuestras páginas, ya están escritas, y no podemos cambiar un solo renglón por mucho que lo hayamos pensado.

—Pero yo no debería estar aquí —confío—. Podría haber vuelto a Nueva York. Yo sí podría cambiar las cosas.

—¿Cómo sabes que no es aquí donde debes estar? ¿Tienes pruebas?

Niego con la cabeza culpabilizándome por todo lo que está pasando, consecuencia de haberme metido con Dempsey por los negocios sucios de Alan, sin la esperanza de ganar la discusión, no con él aquí, mirándome de esta forma tan íntima y a la vez inquisidora.

—¿Y tú? ¿Tienes pruebas, Jeff?

Me toma de la mano y se la lleva al corazón. Late fuerte, desesperado, ansioso.

—Aquí —dice con la voz quebrada. Suelta el tronco y, con la otra

mano, alza mi cara mientras la suya desciende lentamente—. Y aquí — murmura, pegando su boca a la mía.

Es un beso intenso y contundente que remueve mis sentidos hasta el punto de no encontrar razón alguna para no dejarme convencer, aun estando desprovista de toda esperanza de supervivencia. Cuando Jeff se aparta, me dirige una mirada tan penetrante que me deja sin aliento. Sigue sujetando mi cara con su mano cálida hasta que unas voces lejanas interrumpen nuestros pensamientos.

El tiempo queda en suspenso como una mota flotando en el aire.

—Ahora, Jeff. Tenemos que aprovechar la oportunidad —susurro, mirando a la lejanía donde vemos a un grupo de varias personas bajando del ferry que acaba de llegar al embarcadero.

—Espera —me detiene Jeff—. Es Collen.

—¿Dónde?

*

No son quince personas, escritores destinados a morir en el incendio que Collen provocará mañana por la noche, los que bajan del ferry, sino dieciséis. Entre ellos se encuentra el que yo conocía como George, pero lo miro con asombro porque parece veinte años más joven; el cabello negro, sin canas, y, en lugar de camisa vieja y pantalón de lino oscuro, viste un impecable traje gris que lo hace parecer más atlético de lo que recordaba.

—Es George, pero...

—Es Dempsey, pero mucho más joven —comenta Chloe sorprendida.

—Tengo que acabar con él.

—No, espera. Piensa, Jeff, no te precipites.

—Precipitarme siempre me ha ayudado a salir victorioso —la contradigo.

—No se mueve del embarcadero.

—Claro que no. Es un viajero del tiempo, sabe lo que ocurrirá y se adelanta a los acontecimientos. Si está aquí mostrando su versión más joven, es posible que la que conociste tú le haya indicado los pasos a seguir —presiento.

—Sabe que estamos aquí.

Collen, cuya mirada fría dista mucho de la clemente que veía cuando lo conocí haciéndose pasar por un empleado llamado George, sonrío con falsa amabilidad a los escritores que, cuaderno y maleta en mano, caminan distraídos en dirección al hotel. La posibilidad de correr hacia el ferry para huir a Harbor resulta imposible. Collen no se mueve hasta que lo ve marchar. El ferry se aleja y con él nuestra esperanza de dejar atrás la prisión en la que se ha convertido la isla. Fija su mirada imponente hacia donde nos encontramos, escondidos detrás de unos matorrales en las profundidades del bosque con vistas privilegiadas hacia donde se encuentra él.

—Joder, joder, joder... —blasfema Chloe.

—¿Qué expresión es esa?

—Está sonriendo y mira hacia aquí. Joder.

Soy un cobarde al agachar la cabeza con la intención de seguir escondiéndonos, cuando ya sabemos que es consciente de que estamos aquí. Como si tantos años de entrenamiento no hubieran sido suficientes para terminar con un tipo que, aunque más grande y corpulento, dudo que posea las capacidades físicas para luchar contra mí.

«El amor te debilita, Jeff».

La voz de mi padre vuelve a aparecer dentro de mi cabeza, esta vez para atormentarme.

—Podría colarme en el interior de Raventhorp, ir hasta mi despacho y coger el arma que tengo guardada en el cajón —propongo.

—Es demasiado arriesgado. No podemos volver a entrar en el hotel.

—Si McCarthy me viera ahora mismo, Chloe, te aseguro que me echaría a patadas del Departamento —me avergüenzo, silenciando el pensamiento de que quizá toda la tragedia esté destinada a ocurrir por la precaución de la mujer del futuro que se halla a mi lado temblorosa.

—¿Todavía crees que va a cambiar algo? —pregunta, con los ojos anegados en lágrimas—. ¿Todavía crees que nuestros esqueletos no terminarán en una biblioteca tapiada?

Después de ver cómo Collen, con aire de satisfacción, abandona el embarcadero siguiendo los pasos de los escritores, me libero del tronco para abrazar y consolar a Chloe. Pienso en mi amigo *Hunter*, en qué habrá sido de él. Pienso en cómo salir airoso de todo esto y cambiar la historia que Chloe conoce, la que me ha contado, si es que aún estamos a tiempo.

*Greening Island**7 de abril, 1928**Quizá caiga una estrella*

Raventhorp se había convertido en un hervidero cuyos pasillos, que hasta hace solo dos días estaban desiertos, volvían a cobrar vida gracias a la convención literaria en la que quince escritores mantenían reuniones en la amplia zona del salón con vistas al mar. Siempre llevaban consigo sus libretas por si la inspiración surgía en el momento más insospechado.

—¡Cada rincón es inspirador! —exclamaba a cada momento la joven Emma Carroll, de tan solo diecinueve años, que por lo que le había contado al excelentísimo señor Collen y propietario del hotel, estaba trabajando en una historia romántica con intrigas y aventuras, ubicada en una isla similar a la que se encontraban.

—Qué interesante —murmuraba él, visualizando a la inocente joven envuelta en llamas.

Madison, escondida tras el mostrador después de ser liberada por Henry, atendía con la mejor de sus sonrisas a los huéspedes. Uno de ellos, Peter Barrie, un poeta que rondaba los cuarenta años con ojo avizor, le preguntó si le importaría que usara su nombre y la belleza de su mirada triste para uno de sus poemas. La recepcionista, con la locura más arraigada que nunca en las profundidades de su mente, dijo que sí, ocultando la pena que sentía al saber que ese poema jamás llegaría a su fin y que, al igual que ocurriría dentro de unas horas con su creador, ardería en el fuego.

Henry apenas salía de la cocina mientras Anne, sola porque la promesa de que llegarían refuerzos en temporada alta era un engaño, no daba abasto con la limpieza de las quince habitaciones ocupadas.

—Estos escritores son muy desordenados —se quejaba a Henry en la

cocina, el único espacio de Raventhorp en el que, además de las habitaciones de los empleados, no entraban los huéspedes.

—¿Se sabe algo de Isaac y la dama pelirroja?

—¿Aún lo sigues llamando Isaac? No, no se sabe nada, pero Collen los tiene controlados. No sé de qué manera, pero volverán. No deben andar muy lejos.

—No hay un lugar seguro en esta isla, Anne —suspiró Henry, absorto en sus pensamientos, mientras removía en la cacerola la succulenta salsa de naranja con pasas que esa noche serviría en la cena de gala junto a la merluza al horno.

Ambos se preguntaban por qué esa obsesión enfermiza por la dama pelirroja a la que Collen había estado buscando durante tanto tiempo. Henry y Anne trabajaban para el empresario desde hacía veinte años y no había nada que, a estas alturas, pudiera sorprenderles. Lo más extraño de todo eran sus saltos temporales y cómo, de repente, aparecía más joven o más mayor a cómo lo habían visto cuando se había ido.

—Nunca regresa igual de un viaje —comentó Henry.

—Cada vez está más loco —le dijo Anne al oído.

Se habían cumplido dos décadas desde que Henry y Anne empezaron a trabajar en los negocios hoteleros de Collen. Algo debió ver en ellos para convertirlos en esclavos y desterrarlos en la isla. El propietario de Raventhorp era un maestro del mal especialista en encontrar tu debilidad y destruirte. Henry apenas recordaba cómo era la cara del niño de dos años al que abandonó forzosamente; ya debía ser todo un hombre. Anne, por su parte, mantenía a salvo a su madre enferma; Collen aseguraba estar enviándole una considerable cantidad de dinero para medicinas.

Los escritores tenían facilidad para dramatizar cada momento, llorar recitando poesía poniendo énfasis en cada palabra, o enfadarse y debatir sobre si era mejor Oscar Wilde o Charles Dickens; si la oscuridad de Edgar Allan Poe aún era bien recibida en una época donde el romanticismo de Jane Austen era lo más solicitado por los lectores; o si, a estas alturas, era necesario que una mujer escribiera bajo un seudónimo masculino. Compartían ideas y ensoñaciones y, en el poco tiempo que llevaban en la isla, habían mantenido varias reuniones a orillas del mar, al amanecer y al

atardecer, cuando el cielo se dejaba ver más vivo que nunca.

*

Bajo un manto de estrellas, Raventhorp se viste de gala esta noche. Las luces encendidas, siluetas que se perciben elegantes sentadas a las mesas del salón y unos dedos ágiles en el piano, que imitan la inconfundible sonata de Mozart, alternándola con la apasionada sinfonía de Bach.

—Tenemos que salvar a toda esta gente —dice Jeff, con los pies descalzos sobre la arena, mirando en dirección al hotel.

—Me hubiera gustado tocar el piano para ti —me lamento, con la cabeza apoyada en su pecho.

—Lo tocarás. Te lo prometo.

Se le quiebra la voz. Me da un beso en la frente y, al separarse de mí, noto una ráfaga de aire frío donde antes estaba él.

—Mi tía me contó que, milagrosamente, esos supuestos piratas solo prendieron fuego al salón, prohibiéndoles la salida a todos los que estaban dentro. Todos morirán sin posibilidad de escapar. Por lo visto, el incendio no se propagará a ninguna otra estancia del hotel —recuerdo.

—Imagino que es porque Collen no quiere echarlo todo a perder. Chloe, llevamos demasiadas horas esperando y el hecho de que no haya venido a por nosotros me da mala espina.

—Es porque sabe que no podemos huir de aquí. Solo un loco intentaría nadar hasta Harbor; es imposible y el mar está congelado. Esta isla es una prisión.

—Voy a entrar. Quédate aquí.

—No —le prohíbo, sujetándolo con fuerza del brazo—. Ni se te ocurra dejarme sola.

*

Inesperadamente, la melodía del piano, las voces y las risas, el sonido de los cristales de las copas tintineando al brindar y el murmullo del mar, se

entremezclan con una risa que a Chloe, de inmediato, le hace temblar.

—Dempsey —murmura.

—No des ni un paso más —lo amenazo, viéndolo llegar cual sombra al acecho—. Chloe, quédate detrás de mí. Lucha como un hombre, Collen.

—Para ti siempre seré tu querido ayudante George, Hunter. Si a los oídos de McCarthy llegase el rumor de que eres un blandengue te despediría de tu querido Departamento. Es lo único que te queda, ¿verdad? Eres una niña en comparación con los otros hombres que vinieron —comenta riendo, llevándose la mano al bolsillo del pantalón—. Por eso te elegí a ti y, curiosamente, has encontrado mi tesoro adueñándote de él sin pedir permiso. Lo siento, pero no me queda otro remedio que matarte.

En situaciones desesperadas, pese a tener la seguridad de que va armado, el impulso vence a la razón. Me abalanzo contra él y le asesto un gancho de izquierda con la intención, seguidamente, de propinarle un preciso golpe de mano en la base del cráneo; un Dim Mak, una de las técnicas marciales que me enseñaron para noquear al rival, o incluso matarlo, en los combates cuerpo a cuerpo. Pero Collen, rabioso e impredecible con la nariz sangrando, niega lentamente con la cabeza, se me acerca, y realiza un movimiento brusco y brutal que hace que me doble y caiga como un guiñapo, sin darme tiempo a ejecutar el golpe de gracia. Lo había subestimado.

Chloe grita en cuanto Collen extrae con rapidez el revólver y lo empuña en mi vientre. Disfruta del momento y sonrío. Oigo pasos. Chloe llora con desesperación. No puedo verla sufrir. Trato de deshacerme del arma y de su mano, de su cuerpo grande pegado al mío, pero los pasos de alguien aproximándose para ayudar a mi adversario aceleran, y no me permiten reaccionar cuando la bala estalla contra mi cuerpo sin posibilidad alguna de esquivarla o contraatacar.

Lo último que noto son unas manos agarrándome con fuerza para arrastrarme por la fría arena en el momento en que mis ojos, vencidos, se apagan.

«El amor te debilita, Jeff».

*Greening Island**7 de abril, 1928*

Jeff está muerto.

En el momento en que sonó el disparo, juraría que el tiempo se detuvo y unos dedos congelados aprisionaron mi corazón y lo estrujaron. Todo ha sido por mi culpa. Ahora, pase lo que pase, me da igual; también preferiría estar muerta. Dempsey ha matado a Jeff. Henry se lo ha llevado a Raventhorp entrando por la puerta de atrás sin que ninguno de los huéspedes se haya dado cuenta.

El espectáculo debe continuar.

Me encuentro en el salón atestado de gente alborotada que bebe y come como si no les preocupara nada. Hablan de literatura. Se trata de la convención literaria, la obsesión de tía Lydia, a la que ya no volveré a ver. Mis ojos anegados en lágrimas pasan desapercibidos para ellos, como si mi cuerpo, enfundado en un vestido morado acorde a la época con botones forrados de seda a mi espalda que no sé cómo ni cuándo me han puesto, fuese invisible.

Finjo que no estoy presente, no en carne y hueso. Mi indiferencia me ayuda a sobrellevar lo que me depara la noche. Es aterrador. Mis pies, enfundados en unos botines negros de tacón que pesan como losas, se tambalean por el suelo ante la atenta mirada de la recepcionista, Madison. Ella también sabe lo que va a ocurrir en unos minutos. Lo percibo en su mirada, en su inquietud.

El reloj marca las once de la noche cuando Dempsey, al que aquí conocen como el honorable Collen, llama la atención de los presentes proponiendo un brindis por la apertura de la temporada alta en Raventhorp.

Los escritores, atraídos por el tono de voz grave del director del hotel, sonrían complacidos por una velada que está siendo perfecta. La música del piano sigue sonando de fondo, relajada y melodiosa. El servicio es impecable gracias a Anne, cuyo rostro se me antoja maquiavélico, diferente al que vi en las fotografías colgadas en la pared de 2018.

Va a ocurrir. Y no hay nadie que pueda evitarlo.

Solo la magnitud de un viaje en el tiempo es capaz de hacerte recordar algo que aún no ha ocurrido.

*

—Hunter. Hunter, venga, vamos. Despierta, Hunter, no hay tiempo que perder.

—¿Ally? —pregunto, sintiéndome confuso y mareado. Me llevo la mano a la herida. Arde. Debo haber muerto y Ally también, hace tiempo, desde que no la veo, en alguna operación secreta a la que fue destinada.

Con dificultad, abro los ojos lentamente. Me pesan los párpados, siento dolor. No puedo estar muerto. Me cercioro de que Ally está realmente aquí, conmigo, inspeccionando la herida de bala que no ha penetrado en mi vientre como creía cuando Collen la ha empuñado con fuerza ahí, sino en el muslo. No quería matarme. No en ese momento.

No se trata de una ensoñación. Tampoco estoy muerto. No sé en qué momento perdí el conocimiento, ni cómo Ally ha llegado hasta aquí, pero es real.

—¿Ally? —balbuceo, atónito por tenerla tan cerca.

¿Qué hace aquí?

—No es grave, Hunter —dice sonriente, vendándose la pierna—. En peores nos hemos visto, amigo. Vas a salir de esta, solo tienes que ser fuerte, ¿sí? Aguanta el dolor y sé fuerte —repite, tensando cada músculo de su rostro, sin dejar de mirarme con esos ojos del mismo color que el café que han sido testigos de las experiencias más escalofrantes que cualquier agente del Departamento temería—. Tampoco has perdido mucha sangre. Venga, chico, yo te ayudo.

—Los esqueletos... encontrarán los esqueletos dentro de noventa años... —le cuento, atolondrado, haciendo un esfuerzo sobrehumano para levantarme y situarme frente a Ally, mucho más baja que yo. Recuerdo lo

primero que pensé la primera vez que la vi: «Demasiado baja para el Departamento». McCarthy leyó mis pensamientos y me advirtió que no me dejara llevar por las apariencias ni por una primera impresión: «Nunca subestimes a tu adversario por su estatura».

—Olvídate de los esqueletos. Esta vez no van a aparecer, te lo prometo. No va a ocurrir —niega tajante.

—¿Cómo sabes...?

—Llevamos muchos años sin vernos, amigo —añade, mostrándome un colgante que reconozco al instante. Es el mismo que el que llevaba Chloe, el que le arrebataron para impedir que viajara en el tiempo y tenerla retenida aquí.

—¿Cómo es posible que lo tengas tú?

—Te lo explicaré más tarde. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Sin darme tiempo a que asimile nada, me coge de la mano y, con la adrenalina recorriendo todo mi cuerpo, acepto el revólver que me da. Es sofisticado, diferente a los revólveres que usamos en el Departamento aunque, en mi estado, dudo mucho que tenga la fuerza suficiente como para empuñarlo. Apenas puedo dar un paso sin dolor.

—No tienes que hacer nada —susurra Ally—. Confía en mí. Ya lo he vivido.

En la segunda planta, nuestros pasos se ralentizan y, con sigilo, miramos a nuestro alrededor cerciorándonos de que todos se encuentran en el salón celebrando la velada.

«¿Qué ha querido decir Ally con: Ya lo he vivido?», me pregunto.

—Es el momento del brindis —musita, tan atenta como yo a la voz grave de Collen, que retumba en las paredes.

—Tú también has viajado en el tiempo —me asombro.

—Exacto, Hunter. Llevo años en el futuro, desde que desaparecí de tu vida en 1925 y me trajeron aquí gracias al poder de una piedra como la de tu amiga Chloe. Este lugar me ha tenido atrapada durante años, pero por fin voy a cerrar este bucle en el que todos nos hemos visto inmersos, unos siendo más conscientes que otros. Te juro que voy a acabar con esto.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque conozco la clave. Porque puedo adelantarme a lo que va a ocurrir; a cada movimiento inesperado. Siempre creí que la respuesta estaba aquí, en el pasado, pero tuve una segunda oportunidad que me hizo darme

cuenta de que la clave estaba en el futuro y he pillado a tiempo a Collen, al que no supe reconocer en su momento. Él no lo sabe, pero no va a tener la posibilidad de volver a viajar en el tiempo y salvarse a sí mismo —contesta, mostrándome otra piedra de amatista que saca del bolsillo, más rudimentaria y pesada, que no tiene nada que ver con la tallada en forma de lágrima que Chloe llevaba colgada al cuello.

*

—El futuro de Raventhorp es incierto —sigue hablando Dempsey con la copa alzada—, pero nuestra presencia aquí cambiará el curso de la historia. Una historia que empezó en 1882, un pasado que hoy en día nos parece muy lejano pero, queridos amigos, ustedes saben que el tiempo no es un impedimento porque, gracias a nuestra poderosa imaginación, podemos ir a cualquier lugar. Solo basta con desearlo y, sea de la forma que sea, ahí estaremos.

El público lo elogia y alzan las copas para brindar. Observo a Anne que, imperturbable, esquiva las mesas con mi colgante en la mano y sale hacia el exterior del salón en el mismo instante en el que Madison entra. Cabizbaja y con los ojos cerrados, parece una sonámbula. Un fantasma.

Madison es la viva imagen de la locura.

Un cuerpo sin alma.

*

—¿Cómo demonios...?! —se sorprende Anne, levantando la mirada y descubriéndonos en el quicio de las escaleras cuando sale del salón desde donde la voz de Collen ha sido suplida por los aplausos.

Ally, que dice prever lo que va a pasar en cada momento, empuña el revólver y dispara con precisión sin hacer el menor ruido, como si en lugar de un fognazo, le hubiese lanzado a Anne una flecha silenciosa, veloz y mortífera.

La agente se acerca corriendo a Anne, tendida con un hilo de sangre

descendiendo desde la frente hasta la sien, tiñendo de rojo las baldosas del suelo. Sus ojos permanecen abiertos mirándome desde la muerte, cuando Ally recoge del suelo el colgante con la piedra de amatista de Chloe.

—El revólver no ha sonado.

—Silenciadores para las armas del Departamento del futuro. Un gran invento, Hunter —me revela Ally guiñándome un ojo.

Con un vestuario ajustado de color negro, Ally se mueve con agilidad. Sonriente, se acerca a mí y ni siquiera me da tiempo a advertirle que el cocinero hace acto de presencia en la recepción porque, sin necesidad de darse la vuelta, dispara con el revólver silencioso en dirección a Henry. Parece brujería. Dudo mucho, dada la rapidez de Ally, que Henry se haya dado cuenta que la muerte iba caminando a su lado. Su puntería siempre ha sido inimitable; Ally es capaz de acertar con los ojos vendados, pero no entiendo cómo ha previsto que los verdugos de Collen harían acto de presencia en este preciso instante. El cocinero, al que llegué a apreciar al principio, cae muerto en el acto al haberse visto sorprendido por un disparo certero en la cabeza.

—Henry es el que iba a provocar el incendio. Anne y él hubieran muerto en él, iba a ser un sacrificio por lealtad a Collen. Ahora está acabado; no tiene nada que hacer —informa Ally—. ¿Te duele?

—Me quedaré cojo de por vida, pero, por lo demás, todo bien —contesto mordaz.

—Aguanta, Hunter. Ya falta poco.

*

Madison permanece inmóvil en la entrada del salón sin que nadie, salvo yo, se haya percatado de su presencia fantasmal. Extraña, con los párpados cerrados y la espalda arqueada hacia delante, se posiciona al lado de Dempsey, que la mira con el rabllo del ojo sin inmutarse.

—Madison, nuestra recepcionista —indica Dempsey, al que veo por primera vez aturdido, pendiente del reloj de pared que marca las once y quince minutos de la noche—, es el alma de Raventhorp. Quien siempre, con una sonrisa, recibe a los huéspedes deseándoles una feliz estancia.

*

Cuando Ally y yo decidimos que es el momento perfecto para interrumpir la velada del salón, situado a pocos metros de donde nos encontramos, oímos un disparo.

—Pero que... —murmura Ally—. Esto no estaba previsto.

*

Nadie en el salón reacciona, ni siquiera Dempsey, que, aturdido, ha visto cómo Madison ha dirigido la mano hasta el bolsillo de su pantalón y, con una rapidez pasmosa, le ha quitado la pistola llevándosela a la sien. Ha muerto en el acto.

—Esto no estaba previsto —he oído decir a Dempsey en este silencio desangelado, con la mirada fija en el cadáver de la recepcionista.

Segundos más tarde, los escritores son conscientes de lo que ha ocurrido. Impresionados, se levantan alarmados emitiendo gritos histéricos.

El tiempo se ha ralentizado. Lo acontecido me resulta irreal, como si no fueran mis ojos los que estuvieran mirando. Es diferente a cómo lo contó tía Lydia. Según la leyenda del hotel, que marca esta noche como la noche maldita, ya debería estar invadida por unos piratas que, ahora lo sé, en realidad jamás han existido.

Siento que no soy dueña de mi propio cuerpo cuando, aprovechando la consternación de Dempsey, doy un paso al frente. Sin embargo, no debería haberlo subestimado tan rápido. Furioso, se abalanza contra mí agarrándome del cuello, presionando mi tráquea sin posibilidad alguna de zafarme de él. Es increíblemente fuerte.

—¡Que a nadie se le ocurra salir de aquí! —grita, moviéndose de un lado a otro conmigo, llevándose la mano al bolsillo, buscando con consternación algo que parece no encontrar—. Pero ¿qué ha ocurrido aquí?

—Collen, suéltala —lo amenaza la voz de una mujer irrumpiendo en el salón, momento en que los escritores aprovechan para salir en avalancha al

exterior y salvarse del perturbado propietario de Raventhorp.

*Greening Island**7 de abril, 1928*

Chloe, aprisionada por el brazo de Dempsey, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Frente a ella, la que reconoció del futuro como Laura, la recepcionista, apuntaba en dirección al propietario del hotel con la seguridad de una profesional. ¿Quién era Laura en realidad? Detrás de ella estaba Jeff, con el muslo vendado, sonriéndole para transmitirle la confianza de que todo iría bien. No obstante, Chloe, que a esas alturas ya intuía que ella era el tesoro de Raventhorp, la obsesión enfermiza de su propietario, solo tenía una imagen en la cabeza: los esqueletos que descubrirían noventa años más tarde en la biblioteca.

—¿Qué has hecho?! —preguntó Dempsey colérico, amarrando con más dureza a Chloe, dejándola sin respiración.

—Esta vez no tienes nada que hacer —lo amenazó Ally, sabiendo perfectamente cuál era el siguiente paso que dar—. ¡Chloe, cógelo!

Ally lanzó un colgante, el de Chloe, que, casi sin aire, tuvo la suerte de atrapar al vuelo. Los dedos de la joven aprisionada empezaron a desvanecerse dejando a Collen acorralando a la nada. Había emprendido un viaje en el tiempo que la salvaría de la muerte en 1928, gracias a la rápida acción de Ally.

—¿Por qué yo no...? —titubeó Collen, sin alcanzar a entender qué era lo que había cambiado del plan inicial. Por qué Henry no había aparecido prendiendo fuego al salón, atemorizando y matando a todos los presentes. Por qué la atormentada de Madison se había suicidado en ese mundo imprevisible y extraño. Por qué le parecía estar viendo la cabeza ensangrentada de Anne tendida en el suelo de la recepción y, sobre todo, por qué su versión más madura no había aparecido para salvarlo desde el siglo XXI.

—Se acabó —dictó la agente.

Ally disparó tres balas mortales que hallaron cobijo en la frente de su objetivo. Pero George, Dempsey y Collen, tres hombres en uno solo cuya invención respecto a su identidad no tenía límites desde que descubrió la magia de Greening Island, en lugar de caer desplomado al suelo como cualquier mortal, se desintegró, convirtiéndose en polvo perteneciente a la nada, que era el lugar que le correspondía desde hacía años. Después de haber vivido en distintos siglos, saltando de un tiempo a otro a su antojo, como si todo le perteneciera con la intención de obrar el mal, George Steffens, Frederick Dempsey y Arthur Collen, o, lo que es lo mismo, el misterioso constructor de Raventhorp en 1882, cuya partida de nacimiento real dictaminaba que había venido a este mundo en el año 1844, desapareció y cambió, a partir de ese momento, el transcurso de la historia de muchas vidas.

—*Pulvis es et in pulverem reverteris* ^[5]—sentenció Ally.

—¿Y Chloe? —acertó a preguntar Jeff, contemplando los cadáveres que había a su alrededor. Madison en el salón; Henry y Anne en la recepción custodiados por los ángeles dibujados en el techo.

—En el lugar que le pertenece. Tranquilo, está a salvo. Como si nada de esto hubiera ocurrido en la memoria del tiempo.

SEXTA PARTE

¡Ay, querida!
El tiempo se ha parado
como un águila en tu memoria.

PABLO DE ROKHA

*Greening Island**Abril, 2018*

No puedo pensar. Ni siquiera soy capaz de moverme. La cabeza me va a estallar. Visualizo a Dempsey asfixiándome, como si aún estuviera detrás de mí estrujándome la garganta. Lo más insólito es que Laura, armada y tan segura de sí misma que daba miedo, ha irrumpido en el salón seguida de Jeff, que parecía tan sorprendido como yo. Segundos más tarde, Laura ha lanzado en mi dirección el colgante de amatista, el responsable de haberme traído hasta este salón vacío que me da la impresión de que no para de dar vueltas. Madison, Dempsey, Laura y Jeff no están; los recuerdos que me invaden son de hace noventa años.

Están muertos.

Los rayos del sol entran por los ventanales dejando atrás la trágica noche del 7 de abril de 1928. A través de ellos, veo a Will cuidando las flores, pero una parte de mí sigue estando en el pasado, confusa por las últimas palabras que recuerdo de Dempsey: «Esto no estaba previsto».

¿Qué ha cambiado? ¿De quiénes eran los esqueletos que encontramos en la biblioteca si no éramos Jeff y yo?

Claro. Creo entenderlo.

Nunca llegó a ocurrir. No morimos, no en un incendio, no aquí ni en la noche del 7 de abril de 1928. Laura, o quienquiera que sea, nos salvó.

Pasado y presente han cambiado.

Me doy cuenta de que llevo el mismo vestido de tafetán lavanda que Dempsey me obligó a ponerme y también los botines de tacón negros. Un

nudo en la garganta me atenaza al pensar en la posibilidad de no regresar al pasado, no volver a ver a Jeff, y que Dempsey siga siendo una amenaza, aquí o en el lugar que he abandonado. Por la seguridad que mostró Laura, que parecía saber muy bien qué pasos seguir, confío en que estén a salvo. Que hace noventa años, no sé de qué manera, lograron cambiar el destino de Raventhorp.

—Perdón, ¿quién eres? —pregunta una mujer entrando en el salón y acercándose a mí. Es la primera vez que la veo; no la conozco.

Estoy en *shock*. No sé qué responder.

«¿Quién era en realidad Laura?», vuelvo a preguntarme. La intuición me dijo, desde la primera vez que hablé con ella en la playa, que mentía. Es como si Laura jamás hubiera estado aquí, aunque sea consciente de que sí estuvo. Presiento que quizá el problema resida precisamente en esa sensación; solo yo la recuerdo.

La mujer, alta y morena, me examina con curiosidad. Bajo el brazo sostiene el mismo libro de reservas donde escribía Laura.

—Chloe Ackerman —contesto aturdida—. ¿Está Lydia? Es mi tía.

—¿Eres su sobrina? ¡Habla mucho de ti! Encantada, soy Cece Fortier, la recepcionista del hotel —sonríe abiertamente—. Lydia está en su despacho, te acompaño.

—No es necesario —titubeo—. Sé dónde está.

—Estaré en recepción por si necesitas algo.

—Vale.

—Una cosa —murmura con el ceño fruncido antes de dejarme marchar—. ¿Cómo has llegado a la isla? He estado detrás del mostrador todo el rato y no te he visto entrar por la puerta. Además, los de la convención literaria que tenían previsto llegar hoy han tenido que quedarse en Harbor porque el ferry ha tenido un problema de última hora y no ha salido. Vendrán mañana.

—6 de abril —murmuro—. Tenían que llegar hoy.

—¿Estás bien?

—Lo siento, voy a ver a mi tía. Gracias.

Agradezco que Cece no insista. Ante su atenta mirada, corro hacia las escaleras corroborando que algo ha debido pasar para cambiar el transcurso de las cosas en este presente. Me invaden nuevos recuerdos que no sé cómo gestionar; una parte de mi cerebro parece haberse vuelto loco de repente.

La clave es Laura.

Me detengo en el primer escalón y observo la pared. Está desnuda. No hay retratos de la historia de Raventhorp; el pasado se ha esfumado.

«El tiempo borra las pruebas tangibles de que una persona ha vivido».

Con el corazón en un puño, termino de subir el tramo de las escaleras. Me detengo unos segundos frente al dormitorio que hace noventa años le perteneció a Jeff, respiro hondo y me dirijo a la puerta de al lado, la del despacho de tía Lydia. Doy dos golpes con los nudillos esperando su respuesta.

—¡Adelante!

—Hola —saludo, apoyada en el marco de la puerta sin saber, dada la situación, qué recuerdos debe tener tía Lydia, que es la única que puede reconocermme y sacarme de dudas.

—¡Chloe! ¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendida, levantándose y estrechándome entre sus brazos.

«Nunca has estado aquí», me digo.

—Tus padres no me han dicho nada —ríe nerviosa—. ¿No deberías estar en el hospital, cariño?

—¿En el hospital? ¿Mis padres?

Sujeto con fuerza la piedra de amatista.

Mi mente empieza a jugar desviándome a un mundo que no recuerdo haber vivido, pero que observo desde la lejanía como si lo estuviera palpando. Abstraída, inmersa en una dimensión paralela, me veo caminando apresuradamente por pasillos que desprenden un fuerte olor a antiséptico. Hay mucho ruido. Voy vestida con una bata blanca y llevo la melena recogida en un moño. Mi mirada muestra un cúmulo de preocupación, cansancio y agonía. Soy responsable de todas y de cada una de las vidas que entran por la puerta del hospital cuando mi turno empieza. Me recibe la sonrisa de un niño con leucemia. Le doy la mano a una anciana que está a punto de morir. Una mujer me entrega una carta para que se la dé a su marido cuando yo no esté.

Nueva Jersey. Mis padres. Están juntos, sentados en el sofá; miran la tele, algo les hace gracia. Cambia el escenario. Me miran orgullosos. Es el día de mi graduación. Hemos retrocedido unos cuantos años. Aplauden y me fotografían cuando me entregan el diploma.

—¡Mi hija es médico! —exclama emocionado mi padre.

Mi padre está vivo. Nunca tuvimos aquel accidente de coche.

Veo a Tim, mi vecino, el chico por el que estaba loca en el instituto. Una primera cita. Un restaurante de moda en Nueva York, una cena, un paseo en barca por Central Park, un primer beso al que le siguen más y más..., risas, mudanza, riñas, promesas, un compromiso...

¡Basta!

—Mi padre... —murmuro.

—Ahora que se ha jubilado dice que se aburre —ríe tía Lydia—. Me ha prometido que este verano vendrán a verme. A ver si es verdad, que no han pisado la isla en los diez años que regento el hotel. Voy a tener que dejar de decir que llegar hasta aquí es una odisea —cuenta divertida.

—Necesito verlo. Necesito ver a mi padre.

—Chloe, ¿estás bien? —se preocupa, descolocada, mirándome con extrañeza—. ¿Eso es lo que se lleva ahora en Nueva York? Moda vintage, ¿verdad? Te hacía más con tejanos y chupas de cuero. ¿Qué tal con Tim? Debo tener la invitación de la boda por alguna parte... ¿Dónde la metí?

—Me ahogo... M-m-me... me ahogo...

—Chloe... ¡Chloe!

La voz de mi tía suena cada vez más lejana. La luz de la mañana se debilita dando paso a una noche oscura que intuyo como irreal cuando el reflejo de la luna sustituye a los rayos del sol y se cuele por la ventana entreabierta ascendiendo a la madera del escritorio. Mi mente detiene la maquinaria. Se me nublan los ojos como cuando la bala penetró en mi vientre hace un año; la náusea halla refugio en mi estómago y un pitido agudo invade mis oídos. Me dejo llevar por un adormecimiento intenso que se apodera de todos mis sentidos de manera inmediata. Cierro los párpados y estoy con Jeff y *Hunter* paseando a orillas del mar en calma. El atardecer es precioso en la isla; la viveza del fuego que nos muestra el cielo pronto dará paso a un inimitable manto de estrellas.

—Si pudieras verte con mis ojos... —me susurra al oído.

Jeff me aprieta contra su pecho mientras con una mano acaricia mi mejilla. Embelesada con la mirada que me dedica, quiero quedarme eternamente en ese momento de 1928 que ahora no es más que un sueño. La nada. La oscuridad. El dolor de la pérdida. Nunca ocurrió. Nunca viajé en el tiempo. La magia solo existe en nuestros sueños.

*Greening Island**Abril, 2018*

La voz de mi padre me despierta de un letargo en el que he estado sumida tres días, por lo que acierto a entender. Su rostro afable es el primero que veo al despertar en el dormitorio de la torreta, el que una vez, en otro mundo, me perteneció durante unos meses, cuando huía de un hombre al que hoy nadie recuerda. Dempsey no existe. Collen debió existir hace mucho, mucho tiempo, pero ya no puede hacerme ningún daño. Una parte de mi mente recuerda a Alan y a Steve, pero es como si jamás los hubiera conocido. La mala vida que llevaba, drogando a hombres y robándoles, en sus casas o en una habitación de hotel, ha sido sustituida por mi trabajo en el hospital. He adquirido repentinos conocimientos médicos, como si de verdad hubiera llegado a terminar la carrera. Me pregunto si en este mundo en el que acabo de despertar, Alan y Steve también están muertos aunque, lo que más me preocupa, es haberme visto sumida en la irrealidad de una mentira, tener algún tipo de enfermedad mental que me haga creer en la existencia de una vida paralela, e incluso en un viaje temporal.

—Agua —pido, con la boca seca y los ojos anegados en lágrimas al volver a ver a mi padre muerto—. Papá... papá, estás aquí.

—Ya está, ya está... —susurra, acercándose a mí y reconfortándome con un cálido abrazo. Rodeo su cuello con mis brazos, como cuando era niña; no lo quiero soltar—. Hija, nos has tenido muy preocupados.

—Will fue hasta Harbor a buscar al doctor. Estaba angustiada, no despertabas —empieza a explicar mi tía con suavidad—. Dijo que tus constantes vitales eran normales y que no había nada que temer. Solo estabas

exhausta. Necesitabas descansar y te hemos dejado dormir.

—Igual no es el mejor momento para preguntártelo —interviene mi madre—, pero ¿cómo apareciste aquí, hija? Estabas trabajando en el hospital y el día que llegaste no había ferry —apunta extrañada.

Hago un esfuerzo por silenciar las voces de mi cabeza que me repiten una y otra vez las palabras de Dempsey: «Esto no estaba previsto».

La puerta se abre y aparece Tim con una taza de café que deja en la mesita de noche. Parece cansado.

—Chloe, amor, ¿qué ha pasado? —pregunta, sentándose en la cama, mientras yo me aferro con más fuerza a mi padre, que debe darse cuenta de que algo no va bien.

—Tim, está muy cansada. Quizá debamos irnos todos y entrar en otro momento. Necesitas descansar, cariño —sugiere mi padre.

—Quédate —le suplico, mirándolo fijamente—. Papá, quédate conmigo.

Tim, contrariado, se levanta mirando incómodo a su alrededor, y desaparece de la habitación junto a mi madre y tía Lydia.

—¿Por qué has mirado así a Tim? ¿Ha pasado algo? —pregunta cuando nos quedamos solos.

—Es muy difícil de explicar... yo... —murmuro, con la mirada clavada en la pared. Perdura el golpe que le dio Jeff hace noventa años, cuando descerrajó el papel floreado—. ¿Crearías que estoy loca si te dijera que no sé cómo he llegado hasta aquí?

—Nunca creería que estás loca, hija. Algo raro ha debido ocurrirte, eso seguro. Le he estado dando vueltas al asunto y, tal y como te ha contado tu madre, no entiendo cómo pudiste llegar hasta aquí cuando el viernes el ferry, por problemas técnicos, dejó en Harbor a los escritores que han estado todo el fin de semana en Raventhorp. La recepcionista dijo que era como si hubieras aparecido de la nada con ese vestido y esos botines tan antiguos —explica, señalando el sillón orejero que hay junto a la ventana, donde han dejado bien doblado y colocado el vestido del siglo pasado.

—La biblioteca.

—¿La biblioteca?

—Sí, la de la claraboya, la estancia de la última planta.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Existe?

—Claro que existe.

—¿No está tapiada? —insisto.

—No, claro que no.

—¿Y nunca lo ha estado?

—No que yo sepa, aunque eso se lo tienes que preguntar a tu tía, que es quien lleva diez años aquí.

—Recuerdo otra vida, papá. Otra vida en la que tú no estabas y yo me metí en líos. En la que...

No puedo seguir con esto. Me escucho desde fuera y parezco una chiflada destinada a que la encierren en un centro psiquiátrico.

De un impulso, fruto de un repentino presentimiento, me levanto la camiseta que llevo puesta. Miro mi vientre y palpo la zona donde antes había una cicatriz. Compruebo que jamás me han operado ni han necesitado extraerme ninguna bala de ahí. No existe la marca del disparo del sicario de Dempsey. La vida que aún recuerdo, paralela a la que ahora me pertenece, nunca ocurrió; la vida que siempre creí que tendría, con mi padre vivo, una carrera finalizada y trabajando de médico en un hospital, parece la única realidad que existe.

—¿Tomas drogas? —pregunta papá recostándose en la silla—. Chloe, tu madre y yo pensamos que trabajas sometida a mucha presión. Son demasiadas horas de guardia en el hospital y nadie soporta como tú hasta cuarenta y ocho horas despierta de manera tan activa. Es inhumano.

—No, papá. No tomo drogas. —«Eso creo»—. Olvida lo que te acabo de decir y abrázame. Solo... solo abrázame y prométeme que no te irás nunca.

—La piedra —susurra a mi oído estrechándome entre sus brazos—. La piedra te ha protegido durante todo este tiempo.

Cuando salgo de la habitación, percibo un ambiente enrarecido, diferente al que recuerdo en el «otro mundo».

Tía Lydia me ha dicho que mis padres se han ido a pasear a la playa con Tim, momento que ha aprovechado para presentarme a su equipo: Will, Marion, Cece y Susan, a la que nunca llegué a conocer porque solo viene al hotel en temporada alta. La recepción está repleta de huéspedes en albornoz que se dirigen a la playa; no queda rastro de la convención literaria que tanto

temía tía Lydia. Aquí, la leyenda, tampoco debe existir, claro. Obviamente, ni Will ni Marion me han reconocido. Will, que en este universo paralelo también es aficionado a los gruñidos y a las malas caras, ha vuelto enseguida al exterior tras la presentación. La cocinera, sin embargo, me ha halagado añadiendo que mi tía no me hacía justicia cuando decía que su sobrina era muy guapa.

—Gracias, Marion —he contestado, pensando en Laura, en lo agradable que era con la cocinera alabando cada uno de sus platos y en lo bien que se llevaban. Necesito recordarme de nuevo que solo yo conozco la existencia de la recepcionista que me salvó la vida—. Tía, ¿podemos hablar?

—Claro.

Sentadas en su despacho, me angustia la posibilidad de no saber explicarme bien.

—No sé ni por dónde empezar —me excuso, cuando el silencio empieza a ser incómodo.

—Por el principio.

—Llegaste hace diez años —afirmo—. ¿La biblioteca estaba tapiada?

—¿La biblioteca tapiada? ¿Para qué van a tapiar un lugar tan maravilloso? Eso sí, la tengo cerrada para los huéspedes. No quiero que estropeen nada.

—Nunca ha estado tapiada.

—No.

«Los esqueletos nunca existieron. No ahí dentro», me callo, con la extraña sensación de que la historia de mi vida la han escrito otros, a mis espaldas, y debo reescribirla de nuevo.

—Y... y sobre la historia del lugar, ¿qué sabes?

—¿La historia de Raventhorp? No sé qué quieres que te cuente, la verdad —murmura, mirándome con curiosidad, como si fuera un rompecabezas que debe resolver—. Mi amiga Tina compró el hotel a buen precio porque estaba abandonado y en la ruina desde hacía muchos años. Lo dirigió desde 1992 hasta 2008 y lo convirtió en lo que ves ahora. Coincidió que lo puso a la venta cuando murió tu tío, así que, con el dinero que tenía ahorrado de toda una vida, me lie la manta a la cabeza y lo compré. Tenía la necesidad de estar en un lugar alejado de todo y esta isla es perfecta. Y, como sabes, llevo diez años aquí y que sean muchos más. En temporada baja este hotel me lleva a la ruina, pero la temporada alta lo compensa todo.

«Eso ya me lo dijiste», pienso, experimentando un *déjà vu*.

—¿Qué pasó para que este hotel cayera en el olvido durante tanto tiempo?

—Hubo una convención literaria hace noventa años. Quince escritores llevaron a la destrucción este lugar y es por eso que he estado tan angustiada estos días. Qué coincidencia... Verás, según dijeron esos escritores, la noche del 7 de abril de 1928 fue una pesadilla. Incluso apareció en la prensa local de la época. Y aquí han estado, justo este mismo fin de semana, quince escritores celebrando una convención literaria, igual que antaño. Por suerte, el domingo se marcharon encantados y prometieron volver el año que viene —explica, sonriendo satisfecha.

—¿Qué pasó el 7 de abril de 1928 para que los escritores llevaran a la ruina Raventhorp?

—Asesinaron al cocinero y a la ama de llaves en la recepción. Fue macabro. La recepcionista, que estaba loca, se suicidó en el salón delante de todos y el propietario, Arthur Collen, se esfumó. Creo que se dejaron llevar por su imaginación; algunos escritores aseguraron que, después de que una mujer vestida de negro disparara a Collen, este se convirtió en polvo. Los asesinos eran una mujer y un hombre —aclara—. Ambos huyeron en barca, y, aunque se les buscó durante meses por la zona, nunca más se supo de ellos. Todo esto me lo contó Tina, luego yo misma lo comprobé en Internet. Es una historia curiosa, ¿no crees?

—Así que eso fue lo que ocurrió —digo, más para mí misma que para tía Lydia.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Has visto fantasmas? —ríe.

—¿Puedo subir a la biblioteca?

—Claro, te va a gustar mucho —contesta enérgica—. Es la estancia más especial de Raventhorp —asegura, abriendo el cajón del escritorio y tendiéndome una llave antigua forjada en hierro y bronce—. Tina no cambió la puerta y yo tampoco lo haré. Somos unas sentimentales. Te acompañaría, pero tengo que ir a recepción a atender a unos huéspedes que llegan a las cinco.

Cuando subo hasta la cuarta planta en dirección a las escaleras de piedra que conducen a la biblioteca, me cruzo con varios huéspedes que me saludan

sonrientes.

«Este lugar cura a la gente», aseguraba Laura.

Acostumbrada al silencio y a la soledad de los pasillos, me da la sensación de que me encuentro en otro lugar. Con tanta gente en albornoz revoloteando por aquí, hablando y riendo, me resulta menos mágico, menos especial.

En el umbral de la vieja puerta de madera que da acceso a la biblioteca, introduzco la llave que me ha prestado tía Lydia. Las voces y las risas de los huéspedes se silencian dando paso al chirrido de la puerta que me devuelve a la estancia polvorienta. Los rayos del sol de la tarde traspasan la claraboya del techo dotando a la estancia de una atmósfera casi mística; miles de diminutas motas de polvo sobrevuelan a través de la luz.

—Aquí nunca han habido dos esqueletos —murmuro al borde de las lágrimas. Son muchos los recuerdos que me invaden en este lugar. El beso con Jeff una noche, ahí, justo ahí, donde la luz del sol termina en sombra mostrando sin complejos la doble cara de una misma moneda.

Me pongo en cuclillas y elevo la mirada en dirección a la claraboya. La vista me juega una mala pasada visualizando a Jeff en el momento en que empujó a Madison para poder huir de aquí. Teníamos sed y hambre, pero era el momento perfecto para escapar e intentar salvarnos.

Raventhorp no me curó; Laura se equivocó. Fue Jeff.

Jeff me salvó.

Acaricio la piedra de amatista por si así consigo volver a viajar en el tiempo, aunque me temo que Raventhorp ya no existe tal y como lo recuerdo en 1928.

El tiempo transcurría igual de una época a otra, por lo que Jeff tampoco debe estar aquí, simulando que es el director del hotel, cuando en realidad trabajaba para un Departamento secreto del Gobierno. Huyó en barca con Laura; para los escritores y la historia presente de Raventhorp fueron dos asesinos. El hotel está sumido en el olvido; es el comienzo de su declive hasta 1992.

Un repentino recuerdo me asalta cuando miro hipnotizada la piedra púrpura que sostengo entre mis manos. La forma en que llegó a mí también ha cambiado. No fue mi madre quien me lo entregó con pena, sino mi padre, emocionado, después de soplar las velas de mi último cumpleaños.

Pasados unos minutos, asimilo que no se va a obrar ningún milagro que me transporte de nuevo a una época que, pese a no pertenecerme, me curó.

Toda ilusión llega a su fin.

Con la vista nublada por las lágrimas, me levanto del suelo con la mirada fija en las tablas. Me inquieto al ver que hay algo que asoma por la estrecha ranura de una de ellas y el corazón me late deprisa cuando me doy cuenta de lo que es. Me arrodillo y palpo la madera con la certidumbre de un ciego hasta alcanzarlo.

Un sobre amarillento y corroído por el paso del tiempo me ha estado esperando noventa años.

PARA CHLOE

*Greening Island**Abril, 1928*

Los escritores nos miran con una mezcla de miedo y recelo desde el porche; para ellos somos unos asesinos. Solo tres han confiado en nosotros al comprobar que Henry portaba en el bolsillo de su delantal un explosivo con el que pretendía prender fuego al salón. Algunas mujeres, presas de un ataque de nervios, se han encerrado en sus dormitorios al no soportar ver los cadáveres de Henry, Anne y Madison.

—Todo esto parece irreal —reflexiono—. Madison no tendría que haber acabado así —me lamento, dirigiéndome a Ally, que está tras el mostrador de recepción ajena a los cuchicheos de los escritores—. ¿Qué haces?

—Escribiendo una carta para Chloe. Debe saber que todo ha sido real; especialmente por ti, Jeff.

—No la volveré a ver —suspiro, sintiendo cómo un nudo en la garganta me aprisiona y me deja sin aire.

—McCarthy y el resto no tienen ni idea de nada. Los viajes temporales no es un tema que controlen —se queja Ally sin dejar de escribir—. La primera vez que traté de evitar la tragedia no os pude salvar pero, por alguna extraña razón, tuvimos una segunda oportunidad. Sintíendome impotente, tuve que ver, por no haber sabido actuar correctamente, cómo Raventhorp ardía en llamas con los escritores, el servicio y vosotros dos ahí dentro. El único que se salvó, por supuesto, fue Collen, que escondió vuestros cadáveres en la biblioteca y la tapió con sus propias manos. No sabía cómo se iba a desarrollar la noche, así que preferí no precipitarme ni arriesgar. Me quedé expectante en la segunda planta. Solo asomaba la cabeza para que no me vieran cuando oía algún ruido, pero no hice nada. Me equivoqué en todo.

»Inexplicablemente, cuando la tragedia se desató, en lugar de quedarme regresé a 2015, al punto de partida, para esperar otros tres años y acabar con Collen en 1928. Fue por el influjo de la amatista que me entregó McCarthy; esa piedra es más poderosa de lo que creía al principio. Seis años de mi vida inmersa en esta misión, Jeff. Fue como vivir en bucle sin cumplir años; en las dos ocasiones todo empezaba en 2015 y terminaba en 2018, año en el que, durante la segunda oportunidad que se me ha brindado, yo ya sabía que llegaría Chloe, el tesoro de Raventhorp. El tesoro de Collen. No había nada que me pillase por sorpresa. El tiempo ha pasado, así lo he percibido, igual que los demás, pero hay algo extraordinario en este lugar, en mi viaje y en la misión. Me han regalado tres años extra en el futuro en los que no he pasado de los treinta y cinco. Sé que para ti han transcurrido tres años desde que no nos vemos, pero para mí, créeme, ha sido toda una vida y he tenido tiempo de sobra para olvidarte.

—¿Qué ha cambiado esta vez? —pregunto, sin otorgarle importancia a lo último que ha confesado.

—Collen apareció en 2018 y se instaló en el Raventhorp del futuro, en la habitación número 20. Se trataba de una de sus versiones, una mayor que debía rondar los sesenta años. Esta vez sí lo reconocí. Me colé en su dormitorio y le robé la piedra de amatista, por lo que no pudo regresar al pasado y salvar a su versión joven, la que hemos convertido en polvo provocando su desaparición en este y en todos los mundos paralelos existentes evitando todo el mal que hizo durante siglos. No era nadie sin su piedra. Sin ella, no podía viajar. Esa fue mi estrategia para adelantarme y cambiar la historia. —Emite un suspiro y contempla durante unos segundos los cadáveres de Henry y Anne—. McCarthy apenas os dio información, ni a ti ni a tus antecesores, porque quien de verdad estaba trabajando en esta misión era yo, en este mismo lugar, aunque no me pudierais ver debido al paso del tiempo.

»En el futuro, después de conseguir un cargo respetable y poderoso que lo hiciera pasar desapercibido, Collen se implicó en mafias y organizaciones religiosas, trata de seres humanos, tráfico de armas, explosivos... por no mencionar su colaboración con Hitler durante la Segunda Guerra Mundial que dará comienzo en 1939. Su maldad no tenía límites, Hunter. Le gustaba sentirse parte de algo grande; quería ser responsable de las etapas más trágicas y mortíferas de la historia; convertirse en leyenda como pretenden,

por ejemplo, algunos asesinos en serie. Se desdoblaba en el tiempo y viajaba de un siglo a otro raptando a mujeres con las que se obsesionaba; la primera de ellas fue Madison, pese a que solo era una niña. La última iba a ser Chloe. Pero eso no es todo —añade—. No sé cómo demonios lo consiguió, pero Arthur Collen fue uno de los dirigentes de una organización terrorista islámica del futuro, que hubiera matado a miles de personas la noche de fin de año de 2018 en Times Square y, créeme, ni toda la seguridad que emplean para ese día hubiera podido remediar la tragedia. Iba a ser el principal responsable de uno de los mayores atentados en los EE.UU. del siglo XXI pero, por suerte, ya no ocurrirá.

—La misión no era solo salvar a Chloe y a Raventhorp, sino también al futuro —asimilo, después de haber estado atento a toda la información.

—Chico listo, Hunter. Chloe es una mujer especial, era el tesoro de Collen, su obsesión y su delirio cuando, por casualidad, tropezó con ella en Nueva York. Dirigió su vida y provocó accidentes que la condujeron hasta él, aunque hemos conseguido cambiarlo y, en el futuro, es como si jamás la hubiera visto. En cierto modo, Chloe ha sido un cepeo que nos ha venido bien para evitar desastres mayores. Sin embargo, no se trata de la presidenta de los EE.UU. ni es lo suficientemente importante en el destino del planeta como para que un Departamento del Gobierno se movilice por su seguridad y haya empleado por primera vez un descubrimiento que, a partir de este momento, cambiará la manera de trabajar y enfrentarnos a las misiones: viajes en el tiempo. Y, antes de que me lo preguntes, no, ninguna mujer ha llegado a ser presidenta de los EE.UU., aunque sí un hombre de raza negra llamado Barack Obama —concluye, doblando la carta e introduciéndola en un sobre en el que escribe:

PARA CHLOE

—Espérame aquí, Hunter.

Ally sube las escaleras con la misma rapidez con la que me ha dado toda la información que aún estoy digiriendo. Sé adónde se dirige. Pretende que Chloe, dentro de noventa años, encuentre en la biblioteca la carta que le acaba de escribir. No puedo negar que siento curiosidad por saber qué dice en

ella.

Algunos escritores aún siguen aquí, moviéndose como autómatas por el porche y la recepción, atónitos ante todo lo que han visto sus ojos. Ahora me miran a mí como si tuviera la respuesta a sus preguntas. Me encojo de hombros sintiendo un dolor punzante en el muslo; la venda está ensangrentada.

Me siento a salvo cuando Ally aparece bajando las escaleras aprisa, y ordenándome de manera atropellada que ha llegado el momento de irnos.

—¿Cómo? ¿Nadando?

—No seas idiota, Hunter —replica, arrastrándome al exterior, libres de las miradas curiosas de los huéspedes que, de tan impactados que están, no intentan detenernos—. Hay una barca de repuesto en el cobertizo del bosque. No lo sabías, ¿verdad? Y, antes de que me interrumpas, aún me falta decirte algo que se ha convertido en una carga demasiado pesada para mí. Necesito soltarlo, así que ahí va. Nunca nos pertenecemos, Jeff. Seguramente hemos pensado el uno en el otro durante todo este tiempo —añade, sin mirarme ni detenerse—, pero me alegra que fueras tú el que se topara con la viajera en lugar de cualquier idiota del Departamento en estos últimos tres años. Tenía el presentimiento de que serías tú, así se lo dije a McCarthy antes de irme a 2015, y fue por eso, quizá, que te eligió para dirigir el hotel este año. 1928. Tenía que pasar, era el momento. El tesoro de Raventhorp era para ti. Os pertenecéis. Eso es amor.

—¿Y de qué me ha servido si no la volveré a ver? —insisto dolido.

Esta vez, Ally no contesta y sigue caminando hasta toparnos con el cobertizo en el que, efectivamente, hay una barca de madera esperándonos. De haberlo sabido, todo sería distinto y Chloe seguiría conmigo.

Arrastramos la barca hasta la orilla y, en silencio, nos despedimos para siempre de Raventhorp.

Ally murmura que va a echar de menos este lugar.

—¿Qué será del hotel? —le pregunto.

—Está destinado a caer en el olvido hasta 1992, cuando Tina Carpenter lo compre. Los escritores no hablarán muy bien del lugar después de todo lo que han vivido. Tres cadáveres y un desaparecido convertido en polvo; para ellos y para la historia futura de esta isla, somos unos asesinos a los que

nunca encontrarán. Pero podría haber sido peor.

Nuestras miradas siguen fijas en la isla y en Raventhorp, reducido ahora por la lejanía a una minúscula luz en medio de la negrura.

Nos alejamos de la isla adentrándonos en las frías aguas como si fuéramos un par de maleantes huyendo bajo las estrellas titilantes de la noche. Sumidos en nuestros propios recuerdos sin necesidad de conversar para sanar viejas heridas, remamos como si nuestros brazos hubieran adquirido una fuerza infinita, aunque es Ally quien lleva el timón; la herida de bala arde en mi interior provocándome escalofríos.

Son casi las cuatro y media de la madrugada cuando llegamos a Harbor. El espacio se me hace inmenso y carente de interés; hace rato que he dejado de vislumbrar Greening Island y el hotel y, por lo tanto, acepto que las probabilidades de volverme a topar con Chloe son nulas. Se me rompe el corazón. La sensación de que la vida sin ella no tiene sentido aumenta a cada segundo que pasa. Duele más que la bala perforando mi muslo.

Apenas vemos nada en la oscuridad. Cojeando, sigo los pasos apresurados y seguros de Ally, que me conducen hasta donde se encuentra estacionado un automóvil con los faros encendidos. McCarthy aparece por la puerta trasera rodeado del humo que desprende el puro que sostiene entre los dedos. Nos mira con orgullo y asiente lentamente.

—Felicidades, agentes. Agente Ackerman, ¿lista para volver a vivir en 1928?

—¿Ackerman? —pregunto confuso, mirando fijamente a Ally, cuyo apellido, según creía yo, era Spencer.

—Es largo de explicar, Hunter... —se excusa, bajando la mirada.

—La agente Ackerman es pariente de la mujer pelirroja —revela McCarthy—. Concretamente, la hermana de su abuelo, de ahí a que fuera ella la principal agente en esta peliaguda misión, una de las más extrañas en lo que llevo de carrera ya que, como habrán comprobado, el tema espacio temporal aún se nos escapa de las manos. Con el paso del tiempo y mucho entrenamiento, dominaremos este insólito tema, estoy convencido de ello. El futuro necesita del pasado para sobrevivir.

—Entiendo —murmuro, recordando cuando Ally, sin entrar en muchos detalles debido al dolor que le causaba hablar del tema, me contó que tenía un hermano del que la separaron cuando murieron sus padres. Por lo visto, la

casa en la que vivían se derribó a causa de una viga deteriorada. Ally tenía dieciséis años, consideraban que podía espabilarse sola, y su hermano solo cinco, por lo que fue adoptado por un matrimonio que no podía tener hijos. Desde entonces, no volvieron a verse, y dos años más tarde, con dieciocho, Ally entraría a formar parte del Departamento cuando McCarthy la encontró por las calles de Manhattan tratando de sobrevivir. Le dirijo una sonrisa conciliadora entendiendo que nuestras vidas están pobladas de secretos y mentiras por nuestra propia seguridad y la del Departamento—. Me cuesta asimilarlo, pero lo entiendo —añado pensando en Chloe.

—Mi hermano ya tiene veinticinco años y, aunque es probable que apenas recuerde a nuestros padres ni a mí, me emociona que haya conservado nuestro apellido. No sabes cómo me asombra que Ackerman perdure durante décadas —comenta orgullosa.

—Agente Hunter —interrumpe McCarthy—, súbase al coche, por favor. A pocos kilómetros le atenderá un doctor. Hay que extraer esa bala de inmediato y tengo algo importante que contarle respecto a su futuro en el Departamento.

*Greening Island**Abril, 2018*

Querida Chloe:

Permíteme disculparme por tanta mentira e invención, incluida la más descabellada: la de que los huéspedes veían al fantasma de una mujer pelirroja gritando. Lamento que te asustaras, no era verdad, pero necesitaba que confiaras en mí. Forma parte de mi trabajo, no es nada personal, espero que no me lo tomes en cuenta.

Cuando encuentres esta carta, ya estaré muerta y muy lejos del siglo XXI en el que he vivido tres años aunque me hayan parecido el doble... He vivido realidades paralelas y en ambas he visto cómo Raventhorp te ha curado, Chloe, aunque en una de esas ocasiones no consiguiera salvarte. Perdóname por esa vez. Ahora estás muy lejos de aquí, en el tiempo que te pertenece y, seguramente, en una realidad muy distinta a la que has vivido. No sé qué será de tu vida, pero jamás te has topado con Collen —Dempsey—, no conociste a los que eran su conexión para llegar a ti, a los maleantes que te llevaron por el mal camino, y ojalá haya podido salvar también a tu padre del accidente que provocó para atraerte hacia él. Eras su tesoro, su obsesión desde que, debido a sus saltos temporales y su capacidad por desdoblarse en una misma época, te vio paseando por la Facultad de Medicina. Tenías veinte años, no lo recordarás. Tropezasteis y se te cayó una carpeta que él recogió. Eras un tesoro que no podía perdurar en el tiempo; así de perturbado estaba. Te convertiste en un tesoro que debía encerrar entre estas cuatro paredes, su templo. Su alma era pura maldad, pero no te preocupes. No volverá.

Siento no poder explicarte más cosas. Como diría alguien a quien conoces muy bien, un agente vale más por lo que calla que por lo que dice.

No sé qué es lo que recordarás, pero seguro que necesitas leer que todo ha sido real. Y sí, Chloe, todo ha sido real. Jeff también. Ojalá os volváis a ver. Ojalá la vida te cure cuando los malos recuerdos te asalten.

Con cariño,

Ally

(Laura)

Pd.: Me hubiera gustado tener una segunda oportunidad para poder estar de nuevo con mis padres y mi hermano. Si todo ha salido según lo previsto, tu padre está vivo. Espero no equivocarme, que disfrutes de su presencia y de cada instante junto a él. La familia es lo más importante. Nunca lo olvides.

Al terminar de leer la carta, me viene a la cabeza la teoría del efecto dominó, que se define como un conjunto correlativo de sucesos en los que las consecuencias de un accidente previo se ven incrementadas, tanto espacial como temporalmente, generando un accidente. Cuando Laura terminó con Dempsey, el efecto dominó desapareció desde su inicio, evitando todos los acontecimientos venideros sin que ninguna de las personas, salvo yo, se percataran de los cambios. Es posible que mis viajes en el tiempo hayan influido para que, a diferencia de mi tía, Will o Marion, yo sí recuerde a Laura. Llego a la conclusión de que era como Jeff. Una agente al servicio del Departamento secreto del Gobierno de los años veinte, que logró cambiar la historia y la leyenda de Raventhorp.

Con la carta de Laura/Ally en el bolsillo, me dirijo a la playa. El cielo del atardecer parece incendiado por el intenso color escarlata de unas nubes que se desgarran entre sí. Entre todos los huéspedes del hotel no me cuesta identificar a mis padres que, en compañía de Tim, están sentados sobre la arena charlando animadamente. Con el corazón encogido tras leer la carta que ha estado esperando por mí noventa años, me acerco a ellos.

—Este lugar es maravilloso —halaba mi madre, a la que veo mucho mejor en este otro mundo en el que mi padre sigue existiendo.

—Sí, lo es —le doy la razón, ofreciendo una sonrisa desganada. Observo a Tim que, preocupado y con los ojos entornados porque le molesta el sol, me devuelve la mirada haciendo un esfuerzo por sonreír—. ¿Me podéis dejar a solas con Tim, por favor?

—Claro —contestan al unísono.

Mi madre se incorpora con la ayuda de mi padre, que es quien la lleva a pasear por la orilla sin dejar que ladeé la cabeza hacia atrás para seguir mirándonos.

Me acomodo al lado de Tim, por el que no sé si he llegado a sentir algo en esta o en otras vidas. De lo que sí estoy convencida es de que seguirle la corriente a lo que no recuerdo haber escrito en mi destino sería serme infiel a mí misma y a lo que siento en estos momentos, aunque sea por un hombre que ya no existe.

«Ya no existe», sigo torturándome.

—Tim... —murmuro, jugando con la arena.

—Has estado evitándome. El día que desapareciste teníamos cita para ir a degustar la tarta nupcial. Estabas entusiasmada y me dijiste que habías encontrado el vestido perfecto. Y luego, de repente, me dicen que no has aparecido por el hospital y nadie sabe dónde estás. Al cabo de unas horas, después de llamarte mil veces y volverme loco, me puse en contacto con la policía y denuncié tu desaparición hasta que tu tía llamó diciendo que estabas aquí, en la isla. Que nadie sabía cómo habías llegado y que te habías desmayado. ¿Qué tratas de decirme?

—No recuerdo nada —me sincero—. No recuerdo nada de esta vida, como si la hubiera vivido otra mujer en mi lugar, ¿entiendes?

—No, no lo entiendo. Estrés postraumático, Chloe. La boda, el trabajo, la muerte de Matt... todo te ha superado.

—¿Quién es Matt?

—¿Que quién es Matt? ¿En serio, Chloe?

—Por favor.

—Matt es el niño con leucemia del que te encariñaste. Me parece increíble que me preguntes de quién se trata cuando has estado llorando su muerte cada noche durante dos meses.

—Dios mío.

Me llevo las manos a la cara y empiezo a llorar.

Lo primero que te enseñan cuando empiezas a estudiar Medicina es a utilizar la insensibilidad como mecanismo de defensa, estableciendo una distancia intangible pero abismal entre médico y paciente; sin embargo, lo que no te dicen, es que eso tiene más efectos secundarios que la quimioterapia. Tantas pérdidas no lloradas, tantos duelos no elaborados, tanta tristeza que no encuentra salida. Tanto dolor abortado.

Los médicos también temen a la muerte.

Veo a un niño con un pañuelo que le cubre la cabeza sentadito en el borde de una cama de hospital. Ahora sé que se llama Matt. El pañuelo que

lleva puesto es su preferido: «El espacial». Es azul marino con estrellas, a cuál más brillante. De mayor quiere ser astronauta y viajar a la luna, vislumbrar la Tierra desde el cielo y saber qué se siente al atravesar una nube. Tiene los ojos grandes y oscuros, es muy delgado y está pálido y ojeroso; lleva meses encerrado en el hospital. Me sonrío y me ruega que le lea su cuento preferido: *Peter Pan*. El niño que no quería crecer. También sé que se ha ido y que lo enterraron con el osito de peluche blanco que le regalé. Entre los dos elegimos su nombre: *Luck*. Matt y *Luck* nos miran desde las estrellas.

Me veo reflejada en un espejo. No reconozco el lugar, pero estoy radiante con un vestido blanco precioso y vaporoso de escote palabra de honor como siempre he deseado y, a mi lado, tres mujeres me contemplan riendo y llorando a la vez. «¡Eres la novia más guapa del mundo!», exclaman emocionadas al unísono. Es lo que todo el mundo suele decir; ninguna novia debería creérselo. Solo reconozco a una de ellas, aunque la última vez que la vi teníamos veinte años. Se llama Charlotte y era mi mejor amiga en el instituto. Por lo visto, en este mundo, sigue siéndolo. Pero si yo también estoy en este mundo, ¿por qué no siento lo mismo por Tim que esa mujer a la que visualizo vestida de blanco imaginándose en el altar con él? ¿Por qué no me siento preparada para trabajar en un hospital si ya trabajo ahí? ¿Por qué no me siento partícipe de esta vida y recuerdo más la anterior, aun sabiendo que ya no me pertenece?

—¿Dónde vivimos? —me atrevo a preguntar pese a su constante desconcierto.

—¿De verdad me estás preguntando dónde vivimos, Chloe? No me lo puedo creer —farfulla—. ¡¿Qué te pasa?! —se desespera.

—Dime dónde vivimos, Tim —le suplico con la voz rota.

—En Nueva York, en la ochenta y nueve con la Quinta Avenida, enfrente del colegio Saint David donde siempre has dicho que te encantaría llevar a nuestros hijos.

—El apartamento en el que vivía con Alan —me ofusco, olvidando por un segundo la presencia de Tim.

—¿Alan? ¿Quién es Alan?

—Tim, no puedo. Tampoco puedo explicarte nada de lo que me ha pasado sin que pienses que me he vuelto loca, pero no puedo seguir con esta farsa. Yo no te quiero —admito—. Ni siquiera sé qué parte de mí te ha llegado a querer en esta vida, pero yo no... no... —balbuceo indecisa,

dándome cuenta de cómo deben sonar mis palabras y de cuánto le hieren—. No nos pertenecemos, Tim.

—Hay otro hombre.

«¿Y qué quieres que te diga cuando no recuerdo lo que he tenido contigo?», me callo.

—¿Es del hospital? ¿Es Nick? ¿Adam?

—Por favor, no es lo que piensas...

—Esa expresión ya está muy manida, ¿no crees? —me reta, incorporándose y dirigiendo la mirada al frente con el ceño fruncido—. Me voy de aquí. Cuando vuelvas a Nueva York ya no estaré en el apartamento y, por la boda, no te preocupes. Ya me encargo de anularla yo. Que te vaya bien, Chloe. Que tengas suerte; la necesitarás.

Cuando se va, con los ojos enrojecidos por la rabia y la pena, ni siquiera hago un amago por detenerlo. Me quedo aquí, sentada, echando de menos a Jeff y a *Hunter*, el mundo que habíamos creado los tres. El único mundo en el que podría ser feliz. Tim no es más que el vecino de enfrente con el que me ilusioné cuando era una adolescente, el hombre con el que mi madre quería que me distrajera cuando me estaba recuperando de una herida de bala y al que traté casi a patadas rogándole, antes de venir a la isla, que vigilara mi casa después de recibir la amenaza de Dempsey.

Ya no queda nada de ese universo ni de mí misma.

No sé quién soy.

—Chloe, no seas tan dura contigo misma —me dice la voz de Jeff, como si estuviera aquí a mi lado—. Perdónate.

—Me perdono —digo en voz alta, haciendo caso omiso a las personas que merodean a mi alrededor, centrándome en la agradable sonoridad de las olas y los graznidos de las gaviotas, como si volviera a estar sola en la playa. Sola y en paz conmigo misma.

Cae la noche en la isla. Yo prefiero decir, con la mirada fija en el ocaso, que la noche no cae, sino que se levanta; la oscuridad se eleva en el cielo, desde el horizonte, como una gruesa cortina echada sobre los ojos.

Es la hora de cenar.

Aún queda alguna pareja paseando por la playa, pero la mayoría de huéspedes, los más ruidosos, han vuelto al interior de Raventhorp mientras yo sigo aquí, sentada sobre la arena, sumida en mis propios pensamientos y en

mi consternación tras el *shock* de lo vivido. A lo lejos, contemplo las siluetas de un hombre y de una mujer. Son dos, pero la cercanía en la oscuridad les otorga el poder de aparentar ser uno solo. El amor es lo que tiene, fusiona. Quisiera intercambiar me con la mujer y que los ojos que me miraran de frente fueran los de Jeff.

Me dejo conquistar por el silencio. Por la brisa marina, el murmullo de las olas, el brillo de las estrellas, el reflejo de la luna. Trato de disfrutar de algo tan sencillo como respirar, del detalle más ínfimo, de lo que de verdad importa, que no es otra cosa que estar.

Me he curado.

Los ladridos de un perro irrumpen mi sosiego. De un impulso, miro hacia atrás y, con incredulidad, observo cómo *Hunter*, mucho más grande y veloz de lo que recordaba, viene corriendo hacia mí y se me abalanza lamiéndome la cara.

—¡*Hunter*! —exclamo, acariciándolo y jugando con él, acercando mi cara a su hocico frío, dejándome envolver por su abrazo de gigante—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Pensaba que no te volvería a ver.

El perro me mira como si de verdad hubiera entendido lo que le acabo de decir y, aunque sé que es imposible, me da la impresión de que está sonriendo.

—Lo sé, chico. Lo sé... Yo también echo de menos a Jeff —confieso, devolviéndole la sonrisa.

SÉPTIMA PARTE

El tiempo es el mejor autor,
siempre encuentra un final perfecto.

CHARLES CHAPLIN

Nueva York

Diciembre, 2018

CHLOE

Sé que hubo un tiempo antes de él, pero ya no lo recuerdo. Se me hace extraño imaginarlo. Una vida que ya no es la mía; una piel que tienes que mudar, como ese vestido al fondo del armario que un día fue tu favorito. Lo dejaste atrás. Me dolía el corazón. Me dolía de verdad; aún me duele a veces. ¿Por qué nadie te cuenta que la expresión «corazón roto» no es solo una metáfora?

Cae la nieve sobre las calles de Nueva York a las que ya no temo. Saldé mis cuentas pendientes; en realidad, me ayudaron a hacerlo. Poco a poco y con paciencia, he aprendido a desprenderme de las inseguridades de que cualquier paso en falso me llevaría a estar entre rejas. Me lancé al vacío de esta nueva vida tranquila y sencilla; me reencontré conmigo misma.

El dinero que tenía ahorrado gracias al trabajo en el hospital, simples visiones como todo lo que acontece a esta dimensión, la única real que existe en estos momentos, me permiten tomarme un tiempo de descanso y reflexión mientras decido qué hacer con mi vida. Por lo pronto, vivo sola con *Hunter*, cuya procedencia nadie conoce. Su regreso al siglo XXI sigue siendo un misterio. A veces, igual que yo, creo que echa de menos los atardeceres en la isla. Quiero creer que *Hunter* también recuerda nuestro viaje en el tiempo, el que nos dio la oportunidad de conocer a un hombre excepcional del pasado, cuya existencia no consta en ninguna parte.

—Cosas del Departamento... —murmuré, enfrascada en los archivos históricos de la biblioteca pública.

Jeff, a menudo, se me aparece en sueños. Sé que *Hunter*, cuando cierra los ojos, se ve a sí mismo corriendo por la playa con él. Dejan sus huellas sobre arena blanca hasta que el agua espumosa las arrasa cuando viene a la orilla a morir.

Hunter y yo solemos pasar los fines de semana en Nueva Jersey, en casa de mis padres. Juego al Scrabble con mi padre, nos emocionamos con cada capítulo de *This is us*, estamos enganchados a la tercera temporada de *Outlander*, y leemos libros: él, novela histórica; yo, como tía Lydia, thrillers. Mi madre me dice que deje de apretujar de esa forma a mi padre cada vez que entro en casa, que lo voy a asfixiar, pero no lo puedo evitar. Es la manera que

tengo de disfrutar de mi familia y de apreciar cada momento junto a él, después de saber qué clase de vida hubiera tenido si lo hubiese perdido.

Jamás me echaron en cara que anulara la boda con Tim y que este, dolido, cogiera el primer ferry y regresara a Nueva York sin tan siquiera despedirse. Por lo visto, llevábamos cinco años de relación aparentemente idílica. Tal y como prometió, se encargó de anular la boda y abandonó el apartamento que compartíamos. Yo tampoco tardé en irme de allí. Aunque resultaba más acogedor y recogido (no parecía el mismo que había compartido con Alan en otra vida), me recordaba a la mujer que había elegido ser en un mundo inexistente.

—El trabajo os ha tenido siempre tan ocupados... —se lamentó mi madre.

—Has sabido ver a tiempo que Tim no estaba hecho para ti, Chloe — me felicitó mi padre, mirándome con orgullo. Él siempre me mira así, como si fuera su mejor elección.

Abandonamos Greening Island con la promesa de que volveríamos pronto. Han pasado ocho meses desde entonces, y he fantaseado muchas veces con regresar. En el ferry, con *Hunter* a mi lado, no perdí de vista Raverthorp hasta que se me hizo un hotel chiquitito en mitad de una isla lejana.

En ocasiones me quedo en Babia, sumida en mi propio mundo. Me imagino con Jeff en la playa, al atardecer, el mar en calma, la luna proyectando sobre nosotros su esplendorosa luz. Su brazo rodeándome la cintura, el paso lento, acompasado.

Solo son sueños.

Parpadeo un par de veces alejando las lágrimas y el recuerdo se desvanece sin más.

Ahora solo quedan los recuerdos.

Suelo acariciar la piedra de amatista como si todavía pudiera obrar el milagro de hacerme viajar en el tiempo, aun sabiendo que solo puede ocurrir en la isla. Todavía me cuesta asimilar que Jeff Hunter, nacido en 1893 y escondido tras diversas identidades a lo largo de su vida para llevar a cabo misiones secretas, ya no esté en este mundo y deba apartarlo de esta nueva dimensión en la que ni Dempsey ni él existieron, y tampoco coincidí con Alan y Steve, que deben andar por las calles de Nueva York con sus

trapicheos. Por suerte, no he coincidido con ellos; cruzaría de acera, me iría bien lejos. Supongo que hay personas que no cambian porque, al fin y al cabo, son nuestras decisiones las que nos llevan por un camino u otro. Es la vida que elegimos sin permitir que sean otros los que nos desvíen de nuestro destino hasta el punto de mirarte en el espejo y no reconocerte. Ahora me miro con la seguridad de que sigo siendo yo y de que Jeff formó parte de esto.

JEFF

«—Hunter, lo necesitan en el Departamento del futuro —se apresuró a decir McCarthy antes de que me sedasen para proceder a la intervención quirúrgica y extraerme la bala del muslo».

Horas más tarde, cuando desperté, McCarthy seguía ahí, sentado al lado de mi cama envuelto en una nube de humo.

—Te echaré de menos, chico —confesó, tuteándome por primera vez en diez años—. Sé que no puedes hablar ni replicar, lo cual me viene muy bien para contarte que estarás recluido durante tres meses para estudiar la forma de vida del siglo XXI. No queremos que entres en *shock* cuando visites esos enormes rascacielos que aún están por construir. Debes saber quién gobierna América y en qué conflictos bélicos se enfrentan las gentes del futuro. Te aseguro que hay muchas complicaciones, chico. No solo la hambruna y la escasez de agua y de recursos matan a la gente, las bombas y el fanatismo están a la orden del día en algunos países. La guerra parece no tener fin.

»Viajarás desde Greening Island, el único lugar que conocemos, de momento, que transporta en el tiempo gracias al influjo de la amatista. Según nuestros cálculos y con la ayuda de la agente Ackerman, sabemos que llegarás en agosto de 2018. Tu contacto allí será William Scheider, un tipo raro que trabaja en el hotel, pero en el que Ackerman confía. En Harbor te esperará un agente del Departamento del siglo XXI. La contraseña es: 1-9-2-8. Él te llevará hasta Nueva York y te facilitará una nueva identidad. ¿Quieres quedarte con el nombre de Isaac? ¿Isaac Hamsun? Es bonito, ¿no te parece? Quizá Brad. Brad suena más del futuro.

»Habrás nacido en 1983. Te tienen preparado un apartamento y una nómina ficticia como programador informático. Ni preguntes, no tengo ni idea de qué demonios es eso. Advertí que no te asignaran un apartamento en un edificio alto; santo cielo, no quiero que te dé un infarto por la impresión. Ya me darás las gracias. La agente Ackerman me ha estado explicando intimidades y debes prometerme que no buscarás de inmediato a la mujer

pelirroja. Te centrarás en asuntos más importantes como, por ejemplo, la primera misión que te encomendará tu superior del año 2018. Válgame Dios, estaré criando malvas —rio, negando para sí mismo—. ¿Crees que podrás vivir en un tiempo tan futuro? Reconozco que sería algo impensable para mí. Me han dicho que ni siquiera se puede fumar en los hospitales, ¿te lo puedes creer, muchacho? —Le dio una calada profunda al puro y, tras carraspear, prosiguió—: Te queda mucho que asimilar, pero creo que te espera la vida que mereces. La gente del Departamento habla y se prevé una crisis mundial para el año que viene. Te la vas a perder. Por lo visto, la llamarán: *El crack del 29*. Será, hasta el momento, la caída más devastadora del mercado de valores en la historia de la Bolsa de los Estados Unidos y predicen que ocurrirá el 29 de octubre, aunque se trata de información confidencial, Hunter, no te vayas de la lengua. 1929... —murmuró—. Relámpagos, la que se nos va a caer encima. Cada noche recorro las calles reclutando a jóvenes que me recuerdan a ti. En el fondo soy un sentimental, qué le voy a hacer. La fuerza bruta nunca fue tu fuerte, pero sí la compasión de la que carecen el resto de agentes y que es la que te va a llevar lejos, pero no aquí, sino en el siglo XXI. Sí... —suspiró—. Todo va a ir bien, muchacho. Es el destino.

Y luego, se levantó. Aún medio adormilado, tratando de asimilar su discurso, lo vi alejarse por el pasillo reluciente del hospital. El humo de su puro intacto le seguía como un perro fiel.

Las navidades del siglo XXI no son muy distintas a las de mi época, aunque el derroche de luz que irradia la ciudad a todas horas me tiene aturdido.

Camino por las calles adaptándome al barullo del gentío que parece haberse multiplicado por diez desde que abandoné 1928. El pasado era un remanso de paz en comparación con este presente consumista y tecnológico. El mundo parece haber enloquecido.

Mi nuevo jefe, Rafael López, procedente de México, me recuerda a McCarthy en algunos aspectos, pero no fuma ni bebe alcohol y se pasa el día con el teléfono móvil en la mano como si lo tuviera enganchado con pegamento. No creo que a McCarthy le hubiera gustado esta época, pienso, cada vez que contemplo con nostalgia su retrato en el despacho de López. Si le hubiesen dicho que está prohibido fumar en su despacho los habría enviado al infierno.

López es claro al dar las órdenes. La información aquí nos viene servida en bandeja sin necesidad de elucubrar como antaño y desconfiar de todo cuanto había a nuestro alrededor. Ahora quieren evitar riesgos, algo con lo que Ally no estaría de acuerdo. Ella siempre decía que lo inesperado produce una descarga de adrenalina primordial para ejercer este trabajo.

Sé que Ally vino a verme al hospital, pero yo estaba dormido y no quiso despertarme. Cuando terminaron mis tres meses de reclutamiento en el que me prepararon para viajar al futuro, no albergaba esperanzas de que se presentara para despedirse de mí. Debía estar ocupada salvando al mundo de catástrofes inesperadas. No la volví a ver más. Sin embargo, me gustaría que sus ojos vieran lo que veo aquí, en la ciudad de Nueva York de 2018 y en el Departamento, donde los tiempos han cambiado y no se sentiría tan sola. Hay más mujeres como ella que no tienen la necesidad de ocultarse bajo seudónimos masculinos y que muchas son, con diferencia, mejores que algunos hombres. No obstante, conociendo a Ally, imagino que ya debía prever cómo sería la situación actual. Visitó el futuro durante tres años en bucle, con lo que vivió tres años más de prestado, pese a no tener oportunidad de ver más allá de Greening Island y Harbor en una época en la que, por lo visto, no se sentía del todo cómoda, por lo que me confesó McCarthy.

—Tú eres diferente, chico. Tu misión más importante se encuentra en el siglo XXI, pero, cuidado, el amor te debilita, Hunter.

Recuerdo las palabras de McCarthy cada vez que veo a Chloe pasear con *Hunter*. No les importa si llueve, hace frío o calor; Chloe y «nuestro» perro salen cada tarde a las cinco y yo los observo desde la discreción que me aportan los troncos grandes de los árboles de Central Park. Siempre estoy cerca de ella cuando no estoy fuera de Nueva York por una misión, pero no dejo que me vea. No ha llegado el momento y las promesas están para cumplirlas, aunque estoy deseándolo con ansias. Tal y como creía Ally, espero que Chloe siga recordándome de esa otra vida que en esta dimensión paralela no ha existido, de sus viajes temporales en la isla y de aquel instante fugaz en la biblioteca donde supimos que, sin apenas darnos cuenta, nos habíamos enamorado sin remedio.

EPÍLOGO

Nueva York

Diciembre, 2018

Aquellos que creen en la magia están destinados a encontrarla.

Nada hacía presagiar que la tarde en la que Chloe Ackerman y Jeff Hunter estaban destinados a encontrarse de nuevo, fuera a ser especial. Era un día como cualquier otro. El cielo gris de Nueva York amenazaba con dejar caer una tormenta en las próximas horas, pero Chloe no temía empaparse bajo la lluvia. *Hunter* reclamaba su paseo por Central Park en el que había hecho buenas migas con otros perros, tan canallas y juguetones como él. Atrás había quedado el miedo a salir a la calle, a tropezarse con alguno de aquellos hombres ricos a los que dormía y robaba, a ser asaltada por algún sicario o retenida por policías vestidos de paisano que la pudieran estar esperando en cualquier esquina improvisada.

Chloe Ackerman podría haber sido cualquier cosa, pero tuvo suerte. Suerte de tener un ángel guardián en el pasado que luchó por cambiar el futuro, y cuyo árbol genealógico las unía sin que la viajera del tiempo lo supiera. No todavía.

*

Jeff Hunter, que se había negado a cambiar de nombre y apellido para que la protagonista de su próxima misión secreta no volviera a llamarlo mentiroso, esperaba frente a la portería, esta vez sin esconderse, y sin importarle el frío y la lluvia. Con las manos en los bolsillos, ansiaba volver a ver esos ojos verdes

clavándose en los de él, tal y como ocurrió la primera vez, hace muchos años, el día que llegó a Raventhorp siendo Isaac Hamsun.

El ladrido de un perro lo puso en alerta.

«*Hunter*», pensó Jeff sonriendo.

Nada más abrir la puerta, sus miradas por fin se encontraron bajo la llovizna de un cielo velado. Una mezcla de incredulidad se apoderó de ella. En ese momento, le recorrió un frío similar a una descarga eléctrica; un extraño hormigueo en el estómago que no dejaba de sacudirse, encogerse y dar pequeños tirones. Los mensajes se sucedían en ambas direcciones a través de miradas infinitamente largas.

Era él.

¿De veras estaba ahí? ¿Era una espejismo? No podía ser él.

«Se parece mucho, pero no es él», deliberó Chloe, paralizada como la primera vez que viajó en el tiempo.

Jeff mostraba una barba incipiente que endurecía sus rasgos, y su cabello oscuro se había adaptado a la época en la que se encontraban. Los trajes de los años veinte se habían quedado en el pasado; Jeff iba vestido con unos tejanos y bajo el anorak se intuía una sudadera Nike de color gris. No solo sus labios le sonreían, también lo hacían sus ojos, que parecían rogarle que se acercara hasta él. Que no podía esperar más para tenerla a su lado. Que no era un sueño ni un salto temporal y que ya no tendrían que separarse salvo cuando tuviera que salir del país por trabajo.

Hunter, cuyas patas parecían haberse quedado ancladas en el asfalto nevado, miró a Chloe un segundo y seguidamente a Jeff, reconociéndolo y reaccionando antes que su dueña.

—¡*Hunter*! —gritó ella, cuando la correa se le escurrió de las manos por la fuerza del perro.

Hunter atravesó la avenida corriendo para ir en busca de su gran amigo que, sin dejar de mirar a Chloe, que también se acercaba a él con incertidumbre, se agachó para proferirle al perro todo tipo de halagos y caricias.

—Chico, ¿cómo estás? Te he echado de menos.

—Jeff...

La voz de Chloe se quebró. Había soñado infinidad de veces con ese momento y le parecía irreal que estuviera ocurriendo de verdad. Jeff alzó una mano y, en silencio, le acarició los labios con los dedos. Se moría por besarla,

pero sabía que no podría parar si lo hacía, y tenía muchas cosas que contarle.

—Jeff, eres tú —repitió Chloe, esbozando una sonrisa. El pecho le subía y bajaba con rapidez y su rostro le brillaba bajo un reguero de lágrimas. Estaba demasiado aturdida para moverse. Temblaba de arriba abajo, tanto que era un milagro que las piernas la sostuvieran erguida.

Chloe ahogó sus palabras con un beso suave, apenas un roce. Jeff suspiró y, con los ojos entornados, la miró con adoración. Era una mirada que hablaba de momentos. De sus preciosos momentos en la isla. Jeff acertó la distancia que los separaba y pegó su cuerpo al de Chloe. Le deslizó una mano por el cuello hasta la nuca y la atrajo hacia su pecho. La envolvió con sus brazos, aferrándose a ella como si fuera un salvavidas en medio del océano, le tomó el rostro entre las manos y le acarició la mejilla lentamente llevándose consigo una lágrima. Despacio, como pidiéndole permiso, acercó sus labios a los de ella y la besó en la boca, anhelante, intenso y lleno de pasión.

—No miento —rio Jeff. El tono grave de su voz rodeó a Chloe como si de un abrazo se tratara, estremeciéndola—. Estoy aquí y quiero quedarme contigo —le pidió, abrazado a sus besos y empapándose en su tiempo, con las ganas de crear millones de instantes, de esos que duran toda la eternidad en la escurridiza memoria del tiempo.

«He aquí mi secreto, que no puede ser
más simple: solo con el corazón
se puede ver bien; lo esencial
es invisible a los ojos».

EL PRINCIPITO

QUÉ FUE DE...

Ally Ackerman

Siguió trabajando para el Departamento como agente secreto. Recorrió mundo con identidades falsas luchando en un mundo de hombres que terminaron respetándola y ensalzándola. Su inteligencia era superior a la de muchos de ellos y la fuerza que poseía en un cuerpo tan menudo parecía algo sobrenatural, por lo que noqueaba al instante a todo aquel adversario que solía subestimarla.

Convivió con tragedias como la del *Crack del 29* y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Vio, con sus propios ojos, cómo muchos agentes perdieron la vida cuando fueron enviados a la batalla de Okinawa en la que solo ella y un par de hombres de McCarthy sobrevivieron de milagro.

Ally continuó visitando durante años la desoladora Greening Island, que no cobraría vida hasta 1992. Cada vez que entraba en Raventhorp se veía sobrepasada por los recuerdos de otra vida e iba con mucho cuidado de no llevar consigo ninguna piedra de amatista que pudiera hacerla viajar en el tiempo. Pese a sus numerosos estudios e investigaciones, jamás logró dar con ningún otro portal del tiempo.

Debido a la Ley de Seguridad Nacional de 1947, el Departamento cayó en picado en 1950 por la aparición del Consejo de Seguridad Nacional de los EE.UU. (NSC), la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y la Fuerza Armada. El Departamento secreto del Gobierno no volvería a resurgir hasta 1973, pero ni la agente Ackerman ni McCarthy estarían ahí para verlo.

—Ya no nos necesitan —se lamentó McCarthy.

A Ackerman le ofrecieron trabajar en las oficinas de la CIA instruyendo a futuras agentes pero, a sus cincuenta y siete años, seguía buscando acción, por lo que prefirió retirarse a verse encerrada entre las cuatro paredes de la sofisticada central.

Antes de irse a una cabaña en lo alto de las montañas de Colorado, Ally fue a visitar a su hermano y a sus dos hijos, Lydia y Michael, el padre de

Chloe en el futuro. En 1950 era un niño de tres años revoltoso y avisado. Vivían en Brooklyn, en la zona de Clinton Hill, por lo que la agente Ackerman intuyó que las cosas debían irle bien a Tom.

—Ally, hermana. Hermana, ¿eres tú? —preguntó Tom, asomándose detrás de la mujer rubia que le había abierto la puerta. Parecía mentira que ese hombre barbudo fuera el mismo niño de cinco años del que la separaron cuando sus padres fallecieron.

—Tom...

Fue todo cuanto Ally pudo decir al verlo.

Su visita fue fugaz, apenas duró diez minutos. Ally seguía creyendo que siempre habría algún espía siguiendo sus pasos, por lo que su hermano y la preciosa familia que había construido podrían estar en peligro por su culpa. Sin embargo, era libre, aunque aún no lo asumiera del todo. Estaba cansada de luchar, demasiados años en activo, por lo que, entre lágrimas, se despidió de Tom, besó a sus sobrinos y les deseó una feliz vida aislándose en su cabaña. Daba largos paseos por la montaña y gozaba de buena salud hasta que, en 1970, con setenta y siete años recién cumplidos, Ally Ackerman falleció mientras dormía de un derrame cerebral.

Jamás olvidó a Jeff Hunter ni a Chloe Ackerman.

Jamás pudo desprenderse de los recuerdos de los seis años vividos en Raventhorp.

McCarthy se despidió de su despacho, ubicado en un sótano oculto al sur de Manhattan, la noche del 5 de octubre de 1950. Horas antes, le habían retratado con el mismo puro que aún sostenía entre sus dedos. Lo colgarían en las paredes junto al resto de directores ya fallecidos que habían pasado por el Departamento fundado en 1865 y que estaba a punto de caer en el olvido. McCarthy sufría al pensar que, con los años, ese espacio pertenecería a algún inepto con esas tecnologías del futuro de las que le había hablado la agente Ackerman. Que algún listillo y engreído de la CIA o de la NSC se apropiaría de él en el futuro, donde se encontraba su mejor agente, Jeff Hunter.

Furioso por los años en guerra que tuvo que soportar, los más difíciles a los que se había enfrentado el Departamento, lo apartaban de lo que, para él, había sido toda su vida. ¿Qué haría ahora por las noches? Muchos jóvenes metidos en problemas que sobrevivían a las duras calles de Nueva York se quedarían sin la oportunidad que les brindaba él al reclutarlos, cuando su ojo avizor le decía que era «El chico». El próximo hombre que llevaría al Departamento secreto al triunfo.

¿Cómo sobreviviría el país sin ellos hasta su reaparición secreta en 1973?

Cuando el reloj marcó las once y media de la noche, McCarthy se llevó el puro a la boca sin sospechar que esa sería la última vez. Un fulminante ataque al corazón le provocó una agonía que duró pocos segundos. Fue un tiempo que, al igual que el humo del puro que sostenía entre sus dedos inertes, se esfumó con amargura.

McCarthy, a la edad de setenta y cinco años, murió esa misma noche en el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. Si el Departamento hubiese continuado en activo y su corazón latiendo, habría seguido ahí, al pie del cañón, sentado en su sillón de piel en el que, en cierto modo, para quienes creen que aquellos que se van siguen presentes en sus lugares favoritos, seguiría estando toda la eternidad.

AGRADECIMIENTOS

Supe, desde el principio, que *La memoria del tiempo* sería una novela arriesgada en la que mi deseo ha sido hacerte vibrar con una historia diferente y fantástica en un entorno perdido en medio de la nada. Como puedes comprobar en el mapa, Greening Island y Raventhorp existen y, como dice tía Lydia, llegar hasta ahí es una odisea, aunque cualquier similitud con esta ficción «viaje espacio-temporal», es mera coincidencia. La descripción del lugar también forma parte de la fantasía de esta trama. Ojalá la hayas disfrutado porque, llegados a este punto, el de los agradecimientos, tú, lector/lectora, eres la persona a la que tengo que agradecer la posibilidad de haber llegado hasta aquí. Hasta el fin de una Trilogía que me ha dado muchas satisfacciones empezando por *La viajera del tiempo* y la que, con sinceridad, considero mi historia más especial: *Perdida en el tiempo*. *La memoria del tiempo* ha cerrado un ciclo, pero no una temática. Espero que me permitas seguir sorprendiéndote con futuras historias, mezcla de fantasía, romance e intriga, con viajes en el tiempo como telón de fondo, alternándolo con otros géneros y publicaciones.

A mis padres.

A mi marido, a mis hijos y al nuevo corazoncito que late dentro de mí.

A *Marley*, mi querido «cachorro» que, fielmente, me acompaña bajo el escritorio durante las largas horas de escritura y hasta me permite retrasarme diez minutos cuando le toca comer. *Hunter* está inspirado en ti.

A los lectores que sé que me acompañáis en cada libro: Elisabeth & Pep, Noelia Hontoria, Yolanda Morato, Ignacio Palacios, María Hernando, Rosa Vázquez, Kepa Menéndez, Vanessa Ruiz y Estefanía Yepes.

A Carter & Ann, Mayra Corro, Henar Gutiérrez Marín y Daniel Hernández V.

A todos: ¡nos reencontramos en la próxima historia!

FB: [lorenafranco.oficial](https://www.facebook.com/lorenafranco.oficial) / [lorenafranco.escritora](https://www.facebook.com/lorenafranco.escritora)

TW: @enafp
IG: @enafp

[1] Lewis Carroll es el seudónimo del matemático, lógico, fotógrafo y escritor británico Charles Lutwidge Dodgson, que publicó *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, más conocida como *Alicia en el país de las maravillas*, en 1865.

[2] Traducción al castellano: *Aguas primaverales*.

[3] Versión modificada de un fragmento de *Mind of Brando*, poemario de Lucas Hugo Guerra.

[4] Cita de Antonio Machado.

[5] Del latín: «Polvo eres y en polvo te convertirás».